

TE BUSCARÉ, *siempre*

De la autora de la saga
Security Ward

NQ PALM



Te buscaré,
siempre

N.Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative:1911122459517

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: diciembre 2019

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

*“Te amo como se aman ciertas cosas oscuras,
secretamente, entre la sombra y el alma”.*

Pablo Neruda.

Capítulo 1

El sonido de la música me taladra los oídos, pero sigo caminando y apartando a la gente, con toda la amabilidad de la que soy capaz, para llegar a la barra. Necesito una maldita cerveza fría.

Mis amigos me siguen de cerca y solo tengo que mirar a las personas que nos rodean para ver las caras de espanto, esos dos podrían provocarle un paro cardíaco a una anciana si solo intentaran ayudarla a cruzar la calle.

Ray, Jason y yo somos amigos desde que éramos unos niños. Nos criamos en el mismo barrio, aunque ellos ahora viven en el club con sus respectivas parejas y yo sigo anclado en ese pozo de delincuencia, pero a gusto.

—¡Hola, Nick! —grita la camarera por encima de la música.

—¡Hola, preciosa! ¡Tres cervezas! —grito yo también.

Levanta el pulgar y se da la vuelta.

—Vamos a ocupar una mesa —gruñe Ray.

Mientras espero, miro la pista de baile. Los cuerpos se mueven al ritmo de la música y hay una chica que llama mi atención, sus movimientos sinuosos hacen que mis ojos no se puedan despegar de su trasero enfundado en una estrecha falda negra; es rubia y tiene unas largas piernas, con eso me basta.

Esta discoteca está a las afueras de la ciudad y no es más que una nave industrial reformada. Ni siquiera sé si tiene los permisos para abrir todas las noches de la semana, no es que me importe. Pero en los dos meses que lleva abierta ya ha habido varias redadas, en ninguna de ellas estábamos mis amigos y yo.

Levanto en el aire los tres botellines después de guiñarle el ojo a Helga, la camarera. Es una tía bastante legal; tuvimos un rollo sexual hace un par de años y no me montó una escena ni quiso arrancarme los huevos cuando le dije que las relaciones estables no eran lo mío. Tiempo después conoció al tipo que montó este tinglado y ahora trabaja aquí, me alegro por ella; sé que tiene cargas familiares y le viene bien la pasta.

Por supuesto, también vive en mi barrio.

Avanzo entre la gente y llego hasta la mesa que esos dos han ocupado. Por la cara que ponen unos adolescentes, sé que se han sentado y punto. Ray está pasado de peso y siempre va con su chaleco de motero, su barba larga y la cabeza afeitada y tatuada, como el resto del cuerpo. Lleva una camiseta de manga corta debajo del chaleco y eso que estamos a principios de diciembre.

Jason, por el contrario, es alto y enjuto, aunque también va tatuado y el rostro lleno de *piercings*. La verdad es que dan miedo, esos chicos habrán desocupado la mesa tan pronto como ellos se han sentado.

—Explicame otra vez por qué estoy aquí —exige Ray.

—Eres un motero sin moto y te has metido en mi coche, por eso estás aquí —contesto repantigándome en mi asiento forrado de plástico negro y cruzando los pies a la altura de los tobillos.

—Desentono —se queja mirando a una chica que pasa por delante.

Jason lo mira serio.

—No —contesta el cabrón.

Sonríó antes de dar un largo trago a mi cerveza.

—¿Qué coño es esa mierda? —pregunta mirando el techo.

Sigo la mirada de Ray y Jason hace lo mismo.

—Decoración navideña —explica Jason como si no fuera evidente.

—No me jodas. —Ray bebe todo el contenido del botellín de un trago—. Voy a por más.

Se levanta y lleva su gran cuerpo hasta la barra. El tío estará muy enamorado de su mujer, pero no hay chica a la que no repase con la mirada o acaricie el trasero a su paso. Algunas lo miran cabreadas, pero desisten de enfrentarse a él en cuanto se fijan en su aspecto.

Vuelvo a clavar la mirada en la chica rubia, está saliendo del local.

—Enseguida vuelvo. —Me levanto antes de que Jason termine detrás de mí con la esperanza de salir de aquí. Sé que tampoco está muy a gusto.

Debo de ser el único normal del trío ya que las chicas me miran y sonríen, no como a ellos, que parecen asustarlas.

—¡Rubia! —grito antes de que se meta en un coche rojo que hay en el *parking*.

Ella se gira y me mira arrugando la frente. Pero, al momento, sus ojos me repasan centímetro a centímetro.

—¿Ya te vas? —pregunto como si fuera idiota.

—Tal vez no.

Bien, traída a mi terreno en menos de un segundo.

—¿Quieres pasar un buen rato?

—Por supuesto.

¿A esta nadie le ha aconsejado que no se fie de los desconocidos?

Cojo su mano y me la llevo a la parte trasera del local.

—¡Oye! No serás un asesino en serie, ¿verdad? —pregunta despreocupada.

Sigo caminando.

—Si lo fuera, no te lo diría.

—Buen punto. —Se está riendo—. Confiesa.

Me echo a reír mientras la apoyo en la pared y la beso.

—Me acojo a la quinta enmienda —declaro contra sus labios.

Sus manos van a parar directamente a mi polla, aunque por encima de la tela de los pantalones, y me muerde el labio inferior. Los dos sabemos lo que queremos y eso es un maldito alivio.

Levanto su falda y, apartando las bragas a un lado, busco su centro; ya está mojada y mis dedos resbalan en su interior. Ella baja la cremallera de mis pantalones negros y busca mi miembro, lo caricia y pasea el pulgar por el glande. Yo también estoy bastante excitado.

Nuestras bocas se separan y busco en el bolsillo trasero un condón, hay oscuridad suficiente, pero aprovecho para echar un vistazo alrededor.

—No hay nadie —dice ella sonriendo.

—Entonces, eres toda mía —digo sacando los dedos con lentitud y curvándolos un poco hacia arriba.

Ella gime y yo rompo el envoltorio con los dientes antes de enfundarme el preservativo. La levanto contra la pared y me ensarto en ella de golpe, lo que hace que ella grite de placer. Miro

sus ojos marrones para asegurarme de que ahí solo hay deseo.

—Oh, sí —jadea confirmándolo.

No soy hombre de hablar mucho cuando follo, así que sigo a mi ritmo entrando en ella una y otra vez. Me agarra el pelo y aprieta sus piernas a mi alrededor. Joder, lo está disfrutando tanto como yo.

El orgasmo arrasa con la rubia y sus músculos internos me aprietan de tal manera que yo también estallo. Nuestras respiraciones están agitadas y nuestros alientos se mezclan. Apoyo la frente en la suya sin dejar de sostenerla.

—Creo que necesitaba esto —dice aún agitada.

—Pues me alegro de haberte complacido —contesto cuando ella desenrosca las piernas de mis caderas.

—Tengo que irme —declara resuelta.

—No hay problema —contesto aliviado. No quiero segundas citas.

Ella se recompone la falda y yo retiro el preservativo y le hago un nudo. Subo la cremallera de mis pantalones y camino hasta ponerme a su altura.

—Te acompañaré hasta tu coche —digo mientras tiro el condón usado a un contenedor que hay pegado a la pared.

—Qué caballeroso, pero no hace falta, el *parking* está bien iluminado.

—No me importa.

—Está bien.

Caminamos en silencio hasta que ella saca el mando a distancia y abre el coche.

—¿Qué se dice en estos casos? —inquire sonriendo. Es muy bonita, la luz de la farola incide sobre su rostro haciendo resaltar sus facciones—. ¿Ha sido un placer?

—Me parece apropiado. —Yo también sonrío.

Se mete en el coche y baja la ventanilla.

—Buenas noches, señor Russell. Espero volver a verle algún día..., o noche.

Me quedo perplejo observando cómo maniobra y sale del aparcamiento. Entrecierro los ojos. ¿De qué me conoce? Ha sabido todo el tiempo quién era yo. ¿Esa es la razón de que haya confiado en mí? Por lo visto, no soy ningún desconocido para ella. Y ni siquiera sé su nombre.

—¡Eh! Dame las llaves del coche. ¡Ahora! —Oigo el grito de Ray a mi espalda y sonrío.

No esperaba menos de él, este no es su lugar y es imposible obligarlo a volver adentro.

—Ya has tenido tu momento de gloria. Vámonos al club —suelta Jason, que tampoco está contento.

Le lanzo las llaves a Ray y me siento a su lado.

—Tú mandas —le digo socarrón.

—Si querías echar un polvo solo tenías que decirlo. El Lawless está lleno de chicas, joder.

Me niego a acostarme con las chicas del club motero, esas son intocables y podrían traerme problemas. No pertenezco al club ni pretendo unirme. Tirarse a una de sus mujeres es jugársela, algunas son menores y no lo aparentan.

—Le había echado el ojo a una rubia...

—Como si no hubiera rubias en el club —me corta Jason.

Los dos pertenecen a esa panda de tarados y aunque no son muy receptivos con las personas ajenas a sus rollos, por alguna estúpida razón, a mí me aceptan. No voy a menudo, no me va esa clase de vida. Pero paso a tomar algo, de vez en cuando, si sé que ellos dos están allí.

—¡Ray! —grita Kate, la mujer de mi amigo, en cuanto nos ve entrar.

Su embarazo está bastante avanzado y el chaleco ya no esconde su barriga. Es muy guapa, demasiado para Ray, que es jodidamente feo.

Me rio interiormente, si pudiera leer mis pensamientos acabaría con mi cabeza en mi propio trasero.

Él la abraza, después acaricia la incipiente barriga de su mujer y sonrío.

—Nick, ¿cómo estás? —me pregunta contenta de verme.

—Bien, Kate. Sigues fantástica.

Beso su mejilla y me siento en un taburete forrado de piel sintética imitación de leopardo. Joder, que cosa más chabacana. Pero me guardo el comentario ya que Cherokee, el presidente, los hizo tapizar así.

El tío es de Alabama y se hace llamar como la tribu que habitó esas tierras. Es muy probable que tenga un nombre de lo más vulgar y quiera ocultarlo, pero no seré yo quien pregunte. El tipo me cae como el culo; es arrogante y está muy seguro de que estar fuera de la ley es lo suyo, además de creerse intocable.

—Gracias, cielo —contesta Kate con una brillante sonrisa.

Le guiño un ojo y me encuentro con la ceja levantada de Ray.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hagas eso? Las pones tontas, joder.

Suelto una carcajada mientras Kate le da un buen puñetazo a su hombre en el brazo.

—Cada vez está peor —se lamenta Jason—. ¿Dónde está Mary? —pregunta buscando a su chica con la mirada.

—Creo que está arriba —contesta Kate.

Jason asiente y sube las escaleras que hay al fondo de dos en dos. No hay mucha gente a estas horas. Pero en breve empezará a llenarse y cuando eso ocurre yo suelo largarme.

—¿De dónde salís, chicos? —inquiere Kate mirando a su marido.

Prefiero dejar que conteste él, ya que sé que miente a todas horas.

—De una taberna, hemos jugado al billar y después he recordado que tengo una preciosa mujer esperándome. He conducido el coche de Nick yo mismo, el tío es lento de cojones.

Y todo eso sin pestañear y después de haberle tocado el culo a más de una chica esta noche.

Es un cabronazo.

Una pelirroja viene hacia nosotros, es una de las habituales aquí y mi peor pesadilla. Hace tiempo que me busca; me desea o solo quiere joder a Xan, no tengo ni puta idea. Pero paso de meterme entre una pareja. A no ser que hagamos un trío, las dos sean chicas y estén de acuerdo.

Tengo un pasado, no siempre he trabajado en un taller de reparación de coches y motos. No me arrepiento de nada, mi familia tenía que comer y yo no tengo ningún problema en hacer lo que sea necesario. Aunque intento ser honesto, primero conmigo mismo y después con los demás.

Ray y Jason conocen mi pasado, pero nunca me han juzgado.

—Nick, me alegra verte por aquí —Emy se acerca deprisa.

—Hola —saludo a desgana, girando mi asiento hacia la barra.

El chico me ha servido ya una jarra de cerveza y le doy un buen trago.

Veó cómo Jade se mete detrás de la barra y ni siquiera me mira, pero yo no pierdo detalle. Es reservada y pocas veces la veo hablando con alguien. Es preciosa; debe tener unos veinticinco y tiene el cuerpo trabajado, buen pecho y mejor culo. Es mi tipo, de eso no hay duda. Pero si quiero mantenerme vivo, no debería ni posar los ojos en ella: es la chica del presidente.

—¿Cuándo vas a tener un rato para mí? —me pregunta Emy apoyándose en mi brazo.

Emy era una de las putas del club y, aunque no tuviera propietario, nunca me atraería. Está

escuálida y es demasiado escandalosa para mi gusto.

Ha bajado la voz, algo raro en ella, pero está tan cerca que la oigo por encima de la música. Ahora es su diminuto pecho el que me roza, lo está haciendo a propósito y lo sé, por eso me aparto un poco.

—Cuando abandones ese chaleco que dice de quién eres propiedad —contesto sin apartar la vista de Jade sin demasiada convicción y sin querer ofender a Emy.

—Lástima que conocí antes a Xan —se lamenta.

La observo por primera vez desde que ha llegado.

—Céntrate, Emy. Algún día, alguien le hablará de tus intentos frustrados conmigo y saldrás mal parada.

Ella se aparta y yo suelto el aire. Doy un vistazo a mi alrededor, pero no hay ni rastro de Xan, no quiero problemas. Ray y Kate siguen acaramelados a un par de metros de distancia.

—¿Eso es una amenaza? —pregunta Emy a la defensiva.

—No, pero te han visto demasiadas veces acercarte a mí y seguro que no soy el único en tu radar.

—Y ahora me llamas zorra —dice sonriendo.

—Sabes que no es cierto. Solo te estoy advirtiéndote. Xan no se anda con tonterías, te puede hacer daño.

—Nunca me ha tocado.

Todos saben que algunas mujeres del club han recibido alguna paliza, de vez en cuando. Pero aquí no hay denuncias, todo se queda dentro de estas cuatro paredes.

La miro a los ojos, parece sincera.

Cuando vuelvo a buscar a Jade con la mirada ella está observando fijamente a Emy, me mira un momento y nuestros ojos se encuentran, pero los suyos enseguida miran hacia el vaso que está secando. Son de un azul claro y en su bello rostro llaman la atención.

La vi por primera vez hace unos tres de años, la atracción que sentí hacia ella fue instantánea. Cherokee la había traído consigo cuando volvió de un viaje a San Francisco y, por lo que Ray me explicó, ella vivía en la calle y hay alguna historia sórdida en su pasado.

No suelo hacer preguntas y tampoco quiero que nadie, ni siquiera Jason o Ray, sospechen que esa mujer me vuelve loco. Aunque no soy idiota, ella cambió su aspecto nada más llegar a Los Ángeles; se tiñó el pelo y también sé que se esconde de algo o de alguien. Si uno de mis colegas sabe algo, nunca lo ha mencionado.

Me cabrea bastante que esté con ese tarado, pero poco puedo hacer. No parece necesitar que alguien la rescate, pero en sus ojos siempre hay un halo de tristeza y eso me vuelve loco.

Termino mi cerveza y me despido de un Ray con el ceño fruncido. Salgo del Lawless sin dar la más mínima importancia a ese gesto y dejando atrás a la mujer de mis sueños.

Capítulo 2

Dos semanas después

Vivir en Boyle Heights no es fácil, la mayoría de las personas que habitan el barrio, situado a las afueras de Los Ángeles, son gente trabajadora y saben buscarse la vida. Pero la polución y el desinterés por parte de las autoridades han abocado a las familias a ser personas dejadas de la mano de Dios. Hay muchos latinos, pero ellos hacen su vida y nosotros la nuestra, nadie invade el terreno de los otros y estamos en paz.

Me pregunto a menudo si algún día volveré a abandonar este lugar como hice en el pasado. Trabajo en un taller de reparación de coches y motos por un mísero salario para poder ayudar a mi madre, que tiene una paga ridícula, y a mi hermana Tara con sus gastos.

Nuestra casa, como tantas otras, no es muy grande. Aunque consta de dos plantas, cuenta con tres habitaciones, un baño, un diminuto salón y una cocina con espacio para una mesa y tres sillas, todo bien encajado. El jardín trasero está lleno de diferentes plantas que mi madre cuida con esmero, es su gran entretenimiento, a pesar de que no favorece demasiado a su enfermedad; tiene asma.

Miro el horizonte donde el *skyline* de la ciudad de Los Ángeles se dibuja a través del aire enmohecido. La humedad reinante, a veces, lo hace irrespirable. Un anhelo se apodera de mí, la ciudad está llena de oportunidades, pero no para la gente como yo.

—¡Nick!

El grito de Chris me hace girar la cabeza para contemplarla. Es morena, delgada y alta y tiene unos preciosos ojos oscuros. Lleva puesto un delantal con el nombre de la cafetería en la que trabaja estampado en el centro de su pecho.

El olor que sale de dentro es dulzón y se mezcla con el café que están sirviendo a todas horas. La chica levanta la mano y me saluda de modo efusivo desde el otro lado de la calle.

—Pasa a tomar un café —me invita.

No es algo que me apetezca en este momento, y no es por el café, sino por ella. El sábado anterior estuvimos follando en mi coche, algunas de las chicas con las que he estado, tienden a tomarse estas cosas como un compromiso de por vida. Huyo de eso como de la peste.

—Tengo prisa —contesto.

Ella observa su reloj de pulsera y frunce el ceño al ver que no bajo mi ritmo al caminar ni saco las manos de los bolsillos.

—Aún tienes diez minutos.

Este control no me está gustando.

—No, no los tengo —contesto levantando la barbilla a modo de despedida.

—Está bien, después pasaré por el taller —declara girando sobre sus talones.

Debo dar las gracias porque no se le haya ocurrido lanzarse efusiva a mis brazos en cuanto me ha visto, no hubiera sabido cómo lidiar con eso.

Bajo la cabeza y observo mis botas de motorista ajadas mientras doy un paso tras otro, hoy hace calor, pero yo nunca abandono ni mis botas ni mis vaqueros llenos de agujeros, de la misma manera que no corto demasiado mi largo cabello por mucho calor que haga, es mi estilo y me siento bien así. La camiseta negra con la lengua fuera dibujada, complementa mi vestimenta.

Con veintiséis años, muchos hombres ya habían sacado el culo del barrio. Yo prefiero seguir aquí, por el momento; mi familia necesita de mis ingresos y yo necesito proteger a las dos mujeres de mi vida, ya que el barrio no siempre es seguro.

Al entrar en el taller, veo mi moto desmontada. Harry, mi jefe, me deja trabajar en ella fuera del horario de trabajo, así que la estoy arreglando a ratos. La echo de menos, llevo dos días yendo a trabajar a pie para dejarle el coche a mi madre. No me molesta, pero el viento en mi cara, mientras conduzco la Ducati a primera hora de la mañana, me despeja más que el agua fría.

Esa máquina es la cosa más valiosa que tengo, aún la estoy pagando a plazos, pero disfruto de ella siempre que puedo. Necesito cambiar las horquillas y a duras penas me alcanza para pagar una, así que he decidido fingir que tengo que hacer unas obras en casa para que Harry no se dé cuenta de que, en realidad, no puedo trabajar en la moto. Aunque el tejado de la casa familiar se cae a trozos y algo sí tendré que hacer. Tirar de mis ahorros, por ejemplo.

—Buenos días, hijo. Hazte cargo durante un rato, tengo que salir. Te he dejado las facturas del mes encima de la mesa.

Harry es un tipo bastante orondo y con un carácter apacible, me trata como a un hijo y a mí no me importa en absoluto. Su único hijo, Peter, murió hace unos cinco años; la leucemia ganó la batalla y Harry se arruinó pagando unos tratamientos que al final no sirvieron de nada. No llegué a conocerlo, entré en el taller un año después de su muerte. Peter, solamente tenía treinta y dos años y toda una vida por delante.

Somos tres empleados, y Harry siempre suele dejarme a cargo del taller cuando tiene que salir. John y Alex son buenos mecánicos, pero sin ningún tipo de conocimientos sobre contabilidad, así que a la hora de cobrar los trabajos lo hago yo en ausencia del jefe. Peter se había ocupado de eso antes de que yo trabajara para su padre. Salí graduado del instituto y después hice un curso de mecánica, siempre me han gustado los motores de cualquier cosa que necesite uno para funcionar. Cuando volví de Nueva York, salió la oportunidad y Harry confió en mí. Mis compañeros aprendieron el oficio desde jóvenes, trabajando para Harry desde los catorce años, ahora rondan los cuarenta, están casados y tienen unos cuantos vástagos.

Mi hermana está estudiando en la universidad, sí, aunque no somos ricos. Cuando mi padre murió de un infarto fulminante siete años atrás, Tara y yo nos enteramos de que teníamos un hermano en la ciudad, mi padre nunca nos había hablado de él, pero es que ya no vivía con nosotros cuando murió, solo nos visitaba de vez en cuando. Mi madre, Gillian, sí conocía la existencia de ese crío. Nunca pregunté y sigo sin hacerlo. El matrimonio de mis padres fue un putito desastre y él decidió formar otra familia sin desligarse del todo de la nuestra.

Cuando tío Ed, el hermano de mi padre, con el que tampoco nos relacionamos demasiado, se presentó en el funeral y se ofreció a pagar los estudios de Tara, mi madre se negó en redondo. Pero esa pequeña cerebrita sacaba las notas más altas en el instituto y convencí a mi madre para que dejara que él la ayudara, ya que lo que yo había ganado en Nueva York no cubría toda la carrera. Al menos, Tara llegaría más lejos que yo.

Mi madre, mujer tozuda donde las haya, al final claudicó, pero le prohibió a Ed volver al barrio. Yo continuo sin preguntar, no me importa la relación que hayan tenido ni el porqué de su distanciamiento después de la boda de mis padres, a la que, por cierto, no asistió.

Mi hermana tiene tres años menos que yo y está en la Southern California o USC, estudiando arquitectura. De lunes a viernes se queda en el campus y casi todos los fines de semana viene en tren para estar con nosotros, pero siempre está encerrada en su habitación haciendo maquetas y planos. Sospecho que sale con alguien de la ciudad, aunque ella se niega a responder a mis preguntas, solo espero que sea bueno para ella o ese tipo va a tener más de un problema conmigo.

Tengo que decir que a mí no se me dio esa oportunidad, la de ir a la universidad, tampoco es que la quisiera, prefiero el trabajo manual y hacer lo que realmente me atrae. Pero era un objetivo tan fuera de nuestro alcance, que nadie en mi familia sacó el tema.

—¡Eh, Nick! —grita John asomando la cabeza dentro de la oficina.

El tipo es de ascendencia irlandesa y su barba roja llama la atención en su rostro, pelo ya no tiene, o se afeita, ¿Qué puede importarme?

—¿Qué?

—Acaba de llegar la señora Mazza con su Camaro echando humo.

—Atiéndela, tengo que terminar con esto —digo señalando las facturas apiladas de cualquier manera a mi derecha.

—Ya lo he hecho, pero quiere que vayas tú.

Me levanto dispuesto a hacerle saber a la señora que los otros mecánicos son tan hábiles como yo, incluso más.

—Tío, es una buena cliente, no la cagues —me advierte cuando ve que salgo decidido y con cara de pocos amigos.

John no tiene ni idea de las proposiciones que me ha hecho la viuda. En dos ocasiones he tenido que hacerle saber que no estoy interesado. Por muy buena que esté, me dobla en edad, aunque eso es lo de menos, pero no me gusta su carácter. Y después está el hecho de que le cuesta poco chantajearme con mi pasado. Maldita mujer.

Cuando salgo la veo apoyada en un lateral del coche fumándose un cigarrillo. Lleva una falda estrecha gris que le llega justo por encima de las rodillas, aun así, se adivinan unas largas piernas. Debe estar cerca de los cincuenta, pero nadie lo diría. Su blusa blanca está tan abierta que se ve el nacimiento de su exuberante, y supongo que operado, pecho.

La señora Mazza ha tenido varios maridos de los que se acaba aburriendo y se divorcia. El último era italiano, igual que ella, y se dice por el barrio que tenían una relación abierta. Y eso, aparte de ser la comidilla de los más obtusos, terminó por cargarse el matrimonio.

Desde entonces, la mujer se acuesta con hombres que no llegan a la treintena. Lo único que admiro de ella es que le resbalan bastante las críticas de la comunidad cristiana, esa que cada domingo acude a la iglesia baptista religiosamente.

—Buenos días, señora Mazza —saludo seco y consciente de que le molesta que la llame así.

Ella apaga el cigarro en el suelo con sus zapatos caros y me mira ladeando la cabeza. Sus ojos oscuros me miran de arriba abajo.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte que me llames Claudia? Antes lo hacías...

—¿Están las llaves puestas? —pregunto ignorándola.

—Claro.

Antes de que se acerque demasiado a mí, me meto en el coche y arranco el motor, doy varios acelerones y por el retrovisor observo una humareda negra, espesa y abundante, que sale del tubo de escape.

Lo dejo en marcha y salgo de nuevo, abro el capó y antes de tocar nada ya sé lo que ocurre.

—Deberías dedicarte a... otra cosa. —Oigo que dice Claudia, su voz alzándose por encima

del rugido del motor—. Eres muy atractivo, corpulento y alto, además tienes unos preciosos ojos verdes, tu mirada es misteriosa y profunda.

Me enderezo para llamar a John con un silbido y sigo ignorándola. Sé a qué le gustaría que volviera a dedicarme, y eso no va a pasar.

—Solo tienes que cortarte esa melena, es demasiado larga —continúa, ajena a mi indiferencia.

—Está quemando aceite, no hace bien la mezcla —le explico a John en cuanto aparece a mi lado—. Tengo que llevarle la Indian Springfield a Ray. En dos horas estaré de vuelta. Cogeré el tren.

—Está bien —contesta John arrugando la frente; sabe que me estoy escaqueando.

Ray tiene una pequeña tienda de ropa especializada en vestuario y accesorios para motoristas, las cosas le van bien debido a que todos esos tarados del club acuden a él. Pero no se olvida de sus raíces, por eso aún trae su moto al taller, aunque se niega a visitar a la familia que lo acogió, no tiene buenos recuerdos. De hecho, eran unos cabrones que se aprovecharon de él.

Jason y Ray arreglan las motos del club ya que también entienden de motores; estudiaron mecánica conmigo.

A Harry no le gusta en lo que está metido Ray, pero nunca ha puesto pega a que arregle su moto y se la lleve, al fin y al cabo, es un cliente más y paga por el trabajo realizado. Tenemos muchos clientes de la ciudad que traen sus coches al taller, es más barato que los talleres del centro y tardamos menos tiempo en arreglarlos, pero no son suficiente, necesitamos más clientela.

Mi hermana echa panfletos con publicidad en los buzones del campus y algunos estudiantes nos traen sus trastos. Aunque es una universidad bastante elitista, hay un grupo bastante amplio de chicos y chicas que han entrado con una beca y siguen usando sus viejos coches porque no son ricos.

Tenemos un servicio de grúa para recoger los coches averiados del que se encarga Alex y a los clientes más antiguos les llevamos los coches reparados a sus lugares de trabajo o a sus casas. Ray entra en esa categoría, sin duda.

Me pongo el casco y salgo a la calle principal bajo la atenta mirada de Claudia Mazza, mujer que se codea con gente adinerada de la ciudad, pero que, por alguna extraña razón, vino a vivir al barrio hace ya unos cuantos años. Aunque reside en el extremo opuesto, lejos de la casa de mi familia.

Mientras conduzco voy mirando los diferentes comercios familiares, he crecido aquí y casi todos nos conocemos. Mi familia fue la comidilla de toda esta gente cuando mi padre nos abandonó once años atrás y solo venía a visitarnos de vez en cuando. A mí me importó muy poco, ya que nuestra relación nunca fue buena, pero mi madre dejó de salir a la calle. Tuve que hacerle entender que la gente iba a seguir hablando, tanto si salía como si no. Aunque ella se defendía diciendo que no tenía ganas de dar explicaciones y que la gente preguntaría.

Así que tuvieron que pasar casi dos años antes de que Gillian Russell empezara a salir de nuevo. Acudía a la iglesia y compraba en los supermercados donde antes no acudía demasiado a menudo, evitando así la vergüenza.

Demasiado religiosa y demasiado pendiente del «qué dirán», para mi madre había sido una verdadera humillación que mi padre hubiera salido del barrio para terminar viviendo con una mujer diez años más joven que él y más atractiva. Con la que tuvo un hijo, algo que, tanto mi padre como mi madre, nos ocultaron a mi hermana y a mí.

Por suerte para ella, no era del barrio y nunca la vimos en él. Mi padre trabajaba en la fábrica de yeso y dimos por hecho que la había conocido en la ciudad. Poco importaba, se había largado y

punto.

Aunque entendía a mi madre, ni mi hermana ni yo nos sentimos demasiado afectados. Casi no lo veíamos en casa y, con el tiempo, se demostró que estaba demasiado ocupado manteniendo a esa mujer y al hijo que tuvieron y a nosotros nos pasaba una pequeña, muy pequeña, pensión. Cuando nuestro progenitor fue a vivir con esa mujer, el crío ya tenía unos diez años y no pareció afectarse por dejarnos atrás.

La otra mujer de mi padre, no estaban casados, lógicamente, llamó a mi madre para comunicarle el fallecimiento y ella corrió al funeral de un hombre que le había perdido el respeto completamente; ni mi hermana ni yo nos molestamos en ir.

Llego al último semáforo y espero a que el disco cambie a verde para buscar la carretera que me conducirá a incorporarme a la autopista.

A la salida del barrio está el taller de Jonas, competencia directa del de Harry, tocando al semáforo en cuestión. Jonas y sus dos hijos se encargan de él, pero corre la voz de que las piezas de recambio que utilizan para arreglar los coches son de dudosa procedencia. La cuestión es que, los muy cabrones, ofrecen las tarifas más bajas y eso hace mucho daño al negocio de mi jefe.

Jonas está junto a uno de sus hijos, Edam, trabajando frente al taller, los dos se giran para mirarme y Edam levanta el dedo medio en mi dirección. No puedo evitar echarme a reír. Esos tarados están peor de lo que imaginaba.

Cuando el verde entra en mi campo de visión, arranco haciendo mucho ruido y monto todo un espectáculo, dejando que la rueda trasera derrape antes de salir disparado. Sé que me están mirando y es mi manera de volverles a negar mis servicios. Un año atrás habían intentado contratarme y les dije que era fiel a Harry y que si contratarme a mí era la manera de joder a su competidor que no contaran conmigo.

Desde entonces, nos la tienen jurada. Harry sospecha de ellos cada vez que alguien roba en el taller, pero no tiene pruebas. Y lo cierto es que la policía no le dedica demasiado tiempo a las denuncias que interpone.

Harry debería poner cámaras de vigilancia, pero es un hombre tozudo y sé que en el fondo quiere pillarlos con las manos en la masa sin que la policía intervenga. Ese rifle que guarda detrás de la puerta de su despacho está siempre cargado y estoy seguro de que los cartuchos llevan escrito el nombre de Jonas y el de sus hijos.

¿Para qué querría un hombre como mi jefe arruinarse la vida de esta manera? Es un misterio para mí y he dejado de aconsejarle. Mi pasado tampoco es que sea demasiado brillante y tampoco acepté ningún consejo de nadie, aunque, tal vez debí hacerlo. Solo espero que triunfe el sentido común en su cabeza.

Decido pasar por mi casa que está tocando a la playa; fuera del barrio y fuera de la ciudad, justo lo que había estado buscando. Está algo destartada, pero la voy arreglando a ratos. Solo mi familia y mis dos amigos saben de su existencia.

Capítulo 3

Aparco la moto en la entrada del complejo de apartamentos y le pongo una cadena con candado. Ray no dudaría en cortarme los huevos si se la robaran.

Tengo que ir a comprar algo de comida y aquí hay un pequeño colmado. Mi casa queda más alejada del resto del complejo y eso fue lo que me gustó. No tengo vecinos cerca y la carretera se desvía dejando la casa bastante aislada, con las olas rompiendo casi en la puerta.

Nunca he traído a ninguna chica aquí. Si decido liarme con alguna mujer, siempre busco un hotel o terminamos en mi coche. Aunque no le hago ascos a follar contra una pared en plena calle, mejor por la noche.

No entra en mis planes terminar detenido por escándalo público.

Pago al señor Harper, el dueño de la tienda, y vuelvo a coger la moto. El camino es agreste y, casi llegando a la misma puerta de entrada, está lleno de arena de la playa. La orilla está a unos cien metros por delante de mí. Conduzco intentando que la rueda delantera no se hunda demasiado en la arena y la dejé delante de la puerta que da al mar para tenerla a la vista.

Saco las llaves y entro. Todo está tal como lo dejé esta mañana. Los muebles son rústicos y la cocina muy pequeña, pero funcional. Solo tiene un pequeño salón, un baño con ducha y una habitación. Compré sábanas y algunos cacharros de cocina, pero no hay televisor y no me importa.

Dejo el casco y la cazadora de cuero sobre el sofá de dos plazas y saco una botella de agua de la nevera. Salgo al pequeño porche y me siento en una de las sillas de madera. Solo hay dos y están una a cada lado de la puerta, la pintura está desconchada, algún día debieron ser blancas, pero ahora tienen un color gris inquietante. Es otro trabajo más que añadir a la lista de «cosas que debo arreglar en casa».

El horizonte se ve con nitidez y, aunque estamos en diciembre, el día es claro. No obstante, hay un fuerte oleaje. Pasa un parapente sobre el agua a bastante distancia, paralelo a la costa, y pienso en lo que se debe de sentir estando ahí arriba.

Oigo la música de mi teléfono móvil, Nirvana suena desde dentro de la casa. Entro y cierro la puerta antes de contestar.

—¿¡Dónde cojones estás?! —brama Ray al otro lado de la línea.

—Hola a ti también.

—Qué te jodan. ¿Está mi máquina funcionando? —exige.

—Sí, la estoy probando en la playa —suelto solo para cabrearlo.

—¿En la playa? ¿Quieres morir? —objetivo conseguido.

Me echo a reír.

—Llevo media hora esperándote. Trae tu culo aquí ahora mismo —gruñe al otro lado de la línea.

—¿Qué haces ahí tan pronto?

—Que me la traigas, ahora.

Ray corta la comunicación nada más decir eso y yo aún me estoy riendo cuando dejo la botella

en la pequeña encimera de la cocina y cojo el casco y la cazadora. Si supiera que he venido hasta mi casa solo para quemar rueda con una de las motos que más admiro del mercado motero, terminaría decapitado.

Me gusta la velocidad, correr a lomos de la moto de Ray es como volar sobre el asfalto. Voy zigzagueando entre los coches y llego diez minutos antes de la hora acordada.

Ese tarado de Ray está apoyado en la pared fumándose un cigarrillo, en la otra mano sostiene su casco. Su bota de motero está ensuciando la impoluta fachada blanca. Y en el suelo hay, al menos, cinco colillas aplastadas.

—Te haces de rogar, princesa —dice Ray tirando el sexto cigarrillo a medias, este no se molesta en pisarlo.

—Habíamos quedado a las once, no antes, y faltan diez minutos...

—Habla con ella —gruñe señalando su moto mientras se acerca.

—Joder. —Me aparto a un lado de manera teatral—. Que nada se interponga entre vosotros dos.

—Tenemos que hablar —comenta serio.

No contesto, este tarado es capaz de seguir hablando con su princesa.

—¿Me has oído? —me increpa.

—¿Es a mí?

—¿A quién sino?

Levanto una ceja.

—Está bien, habla.

—Más tarde, ahora no puedo.

—Muy bien, esta noche iré a cenar a casa de mi familia, allí me encontrarás —ofrezco.

—¿Con tu madre presente? Ni hablar.

—Te espero fuera y nos largamos.

—Eso está mejor, sube —ordena moviendo la mano.

—No, tengo que volver al taller, cogeré el tren.

Ray me mira de arriba abajo, lleva gafas de sol, pero sé que lo hace.

—¿Te has visto? Vas a parecer gilipollas con el casco en la mano y sentado en el vagón.

«Hay que joderse».

—¿Tengo cara de que me importe?

—¡Sube! Tengo ganas de apretarla.

Subo y me pongo el casco.

—Intenta no dejar mis dientes en el asfalto —digo sarcástico.

—Eso depende de cómo suene.

Arranca y hace un cambio de sentido, a pesar de la prohibición que tiene justo delante de las narices, y enfila calle tras calle hasta llegar de nuevo a la autopista.

Que Ray acumula multas de tráfico es algo que sus amigos ya sabemos. Cherokee maneja negocios sucios y no quiere que la pasma ande husmeando cerca del club. Así que si Ray se la juega a diario, Cherokee terminará cortándole la garganta.

Jason y Ray me han propuesto entrar en el club en varias ocasiones, yo estaba fuera de Los Ángeles cuando ellos se unieron al Lawless club's, pero siempre me he negado en redondo. Pertenecer a un club de motoristas está fuera de mis planes. No necesito ningún club para ser motorista, y está el pequeño detalle de que esos tíos viven con una espada de Damocles sobre sus cabezas. A Ray y a Jason los he advertido mil veces de las consecuencias que puede traerles un

club como el de Cherokee. Joder, hay muchos clubs, la mayoría honestos, y ellos fueron a caer en uno de los peores de la ciudad. Pero sé que nunca me contarán lo que se traen entre manos para que el club pueda subsistir. Tampoco quiero saberlo.

No importa, no quieren ver las consecuencias de vivir entre esos capullos, ellos están a gusto y nada los convencería de salir de ese infierno. Ni siquiera unos años entre rejas.

Estamos llegando al taller cuando vislumbro a varios hombres entrando por la gran puerta. Se trata de Jonas y de sus dos hijos.

Mierda.

—¿Hay algún problema? —pregunta Ray girando la llave para detener el motor.

—Eso parece —contesto sin dejar de mirar hacia el taller y bajándome de la moto.

Me quito el casco mientras camino hacia Harry.

—¿Qué hay? —pregunto a modo de advertencia.

Sé que tengo a Ray detrás por la mirada que esos idiotas acaban de lanzarle.

—Tu jefe ha decidido cerrar el negocio —explica Jonas con una sonrisa de oreja a oreja.

Sé que las cosas no van bien en el taller, veo cómo se acumulan las facturas. Pero si Harry hubiera decidido cerrar, me lo habría dicho.

—Eso, ¿quién lo dice? —pregunto enfrentándome a Jonas.

Es más bajo que yo, igual que sus dos hijos, que no dudan en dar un paso atrás cuando me quedo a pocos centímetros de su padre.

Cobardes.

—Vamos, Harry. Explícale a tu chico lo que acabas de hacer. El banco no te va a ayudar.

No miro a mi jefe, pero tampoco lo oigo desmentir las palabras de este cabrón.

—Largaos, ahora —ordeno bajando la voz en tono amenazante.

—No, queremos oírlo de su boca —suelta el imbécil que hace unas horas me ha levantado el dedo.

Ray es rápido y agarra el cuello de Edam.

—¿Estáis sordos o tengo que explicaros de otra manera que no sois bienvenidos aquí?

Jonas hace el intento de ir a defender a su hijo, pero lo cojo del brazo y lo atraigo hacia mí. El hermano, Zac, está paralizado en su sitio. Mejor, un problema menos al que enfrentarnos.

—No sé para qué habéis venido, pero lo que Harry haga con su taller no es de vuestra incumbencia —digo con los dientes apretados.

Jonas tira de su brazo y lo recupera solo porque yo se lo permito.

—He venido a ofreceros trabajo, a ti y a esos dos —declara señalando a Alex y a John que están plantados uno a cada lado de Harry—. Voy a ampliar el taller, necesito más mecánicos.

—Pues pon un anuncio en el periódico —aconseja John.

Por el rabillo del ojo puedo ver a Harry girar sobre sus talones y alejarse hacia su despacho.

Sé que algo pasa, pero es él quien debe hablar, no estos cabrones.

—¡Suelta a mi hijo! —grita Jonas en dirección a Ray.

—Estoy pensando que, si le parto el cuello aquí mismo, vas a estar bastante entretenido recomponiendo a tu hijo y no metiendo las narices en asuntos ajenos —comenta Ray como si realmente estuviera barajando la posibilidad de hacerlo.

Las manos de Edam intentan zafarse sin éxito del agarre del motero.

—Suéltalo, Ray —digo al fin.

Mi amigo tarda unos segundos de más en soltarlo al mismo tiempo que lo empuja. Edam intenta recuperar el aliento mientras su hermano corre hacia él.

—No te lo voy a pedir de nuevo, Jonas. No deberías haber venido —insisto.

—Ya te arrastrarás hasta mi puerta suplicando un empleo.

—Si voy hasta tu puerta no será agradable, así que mantente al margen.

—Ya veremos —contesta antes de largarse.

Edam se gira y señala a Ray.

—Esto no va a quedar así —amenaza sin demasiada convicción y con la voz rasgada.

Ray levanta una ceja y hace un gesto bastante obsceno apretándose los huevos con la mano.

—Vamos a ver a Harry, ¿sabéis de qué va esto? —pregunto a mis compañeros de trabajo en cuanto esos tres se alejan calle abajo.

—Ni puta idea —dice Alex mientras John niega con la cabeza.

Entramos con Ray a la cola y encontramos a Harry con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos.

—¿Harry? —pregunto.

—¿Qué es eso de que vas a cerrar el taller? —interroga John.

Comprendo que estén preocupados, tienen una familia que mantener.

—No he dicho en ningún momento que vaya a cerrar, pero...

Guarda silencio un momento y me mira.

—Sabes que vamos mal. He ido al banco a pedir un préstamo, pero me lo han denegado.

Empiezo a atar cabos.

—¿Has ido a la sucursal de la cuarta este?

—Sí.

—Joder, Harry. El cuñado de Jonas le habrá dado el aviso —gruñe Alex.

—Lo sé. Pero no he dicho que fuera a cerrar el taller, aunque sé que va a ocurrir a corto plazo.

Ray se sienta en el borde de la mesa haciendo bastante ruido con esas cadenas que cuelgan de sus pantalones.

—Harry...

—Vas a romper mi mesa —se queja el hombre con voz cansada.

—Te compraré otra.

—Esa no es la solución a todos mis problemas. No entra suficiente dinero en el negocio.

—Trabajaremos más horas al mismo precio, sacaremos esto adelante —propone John.

La sonrisa de Harry es triste. Y, joder, este hombre es demasiado valioso para mí, lo aprecio. Me dio una oportunidad cuando nadie lo había hecho cuando volví de Nueva York. El taller no puede hundirse de esta manera.

—No será suficiente, pero gracias —contesta cabizbajo.

—Se puede intentar —anima Alex.

—¿Alguien me deja hablar? —pregunta Ray.

—¿Vas a pagar las deudas? —pregunta Harry con ironía.

—Sabes que no. Pero sé quién puede ayudarte.

En cuanto Ray suelta las palabras me envaró, sé por dónde van los tiros y no me parece una idea brillante. De hecho, ninguna de las ideas de Ray es brillante.

—¡Para! —digo levantando la voz.

—Queréis salvar vuestros empleos y este taller...

—Sí, pero la solución que estás a punto de poner sobre la mesa no nos conviene a ninguno.

Harry se levanta y nos mira.

—¿Necesito saber algo? —pregunta poniendo las manos en las caderas.

—Dame un minuto. —Hago un gesto con la cabeza a Ray para que me siga al exterior.

Capítulo 4

—No voy a hacer tratos con Cherokee ni voy a permitir que los haga Harry —le suelto a bocajarro una vez fuera.

Ray es tan alto como yo, aunque debe de pesar el doble. Su mirada marrón me escudriña, se está cabreando y lo sé.

—Pues dime cómo pensáis arreglar esto. Estoy seguro de que tú ya sospechabas algo, ¿estás esperando un puto milagro? ¿O piensas volver a tu antiguo empleo?

Mis ojos se clavan en los suyos y me retengo para no darle un puñetazo y hacer que pierda todos los dientes.

—Que sea la última vez que tocas ese tema, ¿estamos? —gruño.

Ray se pasa la mano por su rasposa calva.

—Lo siento, tío. Eres como un hermano para mí y no me gustaría verte en la calle.

—Deja que me ocupe de esto. Agradezco tu interés, pero prefiero no mezclar el taller de Harry con el club.

Ray asiente.

—¿Es por Cherokee? —pregunta.

No contesto, sabe que no puedo con él.

—Es de lo que quería hablarte esta noche —continúa—, pero ya que estamos aquí...

—¿Qué pasa con él?

—Nada, solo quiero advertirte. He visto cómo miras a Jade y también sé que te gusta desde hace tiempo.

Mierda.

—¿Y? —pregunto solo para saber si hay algo más.

—Sé que no le debes explicaciones a nadie y que te acuestas con las tías cuando te apetece. Pero Jade está fuera de tu alcance. No me pongas en la posición de tener que dar la cara por ti. No puedes acostarte con ella y luego seguir con tu vida...

—No tengo ninguna intención de hacerlo, Ray. Puedes estar tranquilo.

—No soy idiota, Nick. Y por supuesto, Cherokee tampoco. Cuando Harry ha dicho lo del taller, he pensado en el club porque serías tú y no tu jefe quien terminaría reuniéndose con el presidente. No te conviene tenerlo como enemigo.

—No pienso contemplar ese recurso —declaro categórico.

—Solo te lo advierto, porque si Harry necesita un préstamo y Cherokee te cala con lo de Jade, habréis perdido la oportunidad y tus huevos.

—Sabes que no quiero enredarme con el club.

—Entonces deja de babear cuando entres a tomar una cerveza, hasta Kate está preocupada, joder. Cherokee te matará con sus propias manos si solamente lo sospecha.

—Yo no...

No termino la frase. Ray tiene razón y es inútil discutir sobre esto. Me gusta Jade y Ray lo

sabe, no hace falta darle más vueltas.

—No iré al club durante un tiempo, dile a Kate que no sufra por mí.

—No se trata de eso, Nick. Sabes que tanto Jason como yo disfrutamos de tu compañía.

—Pero os puedo causar problemas.

—Eso es.

—Caso cerrado. Voy a intentar ayudar a Harry.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, algo se me ocurrirá.

—Tengo que irme, Kate está al frente de la tienda y en su estado...

Se acerca y me da un abrazo, las fuertes palmadas de Ray resuenan en mi espalda. Sé que es su manera de disculparse por haber sacado el tema de mi pasado.

Cuando se da la vuelta para subir a su moto, observo el chaleco con las palabras que lo denominan miembro del club.

Solo espero que Jason y él no terminen mal, muchos moteros acaban muertos por mil razones y ninguna de esas muertes es de forma natural.

Dos horas más tarde estoy con tío Ed, si mi madre supiera que he acudido a él se pondría histérica. Pero no puedo permitir que el taller termine cerrado, es mi medio de vida y el de todos los demás.

—¡Hombre! —Parece contento de verme.

Vive en un ático de la ciudad, y para tratarse de él, no es demasiado ostentoso.

—¿Está bien Gillian? —pregunta frunciendo el ceño.

Es alto y debe tener ya los sesenta, es algo mayor que mi madre y era más joven que mi difunto padre.

—Sí, mi madre está bien. No estoy aquí por eso.

—¿Sabe ella que has venido?

—No.

Se da la vuelta y se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros adentrándose en su casa de nuevo.

—¿Quieres una cerveza? Perdona, no esperaba visita. —Se disculpa mientras recoge unas cuantas revistas del sofá y las apila sobre la mesa—. Siéntate, por favor.

El sofá es negro en contraste con las paredes y el resto de mobiliario blanco, más bien escaso. Aunque todo es muy moderno, se nota que no hay una mano femenina aquí. Nunca se ha casado, aunque tampoco le han faltado mujeres.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? —pregunta desde detrás de la isla de la cocina.

—Cuatro o cinco años, no lo sé exactamente.

Estoy siendo un cabrón, solo he venido porque necesito dinero y supongo que no merece esto.

—Me alegro de que te hayas decidido, ojalá lo haga tu hermana algún día.

—Es mayorcita, si quiere venir lo hará.

Me da la botella y se sienta dejando ir un largo suspiro.

—Tu madre nunca se lo permitiría.

—No sé lo que te pasó con mis padres, pero no creo que mi madre intervenga en las decisiones de Tara.

Él sonríe incrédulo porque sabe que sí lo haría.

—Cambiemos de tema, ¿qué te trae por aquí?

No sé muy bien por dónde empezar sin parecer un puto egoísta aprovechado.

—Necesito que me hagas un préstamo. Sé que puedo acudir a un banco, pero no creo que me concedan veinte mil pavos.

—Esa es una suma importante. ¿Puedo saber para qué lo necesitas?

—Trabajo en un taller de reparaciones en el barrio. No tengo un gran sueldo, pero hago lo que me gusta.

—No lo sabía. ¿Cuánto hace que trabajas ahí?

—Más de tres años. El caso es que Harry, mi jefe, está barajando la posibilidad de cerrarlo, tiene algunas facturas pendientes. Sin embargo, yo creo que lavándole la cara al local y haciendo más publicidad podemos sacarlo a flote.

—Pareces un buen emprendedor, eso me gusta.

Ed se levanta y entra en una habitación a la derecha de la entrada. Cuando vuelve lo hace con un talonario en la mano.

Joder, me lo ha puesto demasiado fácil.

—Voy a poner una condición, solo una.

Mierda.

—¿Cuál?

—Quiero que ese taller vaya a tu nombre, cómpraselo a tu jefe. A cambio, no será un préstamo sino un regalo.

¿Me regala el dinero?

—No, prefiero devolvértelo poco a poco. —No quiero deber nada a nadie, aunque eso me lo callo por respeto.

—Y yo que tú seas el propietario. Habla con tu jefe, estoy seguro de que valorará la oferta.

Debería largarme de aquí.

Mientras mi padre se deslomaba en una fábrica, su hermano había prosperado como propietario de un restaurante, que ahora es una maldita cadena con varios locales en la costa de California. Nunca lo ayudó.

—Déjalo. Me buscaré la vida por otro lado.

Ed deja el talonario y se cruza de brazos.

—La decisión es tuya, si cambias de opinión aquí me tienes.

Me dirijo directamente a la puerta para salir cuanto antes.

—Lo tendré en cuenta —digo antes de cerrar.

Vuelvo a estar en la casilla de salida. Sabía que Ed no me lo pondría fácil, aunque me ha engañado por un momento.

Cuando arranco el coche, recuerdo lo mucho que echo de menos mi Ducati, no me queda mucho para terminar los arreglos, pero me temo que no voy a tener demasiado tiempo.

Estoy conduciendo por la avenida Stanford, llegando a uno de sus muchos semáforos. Está verde, pero todos los vehículos que están por delante de mí están detenidos por alguna razón que desconozco.

En menos de un minuto empiezan a sonar las bocinas y todo el mundo se pone nervioso, están adelantando a un coche e increpando a su conductor, pero la fila va lenta. Cuando llega mi turno de pasar por al lado de un Dodge bastante perjudicado, veo salir humo en la zona del motor. Es un humo muy blanco, así que sé de alguien que ha reventado la junta de la culata y está a punto de terminar con su maravilloso trasto en un desguace como siga intentando arrancarlo. Pongo el intermitente y me echo a un lado aparcando en doble fila, casi en el siguiente cruce.

Si así gano un cliente, bienvenido sea. Le ofreceré mis servicios.

Cuando llego a la altura de la ventanilla veo que es una chica y acaba de dar un golpe al volante, parece frustrada.

—Oiga, deje de intentarlo...

Ella levanta la cabeza y yo me quedo petrificado en el sitio. Es Jade, al pasar ni siquiera me he fijado en el conductor, solo en el humo que salía. Ella me mira un momento y baja de nuevo la cabeza.

—¿Jade?

Niega con la cabeza y sonrío.

—Jade, sabes quién soy, solo intento ayudarte. Voy a llamar a una grúa...

—¡No! —Vuelve a mirarme y veo la súplica en sus ojos azules—. Voy... voy a empujarlo y... lo dejaré ahí —dice señalando una zona de carga y descarga.

Me encandila con su dulce voz. Aunque está nerviosa, sé que intenta no ponerse histérica. Es la primera vez que se dirige a mí directamente. Desde que la conozco, nunca hemos cruzado una palabra. Es una mujer a la que apenas he oído hablar, ni siquiera con los del club.

—No salgas del coche, te empujaré hasta el cruce y lo apartaremos de en medio.

—No, gracias.

—Jade, solo intento ayudarte. No vas a poder arrancarlo, se ha quedado sin agua, por eso sale humo. Es la junta de la culata...

—¿Cómo sabes todo eso?

—Soy mecánico. Pon punto muerto y quita el freno de mano.

Ella asiente y yo me dirijo a la parte de atrás, apoyo las manos en el maletero y empujo mientras ella guía el coche hasta dejarlo detrás del mío. Al menos, ya no está interrumpiendo el tráfico.

Llamo a Alex y le doy la dirección para que recoja el coche.

—No sé si podré pagarte...

—No te preocupes ahora por eso. —Ella sigue dentro del coche y yo apoyo los antebrazos en la ventanilla.

Sus preciosos ojos me miran y de vez en cuando echan un vistazo a su alrededor. El rugido de una moto se escucha cada vez más cerca. Por el sonido sé que no es ninguna del club, pero ella se pone en alerta. Está claro que teme a Cherokee y que él no sabe dónde está ella, porque parece encogerse en el asiento. Mira al motorista que pasa y suelta el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—Vamos a mi coche, allí estarás más segura.

Espero que se niegue, pero me sorprende asintiendo. Le abro la puerta y le ofrezco la mano.

—Dame las llaves.

Me las entrega y sale. Miro su cuerpo mientras rodeamos el coche. Lleva unos vaqueros y una parka larga que no me deja admirar ese culo que tantas veces he observado. Echo un último vistazo al interior y veo el chaleco tirado de cualquier manera en el asiento trasero.

—Creo que vas a necesitar eso —digo señalando con la barbilla.

Abre la puerta del copiloto, coge una bandolera marrón y alcanza el chaleco estirándose entre los asientos.

Camina hacia mi coche y se sienta mientras yo entro por el lado del conductor.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto por curiosidad.

Ella mira el chaleco y después a mí.

—Me refiero al coche, es bastante antiguo. Si no me equivoco es del 75.

—Lo compré hace poco, había ahorrado algo. No era muy caro —asegura.

Miro su coche por el retrovisor, la pintura está bastante desgastada, algún día debió ser de un rojo oscuro, ahora es casi rosa.

—¿Puedo preguntarte algo?

Jade desvía la mirada al exterior.

—Me lo tomaré como un sí —continuo—. ¿Sabe Cherokee que tienes este coche?

No contesta.

—Puedes confiar en mí. No pertenezco al club, ¿recuerdas?

Cojo su barbilla y la obligo a mirarme. Su piel suave cosquillea entre mis dedos. Es tan bonita que no puedo dejar de mirarla. Sus labios gruesos me invitan, pero tengo que retenerme. Sé que está asustada.

—Si es tu secreto, conmigo está a buen recaudo —insisto.

Ella cierra los ojos.

—Tienes amigos en el club...

—No tengo por qué hablar de tu trasto con ellos.

—¿Trasto? —pregunta con una media sonrisa.

—Sin ánimo de ofender —digo levantando las manos en señal de rendición.

—No, no lo sabe. Lo dejo en un *parking* que está un poco más arriba —dice señalando la calle principal; sé cuál es—. Creí que llegaría hasta allí antes de que se parara.

—Pues ha decidido hacerlo antes.

—Ya veo...

—En cuanto Alex, mi compañero, se lleve tu coche, te llevaré al club.

Jade abre los ojos con sorpresa y yo me doy cuenta enseguida de que si la descubren conmigo puede tener problemas.

—No, no es una buena idea —admite.

—Tienes razón, te dejaré cerca.

Asiente y se mira las manos.

—No tenía que haber salido hoy del club.

—Supongo que hay restricciones —comento cauto.

—Unas cuantas —admite con una sonrisa triste.

Ese cabrón de Cherokee la controla.

—No nos han presentado —le ofrezco la mano—. Soy Nick.

La obligo a sonreír con algo tan espontáneo como hacer de este encuentro algo formal.

—Sé cómo te llamas —admite estrechando mi mano—. Es un placer. Como he podido comprobar, conoces mi nombre también.

Le guiño un ojo y miro al frente, la grúa de Alex aparece en el horizonte.

—Voy a ayudarlo, no salgas del coche si te sientes más segura en él.

—No lo haré.

Agarra la bandolera con fuerza contra su costado.

Saludo a Alex que está encantado con el vehículo que tiene que transportar.

—¿De dónde ha salido esta antigualla? —pregunta rascándose la cabeza.

—Estaba averiado y le he propuesto al propietario llevarlo al taller.

No menciono a Jade.

—Me gusta —dice admirándolo.

—No se ven demasiados —admito.

Alex niega con la cabeza y se pone manos a la obra, yo dejo las llaves dentro del coche de Jade y doy un vistazo al mío, solo se ve la parte trasera y los cristales tintados de mi Chevrolet no permiten ver a la chica.

Ya estamos nivelando la plataforma cuando, esta vez sí, pasan varios moteros del club, no reconozco a ninguno con los cascos clásicos negros, que no sirven para nada en caso de accidente, y con las gafas de sol. Pero no les quito el ojo de encima, aunque ninguno parece prestar atención al Dodge.

Capítulo 5

El club de motoristas está en dirección norte y algo alejado de los barrios residenciales. Jade no ha vuelto a abrir la boca y eso empieza a preocuparme. Me gustaría saber si Cherokee anda cerca.

Aparco en una calle mínimamente transitada a pocos cruces del club.

—¿Está Cherokee en el club ahora? —pregunto al fin.

—No. Está en Pasadena.

—¿Es por eso que has salido?

Busca la manecilla de la puerta.

—Tengo que irme.

La cojo del brazo pero a ella no parece hacerle mucha gracia y la suelto.

—¿Quieres que deje el coche en el *parking* donde sueles estacionarlo? —Hago énfasis en la última palabra, ya que la correcta sería «esconderlo».

—Sí, si no te importa. ¿Me puedes apuntar tu número de teléfono?

—¿Apuntar?

—Yo..., no tengo teléfono móvil.

Cherokee cada vez tiene más papeletas para que le toque el premio gordo, que consiste en vapulearlo hasta que vomite el hígado; Jade no es libre para salir cuando quiera ni tampoco puede tener teléfono. No hace falta que ella lo confiese: la tiene secuestrada, como poco.

—Espera.

Abro la guantera y después de apartar papeles, entre los que figuran algunas multas de tráfico, encuentro un bolígrafo y un trozo de papel en blanco. Apunto el número y se lo entrego.

—Te llamaré para que me digas cómo pagarte la reparación.

Estoy a punto de negarme para que no suelte ni un solo centavo. Pero quiero que me llame, saber más de ella. Jade es mi sueño hecho realidad. La mujer de la que debo alejarme para protegerla de Cherokee y de su castigo si descubriera que ha estado conmigo.

Asiento y Jade me dice adiós con la mano.

Si Ray me ha puesto sobre aviso, es que no he sido demasiado discreto cada vez que la he visto en el bar.

La observo mientras camina por la acera y me sorprende cuando veo que tira el papel hecho añicos a una papelería y después se pone el chaleco. «Propiedad de Cherokee», leo en la parte de atrás, lo que me hace rechinar los dientes. Ella no pertenece a ese gilipollas ni a ese mundo, ni siquiera debería respirar el aire podrido de ese club.

Con la certeza de que ha memorizado mi número, meto la marcha y vuelvo al taller.

Faltan diez minutos para cerrar cuando aparco mi coche en la entrada.

—Te estaba esperando —dice John.

—¿Se han ido todos?

—No, Harry está en su despacho aún.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupado.

—Ha corrido la voz de que te estabas encargando de solucionar...

—Estoy en ello —respondo cortándolo.

—No sé si podré quedarme.

John tiene tres hijos y su mujer trabaja limpiando casas, van justos y comprendo su temor.

—John, aguanta un poco. Harry también está moviéndose para que esto siga funcionando.

—¿Tú también has ido a pedir un préstamo? A mí no creo que me lo concedan.

No voy a hablarle de mi tío.

—Algo así, pero hay condiciones que no puedo aceptar...

—¿Cuáles son? —La pregunta viene por mi espalda.

Me giro y veo a Harry.

—Si a alguno de vosotros os lo conceden yo os lo pagaré. Podemos aguantar un par de meses más, pero a partir de entonces... —dice con nostalgia.

—Buscaremos la solución, Harry. De momento tenemos un cliente más —digo señalando el Dodge.

—Eso me ha dicho Alex. Ven a mi despacho, Nick.

Me va a acribillar a preguntas y no voy a descubrir a Jade.

—Yo..., ya me voy —se despide John.

Nos despedimos y entramos en la oficina, toma asiento y me señala la silla que hay frente a su mesa.

—Háblame de esas condiciones.

Suelto el aire y lo miro directamente a los ojos, voy a sincerarme con él... a medias.

—¿Recuerdas al hermano de mi padre, Edward?

—Claro —arruga la frente—. ¿Tienes alguna relación con él?

—No, pero he ido a verle.

Harry se pasa la mano por su rasposa barba.

—¿Has ido a pedirle dinero?

—Un préstamo —aclaro.

—¿Me lo concederá? Si quieres voy a hablar con él. Creo que podría pagarle si no suben mucho los intereses.

—Ahí está el problema. Demasiados intereses —miento.

Harry me lo ha puesto fácil.

—Entonces déjalo, como ya te he dicho, podemos tirar un par de meses más. Ya se nos ocurrirá algo.

Asiento, aunque lo veo bastante crudo. Él también, pero intenta aguantar el tipo.

—Voy a pasar a ver a mi madre. Mañana me pondré con el Dodge —digo levantándome—. Te ayudo a cerrar.

Poco después entro por la puerta de la casa familiar y beso a mi madre en la mejilla. Está preparando un puré y lomo de cerdo, huele muy bien. Me quito la cazadora y la cuelgo en una silla de la cocina.

—¿Te quedas a cenar?

—No esperarás que yo me haga la cena, ¿verdad? —contesto con sorna mientras cojo una cerveza de la nevera.

No me voy a herniar por cocinar, además, me gusta. Pero esta mujer hace verdaderos manjares cuando se lo propone.

—No, Nick. Jamás se me ocurriría tal cosa —dice riendo.

Doy un buen trago y la observo, está de espaldas a mí. No es muy mayor, pero la vida le ha puesto tantas zancadillas que aparenta más edad de la que tiene. Mi hermana y yo intentamos que no se lleve disgustos, así que en mi cabeza ronda el asunto de tío Ed. Si sacara el tema en este momento correría el riesgo de ser agredido con la sartén que está usando.

—¿No piensas cortarte el pelo? —inquire girando la cabeza para mirarme.

—Pero... ¡si no me pasa de la nuca!

—Llevas el flequillo largo, casi no se te ve la cara.

Me lo echo hacia atrás y le guiño un ojo.

—Zalamero —me reprende, pero sé que está encantada de tenerme aquí y que echa de menos a mi hermana.

La siguiente semana la paso arreglando mi moto a ratos, mientras atiendo otras averías de los tres coches de los que me ocupo. Entre ellos, el de Jade. Nos faltan piezas para dejar a punto su Dodge, llegarán en un par de días, pero no puedo avisarla ni ella me ha llamado. Así que la que sí está a punto es mi Ducati.

Harry ha recurrido a varios bancos, pero no consigue que le concedan el préstamo. Estoy limpiándome las manos con un trapo cuando miro el cartel, que hay justo encima del garaje, que reza: «El taller de Harry». Desde que era un crío siempre ha estado ahí y me invade la tristeza cuando pienso que mi jefe puede tener que cerrarlo para siempre.

—Hola, Nick. Me encanta esta canción.

Es Chris, la chica de la cafetería. Está subiendo la rampa y viene hacia a mí. En la radio suena *Boulevard Of Broken Dreams* de Green Day.

—Hola —contesto por educación.

Le dejé claro que no iba a haber una relación entre nosotros, me pregunto si lo ha entendido.

—No has pasado ningún día a verme —se lamenta dándome un vaso de cartón caliente, no es la primera vez que lo hace.

Me ha estado rondando hasta que me acosté con ella, está claro que tengo momentos malos, algunas veces.

—Gracias.

—Es café —aclara.

—He estado liado —contesto seco.

—Ya veo... —pone su mano en mi brazo—. Corre la voz de que Harry va a cerrar.

Joder, esta gente está más pendiente de los asuntos ajenos que de los propios.

—No hagas caso, solo son habladurías —digo apartándome.

—Pues está en boca de todos.

Me estoy empezando a cabrear, hubiera preferido que viniera a tocarme los huevos con que saliera con ella de nuevo a que venga a buscar información.

—Harry se alegrará de serle útil a la comunidad.

Me agacho para seguir trasteando el carburador de la moto, ahora solo me falta limpiarla y estará lista para usar...

—¿Qué haces este fin de semana? —pregunta a mi espalda.

Allá vamos.

—Aún estamos a jueves, no tengo ni idea de lo que haré el sábado. —Salgo por la tangente sin mirarla.

—Hay una fiesta en casa de...

—No me gustan las fiestas —corto de nuevo.

Tendré que estar más atento cuando decida follarme a alguien. Chris ni siquiera me gusta. Es decir, es buena tía, pero no estamos en el mismo juego.

—¿Y si nos vamos tú y yo por ahí?

—Estoy ocupado.

—Has dicho que no sabías lo que ibas a hacer, te estoy dando ideas.

Dejo el trapo sobre el asiento de la moto y me enderezo para mirarla.

—Creo que dejé claras ciertas normas, Chris.

Ella da un paso atrás y arruga su bonita frente.

—Eres un cerdo.

—Puede ser, pero te dije lo que buscaba aquella noche y accediste.

—¡Vete a la mierda!

Se da la vuelta y camina a toda velocidad.

—¿No has querido arreglarle los bajos? —suelta John cuando ella ya está lejos.

—Que te jodan.

Pero mi contestación hace que se ría a carcajadas.

Capítulo 6

—Agárrate al cabezal —me ordena Cherokee.

Se pone detrás y me sube la falda de cualquier manera, me arranca las bragas y entra en mí de golpe. No estoy preparada y me está haciendo daño. Aun así, no me quejo. Su pelo me hace cosquillas en la espalda y eso tampoco es agradable ahora mismo. Nada en él lo es.

Sus manos aprietan mis pechos por encima de la ropa y no puedo evitar gritar. Estoy segura de que se lo ha tomado como si realmente me gustara lo que está haciendo. No me importa.

Nada de lo que ocurre en el club me importa y decido concentrarme en la música del bar *Enter Sandman* de Metallica que llega hasta mis oídos.

Él gruñe, jadea y se descarga en mi interior. Maldito bastardo, por suerte no tiene mucho aguante, por lo menos, no conmigo. Y eso es algo que me va a favor; la tortura pasa rápido.

Se niega a usar condones y no sé si soy la única que pasa por su cama. Sospecho que no. Por eso me escapo de vez en cuando y acudo a la consulta de una ginecóloga, las pruebas salen bien, pero terminará por contagiarme algo. Tomo anticonceptivos a sus espaldas, no quiero un hijo de este hombre. Tuve que hacerme pasar por prostituta para que esa doctora me atendiera gratis. Es cosa del gobierno; las putas de Los Ángeles deben estar sanas.

Cherokee me rescató en un momento dado, pero considero que ya no le debo nada. He trabajado tras la barra del bar durante tres años, creo que he pagado mi deuda con creces. Por no nombrar las veces que ha abusado de mi cuerpo o las veces que me ha pegado y gritado, solo porque tiene un mal día.

—Vístete —gruñe empujándome.

Necesito una buena ducha y un desinfectante, aunque no lo diré en voz alta.

—Y ponte la ropa que me gusta, no esa mierda que llevabas.

Asiento sumisa, es mi manera de no hacerlo sospechar, porque la idea es huir de aquí a toda costa. Pero no tengo dinero ni amigos que puedan prestármelo, él se ha encargado de eso, y tengo muy claro que no recurriré a mis abuelos o padrastro por nada del mundo.

—Ahora dime quién era el hombre que te trajo hasta aquí.

¿Nos han visto? Hace una semana de eso. No he podido contactar con Nick y tengo miedo de que aparezca por el club.

—No es nadie. —No descubriría a Nick—. Me perdí de vuelta al club, solo me ayudó...

Veo venir la bofetada, aun así, no me aparto, aunque caigo de bruces sobre la cama.

—¡Mientes, zorra! ¿Tan inútil eres? ¿Quién coño es?

Me agarra el pelo y levanta mi cabeza, mi cuello acusa la postura y grito de dolor.

—No lo sé... le dije que vivía en esta zona... pero no le hablé del club.

—Juro que te mataré y esconderé tu cadáver. Eres mía, no lo olvides. Y no vuelvas a salir sin mi permiso, ¿lo has entendido?

—Sí... sí.

Me odio a mí misma.

—Ahora vístete como la puta que eres y baja a trabajar. Si miras a un solo hombre...

—No lo haré —aseguro.

No lo va a dejar estar, le conozco.

Me mira mientras me pongo unas bragas limpias y unos pantalones de cuero. Después una camiseta negra de manga larga y no me pongo sujetador porque él no me lo permite. Sobre la camiseta tengo que ponerme el maldito chaleco.

No puedo ducharme y eso me cabrea bastante.

Ya estoy lista, pero él no se aparta de la puerta. Observo su rostro. Lleva una larga barba negra, igual que sus ojos enmarcados por unas pobladas cejas. No es guapo, ni siquiera atractivo.

—Eres preciosa —dice sonriendo.

Siempre he pensado que es bipolar. Tan pronto está contento como, de repente, se transforma en un monstruo. Todos en el club le temen, yo incluida.

—Gracias —contesto poniendo mi mejor cara.

—Ahora sal de aquí y no vuelvas hasta que haya salido el último cliente.

—Sí.

Paso por su lado y abro la puerta. Él me da con la mano en el culo y aprieto los dientes. Sigo caminando hasta llegar a las escaleras que conducen al bar, pero me detengo al ver subir a Kate, la chica de Ray.

Está enorme con su barriga de embarazada y la escalera es estrecha. Giro la cabeza y me alivia comprobar que Cherokee no me sigue.

—Mierda —susurra Kate al llegar a mi altura, me está mirando la mejilla. Debo tenerla roja.

Niego con la cabeza y empiezo a descender. A ella nunca le he visto una sola marca. Creo que Ray respeta a su chica y jamás le ha puesto la mano encima. Kate y yo no hablamos mucho, pero me cae bien.

Cuando me meto detrás de la barra dejo que los chicos pidan sus bebidas y yo me limito a servirles sin mirar a ninguno. Sé que en el despacho de Cherokee hay pequeñas pantallas desde las que ve todo lo que ocurre en el bar. No hay sonido, solo imágenes.

—¿Lo ha vuelto a hacer? —pregunta Ray mientras estoy fregando algunos vasos largos.

No contesto.

—Maldito cabrón, voy a hablar con él.

—No —digo sin levantar la cabeza.

Ray y Jason tuvieron que llevarme, hace un año, al hospital, después de una paliza que me dio y por la que terminé con un brazo roto.

—No puede tratarte así, Jade. ¿Qué ha pasado?

—Por favor, Ray.

Suelta el aire y sigue bebiendo su cerveza. Lo miro un momento aprovechando que coloco los vasos enfrente.

—No te metas en problemas, vas a ser padre. —Vuelvo a colocar más vasos.

—Lo sé, pero...

—Cuida de Nick, alguien nos vio.

No puedo hablar más y me voy a la otra punta de la barra para servir más cerveza. Ray me mira juntando las cejas.

Desvió la mirada por enésima vez y doy un repaso general. Nadie parece estar pendiente de nosotros. Sugar, el vicepresidente, está sentado en una de las mesas y le da vueltas a una navaja entre los dedos mientras otros tres hombres le hablan. No sé quién le puso ese apodo, pero es un

maldito sádico.

—¿Todo esto es por Nick? Maldita sea —exclama furioso.

—No te cabrees con él, me recogió cuando mi coche se estropeó —le confío, porque sé que no se lo diré a Cherokee si Nick está involucrado, o eso espero.

Me voy moviendo de un lado a otro. Ray está cabreado y nos pueden ver.

—Ven aquí —gruñe entre dientes.

Me acerco, pero me quedo a una distancia prudencial y él me pide otra cerveza.

—¿Desde cuándo tienes coche? —pregunta, furioso.

—Es una larga historia...

—Que me vas a contar, ahora —termina él.

—No, Ray.

—Está bien. —Se levanta y se va escaleras arriba.

Miro sus pies y rezo para que no vaya en busca de Cherokee. ¿Quiere que me mate? Ray no me trata mal, pero es fiel a su presidente. Un sudor frío desciende por mi espalda y noto cómo mis manos empiezan a temblar.

No tenía que haberle dicho nada. Pero Nick es su amigo y quiero que lo proteja de Cherokee. Estoy segura de que terminará sabiendo que fue Nick quien que me trajo y la tomará con él.

—¡Sube! —grita Ray bajando las escaleras de nuevo—. ¡Kate está teniendo contracciones y no sé qué hacer!

Se dirige a mí y, aunque no tengo ni idea de por qué supone que yo sé lo que hay que hacer, un gran alivio me recorre de los pies a la cabeza.

—¡Tú! Ocuúpate de la barra —dice señalando a una de las putas más veteranas.

Salgo de detrás del mostrador y subo las escaleras tras de él. Abre la puerta de la habitación en cuanto llego a su altura y me hace entrar. Cuando cierra, veo a Kate sentada tan tranquila en el borde de la cama. Se lleva un dedo a los labios pidiéndome silencio y de repente grita para, acto seguido, sonreír. Es una pantomima, pero no entiendo la razón de todo esto.

—¿Por qué Jade ha abandonado el bar? —oigo bramar a Cherokee a través de la puerta.

Miro a Kate y ella niega con la cabeza.

—Creo que Kate está de parto y no voy a permitir que ninguna puta de ahí abajo se acerque a ella. —La voz de Ray suena contundente.

—Déjame entrar —ordena el presidente y yo me llevo una mano a la boca.

Kate aúlla de nuevo, lo hace bien.

—Vamos, Cherokee, mi chica está desnuda en la bañera.

—Pues llévala a un jodido hospital. ¡Jade!

—Le diré que la ayude a vestirse y nos iremos —propone Ray.

No escucho nada más y suelto el aire. Parece haberlo convencido.

—Diez minutos —suelta Cherokee.

Está enfermo, no puede seguir controlándome de esta manera.

—Perfecto —contesta Ray—. ¡Kate, nos vamos al hospital en diez minutos! —grita a través de la puerta.

—¡Sí! —responde ella, también a gritos.

Kate me hace una señal y entramos en el baño privado de su habitación.

—¿Qué es eso de que tienes coche? Ray quiere saber qué pasa con Nick.

—No es nada.

Me coge la mano y tira de mí hasta que me siento en el borde de la bañera, a su lado.

—Solo tenemos diez minutos. Si has puesto en peligro al amigo de Ray, tenemos que saberlo. ¿Lo he puesto en peligro? Mierda, me temo que sí.

—Fui a ver a un médico. Ese coche lo compré con mis ahorros...

—¿Estás enferma?

No tengo mucho tiempo para decidir si hablo o no, y me decanto por dejarme de tonterías.

—Cherokee no usa protección, solo son controles rutinarios.

—Ese hombre es idiota.

No me atrevo a darle la razón, no me fio de nadie del club. Pero hablo por Nick, para evitarle problemas.

—¿Qué tiene que ver Nick en todo esto?

—Mi coche se estropeó y él pasaba por allí. En resumen, me trajo a casa, aunque me dejó a unas cuantas calles de aquí. Cherokee me ha interrogado sobre el coche del que alguien me vio bajar. No sé si lo vieron a él.

—Joder, es muy probable.

Vuelve a gritar y a mí me da un susto de muerte.

—No estás de parto, ¿verdad? —pregunto solo para asegurarme, ha conseguido hacerme dudar.

—No, Jade. Ahora sal de aquí y vuelve a la barra. Ray y yo nos encargaremos de esto.

—No quiero meteros en problemas.

—No lo harás, tranquila. Y me gustaría que acudieras a mí, siempre que lo necesites.

Sigo sin fiarme. Ellos ya estaban aquí cuando llegué, su fidelidad debe ser para Cherokee, aunque sé que aprecian a Nick.

—Gracias.

Kate nunca ha sido cercana a mí, pero siempre ha tenido una palabra amable. Espero que puedan poner sobre aviso a Nick. Solo por si acaso.

—Vamos, sal.

Asiento.

—Espera —me pide cuando ya estoy abriendo la puerta del baño—. ¿Para qué quieres el coche?, ¿para huir?

No me esperaba esa pregunta. Demasiadas veces no he podido esconder los golpes que Cherokee me ha propinado, Kate lo sabe y los ha visto. Supongo que por eso me interroga.

—Es solo para sentirme más libre, no pensaba huir. No tengo a donde ir —contesto convincente, o eso creo.

—No lo intentes, simplemente deja que se canse de ti y él mismo te eche, lo ha hecho otras veces. Si huyes, te matará.

—Lo sé. —Aunque mi cabeza está cuestionando sus palabras; llevo tres años aquí, ¿por qué no se cansa de una vez?

¿Por qué a esta gente le gusta vivir en esta especie de dictadura? ¿Todos los clubs de moteros son así? Espero que no, que haya presidentes que sepan hacerse respetar sin amenazar y sin disparar a nadie.

—¿Qué marca de coche tienes? —pregunta Kate sacándome de mis pensamientos.

—Un Dogdge Dart del 75. ¿Qué importa eso?

—Curiosidad. Ni siquiera conozco ese modelo.

Vuelvo a asentir y salgo. Cruzo la habitación y abro la puerta que da al pasillo. Ray parece nervioso, pero Cherokee clava la mirada en mí y levanta una ceja. Está apoyado en la pared de

enfrente con los brazos cruzados sobre su enorme pecho.

—Tienes que llevarla al hospital, ya está vestida, pero tiene mucho dolor —digo lo más tranquila posible.

—Mierda —contesta Ray entrando y cerrando la puerta.

—¿Desde cuándo sabes de partos? —pregunta mi maltratador.

—No sé nada. Creo que Ray se ha puesto nervioso y ha pensado que otra mujer podría ayudar, supongo.

Descruza los brazos y se acerca a mí, doy un paso atrás temiéndome lo peor, ¿no se ha creído ni una palabra?

—La próxima vez, pregúntame antes de actuar por tu cuenta. —Señala la escalera—. Ve abajo. Asiento y comienzo a caminar aliviada.

Capítulo 7

La historia de mis últimos once años es bastante dramática. Ni siquiera Cherokee sabe nada de mi pasado. Si en algo me adelanté, fue en hacerle creer que sigo sin recordar nada de mi vida anterior a él.

La familia de mi padre pertenece a la alta sociedad de San Francisco. Él se casó con una mujer perfecta, según mis abuelos. Fue una boda de conveniencia que no gustó a ninguno de los dos recién casados. Mi padre me contó, años después, que lo hizo para no perder su patrimonio y siempre me juró que él no permitiría lo mismo para mí.

Al cabo de dos años se separaron y mi historia comenzó con mi padre encaprichándose de mi madre al poco tiempo de su separación. Mi madre era diez años menor que él, pero esa diferencia no importó, ni tampoco que mi madre fuera una mujer solitaria, salida de un orfanato y sin familia. Se casaron y me tuvieron dos años después.

Mi infancia fue feliz, nunca me faltó de nada. Pero cuando cumplí catorce años, mi padre murió en un trágico accidente; le gustaba practicar paracaidismo y algo falló. Hubo una investigación, pero todo apuntaba a un error de cálculo mientras probaba una nueva técnica de vuelo. Lo encontraron en el fondo de un barranco.

Me desmoroné junto a mi madre que, para consternación de mis abuelos, heredó la empresa de su marido, no sé qué esperaban que pasara. No levantábamos cabeza, su recuerdo nos asaltaba a diario y no podíamos evitar evocar los buenos tiempos y terminar llorando.

Por suerte, el mejor amigo de mi padre nos ayudó. Aunque mi padre ya había mostrado a mi madre cómo llevar el negocio de la construcción de yates, que Rob y su familia estuvieran pendientes de nosotras nos fue muy bien. Y lentamente, volvimos a sonreír. Al cabo de unos años, Rob se mudó a otra ciudad junto a su mujer e hijos y les perdimos la pista. Pero fuimos capaces de salir adelante por nosotras mismas.

Cuatro años más tarde, mi madre se volvió a casar. Alvin nunca me gustó, era prepotente y muy vanidoso, pero mi madre lo adoraba. Era un par años mayor que ella y siempre creí que si a mi madre le gustaba yo terminaría por tolerarlo. No fue así.

—¡Eh, guapa! ¿Dónde están nuestras cervezas? —Un hombre me saca de golpe de mis pensamientos.

El hecho de no mirar casi nunca sus rostros, hace que reconozca todas las voces de los hombres del club y el dueño de esa voz no encaja aquí.

Dos *prospect* o aspirantes a entrar oficialmente en el club se meten detrás de la barra y empiezan a servir las cervezas. Sugar, el vicepresidente, y el sargento de armas, Cam, se acercan también a la barra.

Sugar toca mi brazo y me hace una señal para que me largue señalando la escalera con el pulgar. No espero a que me lo repita. Voy hacia la escalera y echo un vistazo antes de llegar arriba, se trata de un grupo de otro club. Consigo ver el nombre en uno de los chalecos. «Coptom Angels».

Hacen negocios entre ellos, lo sé. Pero a mí siempre me apartan. Tampoco es que me interesen demasiado esos chanchullos.

Cherokee abandona la gran mesa ovalada y sale de su despacho para bajar cuando paso por delante.

—Métete en la habitación y no salgas —me ordena.

No contesto y me meto dentro, justo enfrente de la sala de reuniones. Mi mente va a mil por hora. Debería llamar a Nick, esta podría ser mi única oportunidad. En un arrebato de valentía entro en la gran sala, que Cherokee llama despacho, y miro los monitores. Los tengo a todos controlados. Descuelgo el teléfono fijo y marco de memoria el número de Nick.

—¿Sí? —contesta rápido.

—Soy Jade.

—Hola, ¿Cómo estás? —Me gusta oír su voz.

—Bien —miento—. ¿Has podido arreglar el coche?

—*En un par de días llegarán las piezas que me faltan, es un coche viejo, cuesta encontrarlas.*

Mis ojos no se apartan de los monitores: Ray acaba de entrar en el bar y parece furioso. Aunque no tengo controlada a Kate, espero que esté en su habitación y no me vea salir de aquí. Ella y Ray tuvieron que ir al hospital, la noche que simuló ponerse de parto, para cubrirme, y cuando volvieron dijeron que había sido una falsa alarma. Cherokee ni siquiera se afectó. Por suerte, es tan idiota que no presta atención cuando se trata de mujeres, solo yo tengo ese maldito privilegio.

—¿Jade?

—Sí, estoy aquí.

—¿Estás segura de que todo está bien?

—Sí. No sé cuándo podré conducirlo. ¿Podrías guardar las llaves? Te pagaré...

—*No hay problema.*

Veo a Cherokee, Sugar y Ray dirigirse al fondo del bar para subir.

—Tengo que colgar. No llames a este número.

Cuelgo y salgo deprisa mientras oigo el sonido de las botas golpear cada peldaño. Abro con cuidado la habitación que comparto con Cherokee y, cuando estoy dentro, me apoyo en la puerta y respiro aliviada. Sus voces me alteran, así que entro en el baño y me doy una ducha.

La primera vez que vi a Nick fue en el bar y llamó mi atención inmediatamente. Su altura y esos preciosos ojos verdes me atrajeron tanto que lo observé más de la cuenta. Y aunque su mirada es siempre fría y distante, incluso intimidante, cuando nuestros ojos se encuentran, mi corazón se calienta y algo cambia también en su rostro. Tiene un cuerpo fuerte, aunque no es exagerado. Las caderas estrechas y los hombros anchos. Con el tiempo, me he dado cuenta de que siempre lleva una cazadora de cuero negra y diferentes tipos de vaqueros, unas veces oscuros y otras más claros. Algún mechón de su pelo cae a menudo sobre su frente y eso lo hace más atractivo aún.

He visto a algunas putas del club acercarse a él, pero siempre las despacha. Imagino que no son lo que busca, así que no me hago ilusiones. Primero: por Cherokee, que me tiene prácticamente secuestrada y va proclamando que soy suya, y segundo: porque para Nick solo soy la puta del presidente. Esa es la percepción que debe tener de mí.

Me seco el pelo con la toalla y me miro en el espejo, ya tengo un dedo de raíz oscura otra vez. Mi color natural es castaño oscuro, en contraste con mis ojos azules, pero me lo tiño de un rojo

vino para que nadie me reconozca. Siempre llevo gafas de sol cuando salgo, que es muy poco. Pero, a veces, Cherokee me obliga a ir con él a San Francisco y temo que alguien de mi antigua vida pueda fijarse en mí.

Me luce ante todos; soy su muñeca y puede hacer conmigo lo que quiera, eso es lo que quiere proyectar... y consigue que todos lo crean.

Pero ya no soy aquella niña que recogió en San Francisco. Con veinticinco años puedo apañármelas sola y el plan ya está trazado. Solo necesito que el momento oportuno se presente ante mí. Aunque debería ahorrar más; solo puedo guardar alguna propina y eso no da para mucho.

Tengo que pagar la reparación del coche y eso, me temo, me va a dejar sin blanca. No tengo ni idea de cómo puedo entregarle el dinero a Nick y recuperar las llaves. Ray sería una opción, pero sigo sin confiar en él para esto.

Cuando salgo del baño hay un buen revuelo fuera de la habitación; algunos gritan, otros sueltan exabruptos y algunas chicas corren por el pasillo.

¿Qué estará pasando? Me visto deprisa y abro un poco la puerta. Kate camina hacia su habitación, la veo entrar con Ray detrás y cierro antes de que alguien me descubra.

No hago más que apartarme cuando Cherokee entra y coge su bolsa de lona. ¿Se va?

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos. Negocios —explica a desgana.

Sigue metiendo camisetas y varios pantalones, parece que va a estar varios días fuera. Solo me falta saltar de alegría, aunque me retengo.

—Se quedarán cuatro hombres y tienen órdenes de vigilarte —amenaza.

Mierda.

—Ray quiere que estés pendiente de Kate, así que no se te ocurra hacer ninguna tontería o lo pagarás caro.

—No, cuidaré de ella.

Se acerca y me coge de la barbilla, sus dedos parecen garfios y se clavan en mí. Me besa, su lengua me invade y recorre toda mi boca. Mi primer instinto es separarme de él, pero aguanto hasta que termina.

—Buena chica.

Sale de la habitación y yo corro a lavarme los dientes. Este hombre me da asco, mucho.

Me siento en la cama y empiezo a darle vueltas a todo. No sé cómo lo voy a hacer, pero tengo que marcharme de aquí.

De momento, no levantaré sospechas y haré mi vida normal. Bajo al bar y empiezo a lavar vasos y jarras. Parece una tontería, teniendo en cuenta mi situación, pero librarme de él durante unos días y tener la posibilidad de salir al aire libre, aunque sea en el *parking* delantero, me hace sentir eufórica. Incluso me permito disfrutar de *Ace Of Spades* de Motorhead, que suena a todo volumen.

Miro a mi alrededor y, al contrario que yo, algunas de las chicas parecen tristes; van a echar de menos a esos hombres. Nunca he entablado amistad con ninguna de ellas, la razón: Cherokee. Me mantiene aislada de todo y de todos. Solo puedo hacer salidas cortas y si no vuelvo a tiempo, el castigo está asegurado.

Ellas son libres de entrar y salir y, aunque sé que algunas ansían mi puesto por lo que eso significa, sigo sin comprenderlas. Podrían ser libres, pero vienen día tras día esperando convertirse en la propiedad de algún integrante del club. Qué triste.

Capítulo 8

Estoy hablando con Harry en su despacho. Alex ha ido a buscar un coche averiado en la autopista y John está en el foso haciendo un cambio de aceite.

—Podemos aguantar, podemos aguantar —dice Harry mirando los papeles que yo mismo he preparado.

—Sigue repitiéndolo —digo sonriente.

Prefiero que sea optimista al respecto, a pesar de que la cosa está jodida.

—¡Eh, Nick! ¡Acaba de llegar Ray! —grita John desde el garaje.

—Ya salgo.

Pero parece que Ray tiene prisa y entra en el despacho cuando me estoy levantando.

—¡Tú! —grita empujándome hacia una estantería que hay a mi espalda—. Te dije que no te acercaras a ella.

Me enderezo y me planto a solo unos centímetros de su rostro. Está cabreado, muy cabreado.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —pregunto con los dientes apretados.

¿Cómo cojones sabe que la he visto?

—Ese coche de ahí afuera es de Jade, ¿verdad?

—¿Y qué si lo es? Solo la atendí como hubiera hecho con cualquier otra persona en apuros —miento.

—Y una mierda.

—¡¿Quién más lo sabe?! —Ahora soy yo el que le empuja. Empiezo a ser consciente del peligro que corre Jade.

Harry nos observa alucinado.

—Solo Kate y yo, pero es cuestión de tiempo...

—Mientras no lo sepa ese cabrón —le corto.

—Terminará por enterarse. Alguien la vio salir de tu coche. Así que no vayas por el club ni uses tu coche durante un tiempo.

—¿Ella está bien? —inquiero bajando la voz y haciendo que suene amenazante.

Ray no contesta.

—¡¿Quieres que vaya a buscar la información por mí mismo?! —amenazo, aunque lo voy a hacer de todas formas.

—Está bien, joder. Pero asustada. Me pidió que te protegiese.

—No necesito tu puta protección.

—Chicos...

Harry no sabe de qué va todo esto.

—Vamos fuera. —Empujo a Ray por la espalda.

Una vez salimos al exterior nos quedamos cerca del Dodge.

—¿Que no necesitas mi protección? Como el presidente se entere de esto...

—Ray, ¿cómo lo sabes? ¿Ella ha hablado contigo?

—¿Quieres que Cherokee me corte los huevos? ¡No puedo hablar con ella de nada que no sea pedirle una cerveza! Kate y yo hemos encontrado la manera de que Jade pudiera estar a solas con mi chica y se lo ha explicado.

Ray se queda mirando el coche de Jade.

—Y eso es una jodida mala idea —dice señalándolo.

—Y tú crees que soy idiota, Ray. En todo este tiempo nunca levanta la vista cuando está en el bar. ¿La tiene secuestrada o algo así? ¿Amenazada?

—No.

—¡Sabes que sí! —grito.

—Así es como funciona, Nick. Las mujeres que son propiedad de los hombres del club les deben obediencia —explica condescendiente.

—No te veo actuando así con Kate, ni a Jason con Mary, ya que estamos.

Ray se pasa la mano por la cabeza afeitada.

—No le devuelvas ese coche, despiézalo, véndelo, pero que no lo vea Cherokee. Si piensa que va a huir del club, la encerrará para siempre.

—El coche se queda aquí, pero voy a sacarla de ahí.

Su mirada se recrudece.

—¡Lo sabía, sabía que estabas pillado por ella! —Me señala con el dedo—. No te metas en los asuntos del club —advierte.

—Ella no es asunto de nadie...

—¡Es asunto de Cherokee, joder!

Su móvil empieza a sonar con la música estridente de AC/DC.

—¡Qué!... ¿Cómo?... Mierda... Enseguida voy.

Cuando cuelga levanto una ceja.

—Tengo que volver. Problemas —explica escueto.

—¿Con Jade?

—No.

Cuando está caminando hacia su moto me pongo a su altura.

—Vas a ser padre, sal de ese jodido club —lo increpo.

—No es tan fácil, Nick —admite para mi sorpresa.

—No tenéis familia, ni tú ni Kate, desapareced.

Ray se monta en la moto y me mira.

—Te repito que no es tan fácil.

Arranca y da la vuelta para largarse. No puedo irme ahora, tengo trabajo, pero pasaré por el club. Diga lo que diga Ray.

Media hora más tarde estoy mirando la pantalla de mi teléfono contrariado. Jade me ha llamado y me ha pedido que le guarde las llaves del coche, la he notado nerviosa y me ha colgado sin darme tiempo a decir mucho.

No voy a meterla en ningún problema, dejaré mi coche aquí y llevaré la moto.

Vuelve a sonar mi teléfono y lo miro con la esperanza de que sea ella. Pero es Ray.

—Tengo que salir de la ciudad.

—¿Adónde vas?

—Eso no importa, Kate saldrá de cuentas mañana y no podré estar aquí. Necesito que estés un poco pendiente.

—Eso deberías hacerlo tú —contesto cabreado con la situación.

—¿Crees que no lo sé? Maldita sea, Nick, deja de machacarme. Te lo estoy pidiendo como amigo, no podría confiar en nadie más.

—Está bien, dile que me llame si me necesita.

—Gracias.

Corta la llamada y sigo sin comprender por qué Jason y él se metieron en esa mierda. Debo suponer que eso debía ser lo más, unos años atrás, pero que ahora están notando el peso de su compromiso con el club.

Me monto en mi moto y me dirijo a la ciudad, al club de la zona industrial al norte y tengo toda la intención de entrar.

Estoy parado en un cruce cuando el rugido de las motos del club anuncia su llegada. Pasan por delante de mis narices, van unos treinta en formación de dos. La gente se detiene en la calle para mirarlos, aunque no creo que les haga gracia alguna, la fama los precede. Los veo alejarse de la ciudad y eso me da ideas.

Me desvío por unas cuantas calles estrechas y aparco delante del club.

Jade está en la barra, pero apenas hay gente; dos tipos ocupando una mesa, que parecen ser a la última adquisición de Cherokee, son demasiado jóvenes, y Kate bamboleándose mientras baja la escalera junto a Mary, la mujer de Jason.

Me acerco a la barra y pido una cerveza al proscrito que está junto a Jade.

—Nick, ¿cómo tú por aquí? —reconozco el sarcasmo en la voz de Kate.

—He venido a verte, Ray me ha dicho que ya sales de cuentas.

—Sí, ya tuve un aviso el otro día. —mira de reojo a Jade, pero esta sigue sin mirar hacia nosotros—. Pero me hicieron volver, se ve que este niño no quiere salir.

Todos están pendientes de nuestra conversación y juraría que los críos presentes están más que felices de verme aquí. Si Kate se pusiera de parto en este momento, no sabrían ni por dónde empezar. No es que yo sepa mucho más.

Maldito Ray.

Echo un vistazo a Jade y cuando ella se aparta el pelo de la cara poniéndolo detrás de la oreja veo su pómulo de un rojo intenso. La furia empieza a crecer en mi interior y me levanto de golpe del taburete. Ella ve el gesto y agranda los ojos en mi dirección.

Antes de que pueda acercarme, Kate coge mi brazo.

—Cuéntame, ¿cómo están las cosas en el taller? —Sé que lo hace para que no monte un espectáculo, pero no puedo dejar de mirar a Jade hasta que ella deja ir el pelo de nuevo.

Está claro que no me lo quería mostrar, lo de colocar el pelo tras la oreja ha sido un acto reflejo que hace a menudo.

—¿Nick? —pregunta Mary que parece seguirle el rollo a Kate.

La miro y sé que mi gesto relajado, ha cambiado a uno de furia apenas controlada. Kate me aprieta el brazo pidiéndome así que lo deje correr.

—Bien —digo a desgana.

Ese cabrón ha tocado a Jade. ¿Cuántas veces lo habrá hecho durante estos años?

Me acerco a Kate y le hablo al oído.

—Quiero hablar con ella.

Se aparta rápido y mira a su alrededor, por suerte, los otros ya vuelven a estar a lo suyo.

—Está bien, nos vemos. Te llamaré si me pongo de parto.

Me da un pequeño empujón para que me vaya, pero no me muevo del sitio.

—¿Estarás pendiente del teléfono? —me pregunta levantando una depilada ceja.

Kate es demasiado bonita para Ray. Su tez blanca contrasta con la de él que está muy bronceada. Lleva la melena negra muy larga y ondulada y sus ojos marrones son muy expresivos.

—Llámame. —amenazo.

Suena como una orden y, aun así, me da igual.

No miro a Jade cuando salgo.

Estoy dando una vuelta a la manzana cuando Kate me llama al móvil: eso es lo que estaba esperando.

—Por la parte de atrás, ella te está esperando, ven a pie.

Dejo la moto aparcada delante de una lavandería y cruzo la calle. Tengo que meterme por un callejón estrecho entre dos edificios y saltar varias tapias antes de llegar hasta el terreno que hay detrás del club. Sorteó la chatarra que Cherokee guarda con tanto mimo; motos antiguas y coches desmontados, y llego hasta un lateral.

Es un taller clandestino donde también arreglan sus propias motos. Ray y Jason prefieren que yo arregle las suyas, pero ellos trabajan aquí.

Asomo solo la cabeza y la veo apoyada en un lado de la puerta trasera.

—Jade —susurro.

Ella me mira, pero no se mueve.

—No deberías haber venido —susurra mirando al frente.

Salgo de mi escondite y pegado a la pared llego hasta ella, cojo su mano y volvemos juntos hasta donde yo estaba.

Ella se apoya en la fachada y me mira. Clava esos preciosos ojos azules en mí.

—¿A qué estás jugando, Nick? Te dije que no vinieras.

—No estoy jugando a nada. Me preocupo por ti.

—Estoy bien.

Paso el pulgar por su mejilla y rozo el golpe.

—No, no lo estás. ¿Esto pasa a menudo?

Cierra los ojos y aparta mi mano.

—Sé cuidarme sola.

—Jade...

—No interfieras en mi vida, Nick.

Cojo su barbilla y, sin pensarlo demasiado, busco sus labios. Quiero hacer esto desde hace tiempo. Desearla es lo que hago a todas horas.

Ella no me aparta y se hace patente esa atracción que sentimos el uno por el otro. Esas miradas furtivas que hemos cruzado tantas veces, ahora tienen mucho significado. Acabamos de despertar algo que estaba latente en los dos.

Capítulo 9

Nick me besa y al mismo tiempo atrapa mi cintura y me pega a él, noto su cuerpo fuerte cuando mis pechos conectan con su cuerpo. Apoyo las manos en sus hombros y me pongo de puntillas. Es alto; me pasa una cabeza, y eso que llevo tacones.

Le devuelvo el beso; es tal como siempre lo había imaginado, apasionado y suave al mismo tiempo. Su lengua acaricia la mía y sus gestos son tan sensuales, que me sorprendo deseando que no termine. Me dejo llevar sin reservas.

Me estoy excitando como hace tiempo no hacía, es una nueva sensación para mí. Nada me gustaría más que hacer el amor con este hombre. Si besa así, ¿cómo debe ser estar desnuda entre sus brazos?

Enseguida deshecho la imagen de mi mente; estoy atada a Cherokee.

Él se separa y apoya su frente en la mía.

—Ven conmigo, Jade.

—Sabes que no puedo, no pondré a todo un club detrás de ti.

—No me importa.

Me separo un poco y miro sus ojos verdes, son tan bonitos que podría perderme en ellos durante horas. Sus manos siguen en mi cintura, son grandes y casi me rodean.

—Por favor, Nick. Deja que solucione mis problemas.

—Admites que tienes problemas —afirma.

—¿Quién no los tiene? —pregunto intentando aligerar el momento.

—No puedo dejarte aquí, no con ese hijo de puta.

Cierro los ojos porque ese insulto es el que más se ajusta a Cherokee.

—Piensa en Ray y Jason, sé que son tus amigos, siempre vienes con ellos.

El frunce el ceño.

—Sabrán arreglárselas.

—¿Y qué me dices de sus chicas? Ahora mismo soy responsabilidad de Kate y Mary. No puedo largarme y que ellas tengan que responder por mis actos.

Nick golpea la pared a mi espalda con la mano abierta.

—¡Joder! —masculla.

Acaricio su rostro porque, a pesar de ese arrebato, no me asusta, no como el cabrón del presidente. Su mejilla es rasposa, pero no me importa. Me encanta tocarlo, lo acabo de descubrir. Mis dedos recorren su pómulo afilado y descienden hasta su mandíbula marcada. Es tan guapo. Él me observa sin moverse.

—Me gustas mucho y eres un buen hombre, no arruines eso.

—No, no soy lo que piensas. Si tengo que pegarle un tiro a Cherokee, lo haré sin remordimientos. Hace tiempo que lo tengo cruzado.

—¿Por qué? —pregunto cauta.

—Intentó reclutarme y me negué, ya sabes, toda una ofensa. Sé que me la tiene jurada.

—Entonces, ¿por qué vienes al club? ¿No es eso una provocación?

—Antes no lo hacía, pero cierta mujer apareció y deseaba verla a todas horas, aunque fuera inalcanzable y pasara largas temporadas sin encontrarla en la barra.

Sus ojos se fijan en mis labios y los acaricia con la punta del dedo.

Sé que habla de mí porque me ocurrió igual. ¿Cuántas noches me he sorprendido a mí misma esperando a que apareciera con Ray? ¿Y cuántas más me he decepcionado al no verlo entrar en el bar?

—Es raro que Cherokee te deje entrar.

—Parece que Ray lo mantiene a raya en ese aspecto. Sospecho que le ha insinuado que puedo terminar uniéndome al club —continúa explicando.

—No creo que lo hagas.

—Nunca lo haré —ratifica.

Dejo de tocarlo y aparto su mano, que sigue apoyada en mi cadera.

—Tengo que entrar.

Pero él coge mis manos y besa mis nudillos.

—Déjame intentar algo. No te muevas.

Saca el teléfono del bolsillo y marca un número.

—¿Kate?

Puedo oír la voz de la chica, pero no la entiendo. Parece que acaba de insultarlo y Nick sonrío.

—Cálmate, ¿te encuentras bien?

Nick vuelve a sonreír.

—No me alcanzarías con ese bombo, mujer.

Ahora soy yo la que sonrío, Kate debe querer patearle el trasero.

—Me llevo a Jade —suelta.

Yo niego con la cabeza y lo empujo.

—Dos días —continúa—. Si te pones de parto, me llamas. Si Ray avisa de su vuelta, me llamas. Me da igual lo que te inventes para justificar su ausencia. Di que la necesitas en tu habitación, esos aspirantes no se enteran de nada, joder.

Está escuchado y frunce el ceño.

—Gracias cariño, yo también te quiero.

Oigo los gritos de Kate antes de que él corte la llamada.

—Prefiero pensar que es su embarazo lo que la hace ser tan creativa insultando —dice con una sonrisa torcida.

Quiero reírme, pero no puedo. Esto es demasiado serio.

—No puedo...

Me da la mano y tira de mí.

—Vive, Jade. Por una vez, olvida el club y ven conmigo.

Miro mi atuendo, llevo vaqueros, una camiseta blanca de manga larga y las botas altas de tacón. Me quito el chaleco hago una bola con él y lo meto dentro de un coche medio aplastado que tiene las ventanillas rotas.

—¿Eso es un sí? —me pregunta cogiéndome por la cintura y apartándome de la chatarra, sus ojos irradian felicidad.

Solo puedo sonreír cuando me besa en los labios.

—No te arrepentirás, te lo prometo —dice cogiendo mi mano y llevándome hacia un coche

muy antiguo.

Subo a lo más alto y él pasa el muro primero, es ágil. Después de aterrizar, me tiende las manos para ayudarme.

Saltamos tres muros más y corremos por un callejón hasta que llegamos a su moto.

—Toma, pónelo. ¿Puedes esconder el pelo debajo? Así pasarás desapercibida —me aconseja, pasándome el casco integral.

—Sí. —Me hago un moño, lo aplasto e inmediatamente después me pongo el casco.

Se quita la cazadora de cuero y también me la entrega.

—No, no. No tendré frío.

—Póntela, Jade. Voy a conducir un buen rato.

—¿Y tú?

—Si me abrazas, me protegerás del frío —dice guiñando un ojo.

Me echo a reír mientras me pongo su cazadora en la que caben dos cuerpos como el mío.

—¿Lista?

Asiento y se sube a la moto para después inclinarla un poco para mí. Se pone unas gafas de sol, a pesar de que el día está llegando a su fin. No tiene otro casco, así que lo debe de hacer por el viento.

Salimos disparados hacia el sur. Al cabo de un rato, Nick pone una mano sobre las mías, que están entrelazadas en su cintura, y conduce más despacio. Miro el mar a la derecha, es fascinante. No es que no lo haya visto nunca, mi familia siempre estuvo ligada a él, pero hoy me parece diferente. Me siento libre. Este hombre me hace libre y no voy a pensar en las consecuencias de mis actos. Hoy no.

Calculo que llevamos casi una hora de viaje cuando Nick entra por un camino de tierra en dirección a la playa. Aún no sé por qué he confiado en él. Tal vez me haya ayudado verlo en el bar durante tres años. Siempre ha sido amable con la gente y nunca se ha visto envuelto en ningún altercado.

Detiene la moto y se gira, su pelo está completamente liso ahora y me cosquillean los dedos por las ganas que tengo de apartárselo de los ojos, pero opto por bajar de la moto y quitarme el casco. Muevo la cabeza para que mi pelo quede suelto y me maravillo con lo que tengo delante.

Una casa pequeña cerca de la playa. Es como un oasis.

—Es un sitio tranquilo. Nadie nos buscará aquí —explica Nick.

—¿Nadie?

—Poca gente conoce este lugar —confiesa.

—Me siento halagada —me llevo una mano al pecho y sonrío orgullosa de la confianza que deposita en mí.

—Vamos, te mostraré mi casa, es pequeña y aún la estoy remodelando.

Camino a su lado bordeando la fachada, la casa no se ve desde la carretera, los numerosos pinos la cubren y le dan intimidad. Además, queda más baja que la carretera.

Nick mete la llave y me invita a entrar. Mientras él abre las dos únicas ventanas que tengo a la vista, yo observo el pequeño refugio que es su hogar y me encanta. Es cálido y acogedor, como una cabaña.

—Es preciosa.

No, no es muy grande; tiene un pequeño salón con un sofá y una mesa pequeña delante, la cocina es blanca y diminuta, pero luminosa; con una barra y dos taburetes.

—Me alegra que te guste. Al fondo está la única habitación y un baño —dice señalando un

corto pasillo.

—Estás cubierto —bromeo.

—Sí, no necesito más.

Se dirige a la cocina y abre un frigorífico rojo de estilo vintage mientras me deshago de la cazadora y la dejo apoyada en el brazo del sofá de dos plazas.

—No hay mucha cosa —dice, frunciendo el ceño.

Me estoy quitando las botas sentada en uno de los taburetes, cuando apoya las manos en la barra que nos separa.

—Voy a comprar algo para cenar, no tardaré más de veinte minutos. ¿Estarás bien?

—No te preocupes, esto parece estar lo suficientemente alejado de la ciudad. Como bien has dicho, nadie nos buscará aquí.

—Sí, aunque no me iré muy lejos, hay un supermercado pequeño cerca, en la zona de esos apartamentos que acabamos de pasar.

—Esta vez, llévate la cazadora.

Da la vuelta a la barra y besa mi frente.

—Enseguida vuelvo.

Me quedo mirando cómo abandona la casa y escucho el sonido de la moto al arrancar. Nick es detallista y siento que quiere cuidar de mí. Hace mucho que nadie se molesta en hacer eso. A pesar de que no soy ninguna niña, se agradece ese tipo de atención y es bienvenida.

Abro la puerta y dirijo mi atención hacia la playa. He visto antes una manta doblada, en un lado del sofá, voy a por ella y salgo a caminar por la arena. Está fría y la temperatura ambiente no es la adecuada, pero puedo hacer lo que quiera sin dar explicaciones y eso es lo único que importa ahora.

No me acerco al agua, sino que me quedo a unos metros de la orilla. Me siento y veo cómo el sol se va escondiendo en el horizonte.

Pongo la manta sobre mis hombros y, cogiéndola en un puño sobre mi pecho, me arrebujo en ella.

No hay nadie cerca, aunque no dejo de mirar a mi alrededor por si acaso. Sostengo las llaves de la casa como si fueran mi salvavidas. Si alguien se acerca, me apresuraré a meterme dentro. No quiero correr ningún riesgo.

Algunos barcos se recortan contra el cielo y me recuerdan a mi niñez. Mi padre solía hacer fuego en la playa en esta época del año y comíamos malvaviscos, directamente de un palo, que habíamos calentado previamente.

Mi mente vuela hasta otra playa y tengo unos once o doce años.

A la derecha, estaba el gran puerto y cerca, el embarcadero, propiedad de la familia, con varios yates amarrados en él.

—Algún día será tuyo —declaró mi padre.

—Y todos llevarán mi nombre —contesté orgullosa.

—¿Jade Rebecca Grace? —se carcajeó—. Demasiado largo, hija.

—No, solo Jade.

Alborotó mi pelo oscuro con la mano.

—Eso está mucho mejor.

Vuelvo al presente y me entristece mi situación actual.

Los echo de menos, tanto a él como a mi madre, que cuando se unía a nosotros en la playa, terminaba apoyada en el pecho de mi padre y, mientras yo los observaba, en mi mente rogaba que

algún día algún hombre me quisiera de ese modo.

Parece que mis deseos no llegaron a buen puerto.

Vuelvo a centrarme en el ahora al oír a Nick volver.

Capítulo 10

Veo la figura de Jade recortada en el horizonte. Está sentada y se ha tapado con algo. Llego a la casa y dejo la bolsa de la compra en la puerta, puesto que está cerrada. Aunque es la primera vez que traigo a una chica aquí, no me arrepiento; ella necesitaba esto, salir de ese club y olvidar esa clase de vida. No está a gusto allí, lo veo en su rostro cada vez que cruzo la puerta del bar. Aunque, últimamente, parece que su malestar ha aumentado.

Supongo que me ha oído llegar, aun así, no quiero asustarla.

—¿Jade?

Ella se gira y levanta la mano mientras me voy acercando. Me siento a su lado y ella me mira con esos grandes ojos que reflejan el atardecer.

—Te vas a congelar —digo preocupado por el viento que cada vez es más fuerte y hace volar su pelo y el mío.

—No, necesitaba estar aquí.

Cojo un mechón de su cabello y lo hago resbalar entre mis dedos.

—No es mi color natural —dice sin que yo pregunte.

—¿Y cuál es el real?

—Castaño oscuro, casi negro.

—¿Por qué lo tiñes?

Ella apoya la barbilla en sus rodillas.

—Es una larga historia.

Me levanto y le ofrezco la mano.

—Entonces, cuéntamela durante la cena.

Volvemos hacia la casa y miro sus pies desnudos. Me dan ganas de cogerla en brazos para que no se enfríe, pero no creo que eso le vaya a gustar, parece disfrutar del paseo.

Cuando me pregunta, un tanto tímida, si puede usar la ducha, le ofrezco un jersey que sé que le va a ir enorme, unos pantalones de chándal y un bóxer. Le hace gracia y se mete en el lavabo.

He decidido preparar unas verduras y un par de hamburguesas. También he puesto algo de música a un volumen bajo y Nickelback con su *Photograph*, hace el ambiente más agradable.

Ella aparece al cabo de quince minutos con el pelo húmedo y me ayuda a preparar la barra para la cena.

La observo, parece más joven de lo que creo que es.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta de repente, como si estuviera escuchando mis pensamientos.

—Acabo de cumplir veintiséis.

Ella asiente.

—Huele muy bien —dice cambiando de tema.

—No soy un gran cocinero, pero me gusta cocinar y creo que será comestible. —Le guiño un ojo mientras sirvo los platos y después nos sentamos uno frente al otro.

He cambiado mi taburete y lo he puesto al otro lado de la barra, me gusta observarla y esta es una gran excusa para tenerla enfrente.

—Está muy bueno. —Me halaga probando la hamburguesa.

—Gracias.

No parece que tenga intención de hablar.

—Cuéntame tu historia, Jade —la animo al fin, cuando estamos a punto de terminar.

Ella bebe un poco de vino y remueve con el tenedor la poca verdura que queda en su plato.

—Soy de San Francisco...

La escucho atentamente mientras me explica que viene de una familia adinerada, que su padre murió y su madre se volvió a casar. No tiene trato con sus abuelos paternos porque nunca aceptaron a su madre y, cuando ella heredó los bienes de su hijo, la dejaron a su suerte.

—Huí de todo aquello, pensé que Cherokee era mi oportunidad.

—¿Por qué? Tenías una buena vida.

—Por Alvin.

—¿Tu padrastro?

—Sí.

—¿Y tu madre?

—Murió a los dos años de casarse con él. Tuvo un derrame cerebral mientras dormía.

—Lo siento.

—Gracias. Yo solo tenía veinte años y Alvin se convirtió en mi tutor legal, no había nadie más.

Espero que no me cuente que ese tipo se propasó con ella. Tengo que retenerme para seguir relajado.

—¿Qué pasó?

—Todo fue bien, relativamente. Pero vendió el negocio de mi padre y derrochó todo el dinero que mi madre le había dejado. Su pasatiempo favorito era viajar a Las Vegas y traer mujeres a casa, que era enorme, una mansión.

»Esto duró un par años. Yo me encerraba en mi habitación, prefería no cruzarme con ellas, porque a veces se paseaban desnudas por la casa sin ningún pudor. Terminaba quedándome dormida y nunca me enteraba de cuándo esas mujeres se iban de allí, aunque no tardaban en volver una y otra vez. Malgastando el dinero que era de mis padres.

—Mal ejemplo para una chica tan joven.

Ella se encoje de hombros.

—Supongo.

—¿Por eso te fuiste?

Ella se baja del taburete y camina hacia el sofá, yo la sigo y me siento a su lado.

—Una noche, Alvin llenó la casa de gente, hicieron una barbacoa en la piscina y todos estaban bastante borrachos, se tiraban al agua y armaban bastante jaleo. Estaba en mi habitación cuando dos hombres y una mujer entraron por la fuerza, tiraron la puerta abajo, ya que yo me encerraba dentro.

—Joder. ¿Te hicieron algo?

—Lo intentaron, pero mi padrastro llegó a tiempo y, después de una gran pelea entre ellos, los sacó de allí. Creí que todo eso terminaría, ya que me había puesto en peligro, sin embargo, no fue así. Había drogas, alcohol y trapicheos. Aquello era ya conocido por los desmadres que había durante los fines de semana. Lo amenacé con echarlo de casa; mi padre la había dejado para mí.

Levanto una ceja. ¿Ella tiene una casa en San Francisco y está viviendo aquí con ese tarado de Cherokee?

—¿Lo conseguiste?

—Por supuesto que no. El hecho de haber estado casado con mi madre le daba derecho a seguir viviendo allí. Nunca me puso la mano encima y después de consultarlo con un abogado, me explicó que, si él no tenía más recursos, no podía echarlo.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Llamaba a la policía cada vez que él montaba una de sus fiestas. Pero una noche me drogó, o eso creo, porque no recuerdo nada y desperté en un callejón al lado de un bar. Cherokee me encontró y me llevó a lo que yo pensaba que era un hospital. En realidad, era un médico amigo suyo que cuidó de mí durante unos días. Después Cherokee decretó que yo era suya y me trajo a Los Ángeles.

—Se asemeja a un secuestro, Jade.

—Lo sé. Una vez intenté escapar y él me pilló, me dio tal paliza que terminé con un brazo roto. Me envaró en mi asiento.

—¿Qué? Ese hijo de puta...

—Por eso me compré el coche. Él no sabe nada de mi pasado, siempre me he aprovechado de que me encontró medio muerta para hacerle creer que no recuerdo nada de mi vida anterior.

—No eres de su propiedad...

—Lo sé y por eso huiré, Nick. Algún día lo haré. Kate dice que terminará cansándose de mí, pero no voy a esperar a que eso ocurra.

—Te ayudaré.

—Esto tengo que hacerlo sola, quiero volver a San Francisco y recuperar lo que es mío. Empezar una nueva vida. —Se abraza las piernas encogidas—. No pertenezco a Cherokee. Si algo aprendí del amor que se profesaban mis padres, es que nadie pertenece a nadie. Sin embargo, se puede ser parte de algo que se construye entre una pareja. Ellos se amaron muchísimo. Es el mejor recuerdo que tengo.

—Debería ser así, Jade. Nunca lo olvides.

—No...

Intenta ocultar el rostro apoyando la frente en las rodillas, pero consigo ver una lágrima resbalando por su mejilla.

—Eh... —Paso el brazo sobre sus hombros y le doy un pequeño apretón—, todo se arreglará. Haremos que ocurra.

Se limpia las mejillas con la mano y clava su mirada azul en mi rostro.

—Nadie sale del club, durante estos años he sido testigo de eso y de lo que pasa si alguien lo intenta.

—Lo sé. Pero encontraremos la salida.

—Encontraré —me rectifica.

No voy a seguir por ese camino, si ella prefiere pensar que lo va a hacer sola, dejaré que lo haga.

—¿Quieres descansar? —pregunto al verla tan quieta.

—No, quiero estar aquí, disfrutar de estas horas.

La entiendo perfectamente.

—Háblame de ti —pide girando el cuerpo hacia mí y cruzando los pies desnudos sobre el sofá.

—No hay mucho que contar. Me crié en un barrio y cuando dejé de estudiar, busqué trabajo. Mi madre y mi hermana siguen viviendo allí y yo voy a cenar de vez en cuando.

—¿No hay ninguna otra mujer en tu vida?

—No se me dan bien las relaciones.

Tal vez debería explicarle que ella podría cambiar eso. Algo en Jade consigue dejarme aturdido y sin saber qué pensar de mis propias reacciones, reglas y sentimientos. Me deja sin aire.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre, este sitio es muy tranquilo —murmura cambiando de tema.

Acaricio su mejilla y me acerco lentamente. No quiero que piense que me voy a aprovechar de ella ahora que la tengo en mi casa. Pero mira mi boca y también acorta el espacio entre nosotros.

Nos besamos y noto sus labios suaves de nuevo. Jade me tienta, despierta mis instintos más bajos. Sin embargo, no hago nada. Romper este momento y abalanzarme sobre ella no es lo más adecuado, dadas las circunstancias.

Tengo su rostro entre mis manos cuando siento las suyas; está subiendo mi camiseta y eso me obliga a detener el beso y a levantarla del sofá en brazos, sin dejar que termine de quitármela.

—¿Quieres esto? —pregunto esperanzado.

—Sí.

La abrazo contra mi pecho y me dirijo a la habitación; la dejo de pie al lado de la cama y me quito la camiseta ante su mirada, después la ayudo con su jersey que, en realidad, es el mío. Su cabello se desparrama sobre sus hombros y cubre sus pechos.

Me sorprende a mí mismo yendo despacio, apartando el pelo y dejando uno de sus pechos al descubierto. Lo hago lentamente, ya que nunca me tomo mi tiempo en estas cosas, pero con ella quiero hacerlo. Disfrutar de este momento.

Deslizo un dedo por su clavícula y llego hasta el pezón erguido. La atraigo por la nuca con la otra mano y beso su cuello mientras juego con su pezón entre el índice y el pulgar. Su respiración se acelera y puedo sentir su aliento cerca del oído. Bajo las manos en una suave caricia por su cintura y deslizo los pantalones de chándal junto al bóxer. Cuando vuelvo a enderezarme, mis manos no pueden apartarse de su piel y suben recorriendo sus largas piernas. La degusto con la lengua en mi ascenso, hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse. En ellos veo el deseo y la atracción.

Capítulo 11

Que Nick sea tan suave conmigo me gusta, no obstante, tengo que reprimir mis ganas de explicarle que no me voy a romper. Mis pensamientos se volatilizan cuando noto su lengua subir despacio por el vientre y terminar en mi pezón. Me estoy excitando mucho y eso es algo que no me ocurre desde hace años.

Cuando nuestros ojos conectan, mis manos buscan el botón de sus vaqueros. Noto su pene aprisionado cuando bajo la cremallera y meto la mano para acariciarlo, suspira y emite un pequeño y excitante gruñido.

Me coge la muñeca para que me detenga.

—¿Quieres que explote antes de tiempo? —pregunta, terminando de desnudarse.

Su tono demuestra que es cierto, la voz ronca que utiliza me acaba de excitar todavía más.

—No —admito.

—Ven.

Nos acostamos en su enorme cama y volvemos a besarnos. La luz de la luna entra por la ventana y nuestros cuerpos quedan débilmente iluminados, pero aún veo su rostro y sus ojos llenos de deseo. Me encanta ser yo la que consiga eso.

Nos estamos descubriendo el uno al otro, acariciándonos y buscando el resultado de nuestros actos en nuestros semblantes. Las sensaciones se acumulan una tras otra y no sé muy bien cómo gestionarlas cuando sus dedos entran en mí. La otra mano estruja un poco uno de mis pechos y se lo lleva a la boca donde sus dientes juegan y me arrancan un gemido, pero sigue su camino descendente.

Cada vez estoy más mojada, y cuando sus labios me rozan el clítoris estoy a punto de tener un orgasmo. Supongo que mi falta de experiencia es bastante notable. Esto no tiene nada que ver con el sexo que he vivido hasta el momento. Ni siquiera antes de Cherokee.

Exploto cuando succiona y mueve sus dedos al mismo tiempo. Es el orgasmo más arrasador que he tenido en mi vida, creo que por un momento mi mente se ha quedado en blanco y cuando abro los ojos tengo a Nick sobre mí aguantando su peso con las manos apoyadas sobre el colchón. Sonrió aún perdida en el placer que me ha regalado.

—Ahora eres aún más bonita —dice en un susurro antes de besarme.

No puedo hablar, solo sonrió como una tonta y noto mis mejillas calientes.

Nick busca sus pantalones y saca un envoltorio; es un preservativo. Se arrodilla y sin dejar de mirarnos a los ojos se lo pone. Es atractivo, sus músculos se flexionan cuando se mueve y me tienen hipnotizada.

—Tenía que probarte, Jade, y ahora quiero que te sientas mejor.

Entra en mí lentamente mientras acaricio su mandíbula, nos lo estamos tomando con calma. Nick susurra algo cuando ya se ha enterrado totalmente, no lo entiendo, pero parece una promesa, y aunque me inquieta, no le doy demasiada importancia en este momento.

Las promesas entre nosotros son palabras vacías.

Empieza a moverse y mil sensaciones me recorren, él cierra los ojos y aprieta la mandíbula, sé que se está reteniendo, lo hace por mí. Es un hombre generoso en la cama, no lo puedo negar.

Mi mente vuelve a volar cuando acelera un poco y mi orgasmo se vuelve a construir de nuevo. Siento cómo sus brazos y su espalda se tensan y los dos caemos al precipicio entre gemidos llenos de satisfacción.

Lo abrazo con fuerza, cruzando los brazos detrás de su cuello, y él responde con la misma pasión. Creo que me enamoré de él el primer día que se cruzó en mi camino y ahora solo tengo ganas de llorar por el futuro incierto que me espera. Tendré que desaparecer de Los Ángeles y Nick se quedará aquí.

—¿Estás bien? —pregunta poniéndose a mi lado, yo también cambio de postura y quedamos frente a frente.

—Sí.

—Apóyate en mí.

Me abraza y mi cabeza descansa en su pecho. Permanecemos en silencio; solo escucho el latido de su corazón y empiezo a ser consciente de lo que acabamos de hacer. Cherokee montaría en cólera si se enterara de esto. Pero, por alguna razón que desconozco, confío en Nick y sé que él lo hace en Kate, los he visto interactuar y hay mucha química entre ellos. A mí me cuesta más confiar en cualquier miembro del club. Todos son conscientes de que no llegué ahí por voluntad propia, aun así, aceptan lo que ese monstruo haga conmigo.

—Relájate, cariño —pide Nick besando mi pelo.

«Cariño».

Me recuerda tanto a las diferentes maneras en que mi padre se lo decía a mi madre, que no puedo evitar pensar en ellos. En que, si me vieran, los defraudaría. Esta no es la vida que hubieran querido para mí.

Prefiero pensar en lo bien que suena «cariño» en los labios de Nick. Aunque mi mente vuelve a la realidad.

—No puedo, esto nos va a explotar en la cara. Ese hombre está loco. —Doy por sentado que sabe de quién hablo.

—No vuelvas al club. Nos queda un día, puedo llevarte muy lejos.

Me incorporo y cruzo el antebrazo, donde antes estaba mi cabeza, apoyando la barbilla en él.

—No pondré a Kate y Mary en esa situación, Nick.

—Lo comprendo. Tiene que haber una solución...

—Había pensado en pedirle que me dejara visitar a mi familia, como si hubiera recordado que tengo una.

Nick frunce el ceño.

—No deberías tener que pedir nada.

—Lo sé, pero lo puedo intentar.

—¿Nunca te ha buscado la policía? ¿No hay una denuncia por tu desaparición?

—No tengo constancia, mi padrastro bien pudo decir que me había ido por mi cuenta.

—¿Por qué no acudes a ellos?

—¿A la policía? No me ayudarían, la gente que está metida en ese club tiene a buena parte de los agentes comprados.

—Joder.

Estoy tan relajada, a pesar del tema de conversación, que caigo rendida. Lo último que escucho es el latido rítmico de su corazón.

Estoy despierta, pero no abro los ojos, sé que es de día porque adivino la claridad, saco de encima de mi pecho el brazo de Cherokee y lo hago de manera bastante brusca, necesito ir al baño.

—¿Jade?

No es Cherokee, es Nick. Abro los ojos de golpe. Vuelvo a la realidad y empiezo a recordar que no estoy en el club, no estoy con el presidente y no estoy en una habitación llena de armas apoyadas en la pared, alrededor de la cama.

—Lo siento, me he asustado —me disculpo para excusar la manera en que me lo he sacado de encima.

—No te preocupes. ¿Has dormido bien? —Besa mi pelo y logra que me relaje.

—Sí.

Y es cierto, aunque mi mente no era consciente de que estaba con él, mi cuerpo sí. Lo normal en mí es que duerma siempre con un ojo abierto.

—Me alegro, ayer te quedaste dormida.

—Lo siento, estaba cansada.

Me giro y lo miro por fin. Tiene los ojos entrecerrados y el pelo sobre la frente. Estoy segura de que yo no me veo tan atractiva como él recién levantada.

—Entonces, hice un buen trabajo anoche. —Se aparta cuando le doy un manotazo en el brazo y me hace reír—. Aunque ayuda mucho que seas la mujer más bonita que he conocido, no puedo resistirme a ti.

Me besa y yo me encaramo sobre su cuerpo. Sé que soy una más en su lista, pero hoy es mío. He visto cómo lo miran las chicas del club, es un hombre imponente y no creo que le falten mujeres en su vida.

Nick hace que mis inseguridades se esfumen, sentirme tan deseada es una novedad para mí. Para Cherokee solo soy un trofeo que encontró y que le gusta lucir cuando salimos del club. En la intimidad, solo soy una marioneta en sus manos. Me utiliza y después me desecha como si yo no fuera nada.

Las manos de Nick me atrapan por la cintura y me ayuda a sentarme sobre su miembro erecto. Mi centro está ya resbaladizo y preparado, pero no dejo que entre en mí. Me muevo sobre su longitud adelante y atrás mirándolo a los ojos. Sus pupilas están dilatadas y su mandíbula apretada me confirma que lo está disfrutando tanto como yo.

—Me gusta verte así —dice con voz ronca.

—Me gusta lo que me haces sentir —respondo cerrando los ojos un momento.

—Soy todo tuyo.

Sonrí sin parar de moverme, pero no quiero correrme aún, no así.

—¿Tienes más preservativos? —Acabo de estropear esto, pero es necesario. No he tomado los anticonceptivos que me tocaban porque no he podido comprarlos.

Alarga la mano y abre el cajón de la mesita. Tiene una caja y eso me confunde. Nadie ha venido aquí, según él, ninguna chica. Pero es su casa, es donde vive, en algún sitio tiene que guardarlos.

—Haz los honores —dice dándome uno.

Rompo el envoltorio y se lo pongo de manera un poco torpe.

—Ahora eres mío —bromeo.

—De acuerdo, mujer —suelta entre risas.

Me levanto un poco y cojo su pene para guiarlo dentro de mí. Bajo lentamente y no me muevo dejando que mi cuerpo se adapte a su amplitud.

—Me vas a matar —exclama con los dientes apretados.

Mi cuerpo está totalmente sumido en las sensaciones y mi mente se niega a pensar en nada más que en este momento. Sus manos, que han vuelto a mi cintura, me guían y alza sus caderas para salir a mi encuentro.

Me muevo más deprisa y Nick me deja hacer. Nuestras miradas están ancladas la una en la otra y sé que no olvidaré jamás lo que este hombre provoca en mí. Quiero retener en mi memoria este fin de semana.

Mi orgasmo se construye a marchas forzadas, imparable e inevitable. Su pulgar masajea mi clítoris y exploto gritando. No lo esperaba tan fuerte ni tan profundo, es como si estuviera descubriendo un mundo diferente. Me gusta.

Se sienta y sigue moviéndose hasta que su orgasmo lo alcanza y gruñe. Me abraza y mis pechos se aplastan contra la parte alta de su cuerpo mientras lo abrazo por el cuello.

—Nick... —digo con voz entrecortada.

Él coge mi rostro entre sus manos y me mira los labios.

—Me pasaría la vida en esta cama contigo. Eres adictiva —susurra antes de besarme.

No sé lo que siento o tal vez, sí. No obstante, no le voy a poner nombre. No puedo hacerme ilusiones. Ojalá mi vida fuera más fácil, ojalá pudiese elegir.

Nos hemos quedado abrazados un rato más, nuestras respiraciones van acompasadas y los corazones vuelven a latir con normalidad.

—¿Lo has dicho en serio? —pregunto, al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Que te pasarías la vida en esta cama.

Se ríe y ese sonido resuena en mi pecho.

—Soy un hombre de palabra, nena —proclama dejándose caer de espaldas sobre el colchón y arrastrándome con él.

Media hora después estoy en la cocina preparando algo para desayunar y Nick dispone la mesa. Nos hemos duchado juntos y he descubierto que el sexo bajo el chorro suave del agua es igual de gratificante que en la cama.

Tarareo la canción *Human* de Rag'n'Bone Man. Nick me abraza por la espalda, mientras remuevo los huevos en la sartén, y apoya la barbilla en mi hombro. Está amaneciendo y las olas que veo desde la ventana lanzan pequeños destellos. Toda la casa huele a salitre y me encanta. Es una mañana fría, pero no me importa. La estoy disfrutando y Nick ha encendido una pequeña estufa eléctrica.

—Tengo que llamar a mi jefe, le pediré la mañana libre —me explica.

—¿Trabajas los sábados también?

—Sí, solo por la mañana, pero no hay mucho trabajo. No le supondrá ningún problema.

Después de esa llamada, desayunamos y me habla del taller donde trabaja. Las cosas no van muy bien, pero intentan salir adelante. También me habla de su madre, Gillian, a la que admira, se le nota cuando explica un poco su infancia. Tiene una hermana que está estudiando y ama su moto. Sin embargo, no nombra a su padre.

Yo también le cuento la parte buena de mi vida, la que guardo con más cariño y se sorprende al saber que, además de venir de una familia bastante bien posicionada, también era reconocida en San Francisco.

Sí, esa soy yo. Una pobre niña rica venida a menos y atrapada en un club motero. Valiente mierda.

Capítulo 12

La observo mientras habla, tuvo una buena vida hasta que su madre murió. Ese tipo, Alvin, se fundió el dinero y a ella la sacó de la ecuación, maldito cabrón.

Imagino que su madre confiaba en él antes de morir. Por suerte, el padre de Jade sí pensó en su hija y le dejó la mansión.

Cuando ayer se quedó dormida, mi mente no dejaba de darle vueltas al asunto. Tengo algunos amigos polis y tal vez podrían ayudarla. Por otro lado, no sé hasta qué punto confiar en ellos. Prefiero no comentárselo porque sé lo que dirá al respecto.

Jade no es una chica cualquiera y desde luego no es una más para mí. Me estoy replanteando eso de no querer una relación, me ha calado hondo y estoy alucinando con mis propios sentimientos. Pero tenerla entre mis brazos ha sido muy diferente a mis otros encuentros sexuales, en los que nada más que mi mente está en el juego. Con ella he sentido algo más y no estoy por la labor de dejarlo correr. Me atrae más de la cuenta y eso tiene que significar algo.

No tengo ninguna intención de dejarla volver al club. Ray y Jason pueden irse a la mierda o coger a sus chicas y sacarlas de ahí. Me da igual. Jade no merece el trato que le da Cherokee.

En cuanto a Ray, voy a tener unas palabras con él. Nunca me ha explicado nada sobre el comportamiento de su presidente con respecto a Jade y lo ha tenido que ver. Un brazo roto no pasa desapercibido.

—¿Te apetece caminar por la playa? —me pregunta de repente.

—Sí, pero tu calzado no es el más adecuado.

—Déjame unos calcetines gruesos, con eso me apañaré.

—¿Estás segura de que no quieres usar mis botas? —bromeo.

Ella las mira, están al lado de la puerta de entrada.

—Prefiero caminar y no comerme la arena cada vez que dé un paso.

Le van enormes, eso está claro.

Diez minutos después estamos caminando lejos de la orilla para no mojarnos los pies.

—Creo que tendré que volver —declara cogiendo mi mano.

No contesto y miro al horizonte. La brisa del mar nos acaricia y a pesar de ser invierno el sol calienta un poco. En California es así, es un clima agradable.

—¿Nick?

—Nena, no es negociable.

Sé que ahora hablo como un imbécil, pero no puedo dejarla ir con ese tarado.

—No hagas eso, Nick. —Sueno contundente y suelta mi mano.

—¿Qué no haga qué, Jade? ¿Evitar que ese loco vuelva a tocarte?

—No hagas esto, no me retengas tú también. Estoy cansada de que todos decidan por mí.

Se aleja, camina más rápido y se sienta en la arena cruzando las piernas. Está furiosa.

—Jade —la llamo, acercándome despacio.

—Lo solucionaré.

—Hasta ahora, no lo has conseguido —rebato, por mucho que me joda recordárselo.

No contesta y fija su mirada en las olas que rompen a unos veinte metros de nosotros. Me siento a su lado y acaricio su melena de color rojo oscuro.

—No puedo verte entrar ahí de nuevo.

Ella me mira y yo pongo la mano en su mejilla.

—Déjame hacerlo a mi manera. Saldré de ahí y me largaré lo más rápido posible —asegura.

Es una mujer adulta, no puedo obligarla a nada, y menos, a quedarse a mi lado.

—Te buscaré —amenazo sin poder remediarlo.

—No, no lo harás. Tu vida y tu familia están aquí.

Estoy a punto de contestar cuando Nirvana suena en mi móvil. Miro la pantalla, es John.

—Hoy no voy —contesto a modo de saludo.

—Lo sé, pero han llegado las piezas del Dodge, pensé que te gustaría saberlo.

Miro a Jade, creo que no lo ha oído.

—Perfecto.

—Creo que es fácil cambiarlas...

—Hazlo, no creo que te lleve mucho tiempo.

—¿Tengo tu permiso?

Sonríó, llevo toda la semana sin querer que nadie se acerque a ese coche. Es de Jade y, aunque no lo he mencionado, ha notado mi interés en él.

—Sí.

Corto la llamada y la miro; está pensativa y triste. Tal vez si le digo lo del coche..., pero ella se irá.

Me recuerdo de nuevo que no puedo hacer nada.

—Tu coche estará arreglado en un par de horas.

—¿En serio? —Su cara se ilumina.

—En serio —digo mientras me levanto.

Ella hace lo mismo y de un salto se me sube a la cintura y cruza las piernas en mi espalda. Me ha pillado por sorpresa y la cojo al vuelo dando un giro sobre mí mismo debido a la inercia.

—Gracias —dice dándome un beso entusiasmada.

Verla así me hace feliz. Es tan espontánea que sé que ha estado mucho tiempo reprimiendo sus impulsos y no quiero que lo haga conmigo.

—De nada —contesto aliviado.

El tiempo que estamos pasando juntos quiero que sea algo especial, no uno lleno de discusiones.

—Te pagaré en cuanto pueda.

—Solo aceptaré el dinero con una condición.

—Nick...

—Solo tienes que escucharme, Jade.

Ella me mira cauta.

—Cuando estés fuera de ese club, contactarás conmigo y me pagarás cuando volvamos a encontrarnos.

—Eso es chantaje, ¿lo sabías? —Se revuelve para volver a poner los pies en la arena y dejo que se salga con la suya.

—Soy consciente, pero sin remordimiento alguno —bromeo.

—No sé cuándo será eso —contesta, acariciándome el mentón.

—Me da igual.

Seguimos caminando y hablando de otras cosas, sin volver a tocar el tema. Pero yo no dejo de darle vueltas.

Nos besamos en varias ocasiones y disfrutamos de nuestros cuerpos cuando volvemos a la casa de la playa. Jade tira de mí y apenas logro apartar las manos de ella. Pero sé que no solo es atracción física, su personalidad me atrae y su risa espontánea logra hacerme un hombre nuevo. En este par de días me he dado cuenta de que ella es lo que me faltaba; me complementa y eso la hace especial.

Dos horas después estamos de camino al taller, Jade está deseando recuperar su coche y yo no tengo muy claro si podré recuperarla a ella.

La siento abrazada a mí, su cuerpo desprende calor y ya lo estoy echando de menos antes de tiempo.

Cuando estamos subiendo la cuesta de la calle del taller de Harry veo mucho humo y parece que viene de allí.

Mierda.

Acelero y entro en el aparcamiento. Dejo que Jade se baje de la moto antes de hacerlo yo y John sale corriendo y me grita.

—¡Harry está dentro, pero no lo encuentro! ¡Hay que sacar los coches!

Alex está moviendo el de Jade, precisamente, y yo corro a buscar a Harry junto a John.

—¡Nick, cuidado! —me advierte ella, la miro un momento y asiento.

—¡No, Nick! ¡No entres! —Es la voz de Chris, pero ni siquiera me giro ni sé qué pinta aquí.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunto a John mientras accedemos al interior tapándonos las bocas con los antebrazos.

El humo es negro y muy denso. Irrespirable. Así que aguanto la respiración. En su despacho no parece estar, pero doy la vuelta a la mesa y veo la silueta de Harry en el suelo. Cuando llego hasta él, noto cómo me resbala un pie y miro hacia abajo.

—¡Aquí! —grito agachándome.

—¿Sangre? —pregunta John entre toses.

Prefiero no contestar y contener la reserva de aire de mis pulmones. Tiramos uno de cada brazo de mi jefe para sacarlo fuera, lo arrastramos por el suelo y sé que nos queda poco aire en los pulmones. Cuando al fin salimos, Alex está sacando una moto.

Tanto John como yo tomamos varias bocanadas de aire y rápidamente atendemos a Harry. Su cabeza está sangrando y no tiene pulso. Le practico los primeros auxilios insuflando aire en su boca al mismo tiempo que tapo la herida de su cabeza con un trapo que me ha pasado alguien, está justo encima de la oreja y parece profunda. John le hace el masaje cardíaco y lo oigo contar en voz alta.

No responde, pero oigo sirenas acercándose. Alguien habrá llamado antes de que llegáramos.

Efectivamente, un camión de bomberos entra en ese momento, una ambulancia y por último la policía.

Un paramédico me aparta y los bomberos se preparan para extinguir el fuego, que, por cierto, no tengo ni idea de dónde se ha originado. Supongo que en la parte de atrás.

—No responde —informo alarmado ante la inactividad en el cuerpo de Harry.

—Déjenos trabajar, aléjense —nos pide otro tipo.

Me levanto y camino hacia atrás unos cuantos metros sin perder de vista a Harry. John está igual de afectado que yo. Me aparto el pelo de la frente y lo miro.

—¿Qué ha pasado? —gruño repitiendo la pregunta cabreado.

—No lo sé. Alex y yo estábamos en el taller y él detrás, en su despacho. Pero la primera vez que he entrado no lo he visto, creí que estaba en la parte de atrás y he salido. Hay algo que debes saber...

—Señores, soy la detective Collier. —Lo interrumpe una mujer rubia.

La miro y la reconozco enseguida, es la chica de la otra noche, la que me follé contra la pared de la discoteca. Hay que joderse, por eso sabía mi nombre. ¿Investiga a todos a los que tiene intención de tirarse?

Ella fija su mirada en mí y desvía los ojos incómoda. Supongo que no me ha reconocido hasta que me ha tenido delante.

Meten a Harry en la ambulancia y Alex también se acerca a nosotros, el tío ha conseguido salvar los vehículos de los clientes.

—¿Pueden explicarme lo que ha pasado? —pregunta la detective sacándome de mis pensamientos.

John relata lo mismo que me ha explicado a mí y ella toma algunos apuntes. Lleva la melena rubia recogida en una coleta y no va maquillada, pero es ella, de eso no hay duda. Su vestimenta se compone de unos pantalones negros, camisa blanca y cazadora también negra. Nada que ver con ese diminuto vestido que llevaba aquella noche.

Busco a Jade con la mirada y voy hacia ella.

—Señor Russell, no he terminado de tomarle declaración. —Está claro que recuerda mi apellido.

—Enseguida estoy contigo. —La tuteo porque íntimos ya somos, pienso sarcástico.

Cris está hablando con Jade y no me gusta nada. Pero lo peor es que Claudia también está con ellas. Y mi chica no pone muy buena cara.

Cuando me ve, viene hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunto cauto.

—Sí, ¿y tú?

Mira hacia el humo.

—Bien, voy a ir al hospital con Harry.

—Está bien, me llevo mi coche. —Está furiosa.

—Jade...

Cojo su mano, pero ella la recupera de un tirón.

—Ya nos veremos, Nick.

Sube a su coche y yo me quedo como un idiota mirándola. Vuelve a su vida y no puedo impedirlo.

Harry me necesita, así que voy a por la moto, ante la atenta mirada de la detective. Si quiere hablar conmigo tendrá que seguirme.

Doy un último vistazo antes de irme; la parte de atrás está calcinada y el despacho ya está casi consumido. Los bomberos intentan, por todos los medios, evitar que el fuego alcance el taller.

Capítulo 13

—¿Qué?!—grito en medio del despacho del médico que ha atendido a Harry.

Ha pasado más de una hora desde que he llegado, creía que tardaban porque habían podido recuperarlo.

Ada, la mujer de mi jefe, me abraza llorando. No sé cómo consolarla. Perdió a su único hijo y ahora esto. La estrecho entre mis brazos, pero no digo nada.

—No lo ha superado, ha respirado demasiado humo. Lo siento —continúa explicando el hombre.

—Gracias —consigo decir llevándome a Ada.

No deja de llorar y no puedo dejarla sola. Busco con la mirada a la gente que ha venido, muchos son viejos amigos de Harry y, entre ellos, veo a mi madre. Le hago una señal para que se acerque.

—¿No...? —pregunta confusa.

Niego con la cabeza, ya que decirlo en voz alta con Ada pegada a mí no me parece correcto.

—¿Puedes llevártela Ada?

—Sí, claro. La he traído al hospital —dice con los ojos llorosos.

Asiento y agarro los brazos de Ada para que me mire.

—Ve con mi madre, ella estará a tu lado, Ada. Yo me encargaré de todo. Te lo prometo.

Solo me mira y no tengo muy claro que me haya entendido.

—Llévatela —le pido a mi madre que asiente.

Está en estado de *shock*. Las miro mientras caminan hacia la salida; Ada lleva las manos colgando a los costados, algunas de las personas que están allí le acarician los hombros al pasar, pero no se inmuta ni levanta la cabeza, está abatida. Mi madre la acompaña con un brazo sobre sus hombros. Caminan despacio y a mí se me rompe el corazón.

Joder, Harry no tenía que morir y Ada no tenía que pasar por esto de nuevo. Él me ayudó a sumar experiencia en ese taller y siempre me ha tratado como a un hijo.

Me dirijo al mostrador para empezar a rellenar los papeles que han dejado para Ada. Pronto me darán el acta de defunción y podré avanzar con los preparativos del funeral. Aunque ya sé que mi madre querrá ocuparse de eso.

La chica del mostrador no deja de observarme y no le hago ni caso. No estoy para juegos ahora mismo.

—Señor Russell.

Miro a mi derecha y tengo a la detective Collier a mi lado.

—Necesito hablar con usted un momento —continúa.

No es que tenga ganas, pero asiento mientras recojo todos los papeles y los reúno en un solo bloque.

Ella camina hacia la salida y la sigo.

—¿Es usted familiar del señor Harry Lemann?

—¿Por qué me hablas de usted? Creo que ya nos conocemos —suelto brusco.
—Está bien, Nicholas...
—Nick —la corrijo.
—Nick —repite—. Puedes llamarme Jane.
Perfecto.
—¿Es tu nombre real? —inquiero.
Ella frunce la frente.
—Claro.
—Bien, Jane. ¿Me investigaste antes de acostarte conmigo?
Ella mira a su alrededor, asegurándose de que nadie lo ha oído.
—No estábamos acostados.
Joder, sigue siendo preciosa, pero un tanto quisquillosa.
—Ya me has entendido —gruño.
Últimamente no hago más que gruñir.
—Sí, lo hice. No me voy con cualquiera.
Me echo el pelo hacia atrás. No me hace ni puta gracia.
—Supongo que eso es un cumplido —dejo ir con sarcasmo.
—El caso es que ahora eres sospechoso. ¿Eres familiar del fallecido? —repite.
En cuanto suelta las palabras la miro fijamente. ¿Se ha vuelto loca?
—No, no soy familiar. ¿Qué coño estás diciendo, detective?
—Una testigo... —Hace una pausa para buscar en su libreta —, te oyó decir que *arreglarías el asunto* porque el taller iba mal.
—Maldita Chris... —La nombro porque sé que ella es la testigo.
—¿Lo admites? —pregunta seria y sin contradecirme.
—Lo dije, pero mi intención era otra, no pegarle fuego al negocio. Joder, ha muerto un hombre. Ha sido un accidente. Iba a pedir un préstamo, eso es a lo que me refería con mis palabras.
Jane me observa y parece evaluar mi respuesta.
—El jefe de bomberos aún está en ello, pero parece ser que ha sido provocado.
—¿Qué? ¿Quién coño querría quemar el taller? —Al mismo tiempo que hago la pregunta pienso en Jonas y en sus hijos.
—Llegaste justo a tiempo. Me pregunto si fue para impedir que él muriera en el incendio que habías provocado y, al mismo tiempo, lograr que la aseguradora se hiciera cargo.
—Mierda. Yo no he hecho tal cosa, deja de presionarme, Jane. Fue casualidad, iba a recoger un coche...
—Llamaste para decir que no irías a trabajar, ¿y después apareces? ¿Se te fue de las manos?
Perfecto, la tía va a por mí.
—John, mi compañero de trabajo, me llamó para decirme que uno de los coches estaba ya casi listo. Su dueña lo necesitaba y por eso volví.
—Lo comprobaré —declara.
—¿Necesito un abogado? —pregunto cabreado.
—No lo sé, dímelo tú.
—Soy inocente, me creas o no.
—No se trata de lo que yo crea, Nick. Seguiremos en contacto. No te alejes demasiado de tu barrio, quiero tenerte localizado.

—No hay problema.

Le canto mi número de teléfono y doy media vuelta dejándola plantada.

Hay que joderse.

¿Y Chris qué pretende? ¿Solo porque no he repetido con ella ha soltado esa bomba? Maldita zorra.

Salgo más deprisa de la cuenta del aparcamiento del hospital y pienso en Jade. Espero que haya llegado al club y que nadie se haya dado cuenta de su ausencia. Kate la cubrirá, estoy seguro. Pero con ese cabrón de Cherokee nunca se sabe.

Dejo los papeles en casa de mi madre, Ada está sentada en el sofá tomando una tila con aire ausente.

—Tengo que volver al taller, no sé si podré recuperar algo de documentación del despacho, pero tengo que comprobar si Harry tenía el seguro en regla —le susurro a mi madre en la cocina.

—Ve, ella estará bien aquí.

Le doy un beso en la mejilla y le agradezco que se haga cargo de la mujer de Harry. No quiero que esté sola en estos momentos tan duros.

Vuelvo al taller y cuando paro el motor veo a John sentado en unos neumáticos apilados fumándose un cigarro. Se ha enterado de la noticia, su cara lo dice todo.

—¿Por qué lo han hecho? —me pregunta cuando me siento a su lado.

—Sospechas de los mismos que yo, ¿cierto?

—No.

Lo miró juntando las cejas.

—No lo sospecho —continúa—. Lo sé. O es mucha casualidad lo que vi, pero no até cabos hasta que fue demasiado tarde.

—¿Cómo?

Tira el cigarrillo al suelo y lo pisa poniéndose de pie.

—La detective nos ha interrumpido cuando iba a decírtelo.

También me levanto.

—Vi pasar a Edam a toda velocidad con su mierda de moto, salía de la calle trasera —suelta cabreado.

Joder. Es mucha casualidad, tiene razón.

—Me cago en la...

Vuelvo a mi moto y llamo a la detective. En cuanto contesta le doy la dirección del taller de Jonas y cuelgo.

—¡Espera, Nick!

Arranco y voy calle abajo con demasiada velocidad, deseando dejar las cosas claras entre esos imbéciles y yo. Si Harry ha muerto por culpa de su atrevimiento, lo pagarán caro.

Llego en menos de dos minutos, dejo la moto y entro como una bala en el interior, el primero que se me cruza es Zac y le doy un puñetazo sin mediar palabra. El hombre cae de espaldas y uno de los otros mecánicos le ayudan, pero no me detengo y sigo buscando al otro hermano. Al mismo que vio John.

—¿Dónde estás, rata?! —grito a pleno pulmón.

—¡Eh, tío! ¡Lárgate! —Un hombre me coge del brazo.

Me giro para encararlo y me encuentro con un hombre de mediana edad vestido con un mono de mecánico. Solo tengo que mirar la mano que me está tocando para que la aparte rápidamente. Por el rabillo del ojo veo correr a Edam y salgo detrás de él.

No está en forma, demasiada cerveza.

Le doy alcance y me lanzo sobre su espalda haciéndolo caer, le doy la vuelta en el suelo y me siento sobre su pecho cortando parte del flujo de aire de sus pulmones.

Le suelto un puñetazo en la boca y la sangre sale disparada.

—¿Sabes lo que has hecho?! —bramo en su cara al mismo tiempo que un coche se detiene a mi lado y se abren las puertas.

No contesta, solo intenta esquivar el siguiente puñetazo.

—Harry ha muerto, hijo de puta.

Sigo golpeando en diferentes partes de su cabeza.

—¡Nick! ¡Lo vas a matar! —grita Alex, que, junto a John, intenta separarme del cabrón de Edam.

Tiene la cara hecha papilla, pero eso no impide que siga aplastando mi puño en ella.

—¡Detente! —grita John.

Intento zafarme de los brazos de mi compañero.

—¡Déjalo o disparo! —levanto la vista y Jonas está apuntándome con una puta escopeta de caza.

—Guarda esa escopeta. —Alex está a mi lado.

—Suelta a mi hijo, no te lo pediré de nuevo.

Me levanto lentamente y me acerco a él, el cañón apuntándome, pero no me detengo hasta que este toca mi pecho.

—¿Tenía que ser así, Jonas? ¿Tenías que matar a Harry para conseguir lo que querías?

Veo la confusión en su rostro, y lo peor de todo: parece realmente sorprendido.

—¿De qué estás hablando? ¿Harry ha muerto?

Un coche de la policía se acerca con la sirena en marcha y cuando se detiene cerca, dos agentes salen con sus armas en la mano. Jonas los mira y después mira a su hijo. Casi puedo ver los engranajes girar en su interior. Está atando cabos, sabe que su hijo ha hecho algo que no debía.

—¡Señor, baje el arma, ahora! —ordena uno de los polis.

Jonas lo hace sin apartar la vista de su hijo que intenta levantarse.

—Queda usted detenido, llevadlo a comisaria.

Jane aparece por detrás de mí, ni siquiera la he oído llegar.

—Detenedlo también —dice señalándome.

—¿Qué? —pregunto confundido.

—En comisaria lo aclararemos todo. Si me guío por tus manos, acabas de atacar a ese hombre. Maldita sea.

Capítulo 14

Tal vez debería haberme quedado con Nick, apoyándole. Pero no podía hacer nada y no tengo muy claro si Cherokee ha vuelto. Las dos fulanas que estaban allí también me han cabreado, así que la decisión ha sido fácil.

Dejo el coche en el *parking* y continúo caminando varias calles hasta entrar por la puerta lateral del bar, solo la usamos cuando vienen los camiones reponedores. He visto dos motos en la entrada, pero ninguna es la de Cherokee. Aunque pertenecen al club.

Tengo la esperanza de que nadie me vea entrar, solo hay un hueco por el que me pueden ver desde el bar, pero los pocos hombres que hay y los aspirantes, detrás de la barra, no se fijan en mí cuando paso y subo las escaleras corriendo.

Voy directamente a la habitación de Kate y doy un par de golpes a la puerta.

—Adelante —contesta desde dentro.

Entro y cierro.

—Jade, estaba llamando a Nick, pero no contesta. Están a punto de llegar y me estaba poniendo nerviosa. Ha habido una avanzadilla, Mary dice que son Keith y Colin. No te habrán visto, ¿verdad?

—No te preocupes, no me han visto. Están bebiendo abajo. —la tranquilizo—. ¿Cómo estás?

—Bien, ni un dolor.

Sonrió con desgana.

—Gracias por todo, Kate. No sé cómo agradecerte...

—No hay nada que agradecer. Yo también me enamoré de ese loco de Ray, aunque lo tuve más fácil —me explica.

—De todas formas, no volverá a pasar, no tendrás que volver a cubrirme.

Voy a salir cuando entra Mary.

—Hola, cariño. Yo de ti me daría una ducha, hueles a carburante.

—Sí, gracias por todo.

Ya tengo la mano en el pomo cuando Kate me llama.

—¿Está todo bien? —pregunta juntando las cejas.

Asiento sin girarme, no voy explicar nada, y salgo hacia mi habitación.

Mientras me lavo, recuerdo la conversación que han tenido esa chica, Chris, creo que se llamaba, y esa mujer más madura.

Yo estaba preocupada mirando cómo Nick salía arrastrando a aquel hombre e intentaba reanimarlo cuando esa tía se puso a mi derecha.

—Hola, soy Chris. ¿Tú eres el nuevo polvo de Nick?

No le contesté y seguí observando la escena que tenía delante. Nick se veía tan guapo y tan masculino que intenté centrarme en él y en no hacer caso de nada de lo que oía. Supuse que se trataba de una idiota celosa.

—¿Cuánto te ha cobrado? —Esa pregunta me sorprendió y miré a mi izquierda para ver a una

mujer ataviada con un vestido rojo estrecho y con unos tacones de infarto. Era muy atractiva, a pesar de que estuve segura de que hacía días que había superado los cuarenta.

—Claudia, no seas mala —la censuró la otra.

—Soy realista, solo quiero saber si también te ha sableado los cien euros que me cobró a mí por sexo.

Joder.

—Él no hace eso —lo defendió la tal Chris mientras yo no acababa de entender lo que estaban diciendo.

Nick era mecánico, ¿de qué coño hablaban?

—Oh, sí lo hace, y te sorprenderías de lo que sabe hacer con la lengua. La próxima vez ofrécele dinero. Créeme, es un buen incentivo y le dedica horas.

Mierda, no necesitaba oír eso. Lo que más me dolía, es que sí sabía lo que podía hacer con esa lengua embustera.

Me sorprendió que no les preocupara el drama que tenían delante, pero sí lo que Nick sabía hacer en la cama.

—Señoras, no me interesa el tema. Deberían lamerse sus heridas en otra parte. —Las dos giraron sus cabezas hacia mí, y noté cómo me fulminaban con la mirada.

Me separé de ellas, antes de que esto se convirtiera en una guerra estúpida, y pensé en lo que solían hacer las chicas del club, sobre todo las nuevas, cuando veían mi chaleco: dejarse de tonterías y cerrar el pico a mi paso. Pero estas dos no tenían la menor idea de nada de mi vida. Y tampoco me habría gustado que lo supieran. De hecho, no llevaba el maldito chaleco. Aunque, por una vez, me habría gustado, solamente por no oír ese comentario.

Imaginé sus caras de haber visto que soy propiedad de alguien y me dieron ganas de reír. No sé si conocían el funcionamiento de un club de motoristas, no obstante, verlo hubiera sido bastante obvio para cualquiera. Supe que actuaban así porque vieron en mí a una competidora.

Me acerqué a Nick y me despedí. Sabía que no entendía mi actitud. Pero tampoco yo entendí que me hubiera ocultado esa parte de su vida; de mí lo sabía todo.

No era más que otro agujero para él. Tal vez me pidiera el dinero por su trabajo más adelante. No era más que otro imbécil, terriblemente arrogante, que se había cruzado en mi vida y había tomado lo que quiso.

Mi mente vuelve al presente.

Me estoy vistiendo cuando recuerdo que debería llevar el chaleco puesto antes de que Cherokee vuelva. Salgo disparada de la habitación y bajo las escaleras para ir a la parte de atrás.

Voy directamente al coche donde lo escondí y miro dentro. No lo veo, pero quizás se haya caído entre los dos asientos. Meto medio cuerpo por la ventanilla rota, ya que es imposible abrir la puerta.

—¿Es esto lo que buscas? —Es Keith y noto cómo la sangre abandona mi rostro mientras me enderezo.

Me muestra el chaleco por la parte trasera mostrando las palabras que más odio en el mundo: «Propiedad de Cherokee».

—Gracias, ayer salí a tomar el aire y lo dejé aquí —trato de justificarme sin que apenas me tiemble la voz.

¿Cómo sabía que estaba ahí?

—Ya —contesta mientras se acerca.

Es un hombre fornido y tiene unos ojos tan negros y vacíos, que parece que carezca de alma.

Su pelo largo y su barba negra son espesos y apenas distingo su boca.

No me ha creído.

—Sabes que no debes quitártelo.

—Solo han sido unas horas.

Alarga su mano con el chaleco colgando de su dedo índice, pero cuando voy a cogerlo la aparta.

—Cherokee no está pasando por su mejor momento; uno de los nuestros ha muerto, ¿y tú te atreves a hacer esta ofensa?

¿Quién ha muerto? Espero que Jason y Ray estén bien, Kate no podría soportarlo y Mary no merece esto tampoco.

Algo está mal, muy mal. Keith es un sádico, según he oído hablar. Y acabo de ponerme en su punto de mira.

—No se lo diremos, Keith...

—Creo que es la primera vez que me llamas por mi nombre.

—Sí, creo que sí —admito aparentando calma.

—Está bien, no se lo diremos.

Gira sobre sus talones y entra en el bar de nuevo. No me da el chaleco y no me queda más remedio que ir tras él.

—Keith...

—Sígueme.

Esto no me gusta, no me gusta nada. Pero si quiero recuperar la prenda, y que Cherokee la vea sobre mi cuerpo, no me queda otra opción que obedecer.

Maldita sea, si no fuera por Kate y Mary ya me habría largado de aquí. Nick me había sacado, tenía que haber aprovechado la ocasión.

Sube las escaleras que llevan a las habitaciones y a mitad de camino me detengo, estoy muy asustada, pero no dejaré que él lo sepa.

—Keith, basta de juegos. Devuélvemelo. —Mi voz suena más contundente de lo que esperaba.

Estoy orgullosa de mí misma, al fin y al cabo, soy la chica del presidente. De algo tiene que servir, aunque nadie lo tenga en cuenta. He estado en otros clubs y a la mujer del presidente se le tiene más respeto que a mí, pero Cherokee nunca ha obligado a ningún integrante a hablarme con educación.

—¿Vienes o quieres que le diga a los de abajo que te traigan?

No, prefiero que no vengan. No sé qué pretende Keith, pero prefiero batallar solamente con él.

Llega hasta su habitación y me invita a pasar de la manera más ruda; me coge por la nuca y entro con la cabeza por delante. Después cierra y bloquea la puerta.

—Desnúdate.

¿Qué? ¿Se ha vuelto loco?

—No voy a hacer eso.

Da un paso al frente y yo retrocedo, pero choco contra una cajonera antigua y miro a mi alrededor, hay ropa por todas partes y huele a sudor.

El golpe me pilla desprevenida, no tengo claro si ha sido un puñetazo o una bofetada, pero todo me da vueltas y siento que empieza a arrancarme la ropa. Esto no puede estar pasando.

—Cherokee te matará —amenazo en medio del dolor y de la humillación.

Mi sujetador se rompe ante el tirón brutal, sus uñas me arañan la piel y grito. Me coge por un brazo y me lanza contra el colchón. Agarra el borde de mis pantalones y los arrastra por mis

piernas. Me retuerzo y consigo darle con un pie en la boca, me insulta y cae sobre mí bajándose la cremallera de la bragueta.

—Eres una puta más. —Vuelve a golpearme en la cara—. Una a la que le gusta poner cachondo a todo el club. ¿Crees que no sé qué vas de tímida? Lanzas miraditas, pero ni una sola palabra. Parece que pidas un polvo silencioso, zorra.

Maldito imbécil, ¿acaso no sabe que su querido presidente no aprobaría que yo hablase con ellos?

No contesto y sigo retorciéndome debajo de él. Mis fuerzas se van agotando, es demasiado grande y debe pesar más de cien kilos.

Consigue cogermme por las muñecas y las atrapa con una sola mano. Con la otra guía su polla a mi interior y entra hosco, el dolor recorre todo mi cuerpo y grito antes de que aplaste su boca contra la mía y me muerda el labio inferior. Noto el sabor metálico de la sangre en la lengua y escupo en su rostro, por lo que me gana otro cruel golpe, y esta vez sí utiliza el puño.

Se mueve dentro de mí y enseguida se corre. Las lágrimas resbalan por mis sienes y siento la impotencia de esta situación y las ganas de vengarme, de matar a todo el que se atreva a tocarme. Cherokee ya me violó la primera vez, pero ninguno de los otros se había atrevido a tocarme.

Ha mancillado el único recuerdo bonito que tenía de Nick, lo bien que me hizo sentir y cómo cuidó de mí.

Nick...

—Y ahora vete, zorra. —Me levanta y me empuja hacia la puerta lanzándome la sucia sabana sobre la que me ha violado—. Te cuidarás mucho de decírselo al presidente.

Me envuelvo en la sábana porque no quiero salir desnuda de aquí. Pero al girarme veo su pistola en el suelo, a unos pasos de sus pies. Con las prisas por abusar de mí la ha dejado tirada, si pudiera alcanzarla...

—No diré nada, pero todas las mujeres del club sabrán lo rápido que eres en la cama.

Sus ojos se clavan en mí y veo el odio en ellos. Tengo que hacer que se mueva, que se aleje del arma. Cherokee siempre la lleva cargada, espero que este monstruo también.

—¿Quieres que llame a los otros, puta? ¿Necesitas más?

Me duele todo el cuerpo, incluso el hecho de hablar, pero sigo provocándole.

—Está claro que contigo no hay ni para empezar. ¿Ya has llegado a la conclusión de que no sabes cómo hacer disfrutar a una mujer? Parece que te ha llevado tiempo entenderlo.

Avanza hacia a mí como un tren de mercancías. Mi cerebro reacciona rápido y envía impulsos a mis piernas, corro y subo a la cama para dar la vuelta y alcanzar la pistola. Veo, de manera fugaz, sangre en la sabana mugrienta. Es fresca, es mía.

Y eso me da más valor, él también corre hacia a mí, pero soy más rápida y levanto la pistola para disparar, el sonido rebota en las paredes de la habitación y me ensordece. Le he dado en el pecho y puedo ver la sorpresa en sus ojos, cuando cae hacia atrás. Su cabeza golpea el suelo de madera y este se va empapando de sangre.

Alguien golpea la puerta con fuerza. También oigo gritos.

No tengo ni idea de cuánto tiempo he estado mirando como el charco de sangre se hace cada vez más grande, cuando alguien echa la puerta abajo y mis ojos se encuentran con los de Cherokee.

Capítulo 15

—¿Me sueltas? —pregunto extrañado al ver a Jane acceder a los calabozos.

—No van a presentar denuncia contra ti —explica con una media sonrisa.

Abre la puerta metálica y me pide que la siga.

Ha sido la noche, y parte de la mañana, más larga de mi vida.

—¿Qué ha pasado con Edam?

—Ha confesado que fue él quien provocó el incendio, los bomberos y mis compañeros vieron las marcas de un acelerante en la parte posterior del taller.

—Me acusaste...

—Estaba haciendo mi trabajo.

—Ya.

—No es nada personal —se explica.

Lo cierto es que no me importa. Solo quiero que ese idiota pague por lo que ha hecho. Harry lo ha pagado caro.

—Edam Jonas estará en prisión preventiva, sin posibilidad de fianza por riesgo de fuga, hasta el día del juicio —añade leyéndome el pensamiento.

Estamos llegando a las oficinas.

—¿Y qué hay del hermano y el padre?

—No han tenido nada que ver, sus coartadas han sido comprobadas y son sólidas.

Sigo sin fiarme de esos tipos. Firmo los papeles para que me dejen salir y me despido de Jane. No le guardo rencor; estaba haciendo su trabajo cuando me detuvo.

Espero que Edam arrastre los golpes durante un tiempo. Ada no va a tener unos ingresos altos después de la muerte de su marido y me siento culpable por no haber estado allí cuando se desató el incendio. No digo que Alex y John no hubieran podido sacarlo, pero ellos estaban trabajando a una distancia y yo, seguramente, hubiera estado en el despacho con él.

Edam golpeó a Harry y después provocó el incendio, solo a una rata como él se le ocurriría dejar fuera de combate e indefenso a un hombre de su edad para que muriera asfixiado o quemado.

Aprieto los dientes con rabia.

Debería llamar a Kate para saber si Jade ha llegado bien, pero me doy cuenta de que mi maldito teléfono se ha quedado sin batería, así que decido volver al taller y relevar a John o a Alex, alguno de los dos se ha quedado para evitar que alguien entre por la parte trasera y robe material, según me ha dicho Jane.

No podemos volver a trabajar hasta que hable con Ada, ella decidirá si quiere que el negocio continúe o no. Pienso ofrecerme a reconstruirlo, aunque no tenga ni un centavo, y darle un tanto por ciento de las ganancias. Aún no sé cómo haré eso, pero lo quiero intentar. Es el mejor homenaje que puedo hacerle a mi jefe.

Tal vez termine acudiendo a mi tío.

Al hecho de que no haya suministro eléctrico ni agua, se suma el cordón policial que veo al

llegar.

—¿Qué coño? —digo señalando la cinta amarilla.

—Está bajo investigación —explica Alex con cara de cansado.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, unos días, supongo. Hay dos polis ahí detrás, habla con ellos —contesta, iracundo.

—Vete a casa a descansar, me quedará el resto del día.

Solo asiente y se va. La apatía se refleja también en su rostro y lo miro hasta que entra en su coche y desaparece calle arriba.

Esto va a ser difícil para todos, pero yo no tengo críos ni tantas obligaciones como mis compañeros. Además, tengo unos ahorros con los que ir tirando hasta que encuentre otro trabajo.

Vuelvo a mirar el teléfono y lo vuelvo a guardar en el bolsillo trasero de los vaqueros. Aquí tampoco voy a poder cargar la batería.

—Buenas tardes —saludo a los policías que rondan por la oficina quemada de Harry.

—Señor Russell —contestan casi al unísono.

—¿Sería posible recoger unos documentos para la mujer de Harry? Se trata del seguro.

—Tengo que supervisarlos —me advierte uno.

—Entiendo —respondo accediendo a una cajonera metálica que, por suerte, parece haber escapado a las llamas.

Abro el primer cajón, ante la atenta mirada del agente, y los localizo dentro de la tercera carpeta que abro.

Los recibos son del año pasado, pero del actual no hay ni rastro. Sigo buscando en otras carpetas, pero no doy con lo que busco.

—Joder —susurro enfascado en otro cajón.

—Tómese el tiempo que necesite, no hay prisa —dice el hombre.

Supongo que me ha oído maldecir a pesar de estar a cierta distancia.

No digo nada, aunque se me acaba de caer el alma a los pies. Suelo ayudar a Harry con la contabilidad, pero nunca me he metido en asuntos como estos. Sospecho que mi jefe quiso reducir gastos dejando de pagar el seguro.

Me aparto el pelo de la frente y dejo mi mano en la nuca mientras pienso y se me ocurre algo. Había una estantería detrás de la silla de Harry y aunque está reducida a escombros tengo la esperanza de que él lo hubiera puesto allí. Mañana llamaré a la compañía aseguradora, ellos pueden decirme si el seguro estaba en regla.

Vuelvo a guardarlo todo y apoyo las manos en la parte de arriba de la cajonera que debe de medir un metro de altura.

—¿Ha terminado? —me pregunta el agente Dreuwer, según la placa enganchada a su uniforme.

Asiento y empiezo a mirar a mi alrededor; no había podido mirar aun detenidamente el desastre.

En la oficina, poco se ha salvado. Hasta la escopeta de Harry yace retorcida en un rincón.

—Nosotros nos quedaremos esta noche.

Eso me sorprende.

—¿Tienen que hacerlo? —pregunto contrariado.

—La detective Collier así lo ha ordenado.

Algo me dice que Jane sabe que estamos algo perdidos y que queremos conservar lo poco que nos queda. Le doy las gracias mentalmente.

—De acuerdo. Buenas noches.

Conduzco hasta la casa familiar; mi madre y Ada deben de seguir ahí y quiero asegurarme de que están bien.

—¡Nicholas Russell! ¡¿Te detuvieron?! —grita mi madre nada más verme.

Paso por su lado, conecto el cable del cargador que siempre hay en la encimera, y abro la nevera para coger una cerveza mientras espero a que mi móvil se cargue un poco.

—No grites, ¿dónde está Ada?

—Descansando en mi cama y no me hagas callar —advierte señalándome con un dedo.

Joder, cuando Gillian se pone furiosa no hay quien la pare.

—Digamos que tuve una pequeña discusión con Edam.

Mi madre pone los brazos en jarras y entrecierra los ojos.

—Nick, no era el momento de discutir con ese idiota, y no me mientas. ¡Le has atizado bien!

Estoy a punto de chistar, pero me retengo. Mi madre tiene que dejar ir todo lo que piensa y después se calmará.

—Edam provocó el incendio.

—¡¿Qué?!

Maldita sea, como no deje de gritar va a despertar a Ada y no estoy preparado para explicarle que su marido ha sido asesinado. La policía se encargará de eso.

—No creo que Ada deba enterarse así —digo en tono conciliador.

—Tienes razón. Oh Dios, pobre Harry —contesta rompiendo a llorar.

—Mamá...

—Lo siento, cariño. Corrió la voz por todo el barrio de que habías sido detenido... y... pensé que te estaban acusando... de haber provocado el... incendio, además de... por darle una paliza a ese tonto —tartamudea a lágrima viva.

La abrazo.

—No, solo ha sido por la pelea.

Ella se separa de mi pecho y me mira.

—Eres igual que tu padre, demasiado impulsivo. Tienes que dejar que la policía haga su trabajo —solloza.

Edam merecía esa paliza, punto.

—No te preocupes mamá, nadie me ha acusado de nada.

De repente caigo en la cuenta.

—¿Y Tara, no debería haber venido ya?

—Me ha dicho que iba a una fiesta de cumpleaños y que vendría más tarde.

Mi hermana, ¿de fiesta? Eso sí que es extraño; no suele ir a ninguna. No obstante, ha podido hacer nuevas amistades y tal vez la hayan convencido.

No he puesto en marcha el teléfono y me dispongo a hacerlo después de utilizar el cargador que mi madre tiene en la cocina. Una vez coge la señal, empieza a pitar como un loco. Llamadas de Ray. Mierda.

—Tengo que hacer una llamada —me disculpo cogiendo la cerveza y el móvil y me siento en el escalón del porche trasero. El cable no da para más.

—¿Dónde coño estabas? —pregunta sin saludar.

—Detenido —suelto a bocajarro.

—¡¿Qué?!

—Otro que grita.
—Es una larga historia.

—*Ven al club, te espero fuera.*

—¿Es Kate? —demando seco.

—*No. Es Tara.*

—¿Tara? ¿Mi hermana?

Oigo resoplar a mi amigo.

—¿*A cuántas «Taras» más conoces?*

Joder.

—¿Qué pasa con ella? Está en una fiesta...

—*Está en el club, pegada a un motero que no para de meterle mano y comerle la puta boca.*

—¡Joder!

—*A eso llegarán en menos de diez minutos si no apareces ya. A mí no me hace caso.*

—Mierda. Voy.

Cuelgo y me levanto. Más vale que Tara tenga una buena razón para haber acabado en el club.

Llevo un día de mierda y ni siquiera he sabido nada de Jade, ni le he preguntado a Ray por ella. Lo cierto, es que saber en dónde está mi hermana me ha nublado el juicio.

—¿Ya te vas?

—Sí, el día ha sido largo, mamá. —Prefiero no decirle nada de Tara, se llevaría otro disgusto y ya ha tenido unos cuantos.

La beso en la cabeza y me dispongo a salir.

—Mañana me ocuparé de hablar con el reverendo Jones y concretaremos el día del funeral de Harry.

—Sé que lo harás. Buenas noches. —Intento no parecer demasiado desesperado por irme.

Arranco la moto y, una vez abandono la calle donde está ubicada la casa de mi madre, acelero a fondo.

A ese club es al que deberían pegar fuego, joder. Con todos esos desgraciados dentro. Exceptuando a Ray, Jade, Jason, Mary y Kate, todos los demás pueden pudrirse en el maldito infierno.

Solo con imaginarme a mi hermana metida entre sus paredes se me revuelven las tripas. La voy a sacar de ahí, aunque sea a rastras.

Media hora más tarde dejo la moto, un poco más apartada de las de esos tarados, a un lado del local.

Subo el par de peldaños que me separan de la entrada, pero una mano con la palma hacia mí me impide el paso.

—No puedes entrar.

Capítulo 16

El dueño de esa mano vuelve a cruzar los musculosos brazos sobre su pecho y no se mueve ni un milímetro.

Observo al otro tío que está a su lado en la misma posición como si fueran porteros de discoteca. Y este niega con la cabeza.

Me considero un tipo paciente, con el temple justo para pasar el día, pero paciente.

—Órdenes de Cherokee —explica el otro gorila.

Miro sus cabezas llenas de pelo largo y mugroso y hago una mueca, estos tíos son bastante repugnantes y huelen a cuero y a cerveza rancia.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy, lárgate.

—Apártate —digo con voz tosca al que ocupa la mayor parte de la puerta.

Son más bajos que yo y más fuertes, pero es mi hermana la que está ahí adentro. Y estos idiotas no me intimidan.

—No te lo pediré otra vez —amenazo dando un paso al frente.

No contesta.

—Eh, no queremos problemas, solo vete —declara el otro.

Mi paciencia tiene un límite y acabo de alcanzarlo. Cojo la cabeza del que acaba de hablar, la empujo hacia abajo y clavo mi rodilla en su nariz.

—Yo tampoco quiero problemas —anuncio antes de ir a por el que me impide el paso.

Pero en su mano ya tiene una pistola.

—Voy a pasar por alto lo que acabas de hacer, no me obligues a meterte una bala en la puta cabeza.

De repente la puerta se abre dejando salir el humo y el olor a sudor.

—¡Baja esa pistola, Mich! —grita Ray empujándolo a un lado.

—Cherokee...

—Yo me ocupo —lo corta mi amigo.

Noto que alguien se abalanza sobre mí por la espalda, sin pararme a mirar quién es, echo la cabeza hacia atrás con fuerza. Los quejidos me anuncian que es el mismo tipo de antes buscando venganza. Que se joda. Su nariz no volverá a ser la misma nunca más.

Entro en el bar sin dilación y busco a mi hermana con la mirada, no la veo. Tampoco veo a Jade en la barra.

La música de KISS me ensordece, pero no dejo de buscar a Tara. Ray camina por delante de mí y me lleva hasta el fondo, debajo de las escaleras que conducen al piso superior. Es una especie de rincón privado, exactamente donde las putas hacen su trabajo.

Joder.

Ray se detiene y yo a su lado.

—Ahí la tienes —me señala con la barbilla, aunque ya la he visto.

Está sentada sobre las rodillas de un tipo delgado, con el pelo más largo que ella y una barba que dejó de cuidar hace años.

—¡Tara! —grito acercándome.

Ella me mira como a cámara lenta y sus ojos se engrandecen por la sorpresa. No sabe que vengo de vez en cuando y supongo que no esperaba que la buscara aquí.

—¡Vamos! —grito por encima de la música.

El tío que está con ella me mira amenazante y le habla al oído. Mi hermana niega con la cabeza y se levanta.

Va vestida con una falda bastante corta y un top. Nunca la había visto con ese tipo de indumentaria, pero eso no es lo que me preocupa ahora mismo.

En cuanto se acerca, la cojo por la muñeca y casi la arrastro a través del club.

Sé que grita, aunque no presto atención e intento que no se suelte de mi mano. Los hombres nos miran y fruncen el ceño. Como alguno se atreva a impedir mi marcha va a tener un problema. Pero si de algo estoy seguro es de que son unos cobardes que solo saben defender a su presidente, nunca a una chica. Por muy rocambolesca que vean la situación que tienen delante de sus narices.

—¡Suéltame! —chilla Tara en cuanto alcanzamos la calle—. ¡Nick!

La suelto y ella da un paso atrás para encontrarse con el pecho duro de Ray. Él le da una cazadora negra sin mediar palabra. Supongo que la ha cogido mientras yo sacaba a Tara. Es la suya.

—¿Has llamado a mi hermano? —inquieta ella dándose la vuelta y empujando su pecho con las dos manos.

Está alterada y solo espero que no haya consumido nada más que alcohol. Ray le suelta una sonrisa canalla, pasando de contestar a algo tan obvio.

—¿Puedo saber qué coño haces aquí? —pregunto de la manera más pausada que consigo ofrecer dado el cabreo que llevo.

—¿A ti qué te parece? ¡Divertirme! —Me señala con un dedo en el que destaca una uña pintada de negro—. Pero tú, me acabas de joder la noche.

—No puedes estar aquí —decreto, aun conteniéndome.

—Ah, ¿no? Pues mira cómo lo hago. —Vuelve a subir los dos escalones, pero los dos gorilas se plantan uno junto al otro siguiendo la señal que Ray les hace—. ¡Apartaos!

—Tara...

—Soy mayor de edad, no puedes tratarme como si tuviera diez años —declara girándose con los brazos en jarras; típica postura de mi madre.

—Pero puedo aconsejarte.

—No he visto que lo hicieras.

Perfecto, en eso tiene razón.

—Está bien, hablemos cinco minutos..., por favor.

Incluso Ray se sorprende de mi petición y levanta una ceja en mi dirección que, por supuesto, ignoro.

—¿Qué quieres? —pregunta Tara bajando el par de escalones de nuevo.

—Alejémonos un poco.

Nos acercamos a mi moto y ella se cruza de brazos enfurruñada, yo hago lo mismo. Ray está a una distancia prudencial y sé que lo hace por si el hombre que estaba con Tara sale a buscarla. El tesorero del club tiene cierta autoridad sobre esos tíos, y ese es Ray.

—Nick, no estaba haciendo nada malo —se explica mi hermana.

—Lo sé, pero esta gente está metida en asuntos...

—Solo he venido a tomar una copa con Clara, ella sale con uno de los moteros.

—No me importa lo que haga Clara. Las chicas que vienen aquí se exponen a terminar bajo el yugo de uno de esos tipos. —Me inclino un poco y apelo a eso que tantas veces ha declarado—. Creía que eras una mujer independiente.

—Y lo soy —asegura envarándose.

—Entonces lárgate de aquí. Ve con gente de tu edad.

—En cuanto termine mi copa.

Si no aflojo la perderé.

—De acuerdo —convengo.

Ella se vuelve a sorprender.

—¿En serio?

—Sí, con una condición.

Resopla y me mira con esos preciosos ojos color verde.

—Pide otra bebida en la barra. Tu cerveza ha estado demasiado tiempo abandonada.

Todos sabemos de lo que son capaces aquí, todos menos Tara.

—Está bien —claudica.

—Y no tardes en volver. Sé que no sabes nada, pero Harry ha muerto y Ada está en casa con mamá. No estaría de más que volvieras sobria.

—¿Harry?

—Sí.

Lo conoce desde que nació y sus ojos se llenan de lágrimas. Tara es una chica estupenda que ama a todos los que la rodean sin condiciones. No voy a permitir que se salga del camino, no por este camino, al menos.

—Lo siento, Nick.

Me abraza y beso su pelo. La quiero tanto que podría cortarle las manos al imbécil que la ha tocado. Pero no es ninguna niña y no puedo interferir en su vida amorosa. Solo espero que, llegado el momento, se decida por un buen tío.

—Lo sé, anda ve.

—¿No me vas a decir qué ha pasado?

—En casa.

Ella asiente, aunque por su cara, sé que no está de acuerdo con lo de posponer esa explicación, pero vuelve a entrar en cuanto recupera su cazadora de la mano de Ray.

—Eres todo un padrazo —suelta mi amigo cuando ella desaparece tras la puerta.

—No, Ray, no soy su padre. Por eso no la he arrastrado hasta casa.

—¿Eso es lo que haría un padre?

Está muy tarado.

—¿Tengo cara de saberlo?

—Yo qué sé, joder.

Dejo caer mi mano con fuerza sobre su hombro.

—Tendrás tiempo de averiguarlo. Vamos a por una cerveza.

—¿Te quedas?

—¿Qué te hace pensar que voy a dejar a mi hermana en manos de un motero sin supervisión?

Suelta una carcajada y accedemos al local, a pesar de la prohibición del presidente. Vuelvo a buscar a Jade con la mirada y sigo sin encontrarla. Me siento estratégicamente para ver a mi

hermana y a su baboso acompañante. Intuyo que Ray le ha dado un toque ya que habla con ella sin meter la mano bajo su falda. Tara sonrío hasta que me ve y hace una mueca.

—La vida es así, pequeña —susurro para mí mismo mientras le dedico mi mejor sonrisa.

Ahora sí que va a tener ganas de largarse de aquí.

—Avisa a tu gente de que Tara no puede volver a entrar —le exijo a mi amigo.

—Lo que tú digas.

Mientras bebe su cerveza no deja de mirar hacia el piso de arriba. Como si esperase que alguien baje esas escaleras.

—¿Estás esperando a Kate?

—No. Está cansada y se ha acostado ya.

—¿Entonces?

—Cherokee no quiere que estés aquí, ¿recuerdas?

Bebo un trago y lo miro.

—Qué novedad. Nunca lo ha querido, solo me tolera por vosotros dos —contesto refiriéndome también a Jason.

—Esta vez va en serio.

Hablamos en tono un poco alto, pero debido a la música nadie puede oírnos.

—¿Me importa?

—Debería.

Espero que Jade no haya soltado nada sobre nosotros o que alguien nos haya visto.

—¿Qué ha pasado en nuestra ausencia?

Sé por dónde va.

—¿Por qué no admites que Kate se ha ido de la lengua? —inquiero seco.

—Te pedí que te alejaras de ella —contraataca.

—No puedo, ahora ya no. Sabes que me gusta desde hace tiempo, ella no está bien aquí.

En ningún momento la nombramos.

—Ha matado a uno de los nuestros.

¿Jade? Y una mierda.

—¿Es una nueva forma de mantenerla encerrada?

—¿Recuerdas a Keith? Ayer le pegó un tiro.

—¿Hablas en serio? —Todo mi cuerpo se pone en guardia.

—Intentó propasarse y ella se defendió. Cherokee está cabreado y no le permite estar en la barra.

Mierda.

—¿Habrá consecuencias para ella? —pregunto mirando hacia la escalera.

—Está cabreado, sí, pero estoy seguro de que él mismo lo habría matado solo por rozarle un pelo.

—Claro, solo él puede hacerlo.

—Basta, Nick.

No quiere que nadie de aquí me oiga.

—Me he enterado de lo de Harry, lo siento.

Le explico todo lo que ha pasado sin dejarme ningún detalle, pero al mismo tiempo busco la manera de sacar a Jade de aquí.

Capítulo 17

Me duele todo el cuerpo, pero sigo alerta aun estando en la cama. No le dije a Cherokee que Keith me había violado, solo que lo había intentado. Sé cómo actúan y nunca creen a la chica. En este antro ha habido varias violaciones y las mujeres siempre son las culpables.

Pero se lo dije a Kate con la condición de que no se lo explicara a Ray. Ella solo aceptó porque sabía que su hombre se lo diría a Nick. Y me niego a que Nick se enfrente a mi presidente.

Me ha utilizado y a estas alturas ya se habrá olvidado de mí. De hecho, lo he visto salir con una chica y parecía bastante interesado en ella. Después de los años, parece que a Nick le van las mujeres del club, a esa chica la he visto otras veces. Los dos han ido hacia su moto y he vuelto a la cama. Solo miraba por la ventana para entretenerme, pero verlo no me ha ayudado en absoluto.

Creo que no estoy bien, tengo fiebre y me duele la zona vaginal. Kate dice que puede ser un desgarró, pero también me he negado a ir al médico. No voy a hacer nada que ponga en alerta a Cherokee. Ya no hay sangrado y me he duchado unas cinco veces en las últimas veinticuatro horas.

Pero ahora estoy aterrada. Si Cherokee quiere acostarse conmigo no podré negarme. Necesito a Kate.

He llorado durante la última media hora. Por él, por Nick, y no lo merece. Después he decidido dejar de llorar y centrarme en mis propios problemas, que no son pocos. Tengo que confiar en alguien y quiero que sea Kate. Es buena y nunca me ha tratado mal.

Me levanto, camino hacia la puerta y la abro, la puerta del salón de reuniones está cerrada, aunque se oyen las risotadas de los hombres y la voz grave de Cherokee.

Me acerco al dormitorio de Kate y Ray y llamo a la puerta, espero que Ray también esté con su presidente.

—Adelante, tonto. ¿Ahora llamas para entrar?

—Kate...

—Oh, Jade. Creí que era Ray.

Se incorpora en la cama con bastante esfuerzo.

—No te levantes, Kate. Solo necesitaba compañía.

Ella sonrío.

—Puedes acostarte a mi lado, estás peor que yo.

—Tengo fiebre...

—Tu fiebre no viene por una enfermedad contagiosa, no me vas a pegar nada. Sigo pensando que ese tarugo debería llevarte al médico.

Niego con la cabeza y hago lo que me dice, me acuesto a su lado.

—Necesitas antibióticos.

—Supongo que sí.

—Espera.

Coge su teléfono móvil y la oigo hablar con Mary. Las he observado a las dos durante mucho tiempo y son las únicas compañeras de estos hombres a las que nunca he visto borrachas ni

colocadas. El resto se mete de todo y da igual la hora que sea, además son exasperantes y poco dadas a hablar conmigo. Debo reconocer que tanto Mary como Kate sí lo habían intentado, pero era yo la que se alejaba.

—Mary estuvo enferma hace un par de meses y dice que aún le quedan algunas pastillas, son antibióticos y te vendrán bien.

—Gracias.

La verdad es que, sumida en mis pensamientos, ni siquiera he sido consciente de la conversación telefónica.

Mary no tarda en aparecer y me da el medicamento. Después se va, ya que son las dos de la madrugada y Jason ya está con ella.

—Kate, he pensado que te vendría bien tomar la pastilla del día después.

—No estoy embarazada.

—¿Tomas anticonceptivos?

—Sí. —Aunque no le explico que me he quedado sin ellos.

—¿Lo sabe...?

—No, por favor...

Coge mi mano y me la aprieta, estamos las dos tumbadas boca arriba mirando el techo blanco.

—¿Cuándo entenderás que lo que hablamos entre nosotras, se queda aquí?

—Sí, lo sé. ¿Puedo confiarte algo más?

—Por supuesto.

Me muerdo el labio inferior siendo consciente de lo que estoy a punto de contarle.

—Voy a marcharme. Quiero dejar a Cherokee... y al club.

Kate gira la cabeza y me mira fijamente.

—¿Nick tiene algo que ver?

—¿Qué? ¡No! —Me calmo al instante; si alguien estuviera tras la puerta podría oírme—. Con Nick no saldría bien, Kate. Me ha mentido y ya estoy cansada de vivir en una constante mentira.

—¿Puedo saber en qué te ha mentido?

—Prefiero no hablar de eso.

Ella vuelve a mirar el techo y yo la miro a ella.

—Lo que quiero hacer es empezar de cero —continúo—. Encontrar un trabajo y tener mi propio hogar.

Kate sonrío.

—Siempre supe que esta no era tu vida, ¿puedo preguntarte algo?

Asiento, no muy convencida.

—¿Has recordado algo de tu pasado?

Niego con la cabeza porque detesto mentir en voz alta. Sé lo que acabo de exponer sobre las mentiras, pero si Kate sabe demasiado, la puedo meter en un buen lío.

—¿No quieres buscar a tu familia? Puede que tengas una.

—Tal vez más adelante, antes tengo que encontrarme a mí misma. Él no me ha dejado hacerlo...

—Lo sé y no sabes cuánto lo siento. Mereces salir de aquí.

Y lo haría ahora mismo, pero no sé a dónde ir. Sin dinero todo es más complicado.

—¿Tienes algo de dinero? —pregunta Kate leyéndome el pensamiento.

—Algo, aunque no el suficiente. Además, tengo que pagar la reparación del coche.

—Lo conseguirás. Mientras, tienes que ser fuerte. Ya sabes que la muerte de Keith no saldrá

de aquí. Cherokee no va a involucrar a la policía en esto. Lo hará parecer un ajuste de cuentas entre bandas. Es horrible decir esto, pero ese idiota tuvo su merecido por tocarte. Lo habría matado el presidente si hubiera tenido la oportunidad. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, pero es algo que nunca podré borrar de mi memoria. Matar no está bien, ni te hace sentir mejor; Keith me hizo daño y solo me defendí. Me repito eso como un mantra, una y otra vez.

Dos golpes en la puerta y Cherokee entra como un ciclón.

—Maldita puta. Llevo un buen rato buscándote. ¿Qué haces aquí?

Me levanto deprisa a pesar de que mi cuerpo se niega a cooperar. Cherokee viene hacia a mí y me tira del pelo.

—¿Cuándo aprenderás a obedecerme? —Su aliento agrio impacta en mi rostro y reprimo una arcada.

—He ido a buscarla yo. No me encuentro bien y Ray está abajo —interviene Kate defendiéndome.

—Haré que suba. Y tú, métete en la habitación y no salgas.

Pero antes de que me disponga a marcharme ya se ha ido, dejándonos solas.

—Jade, espera.

—Más vale que me vaya...

—¿Te sigue tratando así? —pregunta susurrando.

Estoy casi convencida de que cree que, después de partirme el brazo, ya no me había vuelto a tocar.

No contesto, ¿qué debería contarle? ¿Que esto lleva años sucediendo y no se ha detenido?

Bajo la cabeza y vuelvo a girarme hacia la puerta.

—Un minuto —me pide.

Kate se mete en el lavabo y sale con algo metido en su puño.

—Ten, escóndelo y márchate de aquí en cuanto tengas la oportunidad.

Mete un montón de billetes en mi mano y me obliga a cerrarla mientras la miro con los ojos muy abiertos.

—No, Kate. Esto es vuestro, vais a ser padres...

Seguimos susurrando.

—Hay cuatrocientos dólares. Ya me los devolverás. Ve antes de que vuelva.

Me empuja suavemente hacia el pasillo y yo no logro articular ni una sola palabra. No esperaba que Kate me diera dinero para que pudiera escapar, se supone que todos aquí son leales al presidente.

Me meto de nuevo en mi habitación y un horrible pensamiento cruza mi mente: ¿y si todo es una trampa? Pero ¿qué ganaría Kate con eso?

Miro el dinero en mi mano, un montón de billetes retorcidos, y pienso en un lugar donde esconderlo. Me decido por mis botas, las que uso solo cuando salgo a la calle, son de caña alta y es difícil que él se acerque siquiera a ellas.

Me tiemblan las manos, de hecho, todo el cuerpo. Ahora sí que puedo irme, tengo dinero y los medios. Tengo que pensar.

La puerta se abre de golpe y Cherokee entra con Sugar, el vicepresidente.

—¡Al baño! —me ordena brusco.

Echo un vistazo por última vez a mis botas antes de hacerle caso. Si encuentra el dinero me matará, de eso estoy segura.

Los oigo hablar a través de la madera y pego el oído.

—¿Dónde? —pregunta Cherokee.

—Lo hemos llevado al desierto. No lo encontrarán.

—Perfecto, merece que se lo coman los buitres. Intentó abusar de mi chica.

No, no lo intentó. Lo hizo. Pero aparto esos pensamientos para seguir la conversación.

—Los Coptom Angels...

—Esos hijos de puta, ¿tienen preparado el cargamento? —Lo corta el presidente.

—Sí, pero hasta que no concretemos día, no podremos recogerlo.

—Les vamos a tender una emboscada —decreta Cherokee.

—Vas a necesitar a todos tus hombres.

—Contaba con eso. Pero sabemos que han sido ellos los que mataron a Drew. Recogeremos las armas y después nos desharemos de ellos.

—Vas a empezar una guerra...

—Me importa una mierda. Drew era mi hermano, joder.

Así que era Drew el que había muerto. Keith había dicho que uno de los suyos había muerto, antes de violarme. Drew era un buen hombre, comparado con su hermano, aun así, no lo quería cerca de mí.

—¿En el lugar de siempre? —inquieta Cherokee.

—Sí.

Hay unos minutos de silencio.

—Vamos a perder un buen negocio si seguimos adelante con esto —el vicepresidente parece preocupado.

—Me importa una mierda. Tengo recursos y nadie se libra de mí, lo de mi hermano ha sido un agravio.

Mi pensamiento vuela. Si va a iniciar una guerra entre bandas de moteros, Cherokee puede morir. Aunque no es la primera vez que hay un enfrentamiento con otro club y él siempre vuelve. Siempre.

—Por cierto, ese tal Nick está abajo.

—Me cago en la puta. —No se oye nada durante unos segundos—. Está bien, déjalo, tengo planes para su hermanita pequeña. —Suelta de repente.

La sangre abandona mi rostro cuando oigo las palabras y me cuesta reaccionar.

Están demasiado silenciosos y rápidamente vacío el agua de la cisterna. Espero que no hayan estado pendientes de si yo hacía algún ruido.

Espero unos diez minutos más para asegurarme y abro un poco la puerta. No hay nadie. Con el sonido del agua no me he enterado de que se habían marchado.

Perfecto, es mi momento, tengo que trazar un plan y prometerme a mí misma que les haré llegar el dinero a Kate y Ray de la manera que sea.

Capítulo 18

Han pasado tres días desde el incendio y no he podido solucionar nada, el seguro no estaba pagado y ahora estoy ante un montón de hierros retorcidos y un taller fuera de servicio y vacío.

Esta mañana hemos estado llevándolo todo al garaje de John. De momento, es un buen lugar para guardar lo que se ha salvado.

—Sabía que te encontraría aquí.

Es la voz de mi tío.

—¿Desde cuándo te dejas caer por el barrio? —contesto sin girarme.

—Desde que vi la noticia en un periódico local.

Me giro y está plantado con las manos en los bolsillos, viste traje chaqueta gris oscuro y la camisa, sin corbata, abierta un par de botones. Lo cierto es que para su edad se ve un tipo apuesto.

—¿Has venido a pie? —No veo su coche por ningún sitio.

—No sabía exactamente dónde estaba el taller y me he paseado un rato, he aparcado en una calle paralela.

—¿A qué has venido?

—Mi oferta sigue en pie. Quiero ayudarte.

Vuelvo a darle la espalda y fijo mi mirada en el foso donde Alex ha dejado, en el borde, unas cuantas herramientas y el ordenador; está apagado como si esperase que alguien lo hiciera trabajar. La oferta es tentadora, pero algo me dice que no le venda mi alma al diablo. Si Ed no se ha relacionado con mi familia durante años, tiene que haber una poderosa razón.

—Deja que lo piense.

—De acuerdo.

—Tengo que asistir al funeral de Harry.

—Está bien, llámame cuando tengas las ideas claras.

No me despido. Mi cabeza da demasiadas vueltas y Jade es ahora mismo mi mayor preocupación. He ido cada noche al club y no consigo verla. Ray se cabrea conmigo cada vez que me ve. Como si eso me importara lo más mínimo.

—Alex —lo llamo entrando—, queda solo el ordenador y algunas herramientas, metámoslo en el coche y vámonos.

El rugido de la moto de Ray llama mi atención. Me levanta la mano y sigue su camino, va en dirección a la iglesia.

Doy un último vistazo y soy consciente de que ya no queda nada que pueda interesar al amigo de lo ajeno. John ya debe haber llegado al funeral. Nosotros llegamos tarde.

No me sorprende cuando entramos y casi todo el barrio está aquí. Harry era un hombre muy querido. Apenas hay sitio dentro de la iglesia y nos quedamos detrás, mi madre está leyendo un emotivo poema y después habla de su amigo de la infancia y de la que ahora es su viuda. También hace alusión a Peter, el hijo que perdieron demasiado pronto.

El silencio solo se rompe a causa de algunos sollozos y siento un gran pesar. Harry me dio la

oportunidad cuando volví de Nueva York y ahora tengo la impresión de que nunca se lo agradecí lo suficiente.

Ray está un poco más adelante junto a Jason y, curiosamente, están más anchos que el resto. A pesar de que todos los presentes los conocen desde que eran unos críos, nadie parece quererlos demasiado cerca.

El cementerio no está muy lejos y la mayoría de los asistentes van caminando. Busco a Ray, que he perdido de vista cuando la gente ha empezado a moverse, pero no lo localizo. Ese loco se habrá marchado y algo me dice que me está evitando. Saco el móvil y lo vuelvo a guardar; si va conduciendo, no va a contestar.

Estoy dando espacio a Jade, merece que no me meta en su vida, si de algo estoy completamente convencido es de que hay demasiada gente a su alrededor controlando sus movimientos. Me pidió que la dejara hacer esto sola y lo haré, pero necesito saber si está bien.

Podría llamar a Kate.

—Hola, Nick. —No es Kate sino Mary, la que responde al teléfono—. Estamos camino del hospital.

—¿Se ha puesto de parto?

—Sí, acabo de avisar a Ray.

—Perfecto. —Esa es la razón por la que se ha largado tan rápido... y sin comunicar la buena nueva.

Idiota.

Cuando cuelgo, vuelvo hacia el coche, Alex puede volver caminando. Voy a acercarme al hospital para apoyar a mi amigo, seguro que está a punto de sufrir una apoplejía.

Camino hacia la entrada, después de haber aparcado, pero Cam y Mich me salen al paso. ¿Qué hacen fuera del club? No creo, ni por un momento, que hayan venido a ver al bebé.

—Nick —dice Cam con su voz rota.

—Así me llamo —contesto rodeándolos para entrar.

Paso de estos tíos.

—Acompáñanos —ordena Mich

Levanto una ceja cuando veo la pistola medio camuflada de Cam apuntándome directamente al pecho. ¿Qué coño querrán estos payasos?

—¿Vas a disparar en la puerta de un hospital lleno de gente? —inquiero sin dejar ver que, en realidad, me están poniendo nervioso.

—No creo que eso sea un problema.

—Ya. ¿Qué queréis?

—Camina —me advierte Cam.

Pero no me muevo.

—Ahora. —vuelve a ordenar.

Mich toma la delantera y yo lo sigo, a pesar de que me jode hacerlo. Cam está detrás, supongo que asegurándose de que no me largo. Sigue apuntándome.

—Entra.

Hemos llegado a un coche negro, medio destartado. Por la forma, intuyo que es un Honda, ya que lo veo de perfil.

Cam abre la puerta trasera adelantándose y la sostiene mientras entro, se sienta a mi lado y me deja ver el cañón de la pistola. Mich se pone al volante y salimos de la zona del *parking* del hospital.

—¿Adónde vamos?

—Cherokee quiere tener unas palabras contigo.

¿Jade?

—No tengo nada que contarle y escucharlo ahora no me apetece en absoluto.

—Aun así, vendrás.

—Eres muy persuasivo —señalo la pistola con la barbilla.

—Y tú un capullo. Creo que te espera una buena —suelta Cam.

¿Qué coño quiere Cherokee de mí? Si es por Jade voy a romperle la cara ante todos sus hombres. Bajo mi punto de vista es el tipo más ridículo que he conocido... aunque también tiene armas, muchas. Y eso es algo a tener en cuenta. La maldita policía lo sabe todo, pero parece ser que mira para otro lado.

Una vez llegamos, Cam me obliga a subir las escaleras en dirección a la sala de reuniones con la mesa ovalada como si pretendiera imitar al puto presidente de Estados Unidos. Ya estuve una vez aquí y no salió bien.

Cherokee llegó a amenazarme por no querer unirme a sus filas. Si hoy también se trata de eso, me temo que su corazón de cabrón va a sufrir un gran disgusto, de nuevo.

Como si eso me importara.

—Vaya, aquí está nuestro hombre. —Cherokee corta mis pensamientos cuando deja caer las palmas de las manos sobre la enorme mesa mientras habla.

El ruido que ha hecho con ese gesto es ensordecedor. La mesa es grande y ocupa gran parte de la habitación. Hasta yo sabría ver que como diseñador de interiores no se ganaría la vida. Solo a este payaso se le ocurriría poner una mesa enorme con sillas igual de enormes y pretender que quede espacio.

—¿Vuestro hombre? —pregunto levantando una ceja.

—Siéntate —ordena dando otro porrazo a su lado.

Decido sentarme en la silla más cercana a la puerta, así que estamos cara a cara con toda la monumental mesa entre los dos.

—Largaos. —Levanta la mano para que cierren la puerta al salir.

Nos observamos mutuamente. Sigo pensando que es un reptil repugnante.

—Tenemos un problema.

Me dan ganas de carcajearme en su jodida cara, pero me retengo.

—¿Tenemos? —pregunto.

—¿Vas a contestar con preguntas? No hay tiempo para eso.

—¿Para qué? —Lo hago solo para joderlo.

Mete la mano debajo de la mesa y saca un revolver, lo deja sobre la madera rayada con toda la intención de acojonarme, el cañón apunta en mi dirección.

—Vamos a ver si así nos entendemos mejor.

—Hablamos el mismo idioma. —Sueno petulante, pero me gusta joder a este energúmeno.

—Solo te lo voy a preguntar una vez, ¿dónde está Jade?

¿Jade? ¿Ha logrado salir de aquí? Joder, me alegra saber eso. Pero algo me dice que este hijo de puta pretende cazarla antes de que se vaya demasiado lejos.

—¿Debería saberlo? —Mierda, acabo de preguntar de nuevo.

Amartilla el revólver y me apunta de nuevo, esta vez lo sostiene en su mano.

—No me costará mucho volarte la tapa de los sesos y seguir con mi vida, cuando ya no me sirvas.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Sin dejar de apuntarme saca su teléfono móvil del bolsillo y me muestra una fotografía, estoy a más de dos metros de distancia y aun así distingo a Jade y a mí mismo; nos estamos besando contra la pared trasera del club.

—Cuando dejo a Jade aquí, siempre hay alguien vigilándola.

Mierda.

—¿Y por qué no has disparado aún? —Lo provooco.

Sé que esto no puede salir bien, pero no le diría dónde está Jade, aunque lo supiera.

—Porque esa zorra pagará por lo que ha hecho, y tú me la traerás.

Me levanto y apoyo las manos en la mesa inclinándome un poco hacia delante.

—Que. Te. Jodan.

Tiene la desfachatez de sonreír y mostrar todos esos dientes amarillos.

—Lo harás.

—No creo.

—¿Qué tal está Harry? —pregunta de pronto rascándose la barbilla—. ¡Ah, sí! Muerto.

—¿Qué cojones...?

—Edam es un pardillo y me sirvió muy bien como tapadera.

¿Cómo coño sabe eso?

—¿Has tenido algo que ver con la muerte de mi jefe? —pregunto rodeando la mesa hacia él.

Quiere a Jade y no me va a disparar.

—Quédate donde estás. —Sigue apuntándome con pulso firme.

—¿Qué has hecho, Cherokee? Harry era un buen hombre...

Estoy a punto de abalanzarme sobre él cuando suelta la bomba.

—Ray te avisó, vi cómo mirabas a mi chica y no deberías haber vuelto al club, pero lo hiciste y tocaste a Jade. Así que decidí mantenerte ocupado, que yo no esté en la ciudad no significa que no pueda joderte, tengo ojos en todas partes. Me enteré de que teníais problemas con otro taller y me subí al carro.

—¡Maldito cabrón! —Me importa una mierda que tenga un arma. Logro darle un puñetazo y su boca empieza a sangrar, pero vuelve a sonreír.

La puerta se abre de golpe y alguien me coge los brazos por detrás.

—¿Has matado a un hombre inocente y otro está en la cárcel, hijo de puta! —arrastró conmigo al tío que me está agarrando—. Deberías saber que ninguna mujer estaría a tu lado por decisión propia. ¿Jade se ha largado? Me alegro por ella, seguramente encontrará a otro que la haga feliz, no a una mierda como tú.

Siento el golpe en los riñones y caigo de rodillas.

—Elige a quién quieres que mate si no me traes a Jade. ¿Ray? ¿Jason? ¿Kate? ¿Mary? —Se pasa la mano por el pecho de manera teatral fingiendo pensar y chasquea la lengua contra el paladar— ¿Tara?

Abro los ojos con la sorpresa.

—¿Creías que no sabía que tu hermana acabaría entrando por la puerta? Tengo recursos, idiota.

—Estás muerto —digo en voz baja y amenazante.

Me levanto, me sacudo al tío que intenta detenerme de nuevo, y me dirijo a la puerta.

—Tienes una semana. —Oigo que vocifera a mi espalda.

Bajo las escaleras deprisa y cruzo el bar apartando a hombres y mujeres a empujones, algunos

suelan maldiciones, pero sigo caminando hasta la calle principal para detener un taxi.

Maldita sea, tengo que llamar a Jane. Pero cuando estoy a punto de hacerlo pienso en Jade.

Es difícil que los atrapen, y si Cherokee cae, enviaré a alguien a asesinarla. Por otro lado, mis amigos y hermana estarían a salvo. O tal vez no.

¡Joder!

Capítulo 19

No sé qué me ha llevado a terminar en casa de Nick, pero me ha parecido una buena excusa para reordenar mis ideas y avisarlo sobre su hermana. El revuelo que se ha organizado cuando Kate, por fin, se ha puesto de parto, me ha ofrecido una buena oportunidad para escapar.

Cuatro horas he tardado en llegar, una de camino y tres yendo arriba y abajo de la costa, hasta que he dado con el bloque de apartamentos que debían guiarme hasta aquí. Él no está, así que estoy paseándome por la playa para desentumecer las piernas.

No podía irme sin decirle adiós, por mucho que me duela haber sido solo un pasatiempo para él, me ofreció su casa y unas horas de libertad que ningún hombre se hubiera atrevido a darme por temor a las represalias de Cherokee o a ser descubiertos por alguien del club.

Supe lo que era hacer el amor, que un hombre me sostenga y deje de lado su propio placer para atender el mío. No sé si existen muchos hombres de esos, pero es una pena que yo solamente me haya encontrado con tipos que se creen dueños de mi cuerpo y de mi existencia.

Si Nick no aparece pronto, buscaré un motel para pasar la noche, pero el cielo está salpicado de estrellas y ahora lo que más me apetece es estar aquí; es un lugar apacible y sigue sin sorprenderme que él haya elegido este entorno para vivir.

Oigo el ruido del motor de un coche y las luces delanteras barren parte de la playa. Busco un lugar donde las sombras me oculten, cerca de unos juncos apartados de la orilla.

El sonido de los pasos acelerados de alguien sobre la tierra que rodea la casa llega hasta mí. Espero que sea Nick.

Me llevo una mano al pecho intentando apaciguar el loco latido de mi corazón. Nick dijo que solo su familia conocía la casa y ni Ray ni Jason vendrían a buscarme, ¿verdad?

—¿Jade?

Es su voz, suelto el aire que había estado reteniendo y salgo de mi escondite. Solo él reconocería mi coche.

—Aquí.

Hablamos en tono normal; en la quietud de la noche nos oímos perfectamente. Nos separan unos veinte metros, pero veo su sombra correr hacia mí. Cuando llega, me abraza como si fuera su bien más preciado y yo siento que me derrito entre sus brazos.

—¿Estás bien? —demanda separándose un poco sin llegar a soltarme.

Asiento y observo sus ojos, los había echado de menos.

—Has escapado —afirma.

—¿Cómo lo sabes?

Tal vez sea por el hecho de que sea ya de noche y no estoy en el club.

—Es una larga historia. Vayamos a la casa...

—Tengo que irme, Nick. Solo quería despedirme de ti y ponerte al día.

No lo veo muy bien, pero sé que ha hecho una mueca.

—Cenemos algo y me cuentas lo que ha pasado —propone.

Eso estaría bien, puedo estar un rato más con él. Nadie me espera. Y eso es triste, a pesar de sentirme libre.

—Está bien.

Coge mi mano y caminamos despacio. Miro nuestros dedos entrelazados y pienso en lo bonito que sería que fuéramos una pareja de enamorados, sin cargas y sin tener que escondernos de todos.

No voy a echarle en cara nada de lo que sé de él. Es su vida y no vale la pena discutir por un rato que vamos a compartir.

—Dame las llaves de tu coche.

—¿Por qué? —demando.

—Lo aparcaré al otro lado de la casa, será menos visible.

Tiene razón.

—Creo que no me han seguido —declaro dándole las llaves que tenía en el bolsillo de mis vaqueros.

—No, no te han seguido —asegura.

Abre la puerta de la casa y me empuja suavemente por la espalda.

—Entra, enseguida vuelvo.

¿Cómo puede estar tan seguro de que no me han seguido?

Enciendo la luz y me quito el abrigo dejándolo apoyado en el respaldo del sofá. Todo sigue igual, parece que hace años que no he estado aquí, pero han pasado tantas cosas...

Voy a la nevera y saco una botella de agua mientras oigo como él mueve el coche, después el sonido de la puerta al cerrar y, unos segundos más tarde, entra en su casa.

—¿Qué coño te ha pasado?! —exclama de pronto.

Bajo la botella de mis labios, que casi me he bebido entera, y lo miro. Dios mío, su rostro... Ni siquiera recordaba el mío magullado, pero lo suyo es reciente.

—¿Qué te ha pasado a ti?! —demando a mi vez.

—Nada. —Viene hacia a mí y coge mi barbilla entre el pulgar y el índice.

—¿Nada? —inquiero.

Me suelta y se aleja hacia el sofá.

—¿Es cierto eso de que mataste a alguien? ¿Qué paso? —pregunta sentándose y palmeando el sitio a su lado para que vaya.

Abro los ojos con sorpresa, ¿cómo sabe eso?

—No tiene importancia. Bueno, quitarle la vida a alguien sí la tiene...

—Jade, ¿por qué lo hiciste? —Me corta.

—Me atacó y yo me defendí.

Me siento a su lado y él coge mis manos.

—¿Qué pasó? —repite.

Suelto una de sus manos para ponerme un mechón detrás de la oreja. Puedo confiarle la verdad, después me iré y no volveremos a vernos. Además, no hay posibilidad de que encuentre al hombre que me violó; ya está muerto. Nick no se meterá en problemas con el club.

—Descubrió mi chaleco en aquel coche donde lo escondí —explico buscando su mirada verde.

—Mierda.

—Sí, quería chantajearme, descubrirme ante Cherokee. Aunque él no sabía nada de ti... eso creo; no te nombró. Pero ya sabes, para ellos... desechar un chaleco es una ofensa.

—Lo sé. —Aprieta mi mano.

—Si él hubiera hablado...

—Pero se atrevió a tocarte, tu cara...

Sus ojos recorren mi rostro mientras habla.

—Sí. Cuando tuve la ocasión me hice con su pistola y disparé.

Mientras lo explico soy consciente de que me he convertido en una asesina y de que Nick me podría mirar de otro modo en un futuro. En realidad, no hay un futuro para nosotros, pero el recuerdo que podría tener de mí no es el que yo deseo que tenga. Noto como mis ojos se anegan, aunque me mantengo firme.

—¿Así de fácil? —Pone su mano libre sobre mi mejilla y con el pulgar acaricia mis labios.

—Sí. —Sueno contundente, pero una maldita lágrima resbala por la misma mejilla que él toca, y eso me descubre.

—Hay más —declara mirándome a los ojos.

Desvío la mirada y la centro en el suelo.

—Cuéntamelo, Jade. Mírame.

No puedo mentirle, a él no. Levanto de nuevo la mirada para centrarme en la suya.

—Me violó.

Veo el dolor en sus ojos mientras aparta la mano de mí y suelta la otra. Siento cómo mis dedos resbalan por su palma hasta quedar apoyados en mis vaqueros. Es como si estuvieran arrancándome la piel a tiras; se aleja de mí y no puedo culparlo.

Su mandíbula afilada se tensa y un músculo palpita en ella. Aprieta los puños sobre sus muslos y cierra los ojos, pero al momento vuelve a abrirlos.

—Maldito cabrón —masculla con los dientes apretados—. Tiene suerte de estar muerto. Tú, ¿estás bien?

No digo nada, solo lo observo durante largos segundos. Parece que no se atreve a tocarme.

—Estoy bien, aunque la culpa fue mía... —digo al fin.

—¿Cómo puedes decir eso, Jade? —pregunta levantándose de golpe.

—Nunca debí marcharme contigo, si no hubiera escondido el chaleco...

—Lo pasamos bien, Jade. Todo se reduce a que quise darte unos días de...

—¿Placer? —Corto levantándome también.

Su ceño se frunce. Pero me está molestando que no quiera acercarse, que mantenga esta ridícula distancia. Aunque, si lo pienso fríamente, esto me ayudará a alejarme de él.

—Creí que algo más —gruñe.

—¿Qué más, Nick? Todo se reduce a eso y yo como una idiota caí. ¿Te debo algo? Por lo que sé, cobras por sexo.

Lo suelto tan rápido que no soy consciente de lo que mis palabras acaban de provocar. Nick entrecierra los ojos y vuelve a apretar los puños. Es intimidante y una ola de temor recorre mi cuerpo. Es tan alto y tan corpulento que no puedo evitar dar un paso atrás, aun siendo consciente de que Nick es un hombre íntegro y nunca me haría daño.

Los buenos propósitos que tenía en mente de no sacar el tema, se acaban de ir a la mierda.

—¿Me temes, Jade? —dice en tono amenazante.

No abro la boca. No quiero herirlo más.

—Jamás te pondría la mano encima, nunca. Recuérdalo.

El sonido de un trueno atraviesa el cielo cuando él abre la puerta y se va. Me quedo mirando la madera mientras me desinflo. ¿Qué he hecho?

No tengo derecho a juzgarlo. Es su vida y puede ser que no gane suficiente dinero con el taller y por eso sea un maldito gigoló. No es la primera vez que me fuerzan a tener sexo y para él debe de ser demoledor oír que esto pasa en la vida real.

Si miro mi propio ombligo también tengo mucho que juzgar: he terminado siendo la puta del presidente de un club de moteros, he sido una cobarde por aguantar sus malos tratos y he sido ninguneada por hombres que son tan fieles a su presidente como lo puede ser un cachorro a su amo. Mi decisión de escapar de todo esto ha sido gracias a Kate y a su dinero. Ninguna mujer en su sano juicio debería soportar lo que yo he tragado por no espabilar a tiempo.

«Cobarde», me digo a mí misma.

Empieza a llover, las gotas chocan contra el tejado y los cristales. Busco a mi alrededor, pero no veo ningún paraguas. Las llaves de mi coche están sobre la barra de la cocina y las cojo deprisa.

Tengo que solucionar mi vida y dejar la vida de Nick a un lado. No soy mejor que esos idiotas del club.

Capítulo 20

¿Quién coño se lo ha contado? Me pregunto mientras camino bajo la lluvia.

No debería haberla dejado sola en la casa, pero me cuesta enfrentarme a esto. Es mi pasado y, aunque no estoy muy orgulloso de él, necesitaba ese jodido dinero.

No me he alejado, si alguien entrara por el camino que conduce a mi casa lo vería enseguida. La sigo protegiendo de esos tarados y lo hago porque un día me enamoré de esa chica y la evité. El problema es que ella ha estado entre mis brazos y ahora sé lo que es entregarse a una persona deseándolo de verdad. No es sexo para aliviar ningún picor. Es amor y tengo claro que nunca la voy a olvidar. Porque sé que se alejará de mí de la misma manera que lo está haciendo del club.

—¿Nick? —Su voz llega amortiguada por el sonido de la lluvia.

—Entra, te vas a empapar.

Sigue caminando hacia mí mientras abre un paraguas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré en el maletero del coche cuando lo compré, estaba medio escondido debajo de un plástico. Es la primera vez que lo uso.

Intenta cubrirme con él, pero no llega y eso me hace sonreír, aunque ella no me ve. Es tan baja a mi lado que se pone de puntillas. La arena está húmeda y aun así me siento, ella me observa y hace lo mismo.

—Mejor así —resuella.

—No tenías que haber salido de casa —la recrimino cogiendo el paraguas para sostenerlo sobre nuestras cabezas.

—Te pido disculpas por lo que te he dicho, no pretendía hacerlo...

—No te disculpes, solo dime una cosa. ¿Cómo lo has sabido?

Ella desvía su mirada y no contesta.

—¿Ray? ¿Jason? ¿Sus chicas? —insisto.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunta en voz baja y sin mirarme.

—Lo fue, en pasado. Tenía que ayudar a mi familia y aproveché que muchas mujeres se fijaban en mí, de todas las razas y edades, así que lo vi como una oportunidad. No me gustaba y no lo disfrutaba, por si te lo estás preguntando.

—Supongo que no es algo por lo que deba preocuparme.

Frunzo el ceño ante esa respuesta.

—¿Cómo?

—Mira, Nick. Es tu vida y yo he metido la pata. Lo siento.

—Me gustas, estuve contigo porque me apetecía, espero que igual que a ti. Te has convertido en alguien importante para mí.

—Ya, lo supongo —dice con sarcasmo.

No me cree.

—No entiendo tu cambio de actitud, ¿es por lo de mi... antiguo trabajo?

—No, eso me dolió, pero...

Hago que gire su rostro hacia a mí poniendo una mano en su mejilla.

—Es una decisión que tomé en su momento, una que no puedo cambiar.

—Cuando ella lo dijo... —Se calla y noto cómo se le escapa una lágrima.

—¿Quién es ella, Jade?

Nos estamos empapando, pero no parece importarnos a ninguno de los dos. La atraigo hacia mí y la abrazo. No quiero que lllore, no por mí.

—No recuerdo su nombre, una mujer mayor. Lo dijo cuando llegamos al taller el día del incendio. Había una chica. —Junta las cejas intentando recordar—. Chris... o algo así. A ella también le sorprendió lo que dijo aquella bruja.

«Maldita seas, Claudia».

Un día u otro iba a abrir esa boca y yo lo sabía, aunque nunca imaginé que eso me afectaría tanto. Siempre he ido por libre sin tener en cuenta la percepción que los demás tuvieran de mí. Nunca toco el tema y mi familia no sabe cómo me gané la vida.

—Estuve un par de años en Nueva York cuando tenía veinte años. Aquí no encontraba trabajo y un amigo me convenció para viajar con él. Solo serían unos días y me salía gratis ya que su familia tiene un apartamento de Brooklyn. Fuimos en moto y todos mis ahorros me los dejé en gasolina, pero me dio igual. Quería conocer la ciudad de los rascacielos.

Ha dejado de llover y dejo el paraguas abierto a un lado. Jade sigue apoyada en mi pecho, los dos de cara al mar mientras me pierdo en los recuerdos.

—Para resumir: estaba en un bar y una mujer se acercó a mí. Después de llenarme de cumplidos, me ofreció un trabajo. Tanto había hablado de mi físico que realmente pensé que me quería como modelo. Mi amigo se rio un buen rato cuando se lo conté, pero al día siguiente acudí a la dirección que me había dado.

Trago saliva antes de continuar. Es la primera vez que doy tantos detalles. Mis amigos saben a lo que me dediqué en La gran manzana, pero nunca supieron cómo empecé con esto.

—Aquella mujer me doblaba la edad y cuando me vio, sus ojos me repasaron de arriba abajo. —continúo ante el silencio de Jade—. Me extrañó un poco que me pidiera que me desnudase, pero lo hice sin pensarlo demasiado. Iba a ser modelo, ¿recuerdas? —digo con sarcasmo.

—¿Te engañó?

—No, me dijo la verdad. Me habló sobre el dinero que podía ganar y acepté. La paga de mi madre era muy baja después de quedarse viuda y con esa pasta podía ayudar en casa y mi hermana podría ir a la universidad. Me dije a mí mismo que solo sería durante unos meses y después regresaría. Estuve una semana acostándome con ella y me mostró unos cuantos trucos. Cuando llegó el momento, me compró ropa y me llevó a una fiesta. Allí conocí a otras *damas* de la alta sociedad neoyorquina y así me labré una reputación.

»A los pocos meses, fui por libre, esa mujer se quedaba el cincuenta por ciento de mis ganancias y no me parecía justo. Así que, como ya me conocían, empecé a ir por mi cuenta y a ganar solamente para mí.

—¿Por qué lo dejaste? —En su voz había dolor y eso me molestó y apenó a partes iguales.

—Por Claudia, la mujer a la que oíste hablar de mí.

—¿Te enamoraste de ella?

—No, no me atrajo en aquel momento ni lo hace ahora.

Se pone de lado y su mano acaricia mi pecho, sé que no entiende lo de Claudia.

—Fui a una fiesta de disfraces. Era una fiesta por todo lo alto en West Village; dos mujeres

habían requerido mis servicios. Entré en una de las habitaciones del piso de arriba para hacer mi trabajo con la primera de ellas. No nos quitamos las máscaras porque ella así me lo pidió...

Joder, me cuesta continuar.

—Una vez terminamos, ella se metió en el baño. Yo esperaba mi turno para usar la ducha cuando ella salió sin la máscara y la reconocí; había vivido en mi barrio durante muchos años, aunque nunca habíamos cruzado una sola palabra. Supe que se había casado con un tipo rico y trasladado a Nueva York. Según me dijo, me había reconocido en alguna otra fiesta y se interesó. Supongo que ver a aquel chico de un barrio de Los Ángeles ejerciendo de gigoló, le llamó la atención. Cuando fui consciente de con quién me acababa de acostar, quise pegarme un tiro.

»Digamos que conoce a mi madre, sabe lo devota que es con su iglesia y que saber a lo que me dedicaba la habría machacado. Aquello le sirvió a Claudia para tenerme cogido por los huevos. Al cabo de unas semanas me marché de Nueva York y volví a casa. Nunca se lo dije a mi madre ni a mi hermana, ellas creen que trabajé en un taller que arreglaba coches de lujo. Pero Claudia se separó de su entonces marido y también volvió a casa. Al cabo de unos meses se volvió a casar con un buen hombre del barrio, más joven que ella, y pareció olvidar el tema. Hasta que él se cansó de sus aires de diva y se largó hará cosa de un año. Desde entonces se me ha insinuado varias veces y siempre recibe mi rechazo.

Jade se incorpora y me acaricia, después se acerca y me besa. Un beso que me sabe a compasión pero que, aun así, acepto, porque Jade es lo mejor que me ha pasado y ahora está aquí conmigo. Me gustaría protegerla de todos esos idiotas, cuidar de ella y no dejarla marchar.

—Me parece que a esa tal Claudia le enfureció que la otra chica preguntara si yo era tu nuevo polvo —dice contra mis labios—. ¿Qué pasará si tu familia se entera de tu pasado?

—Siento que esas dos hablaran así de nosotros, quiero que sepas que no eres una chica más, Jade. Tú me importas y sabes que es desde hace tiempo —acaricio su pelo húmedo—. Respondiendo a tu pregunta: mi madre se llevaría un disgusto y eso es lo que me preocupa, pero no me voy a esconder de mi pasado. Si ella se llega a enterar, lo asumiré y se lo explicaré de la mejor manera posible.

Jade asiente y empieza a levantarse.

—Siento haberte juzgado, no tenía ningún derecho. Pero cuando el otro día te vi con esa otra chica...

—¿Qué chica?

Empieza a caminar de vuelta a la casa y yo me levanto y la sigo después de recoger el paraguas.

—Es igual. Es tu vida, Nick.

La alcanzo y envuelvo los dedos en su brazo para que se detenga.

—¿Qué chica, Jade? No he estado con ninguna desde que estuvimos juntos.

Ella me mira con una sonrisa triste.

—Os vi desde la ventana de mi habitación del club. Estabais junto a tu moto y la abrazaste...

Joder.

—Era Tara, Jade. Mi hermana.

—¿Tu hermana?

Asiento y me extraña mucho ver que no hay alivio en su rostro.

—Vamos adentro, tenemos que hablar —dice con seguridad y apartándose de mí.

Para mi gusto, ya hemos hablado demasiado. La deseo tanto que la llevaría hasta mi habitación y entraría en su cuerpo tantas veces que terminaría suplicándome que parara.

—Vamos llenos de arena —dice antes de entrar en casa.

—Puedes ducharte.

—Será lo mejor.

No le propongo hacerlo juntos. No creo que sea bienvenido después de todo lo que le he contado.

Me ha sorprendido encontrarla aquí cuando he llegado. Mi idea era hacer un poco de equipaje y salir a buscarla en dirección a San Francisco. Ese coche que conduce no corre demasiado, creo que la habría alcanzado.

La veo meterse en el baño y estoy a punto de desplomarme en el sofá, pero me doy cuenta a tiempo de que lo voy a dejar hecho un desastre, llevo la ropa mojada y llena de arena pegada a ella.

Me quito los pantalones y la camiseta. La ropa interior la dejo puesta porque no estoy solo. Lo llevo todo a la lavadora cuando oigo a Jade llamarme.

—¿Sí? —contesto desde la cocina.

—¿Podrías traerme una bolsa que hay en el maletero del coche? —pregunta con la puerta entreabierta.

No me ve ni yo a ella.

—No hay problema —vuelvo a vestirme y salgo.

En el maletero solo hay una bolsa de basura negra, pero cuando miro en su interior veo ropa doblada. Hay una caja de cartón al otro lado con un par de zapatos y unas deportivas. Lo cojo todo y vuelvo a entrar.

—¿Jade? —Doy un par de golpes suaves en la puerta del baño.

Ella abre lo justo y saca un brazo para que le dé su ropa. Pero veo su piel llena de manchas amarillentas, algunas ya amarillas.

—Déjame verte, Jade —pido dejando la bolsa fuera de su alcance.

—No.

—Ese cabrón te sacudió bien, voy a entrar —amenazo.

—Nick, por favor...

Empujo la puerta con cuidado, pero ella se aparta para dejarme pasar. Está envuelta en una toalla.

Dejo la bolsa en el suelo y miro la piel que queda al descubierto; los dos brazos tienen señales de golpes y en su escote asoma, por encima de la toalla, otro golpe.

—Hijo de puta.

—Ya me estoy curando.

Llevo una mano al borde de la toalla y miro sus ojos pidiendo permiso.

—Nick, no.

—Ya te he visto desnuda.

—Lo sé, pero no quiero que me veas así.

Maldita sea, no he visto nada cuando iba vestida, el jersey y los pantalones cubrían los golpes.

—Déjame verte, por favor.

Lentamente abre la toalla y no puedo evitar que mis ojos busquen por todo su cuerpo; el pecho izquierdo tiene un mordisco, siguen estando los dientes marcados. En sus muslos hay dedos marcados y más golpes.

Cuando la vuelvo a mirar veo la tristeza en sus ojos azules, pero no llora. Mi chica es fuerte, muy fuerte. Me retengo para no gritar todas mis miserias y, a cambio, la abrazo.

—Lo siento, nena. Siento no haber estado allí para ayudarte.

Capítulo 21

—No podías hacer nada, no lo sabías.

Estoy rota por dentro, pero Nick no puede saber eso.

—Pagarán por esto, te lo prometo.

—No, no harás nada. Me he ido y no me van a encontrar.

Su mirada verde se clava en mí y yo me cubro de nuevo.

—¿Has ido al médico?

—No. Kate me dio dinero y, en cuanto se puso de parto, me fui. Tengo que devolvérselo.

—Ya lo harás, pero quiero llevarte a un médico.

Sé que tengo que hacerlo, pero que Nick me lleve es algo nuevo para mí. Hace tiempo que lo hago todo sola, desde que mi madre murió.

—No sé...

—Un médico que no hará preguntas —me aclara.

—Está bien.

Después de ducharme, y de que Nick también lo hiciera, hemos ido a un médico. Le he pedido que esperase fuera y cuando ha salido del despacho del doctor, han estado hablando un buen rato antes de atenderme.

No tengo ningún desgarró y el dolor es casi inexistente. Me ha hecho varias pruebas que tendré que repetir pasadas unas semanas y me ha dado el tratamiento para la pastilla del día después. Me ha parecido un buen profesional y me ha entregado una tarjeta con su número de teléfono.

—Es un amigo de la infancia, siempre hemos estado en contacto —me explica Nick cuando volvemos a entrar en su coche.

Durante los primeros cinco minutos guardamos silencio, pero después decido sacar el tema.

—Deberías sacar a tu hermana de ese club.

Él desvía un momento la vista de la carretera.

—Lo sé, Ray me avisó de que estaba ahí. Fue su primera vez y le advertí de que no volviera. Supongo que ahora ya sabe lo que es el club y me hará caso.

¿En serio?

—¿Su primera vez? —pregunto incrédula.

—Eso me dijo.

Mierda, ¿Cómo le digo que su hermana ha estado en ese maldito antro más de una vez?

—¿Pasa algo? Te has quedado muy callada.

—No me has explicado lo que te ha pasado en la cara. —Tiene un ojo rojo e hinchado y el pómulo morado.

—Discrepancias con tu presidente.

Sus palabras me ponen en guardia.

—¿Has ido a ver a Cherokee?

Niega con la cabeza.

—Envió a Cam y a Mich a buscarme. Yo salía del funeral de Harry y me disponía a ir a ver a Kate y al niño al hospital...

—¿Harry? ¿Tu jefe?

Deja el volante y cubre mi mano, que reposa sobre mi muslo.

—Sí, Jade. No me ha dado tiempo a decírtelo. No lo conseguí, había inhalado demasiado humo, más los golpes que recibió...

—Lo siento.

—Pensaba que el culpable del incendio...

—¿Fue provocado? —lo corto de nuevo.

—Sí, y todos culpamos a Edam, uno de los hijos del mecánico de la competencia. Joder, estaba allí.

—¿No fue él?

—Fueron los hombres de Cherokee, aunque se aseguró de que viéramos a Edam por allí. Hoy lo he sabido y he llamado a Jane, la detective Collier —corrige.

—¿Cherokee? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Él arruga la frente.

—¿Nick?

—Tiene fotografías de nosotros, buscó la mejor manera de joderme y se llevó por delante a Harry en el proceso. Supongo que dio la orden desde Pasadena.

Me pongo derecha y giro mi cuerpo hacia él.

—¿Un hombre inocente ha muerto porque nosotros decidimos irnos juntos? ¡Joder, Nick! ¡Podías haber sido tú el muerto!

—Cálmate, Jade. —Me pide entrando ya por el camino que conduce a la casa.

—¡No, no me voy a calmar! No va a parar... y ahora que me he ido...

—No volverás con él —dictamina contundente.

—¿Sabes una cosa? Tu hermana no ha estado solamente una vez en el club. La he visto otras noches. ¿Qué crees que significa eso, Nick?

—¿La has visto? —pregunta consternado ya con el coche aparcado al lado de la casa.

—Soy su trofeo, siempre lo he sido. No sé en qué estaba pensando cuando escapé. —Me llevo la mano a la frente—. Nos va a vapulear. Tu hermana y yo somos lo que él piensa que puede utilizar contra ti. Le oí decirlo.

—No, si ponemos a todos a salvo.

—¿Todos? ¿Ha amenazado a tu madre también? ¿Para qué te llamó?

Salgo del coche dispuesta a coger mis cosas y a largarme.

—¡Espera, Jade!

Me giro furiosa.

—¿A quién más tienes que proteger?

Nick pone las manos en sus caderas y deja todo el apoyo en un pie. Baja la cabeza y niega.

—Jade...

—¡Dímelo!

—Ray, Kate, Jason, Mary y...

—Tara —termino por él.

No responde mientras se pasa las dos manos por el pelo.

—¿No pensabas decírmelo? —inquiero.

—Joder, no quiero que vuelvas a ese club. Nos iremos los dos.

Giro sobre mis talones y sigo caminando hasta llegar a la puerta.

—De eso nada —mascullo para mí misma.

Él abre la puerta y entro dispuesta a recogerlo todo.

—¡Jade, basta! —dice quitándome la bolsa de la mano —. Tenemos una semana para pensar.

¿Qué?

—¿Qué? —digo en voz alta.

—Me dio una semana para encontrarte y llevarte con él.

No me lo puedo creer, Cherokee está más enfermo de lo que esperaba. Nick no lo conoce lo suficiente.

—¿Y confías en su palabra? Yo de ti no lo haría. Créeme, antes de que te des cuenta se habrá asegurado de que no puedes echarte atrás.

—Lo sé, no pensaba esperar tanto. Ahora la policía ya sabe que él y sus hombres son los responsables del incendio y de la muerte de Harry...

—La policía no hará nada, Nick. ¿Aún no lo has entendido? Mueren hombres en disputas entre bandas de moteros, desaparecen chicas del club y nadie hace nada. ¡Nada, Nick! Están por encima de la ley, ningún agente en su sano juicio quiere ver morir a un ser querido por haber metido las narices en los asuntos del club.

Él me coge de la mano, me saca de la habitación y me obliga a sentarme en el sofá.

—Todo eso ya lo sé. Ray, Jason y yo somos amigos íntimos, Jade. Sé más cosas de las que puedas imaginar. Tara está a salvo y, aunque Cherokee no nombró a mi madre, también está fuera de su alcance.

—¿Y qué hay de tus amigos?

—Tengo que ponerme en contacto con ellos, lo solucionaremos.

—No veo cómo.

Me abraza y besa mi pelo.

—De momento, tú estás a salvo. Aquí no te encontrarán.

Pero no puedo trastornar la vida de todos y no lo merecen.

—Kate se ha puesto de parto, no puede huir —anuncio, por si no entiende la gravedad del asunto.

—Sí, me lo ha dicho Mary. Estaba entrando en el hospital cuando me abordaron esos dos para ir al club, te lo he dicho.

—No puedo quedarme.

—Nena, si te vas, el resultado va a ser el mismo.

—Lo sé.

—Deberíamos descansar esta noche y, ya si eso, mañana veremos cómo lo solucionamos.

—De acuerdo.

No, no estoy de acuerdo. Pero es cierto que estoy muy cansada. Voy a la habitación y me quito la ropa para ponerme una de mis camisetas negras.

Escucho a medias la conversación telefónica que está teniendo con Ray y adivino que su amigo está cabreado. No me extraña. Que Cherokee haya amenazado con hacer daño a su recién estrenada familia, tiene que haberlo puesto en alerta.

Me meto en la cama y me tapo con el edredón hasta el cuello. Vamos a dormir juntos y no sé cómo gestionarlo.

—Acabo de hablar con Ray, estará atento. Al principio se ha cabreado, pero creo que ha entendido la situación y no le queda otra que aceptar que su presidente es un cabronazo.

—Estoy segura de que eso ya lo sabía —digo observando cómo se quita la ropa.

—Sí, pero que ahora vaya en su contra lo ha pillado por sorpresa.

—Dices que hace tiempo que conoces a Jason y a Ray. ¿Por qué ellos están dentro del club y tú no?

Se deja puesta la ropa interior y se mete en la cama también. Se acerca a mí y pasa el brazo por debajo de mi cabeza. Lo hace con tanta naturalidad que ya no me siento tan incómoda.

—Yo estaba en Nueva York por aquella época.

—Entiendo.

Pone un dedo debajo de mi barbilla y empuja suavemente para que lo mire.

—Mañana vendrá mi hermana. También vendrán Jason y Mary. No hay mucho espacio, pero nos amoldaremos.

—Está bien.

Sus ojos me buscan, como suelen hacer siempre.

—No quiero que te sientas mal, Jade. Has hecho lo que tenías que hacer, todos sabemos lo tarado que está ese tío.

—¿Y qué hay de Ray y Kate? El bebé...

—Les dejaremos esta habitación.

—De acuerdo, pero el pequeño tiene unas necesidades...

—Deja de darle vueltas, nena. Si en algo es bueno Ray es en encontrar soluciones.

Vuelvo a apoyar la mejilla en su pecho.

—Bésame —me pide.

Y yo lo hago, creo que no hay nada que no hiciera por él y me siento como una idiota. Siempre me dije que me marcharía del club para dejar de depender de un hombre y de sus demandas, y aquí estoy, cumpliendo las de otro.

El problema es que de Nick estoy enamorada y sé que nunca me obligaría a hacer algo que no quisiera.

Su lengua acaricia la mía y su mano se mantiene firme en mi mejilla.

—Ya sé que puedo parecer un insensible, pero te deseo tanto que no puedo evitar alegrarme de que estés aquí.

—Nick...

—Lo sé, hemos ido al médico por una razón, no soy tan cabrón.

Arrugo la frente.

—No me refería a eso. Aunque tengo que recuperarme, en eso tienes razón. Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.

Él sonríe y es una sonrisa sincera, además de preciosa. Deja ver sus dientes blancos y su rostro se transforma en uno más atractivo, si cabe.

—No me lo agradezcas. Tienes a un hombre totalmente excitado a tu lado y eso no da una buena imagen de mí. Mi cabeza lo entiende, pero ella no —dice señalando hacia abajo.

Me rio yo también.

—Lo superarás.

Pero ahora vuelve a estar serio.

—Si no lo hubieras matado tú, lo habría hecho yo.

—Lo sé.

Y aunque apenas lo conozco, algo me dice que sus palabras son ciertas.

—No te vayas, Jade.

—Tengo que hacerlo...

—Solo te pido un poco de tiempo —insiste.

—Está bien —miento.

—Dilo en voz alta. Dime que no te irás, porque si lo haces, te buscaré, te lo prometo.

Sus palabras me hacen sentir mal. Parece realmente preocupado, así que decido dejar de ser un dolor de cabeza para él.

—No me iré —digo con la voz cargada de culpa.

Capítulo 22

No he pegado ojo en las dos noches que llevamos juntos y Jade no es que haya tenido un sueño reparador en este tiempo. Ha estado inquieta y ha tenido pesadillas, gritaba y se deshacía de mis brazos, luchando por liberarse. En la última hora parece haberse relajado y ahora duerme plácidamente, así que no me atrevo a moverme.

Pero debería hacerlo, ponerme en marcha para poner a Jane sobre aviso. Por otro lado, no quiero descubrir a Jade. Si Jane averigua que fue ella la que mató a uno de los moteros, la arrestará.

Mi cabeza no deja de dar vueltas. Han pasado dos días desde el ultimátum de Cherokee y no he tocado a Jade. Me siento mal cada vez que mi polla responde a su cercanía; ella ha pasado por un trauma y no debería siquiera excitarme.

Jade se mueve entre mis brazos y se da la vuelta para mirarme.

Su mirada es triste y a mí se me revoluciona el pecho. No quiero que se sienta culpable por la situación y sé que lo hace. Yo, sin embargo, tengo ganas de matar a Cherokee por haber dejado que a Jade la tocara ese loco. ¿Qué hombre en su sano juicio deja desprotegida a su chica? Maldito imbécil.

—Buenos días —dice soñolienta.

—Hola, preciosa —contesto besándola y apretándola contra mi pecho.

Unos golpes en la puerta nos ponen en alerta y en los ojos de Jade puedo ver el miedo.

—No te muevas de aquí —digo saliendo de la cama de un salto.

—Ve con cuidado —susurra mientras me pongo los vaqueros rápidamente.

Asiento y salgo de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

—¡Nick! —El grito de mi hermana hace que suelte el aire de mis pulmones, por un momento he pensado que nos habían descubierto.

Abro la puerta y Tara entra como una exhalación. Me asomo y miro hacia la playa. Es temprano y no parece que haya nadie cerca.

—Nick, Clara..., creo que está involucrada —empieza a explicar dejando su bolso y las llaves de su coche sobre la barra de la cocina.

—¿Tu amiga? —pregunto mientras vuelvo a cerrar y a bloquear la puerta.

—Sí, insistió en que fuéramos al club ayer por la noche. Dijo que quería presentarme a alguien y, cuando me negué, quiso meterme en el coche a la fuerza —explica quitándose el grueso abrigo.

La miro de arriba abajo; lleva unos vaqueros negros y un jersey rojo de cuello vuelto. Por lo menos, se ha vestido como lo hace normalmente. Me centro en su rostro; sus ojos verdes, como los míos, lucen asustados.

—Mierda, esto está cada vez peor. Has hecho bien en negarte y venir aquí. ¿Estás bien?

—Estoy confusa, me dijiste que no fuera al club y te hice caso, pero Clara insistía tanto... ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mamá? —inquieta cabreada.

—Te lo explicaré. —Le hago una señal para que se siente en uno de los taburetes y empiezo a

preparar café —. Mamá está en casa de Ada, le pedí que se quedara con ella unos días, pero no sabe nada de esto.

—¿Qué tienes que ver tú con el club?

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunto a mi vez sirviéndole una taza.

—No podía dormir, no podía entender la actitud de Clara. Llegó a amenazarme por no querer ir. Si no hubiera estado rodeada de gente me habría secuestrado para que fuera con ella.

Por el rabillo del ojo veo a Jade avanzar por el pasillo. Tara está de espaldas a ella.

—¿Hace tiempo que conoces a tu amiga? —pregunta Jade.

Tara se gira rápidamente y la mira.

—¿Qué haces tú aquí?

—La he traído yo —contesto molesto por su tono.

—¡¿A la puta del presidente?!

—Cuida esa boca, Tara —reirimino a mi hermana exasperado.

Pero cuando miro a Jade está sonriendo; es una sonrisa triste y en su rostro puedo ver la resignación. Sabe que esa es la confirmación de lo que piensan todos los que la rodeaban en el club, la determinación hace acto de presencia en sus ojos inmediatamente después.

—Sí, soy yo —dice contundente.

—Tú no eres la puta...

—Sí, lo soy —repito cortándome—. Es en lo que él me convirtió.

—Jade...

—¿Qué pasa aquí? —Ahora es Tara la que me corta.

Jade se pone a mi lado y coge una taza para servirse café, aparenta serenidad, pero puedo ver un ligero temblor en sus manos. Pongo la mía sobre la que tiene en el mango de la cafetera y se la aprieto esperando transmitirle tranquilidad.

Me mira un momento y después vuelve a Tara.

—Te he hecho una pregunta —dice paciente.

Mi hermana parece reacia a contestar o a hablar siquiera con ella.

Le echo una mirada significativa y Tara baja un poco la guardia.

—La conozco desde hace unos meses. Clara tiene un par de años más que yo y vamos juntas a clase. Aunque ha mencionado que va a abandonar la universidad. ¿La conoces?

Jade asiente. Y yo me apoyo en la encimera con la taza de café que me he servido después de Jade.

—Iba al club antes de que tú aparecieras —explica mi chica.

—¿En serio? Me dijo que nunca había estado.

—Te mintió —declara categórica.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —La reta Tara poniéndose en pie.

—Para atraerme al club —contesto cansado de que mi hermana se dirija así a ella —. Haz el favor de escucharme. Jade no tiene nada que ver.

—Eso lo dudo.

—Basta, Tara.

Vuelve a dejarse caer en el taburete.

—Te escucho.

Vuelvo a apoyarme en la encimera mientras Jade permanece a mi lado.

—Sabes que Ray y Jason pertenecen al club —comienzo, Tara asiente—. Cuando volví de Nueva York los dos intentaron convencerme de que me uniera, pero a mí me importaba más buscar

un empleo aquí y ayudar en casa.

—Lo sé.

—Pero Cherokee no se lo tomó muy bien, según él, había despreciado una buena oportunidad. No hubo consecuencias para mis amigos y yo podía ir a tomar una cerveza de vez en cuando. La condición era que ellos no podían explicarme asuntos del club.

—Pero si no querías unirse al club, ¿por qué vas? A tus amigos puedes verlos fuera.

Es complicado abrirme a mi hermana pequeña. Miro a Jade y vuelvo a centrarme en Tara.

—¿Por ella? Creí que eras más inteligente.

Mierda.

—Tara, Jade y yo hace tiempo que nos conocemos. Sé que para ti es incomprendible...

—¿Te enamoraste de ella? —Se levanta del taburete—. Ella eligió ser... lo que es.

—No hables de Jade como si no estuviera aquí. Además, estás equivocada.

Sus cejas se juntan y mira a mi chica.

—No elegí estar con Cherokee. Fui secuestrada —aclara Jade.

—¿Qué? Pero si te he visto salir del club. ¿Por qué no huiste? Llevas años entre ellos, ¿no?

Jade me mira y yo asiento, animándola a contárselo.

—Un día me desperté en un callejón de San Francisco. Me habían robado el bolso con mi documentación dentro, no recordaba nada, ni por qué estaba allí ni de dónde venía, pero estaba muy asustada. Cherokee fue una especie de salvación para mí, aunque después descubrí a lo que se dedicaba y cómo vivía. Tardé un tiempo en recuperar la memoria y para entonces fue demasiado tarde; él ya ejercía un control absoluto sobre mí y yo no tenía a dónde ir ni dinero, me sentía vulnerable. Sé que me dirás que debí acudir a la policía, pero estando en ese club he aprendido muchas cosas; nadie sale sin que el presidente se entere y muchos de sus informantes pertenecen a los cuerpos de seguridad.

—Joder —dice mi hermana volviéndose a sentar—. No tenía ni idea.

—Ni tú ni nadie —declaro para reforzar el argumento de Jade.

—Dices que llegaste a recuperar la memoria. ¿Tienes familia?

Tara parece interesada ahora.

—No, a mi padrastro no lo considero mi familia. Terminé perdida en San Francisco gracias a él. Estoy segura de que cree que estoy muerta.

—¿Qué paso? —inquire Tara.

Pero unos golpes en la puerta nos interrumpen.

Me doy la vuelta y miro por la ventana de la cocina apartando un poco la fina cortina.

—Es Jason. Pasa. —Lo invito nada más abrir la puerta.

Se adentra lo justo para que pueda volver a cerrar y centra su mirada en Jade.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Te has largado?

Jade asiente y Jason besa la mejilla de mi hermana.

—¿Es por eso que el presidente te ha amenazado? —me interroga—. ¿Sabes dónde nos deja eso?

Jason está cabreado.

—Perfectamente. ¿Dónde está Mary? —pregunto.

—Con Ray y Kate. El niño ya ha nacido y todo ha ido bien.

Sonríe a pesar de la situación. Uno de mis mejores amigos ya es padre y lo cierto es que me cuesta imaginarlo en semejante tesitura.

—¿A qué se debe tu llamada? —inquire.

—¿Quieres un café? —pregunto mientras se sienta al lado de mi hermana y observa a Jade no demasiado contento de verla.

Le explico todo lo que ha pasado, incluso Jade interviene. Y, por una maldita vez, Tara permanece callada y solo escucha.

—Mierda —suelta Jason—. Ese cabrón moverá montañas para encontrarte.

—Lo sé.

—¿Qué hay de Ray?

—Se lo expliqué todo por teléfono, cuando den de alta a Kate, vendrán aquí también.

—Lo entiendo por el bebé. Pero ¿pretendes que nos escondamos aquí?

—Tenemos unos días, Jason. Buscaremos la manera de que no pueda alcanzarnos.

Jason levanta una ceja.

—Cherokee no esperará la semana que te prometió, si sospecha que ella está con nosotros, nos buscará.

—No me trates como si no supiera lo que llevo entre manos. Conozco el club tanto como tú.

—Está bien, creo que debería ir a por Mary y comprobar que Ray, Kate y el bebé están bien.

—¿Yo también tengo que quedarme aquí? —pregunta mi hermana.

—Puedes quedarte aquí o ir con mamá y Ada. Pero prométeme que no harás ninguna tontería.

No me pongas las cosas más difíciles.

—Necesito ropa. Me quedaré aquí, pero avisaré a mamá.

—No utilices el teléfono.

—No lo haré.

—Yo la escoltaré. —Se ofrece Jason.

—Gracias, tengo que hacer una llamada y cuando vengáis hablaremos del asunto.

Cuando nos quedamos solos beso la frente de Jade.

—Enseguida vuelvo, tengo que coger algo del coche —digo acariciando su mejilla.

Por el momento está a salvo y eso es lo único que importa.

—Está bien —contesta ella, pero sé que está superada por todo.

Cuando llego al coche llamo a Jane y me arriesgo a darle mi dirección. No me parece una mujer que se deje mangonear por nadie y en este momento es mi única baza para detener a Cherokee sin poner en peligro a nadie.

Capítulo 23

Es como si Nick se estuviera alejando de mí. Ese beso en la frente me ha sabido a derrota, la mía. Los he puesto a todos contra las cuerdas.

Decido lavar las tazas del desayuno por hacer algo constructivo. Nadie ha comido nada, así que no hay platos que lavar y termino en menos de dos minutos.

Me seco las manos y al dejar el paño sobre la encimera, me apoyo en ella. Sé lo que tengo que hacer, pero me cuesta dar el paso. Tengo tantas cosas de las que ocuparme, entre ellas, evitar que Cherokee se vuelva loco. Desviar su atención es algo prioritario para mí.

—¿Jade?

No he oído entrar a Nick. Se pone detrás de mí y me abraza por la cintura.

—¿Estás bien? —pregunta besando un lado de mi cuello.

Mi piel se eriza y deseo más de él.

—Sí —miento por enésima vez.

Me doy la vuelta entre sus brazos y apoyo las manos en su pecho. Espero que dé el paso; que me bese y me lleve a la cama. Pero solo me observa.

—Siento que mi hermana te haya hablado así.

—No importa.

—A mí sí.

Y sus labios me buscan después de clavar sus ojos verdes en ellos. No me detengo y le devuelvo el beso con toda la pasión que está naciendo en mi interior.

—Te deseo tanto...

—Y yo a ti.

—Pero no quiero obligarte a nada —dice separándose.

La magia se ha perdido. Es una excusa para no acercarse a mí. Tal vez, después de lo que me ha pasado... En realidad, solo él me puede ayudar a limpiar el alma, a volver a sentir que me quiere solo para él.

—Entiendo. —Digo doblando el paño de la cocina y dejándolo de nuevo en la encimera.

—Quiero estar contigo, pero no sé si tú...

—¿Si estoy preparada? Eres tú, Nick, el único para el que siempre he estado preparada.

En cuanto he soltado las palabras paso por su lado y me voy a la habitación.

—¿Crees que no te cogería y te arrancarías la ropa? Pero ¿en qué me convierte eso?

—En un hombre que me desea.

Recojo mi camiseta, con la que he dormido, de los pies de la cama y empiezo a doblarla para meterla en la bolsa.

—O en un idiota sin ningún respeto por ti —contraataca.

—Nunca pensaría eso, Nick.

Se acerca y coge la camiseta para dejarla sobre la silla que está a mi lado.

—Ya te has cruzado con demasiados monstruos en tu vida. No me gustaría ser uno más.

Eso me hace reaccionar y me acerco a él para acariciar su mejilla rasposa.

—¿Entonces, no es por lo que ha pasado?

—Nena, que ese animal abusara de ti es algo que no me saco de la cabeza, pero tú no eres culpable de nada. Solamente él decidió hacerte daño —explica anclando las manos en mi cintura—. Si tú estás dispuesta y te vas a sentir bien...

—Necesito sentirme bien pero también necesito saber que no te produzco rechazo —enfático. Sus pupilas se dilatan y mi vientre se contrae.

—No pienses, ni por un momento, que no deseo estar contigo, Jade. No me produces ningún rechazo, más bien rechazo la situación en que te viste envuelta. Quiero que sepas que ninguna mujer ha conseguido que sienta ganas de tenerla a todas horas y llegas tú, la chica más bonita que he conocido, y haces que quiera eliminar al resto de la humanidad para siempre, que nadie pueda hacerte daño. Solos, tú y yo.

—Nick...

—Te quiero, nena —admite sorprendiéndome.

Vuelve a besarme como si mañana fuera a terminarse el mundo, aunque para mí será así.

—Te quiero, Nick.

Nos quitamos la ropa el uno al otro sin dejar de tocarnos, de besarnos o de mirarnos a los ojos. Saca un preservativo del bolsillo de los pantalones y se lo pone con rapidez.

Nick me levanta y me apoya contra la pared, envuelvo las piernas en su cintura y me deleito con el roce de su pene contra mi centro.

—¿Estás segura? —pregunta moviéndose de una manera que hace que sienta que voy a explotar.

—Sí, totalmente.

—Iré con cuidado.

Asiento porque me es imposible hablar, la excitación de mi cuerpo me sorprende hasta a mí.

Me levanta un poco más y entra en mí despacio, muy despacio. El roce es casi insoportable y cierro los ojos hasta que acaba encajado.

—¿Estás bien?

—Sí..., más que bien.

Abro los ojos para ver una sonrisa canalla.

—Vamos a hacer que sea mejor.

Y eso no lo dudo ni un instante.

Empieza a moverse y me lleva muy alto en pocos minutos. Besa mi cuello, me lame y me excita aún más. Pero parece darse cuenta y baja el ritmo.

—Aún no —dice con una sonrisa.

Me lleva hasta la cama y me deja con cuidado sobre el colchón saliendo de mi interior.

—Date la vuelta —me indica en un susurro.

Cuando lo hago alza mis caderas y entra de nuevo. Sus manos me acarician, una la espalda y la otra aprieta uno de mis pechos, parece recordar cuál es el que aún tiene señales y solo toca el otro.

Se vuelve a mover dentro de mí y yo aprieto las sábanas a punto de correrme.

—Eres fantástica. —Su lengua recorre la parte posterior de mi cuello y yo jadeo.

Me pellizca un poco el pezón y eso lanza descargas directamente a mi interior. Ahora lleva un ritmo desenfundado y su mano deja mi pecho para recorrer mi vientre hasta que alcanza el clítoris y lo aprieta. No aguanto y dejo que el orgasmo me alcance de lleno soltando un grito.

—Eso es, nena.

Al segundo siguiente es él quien gime y me abraza por detrás. Cae sobre mí, aunque aguanta la mayor parte de su peso con los codos.

—¿Jade?

—Estoy bien, cariño.

Me doy la vuelta y él se pone de lado. Sus dedos buscan mi melena y juegan con ella.

—Algún día me gustaría ver tu color natural —expone.

—La verdad es que ya estoy cansada de llevarlo así.

Nos miramos y parece que solo con los ojos somos capaces de transmitir mil sentimientos. En los suyos puedo ver adoración y eso me duele. Sobre todo, porque voy a traicionar su confianza. Espero que no pueda ver eso en mi mirada.

Me siento mal, pero es la única forma de proteger a su hermana y a sus amigos. Me iré en cuanto pueda.

Oigo los neumáticos de un coche recorrer el camino y detenerse detrás de la casa.

—Debe ser Jane —explica Nick saltando de la cama.

No sé por qué, pero me molesta que salga corriendo por esa tal Jane. En realidad, sí lo sé, aunque prefiero no pensarlo.

—Voy a abrir.

Me da un beso fugaz en los labios y sale de la habitación. Para ser una casita apartada del centro tiene muchas visitas.

Cojo mi ropa y me meto en el baño antes de que abra la puerta. Necesito una ducha y salir a averiguar cómo es esa tal Jane. Así que me doy prisa secándome el pelo y me doy un poco de brillo en los labios. No estoy en mi mejor momento, aún tengo señales en la cara, pero es la menor de mis preocupaciones.

Jane es una tía rubia, vestida como si perteneciera al FBI y bastante guapa. Se intuye que tiene un buen tipo, aunque no vaya vestida para lucirlo.

—¿Estás viviendo en el culo del mundo? —pregunta exasperada.

—Qué exagerada —contesta él bromeando.

—Vamos, Nick. El GPS del coche me ha enviado a comprar un mapa.

Él se ríe.

—Muy graciosa.

Nick se da cuenta de mi presencia y se apresura a presentarnos.

—Jade, te presento a Jane... la detective Collier.

Noto cómo la sangre abandona mi rostro mientras le doy la mano. Nick me hace un gesto para tranquilizarme; aun así, el temor de que descubra que he matado a un tipo me puede y no soy capaz de abrir la boca.

—Un placer, Jade.

Asiento.

—¿Te conozco de algo? —continúa la detective.

—Creo que no —consigo decir.

—La conoces por Cherokee —aclara Nick.

Mierda, ¿por qué ha dicho eso? ¿Era necesario? Imagino que, siendo poli, conoce a los integrantes del club.

—Ah. —La rubia me repasa de arriba abajo y no me hace ninguna gracia—. Sin el chaleco no te he reconocido.

Entrecierro los ojos y estoy a punto de saltar sobre ella cuando Nick carraspea.

—Jane, ella nunca quiso estar en ese club y ha decidido largarse.

—Pues me alegro, no sé qué gracia le ven las mujeres a relacionarse con esos tipos.

—Ninguna, créeme. Y no todas están ahí por gusto —digo contundente.

Ella me mira y levanta una ceja.

—No tengo constancia de ninguna denuncia alegando retención ilegal. Incluso tu cara me cuenta que has salido mal parada, ¿has pedido alguna orden de alejamiento? —pregunta con sarcasmo.

—No vale la pena hacerlo. Si la policía no pasara de largo ni se hicieran los ciegos, podríamos confiar en vosotros —suelto al borde de mi paciencia.

—Basta, chicas. —Nick pone paz entre nosotras, aunque ahora mismo me gustaría patearle el culo con ganas—. No te he hecho venir para que juzgues a Jade, Jane. Aunque necesitas saber quién es porque es una parte importante de lo que te voy a contar.

Miro a Nick. No será capaz...

—Jade estaba retenida por la fuerza —continúa—, pero ha escapado. Tenemos al cabrón de Cherokee pisándonos los talones y amenazando con eliminar a mi hermana y a mis amigos.

—Esto deberíamos hablarlo en comisaría.

—¿En serio? —pregunto con ironía y después miro a Nick, ¿se estará equivocando con esta mujer?

—No, Jane. Sabes que es cierto lo que te voy a decir: muchos agentes están comprados. Le llegaría a Cherokee en menos de cinco minutos. No pondré en peligro a nadie cercano a mí. Tú sabrás en quién puedes confiar.

Jane lo mira como si a Nick le hubieran crecido dos cabezas.

—Claro que lo sé. Pero si ella no denuncia, no puedo hacer nada.

—No se trata de eso. Quiero que podamos sorprenderlos en uno de sus trapicheos.

—¿Podamos? —pregunta extrañada.

—Es algo personal —concluye él.

—Nick, no —le pido.

Me mira y en sus ojos veo la determinación que ha tomado y que parece definitiva. No hay nada que discutir. Solo hay una forma de detener esto.

—No me importa lo personal que sea, no puedes inmiscuirte en una acción policial, si es eso a lo que te refieres —suelta Jane.

Ahora nos vamos entendiendo.

—Exacto —digo convencida.

—¿Tú de qué parte estás? —me pregunta cabreado.

—De la de «quédate en casa, que estás más guapo».

Jane suelta una carcajada y Nick entrecierra esos preciosos ojos suyos.

Me siento en el taburete que queda libre al lado de la detective.

—¿Si te doy cierta información, sabrás utilizarla para coger a esos locos? —le pregunto.

—No lo dudes —responde interesada.

Capítulo 24

Observo a Jade detenidamente. ¿A qué información se refiere?

—¿Va a venir Ray? —pregunta de repente.

—Sí, en unas horas, supongo.

—Perfecto, él completará la información.

—No puedo quedarme tanto tiempo —advierte Jane.

—Vuelve más tarde.

Jane se levanta y la mira seria.

—Espero que esto vaya en serio, mi trabajo es más importante que estar viajando de un lado a otro.

—¿De qué va esto, Jade? —pregunto confuso.

—Que Nick te avise cuando los chicos estén aquí, valdrá la pena —responde a Jane ignorándome.

El resto del día, Jade está distante y apenas me dirige la palabra. Le he preguntado varias veces por esa conversación que quiere tener con la detective, en la que debe estar presente Ray o Jason, según sus propias palabras, pero sigue sin explicarse.

La he visto escribir en una libreta que ha sacado de su bolsa, después la ha vuelto a guardar y ha bebido café. No dejo de observar sus movimientos y empiezo a parecer un acosador.

Me ha pedido el teléfono para llamar a Ray y saber cómo están Kate y el bebé, supongo que se preocupa por ella. Así que salgo de la casa para darle privacidad, ya que ella se ha encerrado en la habitación, pero solo doy una vuelta y vuelvo.

Cuando me devuelve el teléfono me meto en el baño y compruebo que efectivamente solo ha llamado a Ray. Media hora más tarde he recibido llamadas de Jason, Ray y Tara.

Ahora es Jade la que ha salido a caminar por la arena después de comerse un sándwich. Tal vez necesita algo de espacio o se siente agobiada. Así que la dejo ir, pero no la pierdo de vista mientras me siento en la pequeña silla de madera pegada a la fachada de mi casa.

Le gusta envolverse en la manta pequeña del sofá y caminar durante horas cerca de la orilla. Aunque es invierno, la temperatura durante el día es agradable. La lluvia hace acto de presencia, aunque solo sean cuatro gotas.

Su mirada se pierde entre los yates que están anclados a lo lejos, imagino que esa imagen le recuerda al trabajo al que se dedicaba su padre. Sé que a ella no le gustaría entrar en mi maldita cabeza. Pero no puedo evitar sentir rabia y pena a partes iguales por la vida que le ha tocado vivir en los últimos años. Salió de una mansión en San Francisco, donde su padrastro se dedicaba a fundir el patrimonio familiar, para caer en los brazos de Cherokee. Eso fue como salir de las llamas para caer en las brasas.

Sin recuperar la memoria hasta un tiempo después y sin ningún referente, tuvo que sobrevivir por sí misma en un mundo demasiado violento.

Me arrepiento de no haber dado el paso antes, de no haberla arrancado de las garras de ese

club en cuanto la vi la primera vez. El impacto de su belleza me dejó para el arrastre durante días. Sabía que no debía ni siquiera acercarme a ella y me mantuve al margen durante demasiado tiempo. Solo observándola y deseándola en secreto. Pensando que estaba con ese idiota por voluntad propia. Juzgándola y equivocándome al hacerlo.

Observo sus pasos ligeros y elegantes que ahora se dirigen hacia a mí.

—Sigo pensando que este lugar es fantástico —admite deteniéndose a escasos metros.

—Lo es, no lo cambiaría por nada —contesto mirando sus preciosos ojos azules.

Se sienta en la otra silla, al otro lado de la puerta, y sus puños aprietan la manta alrededor de sus hombros.

—Si tienes frío...

—No, estoy bien.

El sol ya está muy bajo, pero no hace viento y se está a gusto. Aunque, dentro de media hora, tendremos que refugiarnos de las bajas temperaturas y la humedad de California.

—Ray y Jason no vendrán hoy, y Tara ha decidido quedarse con mi madre en casa de Ada.

Ella asiente mirando al horizonte.

—¿Vais a reconstruir el taller? ¿Tus compañeros y tú? —pregunta rompiendo el silencio.

—No, no tenemos dinero suficiente. No hay seguro que lo cubra y Alex y John ya están buscando nuevos empleos.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Aún no lo sé, pero puedo ir tirando de mis ahorros. El terreno donde estaba el taller era de Harry, supongo que su viuda, Ada, lo venderá.

—Es una lástima.

—Sí, nunca he conocido a nadie como Harry. Estaba completamente entregado a su negocio y volcado en él. Me dio una oportunidad y aprendí a desenvolverme bien entre motores.

—Tal vez encuentres trabajo en otro taller.

—Ya me lo ofrecieron, pero era competencia directa de Harry. No voy a caer tan bajo.

—¿Estás seguro de que fue Cherokee el que incendió el taller?

—Él mismo lo admitió. Alguien nos hizo unas fotos, como ya te dije, y su manera de vengarse fue ordenando el incendio. Utilizó a un idiota de un taller de la competencia de Harry, imagino que bajo amenazas, para que pareciera un delito para su beneficio. Cherokee pretendía alejarme de ti manteniéndome ocupado.

—Y lo ha conseguido.

Frunzo el ceño.

—De eso nada —muevo la silla hasta ponerme a su lado y meto la mano por debajo de la manta para buscar la suya.

—Mientras él y su club sigan en la ciudad, nosotros no tenemos nada que hacer —dice triste.

—Jane lo sabe todo ahora. Edam no irá a la cárcel, pero deberá hacer trabajos sociales para la comunidad. El problema es que no quiere hablar ni involucrar al club por miedo. Jane tiene las manos atadas si no señala a Cherokee.

Jade apoya la cabeza en mi hombro y yo acaricio su mejilla con mi mano libre.

—Siempre se sale con la suya, es el maldito rey de Los Ángeles.

—Algún día se le acabará la suerte. Mientras, podemos ir aguantando —intento animarla.

No dice nada más y nos quedamos unos minutos en silencio.

Cuando al fin entramos hago la misma rutina de siempre; comprobar las ventanas y bloquear la puerta.

Nos acostamos después de comer algo ligero, la abrazo y le hago el amor. Cada vez se mete más bajo mi piel y siento que no quiero a otra mujer en mi vida que no sea ella.

—Te quiero —le susurro al oído cuando ya está dormida entre mis brazos.

Y me sorprende a mí mismo con este tipo de cosas. Nunca le he dicho a ninguna chica que la quiero, básicamente porque no me doy la oportunidad de conocerlas mejor, ni de enamorarme de ellas.

En mi maldito pasado me alejé de las mujeres a nivel emocional. La mayoría de mis clientes, cuando trabajaba en Nueva York, estaban casadas y eso me decía mucho sobre las relaciones de pareja. Solo eran una tapadera social, en mi mundo no cabía ni siquiera la posibilidad de tener una pareja estable. ¿Para qué? ¿Para seguir cada uno por su lado haciendo daño al otro? Ni siquiera mis padres fueron un buen ejemplo, siempre discutiendo y gritando. Y después mi padre abandonando la casa familiar.

Pero, como en tantas otras cosas, también en esto me he equivocado. Sé que al lado de Jade me sentiría bien y no necesitaría tener a nadie más. ¿Ella pensará lo mismo?

Aunque estemos ahora aquí, hagamos el amor y durmamos abrazados, algo nos separa y parece ser que es algo abismal. Ella se ha cerrado y no lo comprendo. Intento ayudarla, solamente eso.

Un golpe nos despierta a los dos. Miro el reloj, son las cuatro de la madrugada y esto no pinta bien. Saco el bate de beisbol, que siempre guardo debajo de la cama, pongo un dedo en los labios de Jade para que guarde silencio y me levanto sigilosamente.

Hay alguien en el salón y se trata de más de uno. No son muy sutiles y escucho sus susurros perfectamente, al menos, tres. Han destrozado la puerta de entrada y un estruendo a mi espalda me advierte de que han roto los cristales de la ventana de la habitación.

Mierda, nos han encontrado.

Temo por Jade y vuelvo sobre mis pasos dispuesto a atacar al que haya entrado. Pero la imagen que aparece ante mí me deja sin respiración.

Es Ray y está apuntando a la cabeza de Jade, que está pálida y varias lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —pregunto exasperado.

Si no la suelta, le daré una paliza y me va a dar igual que sea quien es.

—¿Qué estás haciendo tú? —pregunta la voz de Cherokee a mi espalda.

Alguien ha apoyado un arma en mi nuca. Miro a Jade y le pido perdón con la mirada. Se suponía que estaba a salvo conmigo, en mi casa.

—¿Creías que íbamos a abandonar el club porque te hayas encaprichado de la chica del presidente? —Por la cercanía de su voz, es Jason el que me está encañonando.

—Te lo advertí, Nick —suelta Ray que sigue sujetando a Jade.

—¡Suéltame! —grita ella, pero, para mi desgracia, parece que en realidad se lo está pidiendo a Cherokee.

—Suéltala —ordena el presidente—. Ven aquí princesa.

—¡No! —grito desesperado.

La va a matar ante mis narices.

Pero ella va hacia él y se detiene a pocos centímetros.

—Me equivoqué, cariño. Mi lugar está junto a ti. Eres mi único hogar y lo siento —dice arrepentida a su presidente, besando su boca.

Estoy seguro de que mi corazón se ha saltado un latido.

—¿Jade? —pregunto confundido.

—Lo siento, Nick. Nunca debí acudir a ti.

—No creas que no vas a recibir un castigo, nena. Ahora disparad y larguémonos —sentencia Cherokee.

—Lo que tú digas, pero no lo mates. Solo yo tengo la culpa de haber...

—¡Cállate! —le brama en la cara—. Sal de aquí y espérame fuera. Maldita puta.

Jade mira a Ray un momento antes de salir y a mí me olvida en el preciso instante en el que sale de la habitación.

¿Cómo he podido ser tan idiota? Ella me estaba enviando señales, estaba decidida a volver y yo ni siquiera lo he visto venir.

Maldita sea.

—Hazte cargo de él y después desordenad la casa, que parezca un robo.

Mierda.

—Que te jodan Cherokee. Alguien más sabe...

—Yo lo haré —me corta Ray.

Levanta su arma y me apunta. Pero no dispara.

—Sabía que no podrías hacerlo —gruñe Cherokee, parece asqueado.

Y él sí dispara, noto cómo en una fracción de segundo Jason tira de mí, pero la bala entra en mi cuerpo y caigo desplomado al suelo.

Los murmullos apagados y el sonido de sus botas es lo último que escucho antes de perder la conciencia.

Capítulo 25

*Dos años después.
Fresno, California.*

Suena el despertador y me dispongo a levantarme de la cama, pero antes tengo que apartar la pierna de Dayle, que reposa sobre mi abdomen. La chica tiene la mala costumbre de invadir mi lado del colchón. La oigo refunfuñar y sonrió antes de meterme en el baño.

Me ducho y, antes de vestirme, paso el dedo por la cicatriz que tengo justo por debajo de la clavícula. Lo hago cada mañana y eso me anima a seguir con mi día a día. Dayle es tatuadora y me convenció para dibujarme una moto justo encima, mi nueva Triumph. El dibujo no es pequeño, ya que ocupa medio pecho y parte del brazo, pero es una artista y está perfecto. La cicatriz no se ve y solo nosotros dos sabemos que está ahí. A pesar de que nunca le he contado lo que pasó. Por suerte, no es mujer de preguntas.

Dayle es mi compañera de piso, la conocí en un bar y le pregunté si sabía de algún apartamento en alquiler. Ella me ofreció el suyo si pagábamos a medias. Llevaba una semana dando tumbos y durmiendo en moteles de carretera, así que acepté. Al cabo de unos meses ya nos habíamos acostado, a veces los dos solos y a veces con alguna amiga suya. Dayle es un alma libre y eso me gusta, no quiere compromisos y le van los tríos. No me opongo a eso, aunque le dejé claro que solo me interesan las mujeres. Las carcajadas duraron todo un fin de semana.

—¡Nick! ¡Déjame entrar! —grita la loca de mi compañera de piso aporreando la puerta.

Cada mañana la misma historia.

—¿Se puede saber por qué no pones el despertador cuando tienes un cliente a primera hora o cuando te toca abrir el local? —inquiero abriendo la puerta del baño.

—Métete en tus asuntos —gruñe bajándose las bragas y sentándose en el inodoro.

—No he terminado de afeitarme. ¿Necesitas que salga?

Ya no sé para qué pregunto. Nunca se ha cortado; si tiene que mear, mea y punto.

—No, sigue con lo tuyo. —Se quita las bragas del todo y la camiseta, y se mete en la ducha en cuanto termina.

—Me va a matar, ya llego tarde.

—¿Quién? —pregunto mirándola a través del espejo.

Es rubia y bastante alta. No es especialmente guapa, pero es atractiva. Y, sobre todo, es una buena chica, aunque está como una puta cabra.

—Ese tarado de Jack.

—Ya puedes correr, se va a perder la cerveza del mediodía.

Suelta el aire y las gotas caen sobre mi espalda, ya que no se ha molestado en echar la cortina.

—Muy gracioso. No puedo perderlo, aún tiene piel por tatuar.

—No se puede decir lo mismo de ti.

Menos en el rostro, todo su cuerpo esta garabateado. Su socia ha trabajado en su piel a

conciencia.

—Siempre hay algún sitio libre —suelta guiñándome un ojo.

—Ya.

—¿Puedes llevarme?

—Solo si sales antes de cinco minutos.

—De acuerdo.

Llego a mi lugar de trabajo, después de dejar a Dayle, y aparco la moto. Vendí la Ducati y compré esta en cuanto encontré este empleo y la estoy pagando a plazos; de eso hace año y medio. También hago transferencias a mi familia cada mes, pero no saben dónde estoy y no tienen el número de teléfono de mi móvil. Jane me mantiene al tanto de la situación de mi familia: Tara ya terminó la universidad y se graduó, no fui a verla. Mi madre sigue con su rutina de casa a la iglesia y tomando el té con Ada por las tardes.

—Dom —saludo a mi jefe entrando en el taller.

Ahora sí trabajo reparando coches de lujo, antiguos y destartados, pero que sus dueños quieren conservar. Me pasé meses yendo de taller en taller hasta que Dom me contrató.

No iba a desistir en mi empeño por encontrar trabajo, necesitaba el dinero y mantenerme ocupado.

—Buenos días, Nick. Han traído un par de joyas, échales un vistazo.

Mi jefe llama «joyas» a los más desastrosos coches que entran para ser reparados.

—Enseguida.

Me meto en el vestuario y me cambio de ropa. Dom quiere que todos vistamos estos monos llamativos y parecemos payasos con tantos colores. Pero me paga, así que no tengo nada que objetar.

Mientras me meto debajo de un Taurus, recuerdo que tengo una llamada perdida de Jane. En el descanso la llamaré. Ya no es detective y se ha desvinculado del cuerpo. No sé por qué lo dejó y ella no me da ninguna explicación por más que pregunto.

Tuve que confiar en ella para que me mantuviera informado sobre mi familia, aunque ni mi madre ni Tara lo saben. Nunca me he interesado por el club ni por Jade y Jane tampoco los menciona, aunque me da bastante el coñazo con que debería volver.

Paso medio día con este maldito trasto hasta que logro arrancarlo y me gana el sueldo. Esas bielas y el cigüeñal por poco acaban conmigo.

—Jane —contesta mi única amiga fuera de Fresno.

—Sigues contestando como si fueras una poli.

—Idiota.

Me echo a reír.

—Con un «diga» parecerías más humana.

—¿Y quién quiere parecer humana?

Perfecto, debería preocuparme que hable así, pero lo dejo correr.

—No he visto tu llamada hasta esta mañana, lo siento.

—No voy a preguntar.

—No, mejor que no lo hagas. ¿Qué querías?

—Saber cómo estás. Hace dos meses que no sé nada de ti.

Cierto, esta vez las llamadas se habían distanciado, a pesar de que no es la primera vez que eso ocurre.

—Bien, sigo trabajando, pagando el alquiler y soportando el calor. ¿Y tú?

—*Me alegro, supongo* —contesta ignorando mi última pregunta.

Imagino que nota en mi voz las pocas ganas que tengo de hablar sobre mí mismo.

—*No eres feliz. Deberías volver, las cosas han cambiado en este tiempo.*

—No me apetece, ¿algo más que quieras de mí?

Soy un idiota por hablarle así a la única persona que se acuerda de no estoy en Los Ángeles.

—*Nada más, que te vaya bien, Nick.*

Mierda.

—Espera... ¿Jane?

—*¿Qué?*

—Joder, lo siento. Tengo días malos y días malos, elige.

—*Vaya, y yo que pensaba que estaba para el arrastre.*

Se oye una voz por megafonía, pero no entiendo lo que dice.

—¿Dónde estás?

—*Tengo que dejarte... Señorita... el fisioterapeuta la está esperando* —La última frase la dice una voz femenina que no conozco.

Jane corta la llamada.

¿Fisioterapeuta? ¿Está en un hospital?

Tres horas después estoy tomando una cerveza en el bar de al lado del estudio de tatuajes de Dayle, son las doce y está a punto de salir de trabajar.

Sigo dándole vueltas al asunto de Jane. Tal vez ha tenido un accidente y no me lo ha querido decir.

Le debo mucho y sé que no tiene muchos amigos. Cuando decidió hacerse poli sus amigos fueron apartándose. No porque fuera una detective de la ciudad, sino porque no tenía tiempo para ellos. Me lo explicó una noche en la que los dos habíamos bebido y estuvimos más de una hora al teléfono.

Dayle me preguntó si era una exnovia o algo así, le expliqué que solo era una amiga y terminamos follando, borrachos como cubas.

Mi compañera de piso saca solamente la cabeza por la puerta del local y me busca con la mirada.

—No agotes el alcohol, en media hora he terminado aquí y pienso acompañarte —dice en voz tan alta que todos en el bar la escuchan.

Da igual, ya la conocen... y a mí también.

—Lo prometo.

—Es una buena chica — dice Ángela, la mujer que está tras la barra y que suele meterse en asuntos ajenos—. No la dejes escapar.

Si ella supiera...

—No lo haré —contesto solo para que no siga por ese camino.

Dos policías entran y piden dos botellas de agua. Son un hombre y una mujer que me recuerda a Jane. Y no sé si esa imagen es la que me hace reaccionar, pero decido en este preciso instante que debería ir a verla; si está mal, tendrá mi apoyo. Es lo menos que puedo hacer.

Aún recuerdo cuando desperté en el hospital después de estar dos semanas en coma, el golpe que me di al caer herido me provocó una importante inflamación en la cabeza, por lo que me indujeron el coma. El primer rostro que vi fue el de Jane. Mi madre y mi hermana también estaban, pero en mi campo de visión, que era bastante limitado en aquel momento, solo estaba ella. No podía hablar y las tres se abalanzaron sobre mí nerviosas. Llamaron al médico y este me explicó

lo poco que había faltado para que no lo contara.

A mi mente llegaron todas las imágenes de lo sucedido y el dolor de la traición. Un día en que Jane y yo estábamos solos en la habitación donde me estaba recuperando, me contó que no habían podido hacer nada. Que el club estaba cerrado a cal y canto y que todos estaban en las listas de los más buscados. Ninguno sabía que yo había sobrevivido y Jane me prometió que no dejaría la investigación.

Un mes más tarde hice el equipaje y me largué, no quería seguir viviendo en Los Ángeles, no tenía ningún futuro y había sido mangoneado por mis propios amigos. Pero nada me había dolido tanto como recordar la imagen de Jade volviendo a los brazos de Cherokee. Eso me destrozó y solo se me ocurrió poner tierra de por medio.

No me arrepiento, estoy seguro de que tomé la decisión correcta. No estoy tan lejos de mi familia como para no presentarme en un día. El problema es que no las dejo contactar conmigo. Sé que mi madre no dejaría de pedirme que volviera y Tara me explicaría los últimos acontecimientos sobre mis amigos. No necesito saber nada. Ellos tomaron una decisión y yo otra.

Solo que la suya fue una verdadera putada.

—Hola, cariño —saluda Dayle al entrar.

Ángela se hincha como un pavo cuando ve que me besa en la boca. Esta mujer cree que va a haber boda y que está invitada.

—¿Una cerveza? —le pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —contesta Dayle—. ¿Y a esta qué le pasa? —susurra en mi oído en cuanto la mujer se da la vuelta.

Me encojo de hombros y sonrió. Ángela deja el botellín en la barra y le guiña un ojo.

—¿Que está tarada? —pregunto con ironía.

—Ajá —suelta antes de beberse media botella de un solo trago.

—Moderación, mujer —recrimino medio en broma medio en serio.

—Tienes suerte de que me ayudas con el alquiler, sino ya te habría mandado a la mierda —contesta levantando el dedo medio.

Y esa es mi compañera de piso; clara y concisa.

—Yo creí que no me mandabas porque follo bien.

—Presuntuoso por tu parte. Pero tienes razón.

—Lo sé.

Me da un manotazo en el brazo y Ángela nos mira levantando una ceja. Se le está yendo la boda por el desagüe.

—Me voy a Los Ángeles, creo que puedo llegar a media tarde —suelto del tirón.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Vas a ver a tu familia?

—Sí —repito; no voy a darle más explicaciones.

—Si yo fuera tu madre te recibiría a puñetazos, eres un mal hijo.

—Ya. —Tiene razón, para qué negarlo.

—¿Puedo ir contigo?

—¿A ver a mi familia? —pregunto sorprendido.

—No, idiota. Nunca he estado en Los Angeles.

Esto es increíble.

Capítulo 26

Después de casi cinco horas de viaje y una parada en Bakersfield, llegamos a la calle donde vive Jane, o espero que aún viva ahí; es un poco tarde, pero quiero verla. La casa es de una sola planta, con un jardín delante y un patio trasero.

Abro la verja metálica y entro con Dayle pegada a mis talones. Aún no comprendo qué se me ha pasado por la cabeza para que haya decidido traerla.

—¿Aquí vive tu familia? —pregunta mientras abro la mosquitera y golpeo la puerta con los nudillos.

—No, una amiga —aclaro.

—¿La del teléfono? Siempre dices que es la única amiga que tienes aquí —aclaro ante mi mirada irritada.

Pero tiene razón.

—Sí, esa.

—Pues parece que no está en casa.

Vuelvo a llamar, pero sigue sin abrir.

—Volveremos en otro momento —digo girándome, pero Dayle está dando la vuelta a la casa.

—¿Adónde vas?

—Hay alguien ahí —dice señalando a una mujer en silla de ruedas de espaldas a nosotros.

Está cortando unas ramas de un parterre en el patio trasero. Su pelo..., estoy seguro de que es Jane.

—¿Es ella? —susurra Dayle—. No me habías dicho que estaba en una silla de ruedas.

—No lo sabía. —Estoy en estado de *shock* y empiezo a atar cabos: fisioterapeuta y hospital.

—Uh, será mejor que me vaya a dar una vuelta, quédate el casco. Vuelvo en digamos... ¿una hora?

No puedo dejar de mirar a Jane.

—¿Nick? —me llama Dayle, dándome un codazo en las costillas.

—Sí, una hora y no te pierdas. Llámame si me necesitas —contesto avanzando por el lateral de la casa.

—Ya soy mayorcita, capullo —refunfuña.

En ese momento Jane se gira y me ve, noto cómo su rostro palidece y abre los ojos sorprendida.

—¿Nick?

—Eso parece —bromeo para aliviar la tensión.

—No te esperaba.

—Lo sé.

Cuando llego delante de ella me pongo de rodillas y nos fundimos en un abrazo. Está muy delgada y noto su frágil cuerpo contra el mío. No parece la mujer que conocí en aquella discoteca. Su rostro está algo demacrado y sus ojos reflejan tristeza.

—¿Qué haces en una silla de ruedas? —pregunto sin separarme.

—¿No lo has probado? Es bastante cómoda; voy de un lado a otro y así no me canso —ahora es ella la que bromea.

Me aparto y me siento en el borde del parterre que estaba arreglando.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No hacía falta.

Estoy de acuerdo. Pero somos amigos.

—¿Un accidente?

—Una bala en la columna me seccionó la médula espinal.

—Joder.

Qué putada, debió ser mientras era poli.

—¿Y no...?

—No, Nick. —Me corta—. Estoy recibiendo terapia y fármacos que me ayudan. Pero nunca podré volver a caminar.

—¿Cuándo ocurrió?

—Una semana después de que te marchases, por eso al principio no te llamé mucho.

Recordaba que el espacio sin hablar con ella había sido de unos cinco meses.

—No tenía ni idea, lo siento.

—No quise decírtelo. —Sus manos se apoyan en mis rodillas y me doy cuenta de que lleva un anillo y parece...

—¿Te has casado?

—Sí, hace tres meses.

Su rostro se ilumina y me recuerda a la vieja Jane. Debo suponer que la sorpresa de verme aquí le ha debido doler. Verla así, sin preparación previa, nos ha afectado a los dos.

—Enhorabuena, ¿conozco al afortunado?

Ella sonrío.

—Yo soy la afortunada, créeme. No, no lo conoces. Es médico, neurocirujano. Él me trató y nos enamoramos.

—¡Hola! ¿Cariño? —la voz llega desde el interior de la casa.

—Es él —susurra—. ¡Aquí! —grita acto seguido.

—¿Puedo decirle que soy un ex tuyo o algo así? —vuelvo a bromear.

—No seas idiota.

—Está bien, hubiera sido divertido —digo levantándome.

Un hombre negro, alto y fornido, sale al patio trasero con una gran sonrisa.

—Buenas tardes —me ofrece su mano.

Después de estrechársela, se agacha y, apoyando las manos en los reposabrazos de la silla de ruedas, besa a Jane.

—¿Cómo has pasado el día? —le pregunta.

—Bien. Te presento a Nick, alguna vez te he hablado de él. Nick. Es mi marido Tom.

Lo que ocurre a continuación no lo espero, pero ocurre: la sonrisa se le borra del rostro y se endereza para mirarme a la cara.

—¿A qué has venido? —inquieta con voz grave.

—¡Tom! —grita Jane.

—Lárgate, ella no te necesita.

Doy un paso atrás confundido.

—¡Tom, basta! Él no tuvo la culpa.

¿La culpa? ¿La culpa de qué? Yo no estaba en la ciudad cuando a ella...

—Eso ya lo discutimos, Jane —responde Tom, sin dejar de observarme.

Ella me mira y hay compasión en sus ojos. ¿Qué coño pasa?

—Ve a ver a tu familia, Nick. Hay cosas que debes saber —aconseja críptica.

En sus ojos se refleja la angustia. ¿Le ha pasado algo a mi madre? ¿A mi hermana? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—¿Estarás bien? —inquiero mirando a Tom, en mi voz va implícita la amenaza. No me ha gustado su reacción.

—Perfectamente, ya hablaremos. Avísame antes de volver a Fresno. —Me tranquiliza Jane.

Asiento y camino en dirección a la calle. Esto ha sido raro, además de humillante.

Hay que joderse.

Saco el teléfono y llamo a Dayle.

—¿Dónde coño estás? —pregunto en cuanto me contesta.

—Detrás de ti.

Me giro mientras corto la llamada, viene caminando por la acera.

—Nos vamos.

Ella me observa antes de ponerse el casco.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente.

Cruzo la ciudad en dirección a Boyle Heights. Acelero más de lo normal, pero Dayle no dice nada. Nunca se queja por mi forma de conducir.

Cuando giro a la izquierda en el semáforo veo el taller de Jonas, en el *parking* de la entrada hay unos cuantos camiones y ningún coche. ¿Ahora se dedica a arreglar solo camiones?

En realidad, me importa una mierda.

Continúo conduciendo calle arriba y mis ojos buscan las ruinas de lo que fue el taller de Harry. Pero, para mi sorpresa, no hay ruinas, sino un edificio de dos plantas con grandes ventanales y vigas metálicas.

¿Qué coño?

Detengo la moto y miro el nuevo taller. En el rótulo reza «El taller de Nick».

—¿Es tuyo? —pregunta Dayle con la voz amortiguada por el casco.

—No.

John camina hacia un coche y nos mira un momento, pero continúa a lo suyo. No me ha reconocido. Aparte de llevar el casco puesto y la visera bajada, la moto no es la que él reconocería de otros tiempos.

Tienen al menos cuatro coches en el interior del gran taller y unos diez fuera. Parece que les va bien. Me alegro por ellos, pero sospecho que esto es cosa de mi tío. Voy a tener unas palabras con él. Le dije que valoraría su oferta y nunca respondí, pero eso no le daba ningún derecho a adelantarse.

Pongo la primera marcha y sigo hasta llegar a la casa de mi familia.

—¿Quieres entrar? —le pregunto a Dayle.

—¿A ti qué te parece? Tengo hambre, ¿Tu madre cocina bien?

Resoplo, esta chica no se corta para nada.

—Sí, cocina bien.

—No se te ocurra presentarme como tu novia, ¡¿eh?! —dice apuntándome con el índice.

No puedo evitar reírme en su cara.

—Ni se me había pasado por la cabeza, cariño.

Ella asiente.

—Nos entendemos, entonces.

—Perfectamente.

Llamo a la puerta y después abro, mi madre sigue con su vieja costumbre de no cerrar con llave.

—¿Mamá?

Oigo un estruendo en la cocina, se le ha caído algo.

—¿Nick?! —Sale de la cocina con una mano en la boca y la otra sosteniendo un utensilio de madera, parece una pequeña pala—. ¡Eres tú!

—Claro que soy yo, mamá. —La abrazo y la levanto del suelo para besar su mejilla—. ¿Cómo estás?

La dejo de nuevo sobre sus pies y la miro, pero su semblante ha cambiado, me observa y después sus ojos repasan a Dayle. La conozco, la sorpresa inicial acaba de dar paso a un cabreo descomunal.

—¿Que cómo estoy? —Levanta la pala y me da con todas sus fuerzas, que no son muchas, en el brazo, aun así, duele—. Estoy furiosa con mi hijo, que no me ha llamado ni una sola vez desde que se fue.

Vuelve a levantar la pala y yo me aparto.

—Coño.

—Joder.

Decimos Dayle y yo al mismo tiempo.

—¡Esa boca! —Me recrimina, después señala a mi compañera con la pala—. Y eso también va por ti, jovencita.

—Lo siento, señora.

No me descojono allí mismo porque a mi señora madre le puede sentar muy mal, pero miro a Dayle levantando una ceja. Es la primera vez que se disculpa ante alguien. Esa cabeza loca siempre tiene contestación para todo y para todos.

Parece que hoy no es el día.

—¿Qué? —Me pregunta Dayle, confundida.

—Nada —contesto consternado.

—¿Dónde has estado? —inquieta mi madre.

—¿Nick? —Mi hermana acaba de salvarme el culo. Porque estoy seguro de que si le digo a esta señora que solo estaba a cuatro horas de distancia, rompe la pala en mi cabeza.

—¡Tara! —grito más entusiasmado de lo que pretendía.

Ella baja corriendo las escaleras y se lanza a mis brazos. Ha cambiado, es más... ¿mujer? Sí, eso es. La aparto para mirarla, pero me suelta una bofetada.

—¡No viniste a mi graduación, idiota! —grita.

Dayle carraspea y yo la miro.

—¿Estás seguro de que esta es tu familia? ¿Hay alguien más que quiera zurrarte?

—Sí, somos su familia —explica Tara bastante ofendida.

—Está claro que solo haces una cosa bien —suelta por esa boca mi compañera.

No será capaz...

—Conducir, porque las relaciones sociales se te dan fatal —rectifica ante la mirada

inquisitiva de mi madre.

—¿Es tu novia? —pregunta al fin. Ya estaba tardando.

—No, mamá. Es una amiga.

Mi hermana levanta una ceja, ¿tanto se nota que Dayle y yo nos acostamos? Tara no es tonta y habrá visto la complicidad.

—¿Y qué le ha hecho a su cuerpo? —me pregunta mi madre estudiando a Dayle.

Ella se mira sin comprender.

—Tatuarse como si no hubiera un mañana —responde Tara.

—Bah, esta juventud... —Se da la vuelta y vuelve a la cocina—. ¿Queréis comer algo? —pregunta desde dentro.

—Claro —contesto antes de que Dayle se desmaye.

—¿Se puede saber dónde has estado? —me ataca mi hermana.

—No, pero ahora estoy aquí.

—Qué gracioso.

Capítulo 27

A pesar del recibimiento, la cena transcurre con normalidad. Tanto mi madre como mi hermana dejan de recriminarme cosas y se comportan como personas medianamente normales.

—¿Cómo está Ada? —pregunto a mi madre.

—Bien, se acuerda de Harry, pero ahora ya habla sin llorar.

—¿Has visto el nuevo taller? —pregunta mi hermana.

—Sí, he pasado por delante.

—Ada vendió el terreno y volvieron a edificar. Está contenta porque dice que parece un tributo a Harry —explica mi hermana.

—Entonces debería poner *El taller de Harry*, no *El taller de Nick*.

—Ya, eso nadie lo comprende.

—¿Quién lo compró? —indago para comprobar cuánto saben.

—Ni idea. —Tara aparta la mirada y eso no me gusta.

Es extraño, tío Ed siempre se ha caracterizado por explicar orgulloso y con prepotencia cómo amplía sus negocios.

—Lo mejor es que John y Alex han podido volver. También trabajan allí Jason y Ray. Con los que, por cierto, tampoco te has comunicado. Son tus amigos, Nick.

Joder.

—¿Jason y Ray?

—Sí, el club desapareció y John les ofreció trabajo. Al principio parecían como peces fuera del agua, pero ahora sacan el trabajo adelante y les va bien.

¿Mis dos amigos traidores, ahora ocupan mi lugar? Esto mejora por momentos.

—¿El club desapareció? ¿Cómo? ¿Se han trasladado?

—No, ya no existe. Aunque no sé los detalles.

Jade viene a mi mente, ¿estará bien? ¿Cherokee continuará teniéndola bajo su yugo? No debería importarme, es lo que ella escogió. Pero vuelvo a sentir ese dolor punzante en el pecho, ese que se hace notar cada vez que pienso en ella. ¿Cómo pude enamorarme de esa chica?

—Nick, ninguno de nosotros entendimos que quisieras marcharte en cuanto te recuperaste. Pero lo respetamos. Ahora que has vuelto, aunque sea una visita corta, deberías pasar por el taller. Han estado preocupados y te han echado de menos —me explica Tara alargando la mano sobre la mesa y poniéndola sobre la mía.

¿Preocupados?

—No creo que sea buena idea —digo retirando la mano lentamente para pinchar un trozo del pollo al horno que ha hecho mi madre y que está delicioso. Dayle no pierde el tiempo y la veo zamparse todo el plato con ganas.

Tengo que retener mi temperamento y no soltar todo lo que pienso de esos dos.

—¿Y todo esto por una mujer? —Pregunta mi madre después de un incómodo silencio de un par de minutos.

—¿Qué? —Nunca le hablé de Jade, ¿a qué viene esa pregunta?

—Yo se lo conté —confiesa Tara—. Lo de esa chica del club de la que te habías enamorado.

—¿Es verdad eso? —pregunta Dayle con una sonrisita.

—No —niego categóricamente.

Mi madre no dice nada y eso no es propio de ella, solo me observa cautelosa y mira el reloj de pared de vez en cuando. Cuando alguien llama a la puerta, podría jurar que la sangre abandona su rostro.

—Voy. —Se levanta tan deprisa que la silla se tambalea y acude a abrir.

—¿Qué le pasa? —pregunto a mi hermana.

—Está sufriendo desde que has entrado por esa puerta.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. Era algo impensable, pero yo ya me he hecho a la idea.

Sonríó, a pesar de que mis pensamientos homicidas con respecto a Ray y Jason siguen latentes.

—Cuanto misterio —murmuro.

Aparto el plato a un lado mientras oigo susurrar a mi madre con la otra persona, que debe estar en la entrada.

—Qué bueno estaba todo —dice Dayle limpiándose la boca con la servilleta.

—No me extraña, la única comida decente que comes es la de Domino's.

—Y que, por cierto, compartimos —me rebate.

—¿Vivís con alguien más? —pregunta Tara.

—No, solo nosotros dos —explica mi compañera de piso.

—Vaya, eso es alucinante. ¿A qué te dedicas?

—Soy tatuadora —explica orgullosa.

—Oh... alguna vez se me ha pasado por la cabeza hacerme un...

Se corta y mira hacia la puerta del salón. Sigo su mirada y no puedo creer lo que estoy viendo.

Mi madre y Tío Ed cogidos de la mano; él con actitud desafiante, mi madre parece avergonzada y no me mira a los ojos.

Me levanto de golpe y observo sus dedos entrelazados.

—Tenemos que hablar —dice él cortante.

—Ya lo creo —respondo igual de borde.

Mi hermana carraspea y mira a Dayle.

—Vamos, te llevaré a visitar el barrio, supongo que querrás hacer un poco de turismo, aunque ya sea de noche.

—Sí —contesta mirándome—, ¿estarás bien?

—Perfectamente. En cuanto vuelvas nos marcharemos.

Mientras ellas se van, tío Ed se sienta en el sofá y mi madre a su lado. Sus manos siguen cogidas esperando a que yo tome asiento, pero no lo hago, sino que me planto con los brazos cruzados sobre el pecho enfrente de los dos.

—¿Qué me he perdido? —pregunto intentando no juzgar la situación antes de tiempo.

—Tu madre y yo comenzamos una relación hace más o menos un año.

—Ya veo.

Ahora entiendo el silencio de mi madre después de haberme atizado por no haber llamado. Ella también tiene secretos, aunque esto no lo esperaba.

—Nick...

—Mamá, es tu vida. Me cuesta entender que estés con él cuando papá lo aborrecía. Joder, ni

siquiera asistió a vuestra boda. Siempre has dicho...

—Nick, por favor. —Ed se levanta y me enfrenta—. Deja que tu madre te lo explique.

Miro a mi madre y levanto una ceja.

—Nosotros... quiero decir, Ed y yo, nos enamoramos cuando yo estaba embarazada de ti.

Perfecto, ahora van a salir los trapos sucios de hace siglos.

—Aún no te habías casado. —Recuerdo cuando me contó que se casó con mi padre cuando yo ya tenía tres meses.

—No. Pero hay cosas que no sabes.

Y es la segunda persona que me dice eso hoy.

Se queda pensativa, intuyo que ordenando sus ideas. A Tío Ed le otorgo un punto por dejar que sea ella la que decida seguir y no meta baza, pero la mira con ternura.

—Cuando me quedé embarazada, a tu padre no le sentó muy bien y discutimos. Estuvo una semana sin hablarme y...

—Le zurré —contesta mi tío.

Lo miro fijamente, no sé si está hablando en serio. Aunque no creo que sea momento para bromear.

—Sí, no pongas esa cara. Llegó a casa y me dijo que Gillian estaba embarazada, pero que no podía hacerse cargo del bebé. A tu madre la había visto un par de veces con él y cuando por fin me la presentó... —Se vuelve a sentar al lado de mi madre para continuar mientras vuelve a coger su mano—, me pareció una chica estupenda y preciosa, así que le di un puñetazo por idiota.

—Yo no sabía que tu padre no quería seguir adelante con nuestro noviazgo —añade mi madre.

—Y yo nunca le dije a Gillian lo que tu padre había soltado en un momento tan confuso para él.

Asiento.

—Así que os casasteis de todas formas —suelto confirmando algo tan obvio.

—Ya sabes cómo eran tus abuelos; tenía que casarme con el padre de mi hijo y por la iglesia.

—Pero antes de eso, yo iba a verla y estoy seguro de que viví más el embarazo que mi hermano.

—¿Papá no iba a verte? —pregunto extrañado dirigiéndome a ella.

—No. Me pidió que me casara con él en presencia de mis padres y poco más. Cuando Ed venía a casa, tus abuelos no entendían qué hacía él allí.

—Y me inventé la excusa de que tu padre estaba trabajando fuera y que me había encargado que la visitara y cuidara de ella —termina él.

—¿En serio? ¿Y aun así seguiste adelante con la boda? ¿Le querías?

Mi madre frunce el ceño.

—Claro que le quería, Nick. Fueron muchos años juntos y después está el hecho de que tienes una hermana. Tuvimos un mal comienzo, pero éramos muy jóvenes...

—Sigue repitiéndote eso —dice tío Ed serio.

Mi madre junta las manos y se las retuerce. Se está esforzando en buscar un buen pretexto para convencerme de que quería a ese hombre que resultó ser mi padre.

—No invitamos a tío Ed porque tu padre descubrió que su hermano sentía algo por mí —continúa.

Joder.

Me siento al otro lado de mi madre, que queda entre mi tío y yo. Está nerviosa.

—¿Cómo pudiste continuar? ¿Tú también...? —Los señalo a los dos.

—Sentía algo por él, pero mi fe no me dejaba hacer algo que estuviera fuera de los esquemas religiosos. Una mujer embarazada no podía enamorarse del hermano de su prometido. A mis padres les habría dado un gran disgusto.

Tío Ed me mira y hace una mueca sin que ella lo vea, algo así como un «¿lo ves?».

—Discutíais continuamente, mamá. Tara y yo hemos sido testigos de ello durante años. Has perdido más de la mitad de tu vida con alguien que no te supo valorar, para después dejarte.

«Para irse con otra», pero eso me lo guardo, no es necesario sacarlo ahora.

—Lo sé.

—¿Creías que no lo iba a aceptar? Los dos sois personas libres y mayores de edad. —Le guiño un ojo—. Mereces ser feliz para variar.

Ella me mira con un nuevo brillo en los ojos.

—Creí que te pondrías furioso. ¿De verdad, lo aceptas?

La abrazo y en mi cabeza empiezo a atar cabos. Mi padre siempre reprochando mi comportamiento y mi madre siempre defendiéndome. ¿Acaso me culpaba a mí de sus desgracias?

—Sí, pero con una condición. —Los dos me miran expectantes—. Si haces daño a mi madre, te abriré la cabeza —amenazo, señalando a mi tío.

—¡Nick! —grita ella.

—Y yo dejaré que lo hagas —dice tío Ed.

—Y no pretendas que te llame papá.

—Que te jodan —suelta él.

Estoy esperando a que mi madre salte y nos recrimine por hablar así, pero estalla en una sonora carcajada. Y, joder, me gusta. Ver a esta mujer reírse así me ha alegrado la tarde. No recuerdo haberla oído reír tan a gusto en años.

Pero aún tengo algo que reprocharle a mi tío.

—Hay algo que tengo que hablar contigo —digo serio, porque hay algo que me ha jodido. Mi madre me mira—. No tiene nada que ver con esto —aclaro.

—Os dejaré solos, voy a recoger la cocina.

—Después te ayudo —se ofrece él.

¿Vive aquí? Coño, eso no lo he preguntado.

—¿Vives aquí?

Él sonríe.

—No, tu madre quería tu bendición, si te hubiera dado por no volver aún seguiría esperando.

—Eso te hubiera jodido.

—Bastante.

Me echo a reír cuando me mira molesto, pero me recompongo enseguida.

—No la obligues a abandonar el barrio —amenazo.

—No pensaba hacerlo.

Los dos nos retamos. Queremos demasiado a la misma mujer, de distinta forma, pero es igual de valiosa para nosotros.

—De todas formas, hay algo que quiero comentarte —expongo, poniéndome serio otra vez—. Puedes regalarle a mi madre lo que quieras, como si quieres comprarle un descapotable italiano. Pero, con respecto a mí, guárdate tu maldito dinero, ¿estamos?

No he levantado demasiado la voz, mi madre no está tan lejos.

—¿A qué viene eso, Nick? ¿Vas a echarme en cara que me haya ido bien en la vida? Intenté ayudar a tus padres, pero mi hermano nunca me dejó.

Esa información también es nueva para mí. Mi padre siempre dio a entender que su hermano era un cabrón sin escrúpulos.

—No me refiero a eso —digo poniéndome en pie—. Me refiero al taller. ¿Por qué lo has hecho reconstruir? ¿Les has prestado dinero? Van a tardar siglos en devolvértelo.

Veo la confusión en su rostro.

—Alto ahí —dice levantándose también—. Te lo ofrecí a ti, no a ellos, y, hasta donde yo sé, lo rechazaste. No tengo nada que ver con ese taller. Aunque si necesitaras ayuda, mi oferta seguiría en pie.

Ahora soy yo el sorprendido.

—Entonces, ¿quién lo ha vuelto a levantar?

—No tengo ni idea. Pregúntaselo a los que trabajan allí.

Capítulo 28

—Joder, este es un buen sitio para vivir y tu hermana me ha caído genial. Me ha presentado a su novio y está... —Se relame los labios.

Estamos los dos de pie al lado de mi moto en la entrada de la casa de mi madre, a punto de irnos.

—¿Novio? —pregunto, mientras Dayle sigue haciendo el idiota con la lengua.

—¿No lo sabías?

—No.

—También me ha explicado el culebrón en el que se ha transformado tu familia. —Se echa a reír.

Será cabrona.

—Tara es una bocazas.

—Es fantástica.

Perfecto, eso ya lo sé.

—Vamos a dormir y mañana saldremos de nuevo para Fresno.

—¿Ya?

—No hay nada que me retenga aquí, a mi familia la iré visitando...

—¿Cada dos años?

—Eso es —contesto a desgana—. Y ahora cierra el pico y ponte el casco.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa de la playa, si es que sigue en pie.

Ella me mira extrañada.

—¿Nadie se ha ocupado de mantenerla?

—No.

Suelta un silbido largo y se sube detrás de mí.

—Vamos a dormir en un mar de pulgas, chinches o algo así. Qué asco —refunfuña arrancándome una sonrisa.

Dayle es única y me ayudó cuando más lo necesitaba, no era fácil encontrar un piso de alquiler sin tener trabajo cuando llegué, ningún casero correría ese riesgo. La aprecio demasiado.

Parece que soy algo masoquista y vuelvo a pasar por la calle del taller, supongo que están a punto de cerrar. Aflojo un poco la marcha, pero no me detengo. No tengo nada que hablar con ellos, mi vida se ha trasladado a Fresno. Punto.

Pero doy paso a uno de los coches que sale en ese momento por la entrada y, ahora sí, soy consciente de que uno de los hombres es Jason, su larga melena sigue ahí, aunque es extraño verlo sin el maldito chaleco de cuero.

La rabia me puede y casi estoy a punto de bajar de la moto para ir a por él y a por Ray; me fallaron y permitieron que ese cabrón me disparase.

La recuperación fue dolorosa y necesité pasar dos veces por cirugía, me tuvieron que extirpar

una parte de un pulmón y me costó meses recuperarme. Mientras tanto, ninguno de ellos se interesó por mi estado se salud.

—¡Muévete, cariño! —grita Dayle a mi espalda.

Estamos parados en medio de la carretera, el coche hace rato que ha pasado por delante nuestro y los coches que nos adelantan hacen buen uso del claxon.

Vuelvo a ponerme en marcha en dirección a la casa de la playa. No tengo demasiadas ganas de entrar y revivir lo que pasó allí, pero fue mi hogar y quiero saber en qué estado se encuentra.

Hacemos una parada en un restaurante chino y encargamos comida para llevar. Dayle me ha hecho saber que tendrá hambre unas doscientas veces, así que he decidido alimentarla. En mi casa no habrá nada comestible.

Cuando llegamos a la casita de la playa, busco la llave que hace una eternidad que no uso y entramos. Lo primero que me impacta es el olor a limpio, enciendo la luz, ya que ha anochecido, y me sorprende verlo todo sin una mota de polvo ni la arena que suele colarse por debajo de la puerta.

Frunzo el ceño y me dirijo a la cocina, que está igual de inmaculada, la nevera está vacía, por lo que me acabo de asegurar de que no hay ningún okupa con una enfermiza obsesión por la limpieza. Tal vez mi madre pasa por aquí de vez en cuando. Debería darle las gracias.

—Muy abandonada no se ve —declara Dayle.

—Eso parece.

—¿Quién viene entonces?

—Le echaré la culpa a mi madre o a mi hermana.

—Pues me alegra saber que no voy a comer ni a dormir entre bichos. ¿Puedo usar el baño?

—Sí, es la puerta de la izquierda. —Le señalo el corto pasillo.

Me lavo las manos y empiezo a repartir los envases de comida encima de la barra. Me ronda por la cabeza ir a ver mi antigua habitación, pero los recuerdos se agolpan y decido ignorarlos, al final de la noche espero reunir más valor. Hice arreglar la ventana rota desde el hospital y poco más. Si mi madre me hubiera dicho que estaba manteniendo la casa para mí, se lo habría agradecido. Sin embargo, no lo ha mencionado.

Jade... mi maldita mente me la trae de vuelta. Si en Fresno ya tengo problemas con eso, estar aquí no lo hace más fácil. Maldita sea.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos y también me ayuda una sonora palmada que da Dayle en el aire.

—A cenar, estoy famélica.

Hago rodar los ojos. No conozco a nadie que tenga hambre a todas horas, solo a ella.

—Puedes comértelo todo.

—¿Tu parte también? —pregunta suspicaz.

—No tengo hambre. —No sé por qué he tenido que terminar aquí, ha sido una mala idea.

Mis ojos encuentran la manta, que doblada, reposa a un lado del sofá, y vuelvo a ver a Jade envuelta en ella caminando por la playa, su pelo volando por la brisa del mar y yo deseándola desde la distancia. El sexo con Dayle es bueno; liberador y sin compromiso. Pero mi jodido cuerpo echa de menos sentir, algo que conocí solo con Jade.

—Oye, no sé lo que te pasa, pero algo ha cambiado. ¿Es por esa chica que nombró tu madre?

Me dejo caer en el sofá y estiro las piernas mirando mis botas desgastadas.

—No.

—Sí.

—Olvídame.

—Come.

—Más tarde.

—Ahora.

La miro y entrecierro los ojos.

—No vamos a tener esa conversación —amenazo.

—De acuerdo, te propongo cenar y follar. Suele funcionar con los tipos duros que creen que tienen un corazón de hierro, pero que no pueden olvidar a la chica que se tiraron y que consigue que se les pongan los huevos morados cada vez que la recuerdan.

Levanto una ceja.

—Siempre tan romántica.

—Esa soy yo —contesta chasqueando la lengua—. Vamos, ven. Prometo dejarte en paz y no hacer preguntas.

Suelto el aire y me levanto, no puedo amargarle la noche a Dayle y lo de follar no es un mal plan. Es más, me parece una idea de puta madre.

—Está bien —me siento a su lado y cojo unos palillos para empezar con el arroz.

Ella me da con el codo y sonrío.

—¿Tampoco puedo preguntar por la herida de bala?

—Acordamos que no —le recrimino.

—¿Qué pasó? —insiste.

—Que me pegaron un tiro.

Dayle pone los ojos en blanco.

—Eso es obvio.

Asiento y sigo engullendo.

—Perfecto, comeremos sin hablar —dice sonriendo.

Debería confiar en ella, me ha demostrado que es una persona íntegra, a pesar de sus rarezas.

Llevamos unos minutos masticando cuando decido darle algo.

—Mis amigos, esos a los que conocí siendo todavía un niño, me traicionaron.

—¿Alguno de ellos te disparó?

—No, pero me tendieron una trampa.

Ella niega con la cabeza sin dejar de comer.

—Qué mal.

—Sí. Y ahora resulta que están trabajando en el taller en donde yo trabajaba.

—Qué cabrones.

Sí, ese es un buen calificativo.

—¿Tiene algo que ver la chica con la que salías?

—Todo tiene que ver con ella —admito.

—¿Por qué?

No sé cómo explicárselo sin parecer un idiota enamorado.

—Ella estaba metida en un club de motoristas, la habían secuestrado. La cuestión es que la maltrataban, física y psicológicamente.

—Y te enamoraste de ella.

—Como un jodido estúpido.

—¿Qué paso? —pregunta con una sonrisa.

—Intenté sacarla de todo aquello.

—Pero no salió bien.

—Chica lista, ¿lo dices porque me dispararon? —pregunto con sarcasmo.

—Puede ser —responde con la picardía impresa en sus ojos avellana.

—No salió bien. Nos encontraron y ella decidió volver a ese club. Su secuestrador, que no era otro que el presidente del club, fue el que intentó terminar conmigo.

Dayle ensancha los ojos con la sorpresa.

—Joder, ¿y ella no hizo nada?

—No, simplemente se fue.

Pone una mano en mi antebrazo y aprieta un poco.

—Joder, lo siento, Nick. Debía de ser muy tonta, sin ánimo de ofender, pero eres un buen partido y un tío estupendo.

—No lo suficiente; al menos, no para ella.

—Estabas colado...

—Ya no importa —la corto.

—¿Y qué tienen que ver tus amigos en todo esto?

Me cuesta seguir, aunque considero que lo estoy resumiendo bastante bien.

—Perteneían al club y se pusieron del lado del presidente.

—Cobardes —gruñe con la boca llena.

—Supongo que prefirieron salvar sus culos y no tener que vigilar sus espaldas el resto de sus vidas.

—¿Tú pertenecías también a ese club?

—No. Siempre me negué, a pesar de que iba de vez en cuando.

—Por ella —adivina.

—Puedes reírte.

Ella levanta una ceja.

—No, no creo que deba reírme. Y si puedo decirte lo que pienso, esa mujer no supo escoger bien.

«O yo no supe ver en dónde me metía», pero eso lo reservo en mi mente y no lo digo en voz alta.

—Eso es todo —concluyo.

—Gracias por contármelo, cariño.

—De nada. Supongo que va bien hablar.

—Pues te ha costado —dice riendo.

Su risa es tan espontánea y fresca que no puedo evitar sonreír también.

Terminamos de cenar y, después de recoger las sobras, me dirijo al baño; necesito una ducha y dormir. Dejar la mente en blanco y volver a Fresno; a mi rutina y al lugar donde he vuelto a empezar. La despedida de mi familia ha sido agridulce. Tanto mi madre como Tara no aprueban que me vaya de nuevo, aunque parecen respetarlo.

He prometido volver para Acción de Gracias.

Entro en la habitación y me encuentro a Dayle medio desnuda. Me alegro de tenerla aquí, seguramente, habría terminado durmiendo en el sofá si no fuera por ella. Miro a mi alrededor y ubico el rincón en el que terminé medio muerto. Está como siempre; ninguna señal de que casi pierdo la vida en esta casa.

Me meto en la cama desnudo y Dayle empieza a acariciarme el pecho. Sé cómo terminarían esas suaves caricias, pero lo estoy deseando.

Capítulo 29

—Ha vuelto —me digo en voz alta, mientras me arreglo el pelo.

Nick está de nuevo en Los Ángeles. Jane me ha llamado esta mañana muy temprano y me lo ha contado, también ha mencionado que no pretende quedarse mucho tiempo, así que debería tener una oportunidad para verlo. He llamado a Tara y me ha confirmado que pasaría la noche en la casa de la playa, aunque la he notado algo esquiva. A ninguna de las dos les he comentado que tengo intención de ir a verlo.

Nunca he sido capaz de abandonar del todo la ciudad. Cuando todo terminó, fui a San Francisco y un buen abogado me ayudó a recuperar lo que me pertenecía. Me enteré de que mi padrastro estaba cumpliendo condena por darle una paliza a una prostituta y por tenencia y venta de drogas, y me alegré. Cuando salga, se va a encontrar sin nada y sin rastro de mí. El abogado me preguntó si quería ir a por él por lo que me hizo, pero considero que, estando donde está, ya es suficiente. No quiero juicios ni volver a verlo en mi vida.

Me compré un todoterreno y volví a Los Ángeles, contraté a un detective y encontré a Nick en Fresno, pero no seguí buscando cuando en las fotografías que el detective me mostró vi a una chica rubia salir de su apartamento. Esa mujer vivía con él y eso me detuvo.

Pero le debo una explicación, merece saber lo que pasó. Después lo dejaré en paz... por mucho que me duela.

No hay nadie en mi vida, en el aspecto sentimental. En cambio, Ray, Kate, Jason, Mary, Tara y Jane se han convertido en grandes amigos y en mi mejor apoyo. Nunca les he mencionado lo del detective ni dónde podrían encontrar a Nick. Guardé esa baza para mí, antes tenía que hablar con él.

Sin embargo, irrumpir en su vida no me parecía lo más adecuado, dadas las circunstancias. Pero está aquí y solo nos separan unos cuantos kilómetros.

Me armo de valor y salgo del ático vigilando a mi alrededor; no parece haber nadie sospechoso cerca, cuando saco el coche del parking del edificio y conduzco hacia la casa de la playa.

Una hora después aparco el coche junto a la fachada trasera, no hay ningún vehículo y mi valentía hasta el momento se convierte en decepción. He llegado tarde, a pesar de ser las ocho de la mañana.

La cortina de la ventana de su habitación se mueve, hay alguien dentro. Tal vez ha dejado su moto en la otra parte de la casa. Salgo del coche y me armo de valor otra vez. Me tiemblan las manos cuando me cuelgo el bolso al hombro y echo a andar.

Doy la vuelta y llamo a la puerta con los nudillos.

—¡Voy! —chilla una voz femenina desde dentro.

Mierda, debería largarme. Ha venido con su chica, mis amigas deberían haberme avisado. Doy un paso atrás, a punto de volver sobre mis huellas y desaparecer, cuando una mujer rubia y llena de tatuajes, abre la puerta vestida solo con una camiseta enorme negra, me temo que es de

Nick. Confirmando que es la chica que aparece en las fotografías que me entregó el detective.

—¿Hola? —saluda.

—Ho... Hola.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta solícita.

—Busco a Nicholas ...

Ella frunce el ceño.

—Supongo que te refieres a Nick, ha salido un momento, no creo que tarde.

—Ah —balbuceo, parezco idiota y no sé qué hacer.

—¿Quieres esperarlo dentro? No tengo mucho que ofrecerte, pero algo encontraremos. —

Extiende su mano hacia mí—. Soy Dayle.

No esperaba tanta amabilidad y me quedo mirando su mano, pero reacciono enseguida y se la estrecho antes de que piense que me falta un hervor.

—Jade, un placer.

—Pasa, Jade. —Se aparta a un lado para dejarme entrar—. ¿No es un poco pronto para ir de visita? No es que me importe, al fin y al cabo, ya estaba levantada.

—Sí, lo siento.

—No te preocupes —dice sacudiendo la mano en el aire. Me gusta el desparpajo que tiene, no me extraña que a Nick le guste.

Pero ese pensamiento hace que mi corazón se resquebraje por enésima vez. Durante dos años lo ha hecho continuamente, era doloroso pensar que Nick pudiera estar con otra chica, pero tener la prueba ante mí es más de lo que puedo soportar.

—Estaba bebiendo un zumo en lo que Nick tarda en traer el desayuno, cuando llegamos anoche no había nada. ¿Te apetece?

Dejo el bolso al final de la barra y me siento en uno de los dos taburetes.

—Sí, perfecto. Gracias.

—Y dime, ¿eres de Los Ángeles?

—Vivo aquí, sí. Pero nací en San Francisco.

—¿En serio? Mi familia vive allí. Es una gran ciudad —declara.

—Sí, sin duda.

Se escucha el ruido de una moto acercándose y mis nervios vuelven a aflorar. Hablar con Dayle me había relajado algo.

—Ahí está Nick, justo a tiempo. Me muero de hambre.

Sale de la cocina y va a abrir la puerta.

—Toma, ya no tendrás que ir a pescar a la playa. —La puerta me oculta a Nick, pero es su voz, la reconocería en cualquier parte.

—Gracias, cariño.

Otra vez siento esa punzada en el corazón.

—De nada, hay un coche fuera...

En el preciso instante en el que entra, nuestros ojos se encuentran y me doy cuenta de que sus magníficos iris verdes nunca se han borrado de mi memoria. Lleva el pelo más largo y una barba de tres días; sigue igual de atractivo y yo diría que incluso está más guapo.

—¿Jade?

—Hola, Nick.

Dayle nos mira mientras deja dos bolsas en la encimera.

—¡Ajá! ¿Es ella? —pregunta.

—¿Qué haces aquí? —inquire él, ignorándola.

—Me han dicho que estabas en la ciudad...

—Te han informado bien, como puedes comprobar. Pero nos vamos en cuanto terminemos de desayunar —explica seco, pasando por al lado de la barra.

Es imponente, no puedo apartar la vista de él. Sin embargo, sus ojos ahora me evitan.

—¿Has hecho café? —le pregunta a Dayle poniendo una mano en su cintura.

—Estoy en ello, atiende a tu invitada...

—Mi invitada está a punto de irse. —Sus ojos vuelven a mí y veo el desprecio en ellos. Le soy indiferente y no le culpo. Pero duele, duele mucho.

—Nick, no seas grosero. Tu madre no estaría contenta —suelta Dayle con voz cantarina.

Si no fuera por la tensión que hay entre nosotros, me echaría a reír por la cara cómica con que Nick la mira.

Parece que Dayle conoce a su familia, yo ni siquiera sé quién es su madre. A pesar de tener una buena relación con Tara, nunca he coincidido con la señora Russell.

Decido lanzarme.

—Nick, solo quería aclarar algunas cosas...

—Una bala lo dejó todo cristalino, créeme —me corta.

—¿Dónde guardas los paños de cocina? —pregunta ella que parece ir a su rollo.

—Ni idea, nunca he tenido.

—En el segundo cajón a tu derecha —digo sin pensar.

—Ah, gracias —Dayle abre el cajón y Nick se lo queda mirando.

—¿Tú? —me pregunta—. ¿Tú eres la que ha estado viniendo aquí?

—No quería... no quería que la casa se viera abandonada.

—¿Quién te dio la llave? —pregunta, furioso.

—Se la pedí a Tara...

—¿Tara? ¿Mi hermana? —Da un paso al frente y apoya las manos delante de mí al otro lado de la barra—. Aléjate de ella, ¿me has entendido? —gruñe entre dientes.

—Es algo que ella misma puede decidir, ¿no crees? —contesto, levantándome y enfrentándolo.

—Supongo que no percibe a la persona que eres en realidad.

Más dolor.

—Todos queremos saber de ti y explicarte lo que pasó. —Prefiero ignorar su última frase.

—¿Todos? ¿Qué hacéis? ¿Reuniros y reiros del pobre idiota que estuvo a punto de darlo todo por ti?

Perfecto, merezco su ira. Lo asumo.

—¿Vas a dejar que me explique?

—No, Jade. Lárgate. No hay nada que hablar. Mi vida está en otro sitio...

—Lo sé, en Fresno —le corto para que sepa que no le he perdido la pista.

Aprieta los labios y los convierte en una fina línea.

—Mi vida está en Fresno, sí. Junto a Dayle. Así que aléjate de mí y de los míos.

Dayle carraspea para llamar nuestra atención.

—Me voy a la habitación para dejaros espacio. —Lleva una gran taza de café y un donut de chocolate.

Solo con ver la comida se me revuelve el estómago. No he desayunado esta mañana, mi cuerpo no lo habría soportado.

—No hace falta...

—Oh, sí. Tengo el presentimiento de que te arrepentirás si no la escuchas —lo corta Dayle. Nick la mira mientras se aleja y se retira el pelo hacia detrás.

—Nick, siento todo lo que pasó, pero fue por tu bien —me apresuro a explicar antes de que me eche.

—¿Por mi bien? ¿Te estás escuchando?

—Perfectamente —seguimos hablando con la barra de la cocina entre nosotros—. Querías joder a Cherokee y hubieras salido mal parado, no podía permitirlo.

En sus labios se dibuja una sonrisa de lo más cínica y me da escalofríos mirarla.

—¿Acaso no salí mal parado?

—Salió mal, sí.

—¿De veras? —inquire irónico.

—Nick, la idea era hacerte creer que yo volvía con él y que tu renunciaras a mí...

—Por eso no te preocupes.

Siento que la cabeza me da vueltas, realmente me odia. Nick me odia.

—La policía estaba metida, y Jane estuvo de acuerdo con la idea de dejarte fuera. ¿Recuerdas que escribí en una libreta? Era una carta que Ray recogió aquella misma noche, en ella le pedí que siguiera mi plan; él también quería protegerte y estuvo de acuerdo. Te pedí el teléfono y hablé con él, me asustaba imaginarte en medio de una reyerta. Cherokee no tenía que haber venido, pero lo hizo y nos engañó, solo quería recuperarme y me prometió que te dejaría en paz, pero nos sorprendió disparándote. Avisamos enseguida a Jane y te llevaron al hospital. Yo tenía que seguir con la farsa para que nadie en el club estuviera alerta.

Nick no aparta los ojos de mí y está cada vez más pálido.

—No quiero oír nada más.

—Nick.

—Vete. —Apoya los codos en la barra y se restriega el rostro con las manos—. Por favor, Jade. Vete.

—Eso no es todo...

—¡Basta, Jade! Ya he oído suficiente —estalla.

Doy un paso atrás y lo miro, sigue en la misma posición. Pero decido que no voy a torturarlo más. Cojo el bolso y me dirijo hacia la puerta.

—Siempre pensé que cumplirías la promesa que me hiciste. Aun así, deseo que seas muy feliz —digo sin girarme.

No responde y salgo de la casa. Una vez fuera corro hacia el coche, entro y arrojo el bolso en el asiento del acompañante. Sí, voy a llorar, pero no será aquí. Arranco el motor y doy la vuelta para volver a la carretera. Incluso antes de incorporarme al tráfico, las lágrimas ya empapan mi rostro.

Capítulo 30

«Siempre pensé que cumplirías la promesa que me hiciste», sus palabras rebotan en mi cerebro. Sé de qué promesa se trata, pero no voy a cumplirla; no la buscaré nunca. Ella me falló, todos lo hicieron. Y, maldita sea, no logro entender por qué quiso protegerme, por qué no confió en mí.

—¿Estás lista? —pregunto a Dayle media hora después de que Jade se haya marchado.

—Sí.

Hemos discutido cuando nos hemos quedado solos. Dayle cree que he sido un imbécil y me lo ha soltado en la cara, muy propio de ella. Es cierto, pero me da igual.

—Esa chica no tenía por qué haber venido, pero lo ha hecho. ¿Sabes? En los dos años que te conozco, nunca has mirado a ninguna mujer como te he visto mirarla a ella.

—Gilipolleces.

—Lo que tú digas.

—Deja el tema, Dayle.

—Lo dejo, pero te estás equivocando. Las cosas ocurren por una razón y tú no le has dado la oportunidad de aclararlas, idiota.

—No te inmiscuyas en esto, no sabes nada.

—Ni tú tampoco y la chica estaba dispuesta a explicártelo.

—¡Basta, Dayle! —he gritado zanjando el tema—. Ya no hay nada entre nosotros; estoy dispuesto a olvidarla y seguir mi camino.

—¡Ja! Eres un ingenuo.

Y así ha terminado la discusión.

Acelero en la autopista y solo hago un par de paradas para llenar el depósito. Llegamos a nuestro apartamento exhaustos y sin dirigirnos la palabra. Mi vida era una mierda cuando llegué a Fresno y, parece ser, que la sombra de Jade ha llegado hasta aquí para joder también mi relación con Dayle. ¿Por qué coño se ha puesto de su parte? Sabía que estaba tarada, pero no tanto.

La semana pasa volando. Y, aparte de trabajar y dormir, no hago mucho más. Mi compañera de piso y yo no tenemos sexo, no nos apetece a ninguno de los dos, y nos dirigimos la palabra solo para lo básico. Sigo sin entender su actitud.

—¿Qué coño pasa contigo? —estallo el domingo por la noche, cuando pasa por delante del televisor que finjo mirar.

—¿Connigo? Nada. —Sale por la ventana y se sienta en la escalera de evacuación de incendios.

—Dayle, no podemos estar así.

—No, así que deberías buscar otro sitio para vivir.

Ya me había levantado del sofá, pero sus palabras me dejan paralizado.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí y no.

Levanto una ceja.

—¿Puedes aclarar eso?

—Por supuesto. Te hablé de mis normas básicas cuando viniste aquí.

—Que yo sepa había solo una.

—Ah, eso. ¿La recuerdas?

Claro que la recuerdo.

—Si uno de los dos tenía pareja no habría sexo entre nosotros. Creo que la he cumplido.

—Exacto. Pero aquí solo hay una habitación.

¿Está con alguien y por eso necesita que me vaya?

—Entonces me iré, no sabía que estabas liada...

—No soy yo, eres tú.

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar que estoy con alguien?

Dayle resopla.

—Mira, te lo voy a explicar despacio para que lo entiendas. —Me señala con un dedo—. Estás colado por Jade y yo no quiero entrometerme.

—Dayle...

—No intentes negarlo, estarás de acuerdo conmigo en que eres tan idiota que no sabes verlo. No me van estas historias, soy un alma libre y no me siento a gusto con la situación. Si de algo me puedo sentir orgullosa es de no haber roto nunca una pareja.

—Jade y yo no estamos juntos, ¿has bebido?

—No, no he bebido. Pero deberías resolver tus asuntos. Esa chica estaba sufriendo y tú...

—¿Y yo? ¿Qué, Dayle? ¿Crees que soy el malo de la película? ¿Sabes lo que me hizo?

—Escuché la conversación, tu casa no es muy grande, incluso con la puerta cerrada lo oí todo. Y ella solo intentaba hacerte entender...

—Nunca me he inmiscuido en tu vida, así que no lo hagas tú en la mía, ¿estamos?

—Como quieras.

—Buscaré otro apartamento, no hay problema.

—Perfecto.

—Perfecto —repito.

Dormimos uno de espaldas al otro, como cada noche desde que volvimos de Los Ángeles. Ella se ha metido más tarde en la cama y yo habré dormido dos horas, como mucho.

Salgo disparado al trabajo en cuando termino en el baño y logro no coincidir con ella.

La mañana pasa lenta y a la hora del descanso le envío un mensaje a Jane disculpándome por haberme ido sin despedirme. No contesta, pero imagino que lo hará en algún momento.

A las cinco ya me he duchado y me tomo un café sentado en la mesa de la cocina. Siempre voy al bar de Ángela a tomar una cerveza mientras espero a Dayle. Pero no creo que hoy lo aprecie demasiado y tampoco me apetece.

Tengo que conseguir otro apartamento, busco el portátil que Dayle guarda en el salón y me centro en páginas especializadas. Las imágenes de apartamentos cutres desfilan ante mis ojos y termino mirando a la nada mientras me pinzo el puente de la nariz con los dedos. No entiendo la actitud de Dayle...

Mi teléfono suena y es ella. Un mensaje.

Ven ahora mismo al estudio, coge mi pistola.

Tengo que leerlo tres veces para asegurarme de que lo que me está pidiendo es real y el corrector ortográfico no le ha jugado una mala pasada.

Entro en la habitación y la saco de debajo del colchón, la engancho en la parte de atrás de la cintura en mis pantalones y me pongo la cazadora para tapanla.

El estudio está cerca y llego en menos de dos minutos. Entro y la imagen que tengo delante me paraliza al instante. Es Cherokee, está sentado en una de las camillas y está apuntando a Dayle.

Se ha afeitado la cabeza y la barba, no lleva el famoso chaleco y parece más viejo.

—Vaya, has sido bastante rápido —dice con una sonrisa siniestra.

Dayle me mira de reojo.

—Déjala marchar, Cherokee, ahora ya me tienes —digo su nombre expresamente para que mi compañera sepa de quién se trata.

Si dice que oyó la conversación que tuve con Jade, atará cabos.

—No, ella se queda.

—¿Qué quieres? —pregunto acercándome a Dayle lentamente, si puedo cubrirla con mi cuerpo lo haré. Ella no tiene nada que ver con nuestros asuntos pendientes.

—Terminar lo que empecé.

—¿Por Jade? Hace dos años que no sé nada de ella.

—¡No intentes engañarme! La tengo vigilada.

Mierda, sabe que estuvo en la casa de la playa.

—Ella me ha llevado hasta a ti. Solo tuve que seguirla y después seguirte a ti. Así que aquí te escondías, ¿eh? Ya se me estaba acabando la paciencia.

—Qué. Quieres —inquiero remarcando cada palabra.

—Acabar con los dos, primero vas tú y después ella. Quiero verla sufrir por tu pérdida.

—Eres un puto enfermo.

—Me arrebataste lo que era mío y Jade me traicionó, igual que tus amigos.

¿Cómo? ¿Ellos lo traicionaron? Y una mierda.

—Te estás equivocando, yo fui el que recibió el tiro, los tenías de tu parte.

—Me tendieron una trampa y terminamos cercados por la policía, y es curioso, Ray y Jason siguen libres. Pero me desharé de ellos, uno por uno.

—¿Y te han soltado? —Intento ignorar la amenaza para sonsacarle información.

Vuelve a sonreír y lo cierto es que sigue siendo repugnante.

—Nunca me tuvieron, vendí a mis hombres a cambio de mi libertad, aún tengo buenos contactos dentro del departamento. A pesar de haberle jodido la vida a la detective, ellos me libraron del marrón.

Aprieto los dientes. Jane no lo nombró, pero ahora sé que fue Cherokee la razón de que esté en una silla de ruedas. Maldita sea.

—¿Sabes cuántas vidas has destrozado?

—No me importa. Pagareis por destruir mi club.

De repente, dos agentes entran al mismo tiempo, uno por la puerta de entrada principal y el otro por la trasera.

—¡Tire el arma! —grita uno.

Cherokee se lanza debajo de la camilla y dispara al agente que está en la parte trasera, al que ni Dayle ni yo vemos, y repta hacia esa dirección. Me lanzo sobre Dayle intentando cubrirla con mi cuerpo cuando el otro poli también dispara.

Se oye arrancar una potente moto y el sonido se aleja calle arriba.

—Mierda, ¿estás bien? —pregunto a Dayle.

—Ese desgraciado..., me ha pillado con la guardia baja. Pero sí, estoy bien. Debo admitir que

me ha asustado cuando me ha obligado a hacerte venir.

—Por eso lo de la pistola. Te la has jugado.

—Tiene cara de idiota, no ha comprobado el mensaje y has venido tan rápido que no le ha dado tiempo ni a sospecharlo.

Sonríó. Estoy seguro de que, si llega a ir armada, le hubiera pegado un tiro solo por haber cruzado la puerta.

—¿Ese es el tío del que hablaba, Jade? —pregunta cauta.

—Sí.

—Pues lárgate. Va a ir a por ella. Ayúdala, es una buena chica, aunque no quieras verlo.

Tiene razón, debería llamar a Tara y enviarla a casa de Jade para que pueda ponerla sobre aviso. Pero eso la pondría en peligro también y descarto la idea. No sé si Cherokee está solo o tiene algún cómplice.

—¿Estás bien? ¿Te puedo dejar sola?

—Ve, antes de que lleguen más polis y te obliguen declarar, no pierdas el tiempo.

—Me llevo tu arma. —Cojo su rostro entre mis manos y beso sus labios, nunca me hubiera perdonado que le hubiera pasado algo—. Haznos un favor a los dos y dentro de unas horas denuncia el robo de tu pistola.

—Lo haré.

—Cuídate.

—Y tú. —Me empuja el pecho con las dos manos—. Y ahora fuera.

Vuelvo a casa corriendo y, después de coger el casco y la cartera, voy a por la moto.

Es el trayecto más largo de mi vida, cada moto que me adelanta en la carretera es sospechosa para mí. Aunque Cherokee puede ir en coche para despistar, si ese es el caso, puedo llegar antes que él.

Tres horas y veinte minutos más tarde estoy entrando en la zona del *parking* del taller. Supongo que he batido algún récord.

Capítulo 31

Aparco, me quito el casco y camino decidido al interior. John es el primero que me ve y sale de debajo de un coche.

—¿Hola? —Pregunta. Imagino que solo me ve los pies.

—John —saludo.

Se desliza sobre la plataforma con ruedas y se quita las gafas de seguridad.

—¡Nick! —grita levantándose.

Lo miro de arriba abajo, va lleno de grasa. Aun así, acepto el apretón de manos.

—Joder, cómo me alegra verte.

—¿Ha vuelto el hijo pródigo? —pregunta Alex a mi espalda.

Va vestido de calle, supongo que estaba a punto de irse a casa. Él sí me da un abrazo y unos golpecitos en la espalda —. ¿Cómo te van las cosas?

Ninguno de los dos me recrimina nada.

—Bien, mañana hablamos, tengo que buscar a Ray y Jason.

—Están en la parte de atrás, desmontando un motor.

—Gracias.

Cruzo el garaje, que ahora es más grande, y sigo la dirección de una escalera de aluminio; parece que termina en la oficina, que ahora está arriba. Salgo por una enorme puerta y me sorprende ver toda la parte de atrás despejada cuando antes estaba llena de neumáticos y recambios viejos.

Ray es el primero que me ve y toca el hombro de Jason, que está con la cabeza metida debajo del capó de un viejo Chevrolet.

—Nick. —Ray me saluda con cautela.

—Joder, Nick —suelta Jason.

—Necesito saber dónde vive Jade. Es importante.

Ray da un paso adelante, pero mi mirada lo frena en seco.

—Vive en la ciudad —explica Jason.

—Su dirección —demando.

—Nick, creo...

—No he venido a hablar con vosotros, no me importan vuestras vidas de mierda. La dirección —exijo.

Ray me la recita y yo la meto directamente en el GPS de mi teléfono. Me doy la vuelta y camino de nuevo hacia la salida.

—No sabes toda la historia, dale una oportunidad. —Es la voz de Ray a mi espalda.

¿Han hablado? ¿Sabe que vino a verme? Está claro que sí. No contesto y me despido de mis antiguos amigos antes de irme.

Me pongo el auricular en la oreja y después el casco. No conozco bien esa zona de Los Ángeles y voy a necesitar que el GPS me guíe.

Veinte minutos más tarde me detengo al pie de un edificio de unas veinte plantas, es el Ocean Luxury de Pacific Palisades, no está nada mal. La entrada está vigilada y un hombre de unos cuarenta años se acerca a mí.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo a visitar a la señorita Jade Norton.

—¿Su nombre?

—Nick Russell.

—Un momento, por favor.

Se va tras un mostrador al final del enorme *hall* y marca un número sin dejar de mirarme, ya que le he seguido y me he detenido a solo unos pasos. Imagino que las personas que vienen por aquí no van vestidas de cuero y van pulcramente arregladas y peinadas. Me retiro el pelo hacia detrás. Me importa una mierda, básicamente.

—Sí, señorita. Enseguida.

Jade está en casa. Y me alegro de que haya alguien velando por su seguridad, aunque sea este tipo un tanto estirado.

—Señor, es el ascensor B, última planta.

—Gracias —contesto seco.

Mientras el cubículo lleno de espejos sube a toda velocidad, me miro en uno de ellos; tengo ojeras por lo poco que he dormido y estoy nervioso, aunque me cueste admitirlo. Vivir aquí debe ser caro, imagino que a Jade le van bien las cosas.

Cuando se abren las puertas salgo y acabo metido directamente en un recibidor enorme. Suena música de fondo a muy bajo volumen es *Rewrite the stars* de James Arthur y Anne Marie.

Jade no me está esperando, en parte lo entiendo. La eché de mi casa y no puedo pretender que esté feliz por verme. Camino hacia donde parece haber un gran salón de paredes blancas y muebles también blancos. Solo una gran pantalla de televisión resalta en la prístina pared.

Dejo el casco sobre una barra de bar y miro los grandes ventanales que dan a un gran espacio abierto. Las cortinas blancas retiradas a los lados vuelan impulsadas por la brisa marina, enmarcando el cuerpo de Jade al fondo. Tiene los codos apoyados en la barandilla de cristal, mirando el Pacífico. Tenía que ser así, sé que le encanta el mar.

Lleva un vestido de tirantes blanco y la poca luz que proyecta el sol en el horizonte lo vuelve transparente, dejando así que pueda apreciar su esbelto cuerpo. Me quito la cazadora y la lanzo al sofá antes de salir.

No se gira en ningún momento, a pesar de que sabe que ya estoy aquí. No me he molestado en ser silencioso, precisamente.

Salgo a la gran terraza y me sitúo a su izquierda, apoyo las manos en el pasamanos metálico con los brazos extendidos y mi vista se pierde en el mismo lugar que Jade está mirando. Huele a mar y aun así me llega el olor a frutas de su pelo mecido por el viento.

Pasan los minutos y seguimos sin que nuestras miradas se encuentren, pero soy consciente de su proximidad, de lo pequeña que es a mi lado, de lo mucho que la he echado de menos y de lo que me cuesta olvidar que me traicionó.

—Por la noche es aún mejor —dice de repente.

—Hay unas buenas vistas —respondo.

—¿Cómo me has encontrado? —inquire.

—He ido a ver a Ray y a Jason al taller.

Ahora sí me mira y yo bajo la cabeza para encontrar esos ojos azules que aparecen en mis sueños demasiadas veces. Recorro su rostro y termino mirando su pelo: es de un castaño oscuro y ondulado, ya no se lo tiñe. Es preciosa y me rompe todos los esquemas. Me gustaría abrazarla, besarla y llevármela dentro para demostrarle cuánto la he echado de menos.

—¿Has hablado con ellos? —En sus ojos veo la esperanza.

—Solo les he pedido tu dirección.

Ella no responde y girando sobre sus talones se encamina a una mesa de cristal con seis sillas metálicas a su alrededor.

—Ven, siéntate.

La sigo y giro una de las sillas para seguir admirado el paisaje.

—¿Quieres beber algo?

—¿Tienes cerveza?

—Sí.

Apoyo el tobillo en la otra pierna e intento relajarme mientras ella entra.

—Ten. —Nuestros dedos se rozan un momento mientras cojo el botellín.

Jade arrastra otra silla y se pone a mi lado con otra cerveza, aunque nos separan un par de palmos. Está siendo cautelosa.

—¿A qué has venido, Nick? —pregunta antes de cruzar las piernas y beber un trago.

Sé que evita mirarme, aunque yo hago lo mismo. Parecemos dos extraños.

—Cherokee ha intentado atacar a Dayle, supongo que la recuerdas.

—¿Cherokee? Ella... ¿está bien? —pregunta enderezándose.

—Sí, está bien. Si llega a ir armada, ese idiota no lo hubiera contado. Pero la poli apareció enseguida.

—Me pareció una buena chica.

—Lo es. —Sé que le hago daño, supongo que cree que es mi pareja.

—Me alegro de que esté bien. ¿Lo detuvieron?

—No, por eso estoy aquí.

Veo la decepción en sus ojos, pero también la alarma.

—¿La has dejado sola?

—Sabe cuidarse.

—No deberías...

Dejo mi estado de falsa relajación y también me incorporo en la silla.

—Va a por nosotros. De hecho, la usó para atraerme.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

—Sí, escapó por los pelos y enseguida vine a Los Ángeles. Te ha estado vigilando, solo te utilizaba para llegar hasta a mí. Te siguió hasta mi casa y cuando Dayle y yo volvimos a Fresno lo teníamos pegado a los talones.

Ensancha los ojos y me mira aterrada.

—Sé que me vigila o, por lo menos, lo intuyo, pero creí que no podría encontrarte. Lo siento. Está en búsqueda y captura. Logró escapar de la redada...

—¿Qué redada?

Jade no contesta y vuelve a mirar el horizonte, ya es de noche y comienza a bajar la temperatura rápidamente. Estamos a finales de octubre y se nota el cambio.

—¿Vas a escucharme esta vez? —En su voz hay resentimiento.

—Sí. Supongo que me vendrá bien ponerme al día, saber a lo que me enfrento.

Ella parece ordenar sus ideas y espero pacientemente.

—Como ya te dije, todo lo preparamos para dejarte fuera. Cuando él te disparó, Jason se quedó contigo intentando que volvieras a recuperar la consciencia, pero no lo logró y taponó tus heridas esperando a que Jane llegara con la ayuda. Por suerte, andaba cerca. Todos volvimos al club y Ray fingió que buscaba a Jason. Después explicó una historia sobre una avería en su moto y Cherokee se lo tragó.

»Todos queríamos saber cómo estabas y Jane nos mantuvo informados a escondidas. Cuando supimos que habías salido del quirófano y que los médicos estaban seguros de tu recuperación respiramos tranquilos, aunque sabíamos que nos odiarías.

Vuelve a guardar silencio.

—Mientras tanto, Ray, Jason y yo le íbamos pasando información a Jane —continúa—. Sabíamos que el club se iba a reunir con los Coptom Angels para una adquisición de armas. Cherokee quería vengarse por la muerte de uno de sus hombres, de su hermano, para ser exactos, así que era seguro que estarían todos allí. Y lo conseguimos, todo estuvo preparado al cabo de unos cuatro meses, por eso no podíamos contactar contigo, para Cherokee estabas muerto y era la única forma de protegerte.

»Pero esa noche se empeñó en que yo también debía ir y Ray se puso furioso, tuvieron una pelea, pero no cambió de idea. Tus amigos querían protegerme también a mí. Esa misma noche, Kate, el bebé y Mary escaparon y se refugiaron en casa de Jane.

—¿Qué hubiera pasado si no me hubiera herido? ¿Cómo pensabais libraros de mí? —pregunto seco.

—Estaba mi traición, no creo que hubieras querido saber nada más de mí hasta que te hubiera explicado la verdad. Pero, como ya sabes, todo lo concerniente a ti salió mal.

Se frota los brazos y reprimo las ganas de atraerla y abrazarla para darle calor.

—Vamos adentro, estás congelada.

Asiente y se levanta mientras yo cojo las dos botellas de cerveza y entro detrás de ella. Las dejo sobre el minibar de la esquina y Jade cierra las puertas de cristal.

Coge una especie de chal fino y se lo echa sobre los hombros. La imagen de verla cubierta con la manta en la playa delante de mi casa vuelve a mí con fuerza.

—Deberías cenar. Creo que tengo algo ya cocinado. ¿Quieres quedarte?

Quiero decirle que no me voy a marchar hasta que ese cabrón de Cherokee esté detenido o muerto, no me importa el orden. Pero me lo guardo.

—Está bien.

A la derecha hay una gran cocina que ni siquiera he visto al entrar. Abre la nevera y saca un envase.

—Es una ensalada de pasta que hice ayer, creo que me pasé con la cantidad y no nos la pudimos terminar, ¿te apetece?

¿Pudimos? ¿Está con alguien? Es una pregunta que no voy a hacer, pero que me asalta desde que sé que ya no está en el club.

—Por supuesto —contesto, tragándome los putos celos repentinos.

Dispone dos platos. El mío lo llena hasta arriba.

—Quiero que lo sepas todo antes de irte.

—Estoy de acuerdo.

Come de su tenedor y traga.

—Esa noche fuimos al territorio de los Coptom Angels, la poli rodeó la zona, y cuando

Cherokee tenía que pagar la mercancía disparó al presidente del otro club, las balas pasaban zumbando sobre nuestras cabezas y Jason me sacó del campo de batalla. Un poli me metió en un coche blindado y desde allí vi cómo se desarrollaba todo. Murieron muchos motoristas y varios agentes, entre los heridos estaba Jane.

—Fue Cherokee quien que la hirió.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana se ha jactado de ello.

—Es un animal —dice con una mueca de asco.

—Estamos de acuerdo. ¿Qué pasó después? —indago.

Suelta el aire y dirige sus ojos al ventanal de la terraza.

—La carga policial dio resultados y detuvieron a todos. Me sentí liberada, aunque preocupada por Jane. Ella consiguió mover los hilos para que el departamento se involucrara, pero a los dos días Cherokee desapareció. Dijeron que había escapado en un traslado, nadie se lo creyó. Creemos que con Jane en el hospital y nadie más que atosigara en el departamento, alguien de dentro aprovechó la oportunidad.

»La voluntad de acudir a ti y explicarte lo ocurrido tuvo que quedar en el aire de nuevo, no podíamos descubrirte. Un día, Ray vino bastante furioso y dijo que habías desaparecido. Habló con tu familia, pero nadie sabía dónde estabas. Mi mundo se vino abajo, a pesar de que, sin saberlo, te estabas poniendo a salvo.

—Me sentía traicionado, no esperaba que todos me dierais la espalda. Solo tuve contacto con Jane y no supe que estaba en una silla de ruedas hasta hace poco.

Sus ojos brillan por las lágrimas que está conteniendo y eso me hace sentir mal. Ahora soy consciente de que no fui el único que sufrió.

—Te entiendo. No fuimos capaces de encontrarte.

—Pero tú sí sabías dónde estaba.

—Contraté a un detective —admite.

—Nunca fuiste a Fresno.

Niega con la cabeza.

—Necesitabas tiempo y te lo di. No les dije a nuestros amigos dónde estabas, ni siquiera a Tara. No quería que fueran a verte y te atosigaran.

Se levanta y deja su plato en el fregadero.

—Me alegro de que hayas rehecho tu vida, Nick.

No la saco de su error, aún no. Estoy recibiendo mucha información y muchos cabos sueltos empiezan a atarse y a tener sentido. Ellos nunca quisieron verme morir, aun así, necesito procesarlo todo.

—¿Qué hay de la tuya, Jade?

Capítulo 32

Cuando el chico de abajo me ha dicho el nombre del hombre que quería subir a casa, por poco se me para el corazón. Que Nick hubiera acudido por su cuenta era algo con lo que no contaba.

Seguía resentida con él por echarme de su casa sin querer saber la otra versión de los hechos. Pero he intentado, por todos los medios, entender su rencor hacia a mí. Puedo perdonarle, lo sé. Pero mi orgullo herido no me deja mirarle cuando entra, aunque sí oler su perfume natural, ese que jamás en mi vida podría olvidar.

—Tuve que testificar —explico ignorando su pregunta—. Jane me ofreció entrar en un programa de protección de testigos, aún lo puedo hacer ya que ese loco anda suelto.

—Pero no lo hiciste...

—Tenía que encontrarte.

Sus ojos verdes atrapan los míos y nos miramos durante largos segundos.

—Ya lo has hecho.

—Sí.

—¿Qué hiciste cuando el club cayó?

Se pone un mechón de pelo detrás de la oreja y vuelve a perderse en su mente.

—Volví a San Francisco, conseguí que la herencia de mi madre volviese a mí...

—¿Y tú padrastro?

—Supe que estaba cumpliendo condena por tráfico y tenencia de drogas, y por maltrato continuado.

No dice nada, pero me escucha atento. Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta gris que se pega a su amplio pecho. No puedo evitar repasar sus musculosos brazos.

—¿Jade?

—Vendí la mansión familiar y me encontré con que mi abuelo me había dejado una buena suma de dinero en su testamento, murió hace tres años. El abogado lo descubrió, ya que mi abuela, aunque no estaba de acuerdo, no podía localizarme. Supongo que tampoco se esforzó. No había ninguna denuncia y nunca me habían buscado.

Es triste, pero intento mantener el tipo delante de Nick. Su mano me acaricia el mechón de pelo que ha vuelto a soltarse.

—Vendí todo, los coches, la casa y lo que quedaba de la empresa de mi padre. Volví aquí...

—¿Por qué? —Me corta—. Me dijiste que te gustaba San Francisco, que querías volver allí.

No voy a contestar a eso, me levanto de nuevo y termino de recoger la mesa. Él lleva algo también y abre el lavaplatos.

—Déjalo, es tarde. Deberías irte.

—Nadie sabe que estoy aquí, solo tú y esos dos idiotas.

Sonríe cuando se refiere así a sus antiguos amigos.

—¿No tienes dónde dormir? ¿Qué hay de tu casa?

—No voy a dejarte sola, no con ese tarado rondando por California.

Me sorprende que, después de lo que pasó, aún quiera protegerme.

—Tengo una habitación de invitados...

—Si no te importa, la aceptaré.

No, no me importa, pero será difícil dormir con él a solo unos pasos de mi propia habitación.

—Me parece bien. Tal vez deberíamos llamar a la policía. Los agentes que hacían la vista gorda con todo lo que tenía que ver con el club fueron descubiertos.

—Los he llamado antes de venir, saben que Cherokee podría estar en la ciudad.

—Perfecto.

—¿Te has comprado este ático?

—Sí, me gustaron las vistas. —En su boca se dibuja una sonrisa y es tan bonita que no puedo dejar de mirarla. Es guapo, pero cuando sonrío así se convierte en un hombre excepcional.

—Me lo he imaginado.

Estoy al otro lado de la mesa sin saber muy bien qué hacer. ¿Pongo la televisión? ¿Le ofrezco una copa?

—Creo que necesito descansar, aunque antes debería ducharme —murmura sacándome de la coyuntura y decepcionándome al mismo tiempo.

Aunque no sé qué esperaba, él tiene pareja y no creo que mi cercanía le produzca ni un ligero cosquilleo. A pesar de que a mí me pase todo lo contrario.

—No hay problema —contesto, haciéndole una señal para que me siga.

Lo tengo detrás mientras subo a la planta superior. Hoy, cuando me he levantado, no he imaginado, ni mucho menos, que el día terminaría así: con Nick durmiendo en mi nuevo piso.

Noto su mirada en la espalda mientras avanzamos por el pasillo superior, abro la puerta de la habitación contigua a la mía.

—Hay sábanas limpias y el baño es aquella puerta —señalo.

—Gracias.

—No hay de qué —Me aparto para que pueda pasar y vuelvo a bajar las escaleras.

Antes de que él viniera me había duchado y arreglado el pelo y estaba pensando en ponerme a repasar los apuntes cuando el conserje ha llamado.

Decidí volver a retomar mis estudios cuando me instalé aquí y logré pasar las pruebas de acceso a la universidad. Tanto Tara como Jane me animaron a hacerlo y ahora estudio finanzas a distancia.

Todos saben en lo que se ha convertido mi vida y nadie me juzga; lo comprenden y me respetan. Aunque Ray y Jason se pusieron furiosos cuando supieron que había ido a ver a Nick sola. Según ellos, debí haberlos avisado.

¿Corro peligro? Sí, lo sé. Pero, a veces, me invade la impotencia. ¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar antes de que un policía dé con Cherokee o le vuele la cabeza? Me da igual lo que ocurra primero. Lo único bueno que salió de todo esto es que pensó que Nick había muerto. Así que me sorprende saber que al final ha llegado hasta él.

No nos dejará nunca en paz. Es un puto enfermo mental y sé que me tiene vigilada. Pero valió la pena arriesgarse a ir a casa de Nick, él necesitaba saber. Aunque no conseguí mi objetivo, al menos, no del todo.

Apago el reproductor de música y me pongo de nuevo el chal fino para salir a la terraza. Me espera una larga noche sin dormir. Eso es imposible con él aquí.

Sigo con los ojos las luces de los coches que recorren la avenida de la playa, hay gente caminando. Algunas parejas cogidas de la mano, otras abrazadas. Son personas diminutas desde

esta altura, pero intuyo lo que hacen.

La brisa húmeda me trae recuerdos de mi infancia. Cuando vine a ver el ático por primera vez, fue exactamente eso lo que me atrajo. Mis padres murieron demasiado jóvenes y siento que no he disfrutado de ellos lo suficiente. Las lágrimas hacen que mi rostro se enfríe demasiado, pero no quiero entrar. La presencia de Nick me ha alterado y sigo aferrada a la barandilla esperando que mi estado nervioso vuelva a la normalidad.

Al cabo de un rato tengo frío, será mejor que vea un poco la televisión, con suerte, me quedaré dormida en el sofá. Entro y vuelvo a cerrarlo todo, corro las cortinas y dejo solo una pequeña luz cenital que ilumina levemente.

No tengo la mente lo suficientemente despejada para subir al despacho y hacer lo que debería: estudiar para el próximo examen. Enciendo la televisión, encojo las piernas a un lado y apoyo la cabeza en el reposabrazos, cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco.

Pero media hora después ya he cambiado de postura unas diez veces. Me levanto y suelto el aire. Tal vez en la cama esté mejor, aunque no duerma.

Subo las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Nick debe de estar durmiendo.

—¿No puedes dormir?

Su voz me sobresalta, levanto la cabeza y allí está, en lo alto de la escalera, vestido solo con unos vaqueros y descalzo.

Niego con la cabeza.

—¿Tú tampoco?

Cuando llego a su altura estamos demasiado cerca, él no se aparta para que pueda pasar. Sus ojos verdes parecen brillar con la poca luz que llega del salón.

—No.

—¿Por qué?

—Me hago demasiadas preguntas —contesta, lacónico.

—¿Tengo respuesta para ellas?

Niega con la cabeza.

—Me temo que no.

Estamos uno frente al otro y solo nos separan unos centímetros, sus ojos van a mis labios y los míos buscan los suyos. Pero al cabo de unos segundos es como si una luz de advertencia se encendiera en mi cerebro. Él ya no es libre y no tengo ningún derecho a pensar siquiera en besarlo.

Se cierne sobre mí, pero yo doy un paso atrás que me cuesta la misma vida dar.

—Me voy a acostar, ya es tarde. Buenas noches —digo girando sobre mis talones y entrando en mi habitación dos segundos después.

—Buenas noches —oigo a mi espalda.

He conseguido dormir un par de horas, me he levantado y me he duchado solo para despejarme. No es que tenga sueño, pero estoy cansada. Cuando salgo de la habitación huele bien: a comida recién hecha.

—Buenos días. —Me saluda Nick en cuanto me ve bajar las escaleras.

—Hola, ¿conseguiste dormir? —me intereso.

—Algo, ¿y tú? —contesta con una media sonrisa.

—Algo —repito.

Desvío la mirada porque esa sonrisa me recuerda al Nick que conocí hace tiempo.

Ha preparado tortitas y el sirope está sobre la mesa. Café y zumo de naranja natural.

—No tenías que haberte molestado —digo mirando la mesa preparada para dos.

—Tenía hambre y ya sabes que no me importa cocinar. —Que haga mención de algo de nuestro pasado me duele, así que solo asiento.

Por lo menos, esta mañana va completamente vestido y no tengo necesidad de mirar a todas partes menos a él. Yo me he puesto un vestido con un estampado floral en colores pastel sin mangas. Demasiado fresco para salir a la calle tan temprano, pero cómodo para ir por casa.

—Entonces, ¿ahora eres una mujer rica? —pregunta, sentándose con las tazas de café y poniéndome una delante, sonriente.

Agradezco que intente ser amable conmigo sabiendo que me guarda rencor.

—Eso parece.

—Me alegro de que las cosas te hayan ido bien, Jade.

«No, no me van bien, porque me faltas tú».

—Gracias —opto por responder.

—A los otros tampoco les ha ido mal. Vi el taller, le pusieron mi nombre como si fuera un puto homenaje. —No parece muy contento con la idea.

No voy a explicarle nada de lo que significa su nombre ahí.

—No es tan malo —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Hay alguien en tu vida? —Vuelve a interesarse.

No sé cómo podría haber alguien en mi vida, es demasiado complicada.

—No.

Frunce las cejas.

—Eres preciosa y también atractiva...

—No me interesan las relaciones, por ahora —le corto.

Su móvil empieza a sonar y, como está encima de la mesa, veo el nombre de Dayle perfectamente.

—Disculpa. —Se levanta y se va hacia la terraza buscando intimidad.

El maldito dolor en el pecho vuelve, lo he perdido para siempre. Las lágrimas acuden a mis ojos, pero decido que ya está bien. No puedo hacer mucho, así que en cuanto cuelgue le pediré que se vaya. Puedo arreglármelas sola, lo he hecho desde hace casi dos años. Cherokee no puede llegar a mí, no así como así. Más vale que Nick cuide de sí mismo y de su chica.

Capítulo 33

Oigo sonar el teléfono móvil de Jade, que ahora sí tiene, y me apresuro a colgar a Dayle; solo estaba preocupada por si había llegado bien y la última palabra que me ha dicho a modo de despedida ha sido «imbécil». Yo también la quiero.

Me quedo sentado en una de las sillas de la terraza porque desde ahí me llega el sonido de su voz.

—Sí, está aquí... no creo que sea una buena idea... creo que soy yo la que no está preparada... —Se ríe—... eso es caer bajo... está bien, allá tú. De acuerdo.

Corta la llamada y se va escaleras arriba. ¿Tiene una cita? Puede ser que no salga con nadie en especial, pero que tenga citas de vez en cuando. Estoy a punto de gruñir y no debería. Jade es preciosa y no soy el único hombre sobre la tierra que aprecia su belleza.

No tengo muy claro el plan. Mi primera reacción después del incidente con Cherokee ha sido venir a protegerla, pero ella tiene una vida y, ¿qué puedo hacer? ¿Quedarme aquí hasta que ese idiota intente atacarla? Pueden pasar días, incluso meses. Mi jefe me ha dado una semana, me la debía. Hablé por teléfono en una de las paradas para repostar y se mostró bastante condescendiente. No se puede quejar, nunca le he pedido vacaciones, aunque me pertenecen por contrato.

La noche pasada, Jade y yo estuvimos tan cerca en lo alto de la escalera que quise besarla, arrancarle ese diminuto vestido y entrar en ella sin más. Pero, aparte del hecho de que ella ya tuvo que soportar a neandertales a su alrededor en el club, no merece que me lance de esa manera. La deseo demasiado, pero hay asuntos que aclarar.

Sé que a Dayle no le importaría saber que más de una vez me he acostado con ella con Jade en mi mente, que no era su rostro con el que fantaseaba cuando follábamos. Pero nunca le faltaría al respeto de esa manera, por muy liberal que sea su vida, merece ser apreciada por ser ella. Y me he sentido culpable, aunque he continuado haciéndolo.

Soy un cabrón.

Jade lleva más de media hora arriba cuando las puertas del ascensor se abren y aparece Ray con un niño pequeño en brazos y Kate detrás de él. Va vestido con vaqueros y una camisa negra con las magas dobladas hasta los codos.

—Aquí estás —suelta llegando hasta a mí, pero se detiene a unos pasos estudiándome.

Me levanto y frunzo el ceño.

—¡Nick! —Kate corre hacia a mí esquivando a Ray y me abraza. Me besa en la mejilla y coge mi cara entre sus manos—. No sabes cuánto me alegra saber de ti. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —digo confuso porque no puedo arrancarle la cabeza a Ray, que no deja de observarme, con un menor presente— ¿Es...?

Señalo al pequeño, suponiendo que es el hijo que tuvieron en común.

—No llegaste a conocerlo. —Kate arranca a su hijo de los brazos de Ray y me lo entrega—. Se llama Nico, diminutivo de Nicholas, como su tío Nick.

—Tito Nick —balbucea el crío un poco tímido.

Joder.

—Hola Nico, me alegro de conocerte. —Le acaricio su cara regordeta, y malditamente parecida a la de su padre, con el reverso del índice.

Él se revuelve y me agacho para dejarlo en el suelo. Espero que sepa andar.

—Hola. —Levanto la vista para ver a Jade, que se ha puesto vaqueros y una camiseta, bajar de nuevo las escaleras.

El pequeñajo corre hacia ella y Jade lo llena de besos en cuanto lo alza.

—Hola, cariño. —La saluda Kate.

Ray sigue sin quitarme ojo y me está cabreando. Al final va a conseguir que le parta la cara delante de su hijo.

—¿Por qué cojones le has puesto mi nombre a tu hijo? —susurro mientras las mujeres se alejan hacia la cocina con el enano.

—Fue idea de Kate.

—Sabíais que no había muerto, pero, por lo visto, necesitabais homenajearme. Entre esto y el taller...

—Lo del taller fue cosa de Jade, que para eso es la dueña.

¿Qué?

—¿Qué? —repito en voz alta.

—Lo que has oído, el taller es suyo.

Joder, y yo pensando que mi tío estaba detrás de todo esto.

—Voy a por un par de cervezas —anuncia el idiota.

—¿A media mañana?

—¿Desde cuándo te importa eso? —pregunta después de haberme dado la espalda.

Cabrón.

Pero tiene razón, nunca me ha importado.

—Los otros deben estar a punto de llegar —declara Kate.

—¿Qué otros?

—Jason, Mary, Jane, Tom y Tara. Salgamos a la terraza.

Miro a Ray que acaba de hablar pasando por delante de mí para salir.

—¿Qué coño pinta mi hermana? —pregunto yendo tras él.

—Mucho. Tuvimos que involucrarla.

Noto cómo me enciendo.

—¿Involucrarla? ¿No tuvisteis bastante con joder a un Russell?

Deja las cervezas sobre la mesa y se sienta en la silla que yo ocupaba hace poco tiempo.

—Nadie pretendía joderte, Nick.

—Solo quitarme de en medio, ya me lo ha contado Jade.

Cierra los ojos un momento y cuando los abre mira hacia la nada delante de él.

—Siempre tuviste razón, Jason y yo nunca debimos entrar en ese club. A pesar de que nuestras chicas estaban allí, y las conocimos gracias a habernos unido, nunca debimos hacerlo.

—Así que has dejado de pensar con el culo —suelto con soberbia y me siento al otro lado de la mesa.

—Eso parece. Casi te perdí y es algo que nunca me perdonaré. Pero estabas vivo; cabreado, pero vivo. Y eso es lo único que me importaba —se sincera.

No respondo, esto es demasiado. Ahora entiendo la conversación telefónica de Jade, era Ray y

ha utilizado a su hijo para que no monte una escena.

—Que os jodan a todos. Me habéis perdido de todas formas. —Noto cómo eso le ha dolido, pero me da igual.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Tengo entendido que hay una chica en Fresno.

—Cherokee se presentó en el estudio de Dayle, la chica de Fresno —aclaró—. Y amenazó con ir a por Jade. Pero si ya os tiene a vosotros...

—Nos ha tenido siempre.

—No he visto a nadie avisándola de que ese loco va a por ella.

—Eso es porque ya lo sabíamos.

—¿Y?

Me mira y noto un aura de tristeza en sus ojos.

—No te lo ha dicho, ¿verdad?

—¿Jade?

Asiente.

—¿Qué debía decirme?

Se gira y soy testigo de cómo las miradas de Jade y Ray se cruzan.

—Vive encerrada aquí. Presa en este ático desde hace casi dos años, compra por internet y estudia en una universidad a distancia. Le tiene pánico a Cherokee.

Mierda, aunque el club ha desaparecido, ella sigue sin tener libertad por culpa de ese tarado.

—Vino a mi casa de la playa —expongo.

—Lo sé, ojalá me lo hubiera dicho, pero quiso hacerlo sola a pesar de ponerse en peligro.

Suelto el aire y me apoyo en el respaldo.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Jade no quiso. Decía que necesitabas tiempo y que eras tú el que debía decidir. Si nosotros no éramos capaces de encontrarte, Cherokee tampoco lo haría. Y Jane, que era la única que hablaba contigo, tiró de buenos amigos en el departamento, siempre se aseguró de que estuvieras bien.

—Siento que me habéis manejado todo el tiempo.

—No, Nick. La cagamos y no queríamos agobiarte. Ahora has vuelto y sabes lo que ocurrió. Nunca nos imaginamos que ese tarado terminaría disparándote.

No contesto, sé que siempre me apoyaron en todo y yo a ellos. Pero lo que pasó... me sentí traicionado, joder.

—Lo siento, Nick.

No lo miro, pero sé que lo dice con el corazón en la mano.

—Todos lo sentimos. —Esa es la voz de Jason.

Me giro y lo veo apoyado en el marco del ventanal. No sé cuánto tiempo lleva ahí y ni siquiera lo he oído llegar.

—¿Joder!

Me levanto y camino hasta la barandilla para apoyarme en ella.

—Ellos pertenecían al club, tú eras solo un civil, no podíamos permitir que entraras en esa guerra. Cuando Jade me lo pidió, entendí que quisiera dejarte fuera —explica Jane.

Me giro lentamente y la veo en su silla de ruedas. Tom permanece detrás de ella, pero la rodea y se acerca a mí extendiendo su mano.

—Siento haberte hablado así, creo que, en el fondo, sentí celos de que Jane hubiese terminado herida por proteger a un hombre que ni siquiera la visitó nunca. Hoy he sabido toda la verdad y

que tú no tenías ni idea de la situación.

Estrecho su mano porque no tengo nada en su contra, entiendo su posición.

Necesito estar solo y entro en el salón para coger las llaves de la moto.

—¿Adónde vas? —me pregunta Ray yendo detrás de mí.

—Déjalo, Ray. Tiene mucho en lo que pensar —dice Kate cuando las puertas del ascensor se están cerrando. Pero antes de que eso ocurra los ojos de Jade y los míos se encuentran y tengo un montón de sentimientos contradictorios.

Capítulo 34

Nick se ha marchado y no tengo ni idea de lo que debo hacer. Nos hemos mirado unos a otros, pero aparte de los ruiditos que hace Nico mientras come, nadie ha abierto la boca.

Sé que tiene mucho que digerir y que debe ser complicado aceptar unos hechos que en su mente se desarrollaron de la peor manera. Nos debe odiar y no le culpo. Sentir que todos a tu alrededor te fallan es algo con lo que he vivido, así que entenderé que vuelva a Fresno, a los brazos de Dayle y que todos los que estamos aquí terminemos en un rincón oscuro de su memoria. Lo entenderé, aunque me duela el alma.

Mi vida, durante el tiempo que ha pasado desde que lo vi por última vez en un charco de sangre en su casa, no ha sido nada fácil. Hasta que intervino la policía local y la ATF, Cherokee me dio palizas y me violó todas las veces que quiso, y yo lloraba y gritaba mientras él disfrutaba de su despotismo y de mi desgracia. El muy cabrón pensaba que me dolían sus continuos castigos, pero mi corazón lloraba por Nick. Hasta que un mes después, Kate me dijo que él estaba vivo, grave, pero vivo. Me alegré y me rompí al mismo tiempo, fui una especie de cuerpo sin vida, una muñeca de trapo en manos del presidente, hasta que aquel agente me metió en el furgón policial y pude ver la caída del club ante mis ojos.

Ray y Jason se ganaron la libertad gracias a haber colaborado en la investigación y a mí se me trató como la víctima que era.

—¿Jade? —Tara está entrando en casa en este momento.

Me giro y me doy cuenta de que mientras los otros murmuran entre sí, yo estoy ensimismada mirando un punto indefinido sentada en el apoyabrazos del sofá.

—Tara. —Siempre la abrazo cuando la veo, ella se ha convertido en una gran amiga a pesar de los años que nos separan en edad.

—Lo siento, se acaba de ir —digo separándome.

—Maldito idiota, lo sé. Acabo de hablar con él abajo.

—Hola pequeña —la saluda Ray.

Tara se agacha para besar la mejilla de Nico y en ese momento Nick entra en casa. Solamente yo lo veo ya que los otros están de espaldas a la entrada. No puedo evitar sonreír. Sé que esto es solo una tregua y que una vez pase, se irá. Pero me alegra que haya vuelto. Me devuelve la sonrisa y camina hacia nosotros.

Poco a poco, todos se van dando cuenta de su presencia y se van callando.

—Vaya, mi hermano mayor ha decidido, por una vez, escucharme.

Él vuelve a sonreír.

—No te hagas ilusiones, mocosa.

Nos reímos mientras él se planta ante nosotros con los brazos cruzados sobre su pecho.

—He hablado con mi hermana, sí. Quiere que deje las cosas claras, que os diga lo que siento.

—Eso está bien, Tara —dice Jane cogiendo la mano de la chica.

—Me habéis contado lo que pasó y estoy intentando aceptarlo, al mismo tiempo que procuro

borrar los malos recuerdos de aquel momento.

Nadie dice nada mientras esperamos a que siga.

—Durante estos años solo una persona me ha devuelto la vida. —Mi corazón se detiene y una profunda tristeza se apodera de mí—. No la conocéis, pero se llama Dayle y es una mujer fantástica. La conocí en Fresno, donde, como ya sabéis, estoy viviendo.

¿Ha vuelto para decirnos que va a volver a ella y que nos olvidemos de él?

—Me ha hecho ver que la vida puede ser cruel, pero que también se puede salir de las peores situaciones y volver a disfrutar —continúa—. Mi hermana quiere que os habré mi corazón, que os diga cómo me siento; Dayle y ella coinciden en eso.

—Nick..

Mary está llorando y Jason la abraza.

—Lo siento Mary —se disculpa Nick—. Pero fue duro para mí. La mujer que amaba me traicionó, todos lo hicisteis y he vivido con eso demasiado tiempo.

No nos atrevemos a contradecirlo, tiene razón. Intento mantener mis lágrimas a raya.

—Sé que lo hicisteis por una buena razón, yo estaba demasiado cabreado y seguramente habría matado a Cherokee con mis propias manos antes de que la policía diera con él, dando al traste con lo que tenías pensado hacer. Pero os reprocho a todos que no me dejarais decidir, que pensarais por mí. Me apartasteis de la mujer que amaba con su consentimiento. Me traicionasteis.

Mete las manos en los bolsillos y suelta el aire por la nariz.

Nuestros ojos se encuentran y mis lágrimas deciden que deben resbalar por mi rostro en este preciso instante.

—Siento que ese desgraciado te dejara en una silla de ruedas, Jane. —Ahora es a ella a la que mira.

—Siento no haber estado cuando Nico nació. Estaba demasiado ocupado en otras cosas. —Se dirige a Ray y Kate.

—Y siento que durante mucho tiempo haya culpado a Jason. Sé que tiraste de mí en un intento por salvarme. —El aludido lo mira asombrado—. Sí, he tenido tiempo para evaluar la situación. Si no lo hubieras hecho ahora estaría muerto.

Jason va a hablar, pero Nick levanta la mano.

—Déjame terminar.

Vuelve a mirarme.

—Pero lo que más siento es por todo lo que tuviste que pasar cuando volviste con él. —¿Cómo lo sabe? Miro a Tara y ella desvía los ojos. Se lo ha contado—. No te paraste a pensar detenidamente en lo que te pasaría, tomando la decisión que tomaste. No tuviste en cuenta cómo me sentiría con tus decisiones, después de que te hubieras ido con él, al margen de que me hubieran herido o no. Y eso es lo que más me afectó, lo que me empujó a irme de aquí, a abandonar todo lo que conocía y a mi familia. A abandonarte, Jade.

—Lo siento —digo afligida—. Tenía que ser así —añado defendiendo mi postura—. Cherokee te quería muerto y, durante unos días, pensé que se había salido con la suya. Todos lo pensamos, hasta que Jane pudo contactar con Ray.

Nick me mira con esos ojos preciosos, está triste y sospecho lo que va a pasar a continuación.

—Creo que al fin he logrado comprender por qué lo hicisteis y quiero que sigamos manteniendo esta amistad, pero será en la distancia. Nos veremos cuando venga a visitar a mi familia.

—No, Nick —suplica Tara.

—Ya está decidido, hermanita. Querías que hiciera esto y he seguido tu consejo —Nos mira uno por uno—. Os deseo lo mejor y sé que vosotros también lo deseáis para mí.

—¿Vuelves a Fresno? —pregunta Ray poniéndose a su lado.

Nick asiente y deja que su amigo lo abrace y le de golpes en la espalda. Jason hace lo mismo. Kate y Mary también se acercan para despedirse y por último le da un beso a Jane y acaricia su mejilla.

—Espero que cuides de ella, lo merece —dice estrechando la mano de Tom.

—Descuida —contesta el neurocirujano.

Conozco a Tom desde que se casó con Jane y, aunque sé que no le gustaba demasiado Nick, también sé que tiene un gran corazón y quiere a Jane con locura.

—Vamos, Tara.

—Te dije que iría a casa, pero me voy a quedar —contesta ella, furiosa.

—Como quieras, pasaré a saludar a mamá antes de irme.

Ella asiente sin moverse del lado de Nico. Está jugando con él, pero tiene los ojos llenos de lágrimas.

El ambiente está enrarecido. Me asusta pensar que no lo voy a ver más. Estando con Dayle, visitaré a todos menos a mí. Soy solo un mal recuerdo para él, nada le une a mí como los lazos que lo unen a Ray y a Jason. Incluso a Jane, con la que tuvo un lío, según me contó Kate.

Se acerca a mí y pone una mano en mi mejilla, ladeo la cara para pegarme más a su contacto.

—Ahora sé que ellos están a tu alrededor y que cuidarán de ti. Espero que algún día puedas volver a ser feliz. —Me besa en la comisura de los labios y continúa hacia el ascensor.

Cuando las puertas se cierran soy consciente de que vuelve a Fresno, a ella y a su nueva vida. Dayle lo ha hecho feliz hasta ahora y es lógico que no quiera cambiarlo por una mujer que está viviendo en un ático con un lunático acechándola.

Cuando me giro todos me están mirando y yo necesito estar sola. No quiero ver la compasión en sus ojos y me marcho escaleras arriba para encerrarme en mi habitación.

Capítulo 35

Dos semanas después

Dayle me dio la idea. Es una sádica, no hay otra explicación para esas ideas retorcidas que tiene y que para mí tienen sentido en este momento.

—Nick, soluciona esto. No puedes seguir así. —Fueron sus palabras cuando volví y me obligó a quedarme en el apartamento.

Y aquí me hallo, a punto de rebanar el cuello de Cherokee. Creo que Dayle no se refería a esto precisamente, pero da igual. Yo hice la interpretación en mi cabeza y decidí buscar a este tarado. Y, joder, lo he encontrado.

Llevo dos días con él encerrado en el maletero, por supuesto, no lo quiero cerca. Solo le doy agua de vez en cuando y le he hecho numerosos cortes solo para torturarlo. Al final, he decidido que voy a deshacerme de la basura.

—Deja de gruñir —amenazo con el cuchillo apuntando a la yugular.

Sabía que en algún momento se acercaría a los apartamentos donde vive Jade y he estado esperándolo, durmiendo en la playa, a pesar del frío. Viendo a Jade asomarse cada noche y observándola desde la distancia. Obsesionándome con su cuerpo y deseando subir y abrazarla solo para reconfortarla.

No quiero esto para ella, no quiero que siga encerrada por miedo a que él la encuentre y negándose a vivir fuera de esas cuatro paredes. Es una mujer fuerte, pero tiene miedo y lo comprendo. Tara me contó lo que este animal hizo con ella mientras yo me debatía entre la vida y la muerte en un quirófano.

—No tienes derecho a vivir. —Ahora soy yo el que gruñe.

Está atado de pies y manos y sigue en el maletero de su coche, que huele a orina ya que no le he dado otra opción. No usaba la moto para pasar desapercibido y poder dormir en su interior. En una semana yo ya tenía controlados a todos los vecinos de la zona, así que cuando vi el trasto negro y destartado, que es su vivienda habitual, circular alrededor del *parking* y detenerse, todas las piezas encajaron.

Me acerqué sigiloso y puse la pistola de Dayle en la ventanilla, cuando él fue consciente de quién lo estaba apuntando, intentó buscar la suya; lo había pillado desprevenido.

—Sal del coche —ordené.

—Hijo de puta —me insultó saliendo.

—Aquí solo hay un hijo de puta y ese eres tú. Vamos a terminar con esto. No sé cómo coño has conseguido despistar a la policía, pero esta vez solo van a encontrar tu cadáver.

—No dispararías ni a una mosca, cabrón —me provocó.

Y entonces guardé la pistola y recibió el primer golpe, pero la adrenalina me hizo vapulearlo sin darle opción a defenderse, es un puto cobarde cuando no va armado. Hasta que me cansé, lo

até y lo metí en el maletero. Me llevé su coche a un lugar apartado y cada vez que hacía algún ruido abría el maletero para pincharlo con mi machete, entonces me deleitaba oyéndolo gritar como a una niña.

En algún momento llegué a pensar que me estaba volviendo loco. No podía seguir con ese tarado en el maletero.

Cierro el maletero, volviendo al presente, y me pongo unos guantes de cuero para conducir. Tengo claro lo que voy a hacer con él y sí, es una salvajada que me va a convertir en un asesino. Pero este cabrón merece morir así.

—¡Que te jodan! —grito al volante cuando oigo los golpes que está dando dentro del maletero mientras me pongo el cinturón de seguridad.

Conduzco hacia los bosques que rodean la ciudad de Los Ángeles. Hace poco se desataron varios incendios y algunos siguen activos. Me va a venir bien para lo que tengo en mente.

Subo por una carretera que está al otro lado de la montaña que está en llamas. Los bomberos que se cruzan conmigo me hacen luces para que dé la vuelta, pero sigo a una buena velocidad montaña arriba. Avisarán a la policía y en pocos minutos los tendré detrás. Debo darme prisa.

Aparco en un lateral con la parte delantera del coche apuntando al precipicio y bajo. Unos metros más abajo las llamas están engullendo la montaña a pasos agigantados. Abro el maletero y golpeo la cabeza de Cherokee una y otra vez con el puño cerrado.

—Esto es por Jade, por mis amigos, por Tara, por Jane, por mí... —No dejo de darle una y otra vez, la furia se ha apoderado de mí otra vez.

Intenta apartarse, pero al final los golpes lo dejan fuera de combate. La adrenalina y la rabia me ayudan a hacer esto y lo saco del maletero mientras el humo nos envuelve. Toso, pero me esfuerzo en quitarle las cuerdas y la cinta de su boca y sentarlo en el asiento del conductor. Le quito el puto anillo que lleva en el dedo meñique y me lo guardo en el bolsillo. Por último, aseguro el cinturón de seguridad a través de su cuerpo.

Gime y abre los ojos, así que me apresuro a empujar el coche hasta que las ruedas delanteras sobrepasan el borde. Cherokee parece darse cuenta de cuál va a ser su final y busca la manera de salir, pero no se da cuenta de que va anclado al asiento. Demasiado tarde.

El coche se desliza por la montaña y, antes de que empiece a dar vueltas de campana, oigo un grito desgarrador. El fuego lo espera más abajo y lo reclama. Contengo el aliento cuando una gran explosión sacude el bosque y las llamas se avivan y alcanzan una gran altura. Me protejo del calor poniendo el antebrazo sobre mi rostro y me dejo caer sobre una gran roca.

Ese cabrón ha muerto, nadie podría salir vivo de ahí.

¿En qué me convierte esto? Ahora soy consciente de que acabo de asesinar a una persona. Y lo he hecho por ella. Por Jade.

No sé cuánto tiempo permanezco allí sentado, mirando hacia abajo. Esperando que ese tarado suba, pero no lo hace.

Confirmando que me estoy volviendo loco.

El aire cambia de dirección y el humo vuelve a mí, me cuesta respirar. Pero me lanzo al otro lado de la roca cuando un camión de bomberos pasa cerca.

Cuando por fin reacciono, empiezo a correr por la carretera y bajo de nuevo en dirección a la ciudad. Cada vez que pasa un coche de la policía me escondo y no dejo de toser. Joder, me cuesta respirar. Están evacuando las casas y más adelante me encuentro con más gente que camina por la carretera. Huyen de las llamas como pueden y sé que van a perder sus hogares. Cada año arde alguna parte de la montaña en California y este año está demasiado cerca de la ciudad.

Aunque me ha venido bien, siento lástima por esta gente y por todas esas hectáreas quemadas que tardarán años en volver a poblarse.

Dos horas después estoy en la playa, buscando mi moto. Huelo a humo y necesito encontrar un hotel para poder asearme y cambiarme de ropa.

Dejaré pasar unos días para tranquilizarme antes de decidir qué hacer.

Capítulo 36

Los días pasan y todos se parecen unos a otros, la monotonía de los días anteriores a Nick vuelve a instalarse en mi vida, solo que ahora no dejo de pensar en él y en cómo le va junto Dayle. Ha vuelto a ella y eso solo significa que la ama y que yo no pinto nada. He pasado noches enteras en vela y Jane no ha dejado de llamarme por teléfono, la pobre teme que caiga en una depresión.

Desde la terraza he podido ver el resplandor de los incendios de los que hablan las noticias a todas horas. Ahora ya hay muchos controlados, después de días de trabajo para los bomberos. Hay mucha gente desahuciada y me apena ver sus caras llenas de hollín en la pantalla del televisor.

Empieza a hacer frío de día, normal, estamos a finales de noviembre. Entro en el salón desde la terraza y observo los apuntes que tengo que organizar y algunos trabajos que tengo que presentar. Me recojo el pelo con uno de los lápices que hay sobre la mesa y me dispongo a empezar. Voy variando de lugar de trabajo, tengo un despacho arriba, pero hoy he decidido hacerlo en la mesa de cristal del salón.

Tengo que simular la administración de una empresa ficticia y algo no me cuadra, así que me concentro en buscar dónde está el fallo.

No sé cuánto tiempo llevo metida en lo mío cuando el telefonillo que me conecta con la entrada suena. Jared me vuelve a avisar de la visita de Nick, y aparte de que mi cuerpo se altera, balbuceo un sí y voy a mirarme al espejo de la entrada. Más vale que esté visible, porque no va a tardar ni dos minutos en entrar. Jared sabe a quiénes debe dejar entrar y a quiénes no y preguntar antes de darles acceso. Sobre Nick no lo avisé, tampoco esperaba que volviera por aquí.

Cuando las puertas se abren me quedo sin aire, he vuelto a sentarme para fingir estar relajada, no necesito que me vea nerviosa por su presencia. Viste vaqueros y una camiseta blanca, con algunos pequeños botones cerca del cuello sin abotonar. Su pecho es ancho y la camiseta se estira sobre él. Lleva el casco en una mano y su pelo largo, echado hacia atrás, parece haber sido peinado por sus dedos demasiadas veces.

—Nick. —Trato de modular mi voz y no parecer una idiota desesperada.

No sé qué hace aquí, pero si ha decidido que le apetece pasar a visitarme cuando viene a Los Ángeles, bienvenido sea. Dudo que haya alguien más patética que yo. Deseando recoger las miguitas que decida ofrecerme.

—Hola, Jade. Espero no molestarte.

—¡No! —contesto demasiado rápido—. No, no te preocupes —rectifico el tono.

Él sonrío y esa sonrisa me hace recapacitar sobre el tiempo que hace que no la veía tan auténtica.

—¿Quieres comer algo? —Por la hora que es, no debe haber comido nada. Y no se me ocurre qué más decir.

Deja el casco sobre la mesa y la cazadora, que ahora cuelga del respaldo de una silla.

—No tengo hambre, gracias. Siento presentarme así.

—No hay problema. Me disponía a hacer algo productivo después de comer.

Él asiente mirando los papeles repartidos por encima de la mesa, ocupando la mitad de esta.

—Vamos a sentarnos al sofá estaremos más cómodos —propone.

Todo me parece demasiado formal. Hay algo en su mirada, parece atormentada.

—¿Qué ocurre? —pregunto una vez nos acomodamos uno al lado del otro.

—Tengo que confesarte que estuve rastreando a Cherokee, y lo encontré.

Me sorprende saber que ha estado tras él.

—¿Has avisado a la policía?

—Vendrán en cualquier momento.

Eso sí que es extraño.

—¿Aquí? Pero ¿lo han detenido?

—No, no pueden.

—No entiendo, Nick. Creía que estabas en Fresno, no persiguiendo a delincuentes. Tienes tu vida...

Me coge las manos y me mira intensamente.

—Sé que piensas que estoy con Dayle, pero, aunque nos hemos acostado, no somos pareja. Cada uno va a lo suyo. Y desde que te volví a ver no he sido capaz de volver a tener sexo, ni con ella ni con nadie.

Mi corazón se acelera. ¿Sigue enamorado de mí?

—Yo no...

—Deja que me explique, antes de que lleguen —me corta de nuevo—. He intentado olvidarte, incluso intenté odiarte durante el tiempo que he estado en Fresno. Pero no lo conseguí, te sigo queriendo. Las explicaciones que me disteis me hicieron entender vuestro comportamiento. Terminé herido y bastante jodido en muchos sentidos, por eso me largué e intenté rehacer mi vida.

—Lo siento.

—Lo sé, yo también siento haberte obligado a tomar ciertas decisiones con respecto a mí y al club. Tara me explicó lo que vino después de que volvieras con él... y estallé, Jade. Volví a mi apartamento, bueno, al que comparto con Dayle, y ella me convenció para que volviera a ti. Es una buena chica y sabe que siempre has estado presente en mi cabeza, que nunca he dejado de amarte. Me pidió, más bien me gritó, que hiciera algo para recuperarte. Aunque creo que me he equivocado en las formas.

—No importa, ahora estás aquí. Has cumplido tu promesa. Te quiero, Nick. Nunca he dejado de hacerlo.

Hace que me acerque a él y apoye la cabeza en su pecho mientras me abraza.

—Mí Jade, he venido a buscarte, sí. Pero no es lo que piensas. Ojalá hubiera podido encontrar otra solución. No ha podido ser.

—¿No quieres intentarlo? Tiene que haber otra oportunidad para nosotros.

—No la hay. Lo siento, nena.

Me besa y no dudo en responder. Ningún hombre me ha besado como lo hace él. Es cariñoso y al mismo tiempo exigente, su lengua me busca y acaricia la mía. Sus manos envuelven mi cintura y termino sentada a horcajadas sobre su regazo. Noto cómo su miembro despierta y sin dejar de besarlo aprieto mi centro contra él. Lo deseo, quiero que me lleve arriba y me haga el amor, que nos desnudemos y recuperemos el tiempo perdido.

Nick me separa lentamente y enmarca mi rostro con sus manos, como tantas veces hizo en el pasado.

—Quiero que vivas, Jade. Sal de esta casa y diviértete. Compra tu ropa en tiendas y pasea

alegremente por la ciudad sin miedo. Nada ni nadie te va a hacer daño, te lo prometo, cariño. Tienes derecho a conocer gente nueva y a rehacer tu vida.

—¿De qué estás hablando? Puedo hacer todo eso contigo..., si tú quieres.

El telefonillo suena y no le hago caso.

—Tienes que contestar.

—No.

Sonríe con tristeza.

—Sí, Jade. Es importante que lo hagas.

Me levanto lentamente con su ayuda y él me sigue.

—Señorita Norton. Están subiendo dos agentes, no he podido negarles el paso.

—Lo sé, Jared. No te preocupes.

Cuando cuelgo miro a Nick y me acerco a él.

—Solo tienes que hablar con ellos...

Pero no me deja terminar la frase. Me vuelve a besar y noto la desesperación. Es como si fuera nuestro último beso y me niego a soltarlo. Cogerán a Cherokee y podremos empezar de nuevo.

Nos acabamos de separar cuando el ascensor se abre y dos agentes de policía acceden a mi apartamento.

—Se lo he contado todo a Jane, habla con ella —susurra contra mis labios.

—Buenas tardes —saluda uno de los policías, el más alto—. ¿El señor Nicholas Russell?

—Sí, soy yo.

Para mi sorpresa, el otro agente saca las esposas y Nick pone las manos a la espalda y se da la vuelta. Ahora soy consciente de sus nudillos; los tiene raspados y algo morados.

—Queda usted detenido por el presunto asesinato de David Care.

Ya no oigo nada más, mi mundo acaba de derrumbarse, no hay nada que me haya preparado para esto. Me llevo la mano al pecho intentando acallar los latidos alocados de mi corazón. Esto es un error.

¿Nick ha matado a Cherokee?

—¿Qué? —solo me sale un susurro.

—Lo siento, Jade.

—¡No, es una equivocación! —grito, aferrando la camiseta de Nick.

Los agentes me apartan o lo intentan.

—Yo los he llamado, Jade —dice caminando de espaldas hacia la puerta con el agente que lo ha esposado cogiendo su brazo—. Sigue mi consejo, cariño.

No sé cuánto tiempo paso tumbada en el sofá llorando, después de por todo lo que hemos pasado, Nick ha terminado arruinando su vida. Intento calmarme antes de llamar a Jane y me incorporo. Algo brilla entre los cojines y lo cojo.

Es un anillo y maldita sea si no sé de quién es. Ese sello me marcó el rostro todas las veces que Cherokee me abofeteó. Lo aprieto en mi puño con rabia y después lo lanzo contra la pared.

Ha sido capaz de mantenernos a Nick y a mí separados, incluso después de morir.

Capítulo 37

*Diez años después.
Los Ángeles.*

Mientras me devuelven mi cartera, y demás objetos personales, no dejo de mirar hacia la salida. Me han reducido la condena en cinco años de los quince que debía cumplir por buen comportamiento y por haber trabajado y huido de las peleas. Al cabo de unos pocos meses de haber ingresado en prisión, me atacaron en el patio y me clavaron un punzón en el costado, después supe que era un exmotero del club. Tengo una bonita cicatriz, pero nunca estuve en peligro.

Tengo que dar las gracias a los consejos de mi abogado y de Jane, que consiguieron que mi condena no fuera más larga. Sobre todo, a Jane, que se inventó una historia y, aunque tuve mis dudas, terminé por contarla. Mi abogado nunca supo la verdad de lo que realmente pasó. Me mantuve siempre en la misma versión. Cherokee no provocaba ningún sentimiento compasivo en nadie y nunca me arrepentiré de haber mentido a todo el mundo.

El jurado no llegó a saber nunca que el asesinato de Cherokee fue premeditado. La versión oficial fue que él me secuestró y me llevó en su coche hasta las montañas cercanas a la ciudad, forcejamos y su coche acabo cayendo por el precipicio, yo pude saltar antes, por eso me salvé. Así que el jurado me halló culpable de homicidio en segundo grado, porque fueron mis actos los que le llevaron a la muerte, haciendo que Cherokee perdiera el control del vehículo, aunque fuera en defensa propia.

Jane consiguió, con una historia creíble, que no me cayera cadena perpetua, evitando así que se me culpara de asesinato en primer grado.

Camino al lado del guardia hasta que se abren las grandes puertas y salgo al exterior.

—Buena suerte —me desea como despedida.

Levanto la mano sin girarme y continúo caminando. Nadie me espera, porque nadie sabe que he salido. Jade venía a verme durante los primeros dos años, pero después la alejé de mí. No acudía a la sala cuando me avisaban de que estaba ella y poco a poco dejó de acudir. Ver sus lágrimas me rompía por dentro. ¿Cuánto tiempo iba Jade a aguantar la situación? No quise saberlo y tomé la decisión por los dos.

Jane, Ray, Jason, Tara y mi madre, junto a tío Ed, sí han estado visitándome, pero les pedí que no se lo dijeran a ella. Tampoco quise saber nada de su vida, si estaba con alguien o si tenía hijos, no haría más que atormentar aún más mis solitarias noches.

Jane y Tom han adoptado a un niño, vi sus fotos y es un pequeñajo rubio con hoyuelos. Jason es padre de dos niños y sigue con Mary, por lo cual, me alegro. Ray y Kate no tienen más que a Nico y, según mi amigo, es suficiente. Y lo más importante para mí: soy tío, Tara se casó y tuvo un niño y una niña. Tanto a los pequeños como a su marido solo los conozco por las fotografías que me trae cuando viene.

Miro mis botas llenas de polvo y después al cielo. En esta carretera solitaria no pasa nadie a estas horas. Son las siete de la tarde y parece media noche. Hace mal tiempo; llueve y se oyen truenos a lo lejos.

Me pongo la cazadora y miro los diez dólares que llevo en la cartera; no es mucho, pero pienso comerme una hamburguesa nada más pisar la ciudad. La oscuridad me envuelve mientras camino a paso ligero, ya no me veo ni los pies y me estoy empapando.

Dos horas después terminé sentado en la playa, con una hamburguesa con doble de queso entre las manos, que me como despacio, saboreándola. Después me tumbo en la arena húmeda. Por suerte, ha dejado de llover y solo quiero descansar un rato antes de reemprender el camino a casa de mi madre.

La claridad del día me despierta y me incorporo extrañado de lo bien que he dormido. Estoy descansado, a pesar de que tengo frío y vuelvo a tener hambre. Me sacudo la arena y vuelvo a la carretera, aunque ahora hay casas cerca y veo una parada de autobús.

Subo la cuesta que me lleva hasta la casa familiar después de bajar del autobús, donde la gente se ha entretenido en mirarme de reojo, claro que mi aspecto no ayuda a pasar desapercibido; llevo la cabeza rapada y tatuajes en ella. Me detengo al pasar por delante del taller y entro. Ray, Jason y John se fijan en mí y dejan lo que están haciendo para abrazarme uno tras otro. Ray incluso me levanta del suelo.

—¡Te han soltado! —grita Jason, que lleva el pelo corto y se ve raro.

—Eso parece —contesto contento de ver a mis amigos.

—Joder, ya era hora. —Ray parece emocionado—. ¿Por qué coño no has avisado? Te hubiéramos ido a buscar.

Me encojo de hombros, pero sé que se ofrece con sinceridad. Durante estos años, y gracias a sus numerosas visitas, hemos vuelto a unirnos. He vuelto a confiar en ellos.

—Hay un puesto para ti en el taller, espero que empieces cuanto antes —suelta John.

—Necesitare un trabajo, sí. ¿Dónde está Alex?

—Ha ido a buscar un coche con la grúa.

Estoy a punto de irme y decirles que volveré más tarde, cuando es Jade la que sale del taller y se queda paralizada mirándome. Debe de estar furiosa conmigo, pero incluso a esta distancia veo las lágrimas resbalar por sus mejillas. Se las limpia de un manotazo y gira sobre sus talones para volver a entrar. Me he quedado prendado de su belleza, estos años le han sentado bien. No está tan delgada y esas curvas le favorecen tanto que podría volverme loco acariciándolas solo con la lengua.

—Dale tiempo, Nick. —La mano de Ray se apoya en mi brazo, cuando adivina mi intención de ir tras ella, y la miro un momento.

Si no me suelta, se la voy a arrancar.

—Lo ha pasado mal —añade Jason.

—¿Qué hace aquí? —pregunto sin dejar de mirar hacia donde ella estaba hace un momento.

—Es la dueña de esto, ¿recuerdas? Jade nos ayudó, si no fuera por eso... —John deja la frase en el aire.

—También pagó la hipoteca de mi casa. —No lo pregunto porque lo adiviné cuando me hicieron llegar una carta del banco confirmándome el pago completo.

—Siempre ha querido ayudar, ya la conoces —responde Jason.

No me atrevo a hacer la siguiente pregunta, me va a doler y a joder a partes iguales. No estoy preparado.

—Estuvo saliendo con un tipo de la ciudad, pero lo dejó. No estaba a gusto. —Ray me lee el pensamiento y, aunque me molesta que haya habido otro en su vida, es la única cosa que me alegra el día de verdad—. Deja que asimile que estás fuera. Joder, no quisiste que te contáramos nada ni la dejaste visitarte. Ahí lo tienes.

—Estás horrible —dice una voz a mi espalda.

Tara se lanza a mis brazos y me besuquea toda la cara mientras la levanto en el aire. Me ha visto desde su coche y se ha detenido enseguida.

—Gracias, hermana.

—¿Por qué no has llamado?

—No tiene respuesta para eso —declara Jason con sorna.

—Vamos, te llevaré a ver a mamá y a Ed.

—¿Ya no es tío Ed? —pregunto con ironía.

Ella resopla.

—No.

Me despido y subo al coche de mi hermana, lleva a los niños en el asiento trasero, anclados a sus sillitas. Los dos me saludan y Tara les explica quién es el tarado calvo que acaba de sentarse delante de ellos. Intento ser agradable con mis sobrinos, pero no dejan de mirarme aterrados.

Después de que mi madre y Ed me hayan hecho mil preguntas y de haber comido el asado de mi madre, arranco mi moto, que está en el garaje, y doy gas. Ed me ha explicado que Ray y Jason han estado manteniéndola a punto y eso me alegra. El marido de mi hermana, Bryan, parece un buen tío y también le van las motos. Aunque ahora lleva un «puto coche familiar», según sus propias palabras, y confiesa que siempre lleva gafas de sol para que no lo reconozcan al volante. Me he burlado de él y nos hemos reído a gusto, a pesar de que mi hermana nos ha mirado mal.

Necesito llegar a mi casa y relajarme, mañana hablaré con Jade. Por mucho que Ray diga que le dé tiempo, no estoy dispuesto a esperar más.

Me pongo el casco y salgo de la casa de mi madre. Es extraño, pero tío Ed ha venido a vivir con ella al barrio. Debe haber sido difícil para él renunciar a las comodidades de su ático. Pero está verdaderamente enamorado o eso asegura Tara.

Mientras conduzco por la autopista a una velocidad moderada, me acuerdo de que debo tener el permiso de conducir caducado. Mierda, no necesito que ningún poli me pare. Hoy no. Así que reduzco y voy tranquilo hasta llegar a la casa de la playa.

Cuando meto la llave después de aparcar, no me sorprende verlo todo limpio y ordenado. Jade sigue viniendo aquí después de diez años.

Me quito la ropa y me ducho, huelo a sal y a gasolina, no es que no me guste, pero prefiero mantener las sábanas limpias en deferencia a ella. Me miro en el espejo y me sorprende verme con tanta nitidez, en la prisión no hay más que metales que reflejan tu imagen borrosa, los espejos están prohibidos. Mis treinta y ocho años se reflejan en mi piel; tengo más arrugas y... estoy horrible sin pelo, joder. Me negaba a pillar piojos y encontré una solución bastante aceptable.

Voy a la cocina solo con la toalla envuelta alrededor de las caderas cuando llaman a la puerta. Abro pensando que es alguno de mis amigos, pero es Jade la que está plantada enfrente de mí. Los dos nos miramos a los ojos y es ella la que empieza a estirar los labios en una suave sonrisa. De repente corre y salta a mis brazos, haciéndome el hombre más feliz sobre la tierra.

—¡Nick! Lo siento —exclama besándome el cuello—. No puedo estar cabreada contigo, tú me diste la libertad a cambio de la tuya y esta tarde no he sabido reaccionar, pero tú... tú no me querías ver.

Me echo a reír porque lo ha dicho todo de carrerilla.

—Nena...

—No pude perdonarte —sigue hablando contra mi cuello mientras la sostengo con las dos manos ancladas en su trasero—. Pero no quiero perder más tiempo odiándote. Te quiero, Nick. Aunque parezca bipolar y estés horrible con la cabeza afeitada.

Joder, me está emocionando hasta el punto de querer llorar como una nenaza.

—Yo también, cariño. Yo también te quiero. —Siento humedad en el hombro donde ella sigue apoyada.

Me doy la vuelta y cierro la puerta con el pie. Me dejo caer en el sofá con ella encima y la separo para ver su precioso rostro bañado en lágrimas.

—Lo siento, nena. No quería que tuvieras que esperar tantos años...

—Sé porque lo hiciste, aunque en ese momento no lo entendí. Dayle me vino a ver y me dijo que estabas enamorado de mí y que por eso lo hacías, me abrió los ojos. Aunque quise matarla solo por haberte tocado, terminamos teniendo una buena amistad, es una mujer estupenda y tiene un hijo...

—Cariño —la corto. Tengo el presentimiento de que los nervios la hacen hablar por los codos—. No quiero hablar de ella. Aquí estamos tú y yo, los demás no importan ahora.

Limpio sus lágrimas con los pulgares.

—Sí, está bien, lo siento. —Vuelve a abrazarme—. Tenemos muchas cosas que contarnos.

—No, nena. Tú tienes muchas cosas que contarme. Yo he tenido una rutina sin demasiados sobresaltos —bromeo.

—¡Oh! —Se tapa la boca avergonzada.

—Cariño, me compensa el tenerte aquí. Que hayas venido significa mucho para mí, no todo el mundo quiere tener a un expresidiario cerca —sigo bromeando porque está sobrepasada.

Me besa en los labios.

—Dios mío, Nick. Nada puede separarnos ahora. No lo podemos permitir.

—No lo permitiremos, Jade.

La levanto de nuevo y me la llevo a la cama. Ya no tengo hambre, bueno sí, de ella. La dejo con cuidado y ella tira de la toalla.

—Estoy en desventaja —dice mirándose.

Me río con ganas ante su mirada.

—Lo arreglamos enseguida.

Le saco el jersey por la cabeza y ella tira de los vaqueros hacia abajo. Su ropa interior desaparece a la misma velocidad y me tumbo sobre ella aguantando mi peso en los codos para no aplastarla. Beso su cuello y voy descendiendo mientras ella suspira y gime, algo que me vuelve loco, pero intento aguantar, a pesar de que mi polla va a terminar explotando como siga así. Beso sus pechos y raspo los pezones con los dientes, después tiro de ellos con los labios, quiero saborearla entera.

—Nick —suplica.

—Lo sé, nena.

Me desea igual que yo a ella, así que llego hasta su centro y meto la lengua entre sus pliegues, succiono su clítoris y cuando dejo que mi dedo se pasee por su entrada compruebo que está mojada, muy mojada.

—Necesito estar dentro de ti —digo antes de pasar la lengua de abajo hacia arriba.

—Hazlo, yo también te necesito, Nick.

Me da igual no tener condones, si hay alguna caja guardada, estarán caducados.

Entro en ella y Jade se arquea ofreciéndome sus pechos de nuevo. No me entretengo y los lamo mientras empiezo a moverme. Me deslizo con facilidad en su interior, pero, al mismo tiempo, noto cómo sus músculos internos me aprietan e intentan retenerme cuando salgo para volver a entrar.

—Maldita sea, no voy a aguantar. —Entrelazo mis dedos con los suyos y subo nuestras manos unidas por encima de su cabeza.

—Yo tampoco.

Y en ese preciso instante se deja ir y el orgasmo se cierne sobre ella. Noto como su centro se contrae y ya no puedo retener más mi propia liberación. La beso con fuerza y me dejo ir mientras Jade se suelta de mis manos y me abraza.

—Sigues siendo la mujer más bonita que he conocido —digo, mirándola a los ojos unos minutos después.

Ella sonrío y siento que de verdad he vuelto a casa.

Mi chica acaricia la cicatriz que me dejó aquella bala y vuelve a besarme, es como si nunca nos hubiésemos separado.

El resto de la noche la aprovechamos bien y nos amamos con más tranquilidad, devorándonos y haciéndonos promesas de futuro.

Epílogo

*Casi dos años después.
Los Ángeles, California.*

Jade

Termino de preparar la tarta, hoy nuestro hijo Harry cumple un año, y salgo por la puerta de la casa de la playa. El pequeño es una copia exacta de su padre, igual de guapo e igual de noble, sus ojos verdes son realmente transparentes y solo con mirarlo ya sé lo que pasa por su cabecita.

Hemos puesto una mesa larga sobre la arena y todos nuestros amigos están sentados alrededor, dejo la tarta con la vela infantil y una pequeña bengala en el centro y todos empiezan a cantar el Cumpleaños Feliz. Mi hijo me mira y sonríe sentado en el regazo de su abuela. Nick me abraza por detrás y me besa en el cuello.

La gente que sabe del pasado de Nick en prisión automáticamente desconfía de él, pero no nos importa. Esos pobres diablos no saben lo que él tuvo que hacer para que yo pudiera ser feliz, aunque no lo fui hasta que él estuvo de nuevo conmigo. Nos casamos a los quince días de que él abandonara la prisión. Fue una bonita ceremonia y muy íntima; solamente nuestros amigos y su familia.

Todos estallan en aplausos cuando terminan de cantar y mi hijo se ríe con ganas, es el centro de atención y lo sabe, el muy canalla.

—Felicidades, cariño —digo besando esa carita redondita.

—Felicidades, hijo —Nick lo levanta, lo hace volar en el aire y se ríen los dos mientras hago las particiones en la tarta.

—¿Cómo te encuentras? —Me pregunta la madre de Nick cogiendo los platos que voy llenando y pasándolos.

Ya estoy de cuatro meses en mi segundo embarazo.

—Bien, las náuseas van desapareciendo —contesto sonriente.

Es una buena mujer y nos ha ayudado mucho con Harry, ya que los dos trabajamos. En un principio creí que me culparía porque Nick hubiera estado en la cárcel, pero no lo hizo y eso me alivió.

Nick y yo decidimos guardar el dinero que me quedaba de la venta de la mansión de mis padres para pagarles la universidad a los niños en un futuro. Llevo la contabilidad del taller y me deleito viendo a Nick trabajando en lo que más le gusta. Junto a nuestros amigos, somos una gran familia y nos ayudamos mutuamente.

—Me ha dicho Tom que hay un tratamiento experimental para Jane y que van a intentarlo —comenta Kate poniéndose al otro lado.

—¿En serio?

—Sí, ojalá funcione.

Nadie más que ella merece superar esto, a pesar de seguir en su silla de ruedas, es una mujer activa a la que nada se le resiste. Ha decidido escribir novelas policiacas y todos las leemos en cuanto las publica. Siempre le estaré agradecida por el papel que adoptó en la vida de mi marido: Cherokee no era más que un maltratador, un traficante de armas y un asesino. Nick no merecía estar más tiempo del que estuvo encarcelado. De hecho, ni siquiera debieron juzgarlo. Pero una cosa era cierta, Nick no deseaba huir de la justicia y Jane lo ayudó a esquivarla un poco.

Solo nosotros tres sabemos la verdad de lo que realmente ocurrió, no es que no confiemos en nuestros amigos, pero es una gran responsabilidad cargarlos con un secreto que a la larga les pesará.

Cuando supe la verdad, nada cambió entre Nick y yo. Nunca lo veré como un asesino; lo veo como el hombre que es: un buen padre, honrado y enamorado de mí y de nuestra pequeña familia.

Brindamos todos por Harry, los niños y yo con zumo, y todos le entregan sus regalos. Me siento en el regazo de mi marido, que se ha dejado crecer el pelo y ha ocultado todos esos tatuajes y me abraza mientras miramos a nuestro hijo y a los otros niños desenvolver los paquetes.

—Te quiero —me susurra al oído y me da un pequeño mordisco en el hombro.

—Y yo a ti, cariño.

Intento vivir el presente y dejar atrás las vejaciones y malos tratos que viví en aquel club siendo aún muy joven. Espero que ninguno de mis hijos sienta jamás que los hemos abandonado a su suerte, espero que nunca tengan que vivir lo que su padre y yo vivimos.

Nick

Ni yo mismo me acabo de creer la suerte que tengo de tener a Jade y a Harry. Cuando estaba encerrado, ni siquiera imaginé este futuro. No creí que ella me esperaría, no me lo merecía después de no haber permitido que me visitara en la prisión.

Nuestro hijo fue concebido la misma noche en que Jade decidió venir a esta casa hace ya un par de años. Me hizo el hombre más feliz y no puedo pedirle más a la vida. Miento, en realidad, siempre pido algo en silencio: que nada ni nadie me arrebate esto, es todo lo que tengo y no pienso renunciar a mi familia.

Estamos terminando de recoger y todos echan una mano. Jade está cansada, aunque no lo quiere admitir y al final la he obligado a sentarse en el sofá. Esta casa se ha quedado como lo que es: la casa de la playa, pero vivimos en el ático que ella compró hace años y allí somos igual de felices que aquí. Trabajamos en el taller y después disfrutamos de nosotros y de nuestro pequeño. Estoy deseando que la familia aumente, no sabemos si va a ser niño o niña, pero nos da igual.

—¿Eh! ¿Me estás escuchando? —me reprocha Ray.

—No —contesto muy sincero.

—Qué cabrón —se carcajea Jason.

—Te estaba contando que Claudia acabó siendo detenida hace un par de años; se acostó con un menor, la madre del chico se enteró, le dio una paliza y después la denunció—explica con una sonrisa lobuna.

—Vino al taller varias veces esperando encontrarte, sabía dónde estabas porque el rumor corrió por todo el barrio, pero buscaba más información. Jade la puso en su sitio y no volvió.

—Y me lo explicas ahora porque...

Le doy a entender que me importa poco lo que esa mujer haga con su vida.

—Porque me acabo de acordar de cómo Claudia le habló de tu pasado a Jade y tu mujer sacó las zarpas en tu defensa. Tienes un tesoro, Nick.

—Lo sé, aunque debí verlo mucho antes.

Jason me da un golpe suave en el hombro y se ríe.

—Consévala, vale su peso en oro.

Asiento y me despido de ellos. Poco a poco se van marchando todos y no veo a Jade por ninguna parte. Mientras entro en la habitación me viene a la memoria cuando me explicó que estuvo saliendo unos meses con un tal Jeff y que era un buen tipo, pero ella seguía pensando en mí y le parecía injusto para él. Yo, sin embargo, no fui tan condescendiente con Dayle.

Sacudo la cabeza cuando no veo ni a Jade ni a Harry en la cama y tengo un presentimiento. Vuelvo sobre mis pasos y miro el sofá, la manta que ella compró no está y sonrío.

Salgo de la casa y los veo. Jade está sentada en la arena con nuestro hijo en su regazo, los dos mirando el mar. La manta los cubre y solo veo sus cabezas. Estamos a finales de Julio, así que la brisa del mar es bienvenida en estas noches calurosas.

Me acerco y me siento detrás de mi mujer, los acojo a los dos entre mis piernas y los abrazo.

—¿Me estabas buscando? —pregunta girando la cabeza y guiñándome un ojo.

—Te buscaré —contesto antes de besarla—, siempre.

Fin

Agradecimientos

A veces necesito desconectar y lanzarme al vacío, de manera figurada, se entiende. Así que esta novela tenía que ser romántica por muchas razones, entre las cuales, está la de intentar superarme y ponerme a prueba. Salir de mi zona de confort empieza a gustarme y mi cabeza bulle con nuevas ideas para futuras novelas.

Tal vez haya alguna lectora que no esté de acuerdo con mis idas de olla, así que me disculpo de antemano. Pero soy un culo inquieto y, las que me conocéis, sabéis que me encanta dar sorpresas y considero que este libro es una de ellas.

Gracias por leerlo, espero que os haya gustado y me deis vuestra más sincera opinión. Los autores/as nos alimentamos de ellas, como ya os imaginareis.

Muchas gracias a Jokin por guiarme en este viaje a través de la música «moterá». Sin tu ayuda habría perdido mucho tiempo buscando información.

A mis lectoras cero, os agradezco inmensamente vuestro trabajo y que lo dejéis todo para leer mis manuscritos.

A mi grupo, Locas por los chicos de Slade, sin vosotras, esto no sería lo mismo. Gracias por seguir a mi lado y alegrarme el día con vuestras publicaciones.

A mis *critis* adorables, os quiero un montón, gracias por esos saludos matinales y por esas charlas interminables. Sois geniales.

A Sayo, Ana, Analí y Marisa gracias por el maratón que os habéis pegado y estar ahí, también por vuestro apoyo en mi nuevo libro. Me hacéis sentir verdaderamente querida. Un besote, preciosas.

A mis lectoras/es, mientras leéis, yo estoy sumergida en una nueva aventura. Así que, si queréis, os espero en el próximo libro.

Felices fiestas

Un besazo enorme.

Sobre la autora

N.Q.Palm es una autora española, nacida en Cataluña, donde reside actualmente junto a su familia.

Desde que tiene uso de razón recuerda haber tenido siempre un libro entre las manos. A los catorce años escribió su primer relato y tiene un cajón lleno de ellos. Un día recibió un gran empujón anímico, por parte de su familia y amigos, y se decidió a publicar.

Hasta la fecha, ha publicado trece libros, un número de lo más elocuente. Entre sus títulos se encuentra la saga Security Ward y la trilogía Alaska, que se pueden encontrar en Amazon.